

DEL ÓLEO AL PASADO

Mayra
RedMontt

Mayra RedMontt

DEL ÓLEO AL PASADO



MONTERREY, N.L, 2018

Del óleo al pasado

© D.R 2017 Mayra RedMontt

Número de Registro Indautor: 03-2017-072613254200-01

Diseño Editorial: Ediciones Morgana

Ilustración de Portada: Jesús R. Sánchez

Primera Edición, 2018

Email del Autor: m.redmontt@gmail.com

Email del editor: ediciones.morgana@yahoo.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna, sin permiso previo de su autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

Impreso en México / Printed in Mexico

Para Minerva Frayre

“Mientras tanto, aquí y en la otra vida”

El ascenso

Las noticias circulaban con rapidez. Aquella semana todo lo anhelado se convirtió en realidad cuando a Elise le informaron que ascendía a editora en jefe. La revista había caído considerablemente en sus ventas, después de que George, el anterior editor en jefe se marchará, dejándoles un panorama bastante desalentador.

En un intento por rescatarla, dos elementos de altos rangos coincidieron en que urgía generar cambios. La posición debía ser ocupada por alguien que llevara suficiente tiempo en *ROAD* listo para aprovechar una verdadera oportunidad y, como bien suele decirse, dominar perfectamente el sistema, así esa persona tendría en su poder el ABC de lo que hacía falta para alcanzar exitosos resultados.

La sorpresa se dio unos días después cuando Elise, sentada en uno de los cubículos casi compartidos, recibió un *e-mail*. No podía más que realizar sus actividades diarias, sin objeción y con una buena dosis de cafeína matutina. Tenía un par de años en la compañía. Nuevas oportunidades se le habían brindado apenas desempacó, recién llegada de su natal Newark a Boston en busca del sueño americano y especialmente desde su arribo a Philadelphia, como ser auxiliar de redacción en *ROAD*. Tenía grandes conocimientos más no la experiencia necesaria. De carácter fuerte, sabía que proponiéndoselo podía ascender. Su notable inteligencia la había llevado a experimentar en un sinfín

de trabajos, pero este reeditaría cualquier vicisitud anterior. En ese momento leyó el texto adjunto al correo electrónico:

En el transcurso de los últimos años la editorial ROAD se ha visto rebasada significativamente por otras empresas en el ramo de la comunicación impresa.

¿Pero, qué es lo que realmente importa si de informar a los individuos se trata?

Importan las decisiones que impactan sobre la presentación de nuestro producto.

Así pues, la dirección de ROAD ha decidido reformular su equipo de Redacción-Edición.

A través de esta convocatoria tendrás la oportunidad de desarrollarte e ir aplicando conocimientos adquiridos en el camino.

La mecánica es simple, hemos tratado de que este proceso sea lo más complejo posible para embonar las aptitudes del aspirante justo como la compañía las está necesitando.

Requerimos responsabilidad total, la mayor madurez posible para enfrentar el reto de levantar esta revista, el interesado debe demostrar su profesionalismo y su disponibilidad de elevar su aprendizaje profesional.

Los ojos de Elise iban de un lado a otro, como si quisiese devorar el texto y almacenarlo en algún lugar de su cerebro que diera la respuesta indicada para llenar el formulario mostrado en la parte inferior. Fundada décadas atrás, suponía que aquellos miembros del comité directivo, tan viejos de edad e ingenio, no comprendían los nuevos conceptos de la tecnología. Después de dar *send* al correo electrónico contactó a uno de sus compañeros veteranos.

Juntos vieron la nueva oportunidad, para él resultaba obvio asesorarla, tanto por su interés, como por sus deseos de superación. Desde el comienzo no había escuchado ninguna queja sobre su desempeño. Egresada de una de las mejores universidades, era una ex alumna con futuro.

No todo estaba ganado, a su posible triunfo lo acompañaban implacables competidores, sus miedos recayeron en los otros aspirantes, ella no sabía hasta qué nivel había llegado la convocatoria, si era simplemente interna o abarcaba otras oficinas externas. Aun así defendería “la mejor oportunidad de

su vida”.

Transcurrieron las interminables semanas de trabajo y como era de esperarse Elise perdió la noción del tiempo entre tanto alboroto, incrédula ante el presente que acariciaba su futuro; por momentos trataba de mantener los pies en la tierra y la ansiedad fuera de su alcance.

Era de esperarse que los demás estuvieran en la misma situación; pese a los intentos de todos por conocer o al menos suponer los resultados, había que soportar rencillas y saludos hipócritas.

Incluso la perseverancia, cuando intentaban trabajar en equipo, se tornaba un defecto entre ellos. De igual manera para Elise era pan comido, su reputación la precedía, sin mencionar el apoyo que su amigo y compañero, el profesor Torrance Goldmayer, quien fue haciendo el camino para Elise más sencillo sin dejarla libre de los acostumbrados obstáculos. Fue tanta la ambición que se incubó en ella que no solo trataba de hacer las cosas bien a la primera, sino que se convirtió en una de esas perfeccionistas insoportables que no toleran ni un solo error, ora de ella, ora de las personas que trabajaban a su alrededor donde, por supuesto, se pavoneaba al tener el control.

Era tan vasto el deseo de sobresalir dentro de ella que difícilmente se abstenía de fantasear, por pequeños momentos, sobre nuevos retos y mejores cambios.

Vestimenta clásica, con aire conservador y un tanto elegante, forjada en costumbres reacias y buenos modales, así había sido hasta sus 28 años de vida.

Era una mujer sin prejuicios, sin malas intenciones, era justa y se dejaba guiar por los temas modernos; un hombre a su lado no se acoplaría en lo absoluto a esa vida, no le importaban los estereotipos; en cierta forma sí afectaban cuando se trataba de críticas relacionadas con esto, pero a ella le tenía sin cuidado, obviamente este no era el tiempo indicado. De estatura media, la claridad de su piel hacía más notoria esa frescura juvenil enmarcada por su larga cabellera castaña que llevaba todo el tiempo suelta. Sus ojos verde oscuro cautivaban a cualquiera; su frente era amplia, ceñida por abundantes cejas, de una belleza singular que conjugaba autenticidad con inteligencia.

En la medida en que Elise creció descubrió que solo se ama una vez y esa ocasión al parecer llegó, pero fue muy joven e ingenua para entenderlo. Además, poseía poca paciencia, millones de planes para el futuro y deseos de

libertad que en conjunto hicieron desaparecer esa etapa.

Ahora la vida lucía llena de oportunidades que arribaban en los momentos más oportunos, como si al ir viviendo ciertas situaciones le quedara la experiencia para que cuando realmente se presentara aquello, sus ideas y su madurez pudieran encarar cualquier cosa, por desafiante que fuera, ella sabría qué solución darle.

Se acercaban los días estipulados, se le notaba tan positiva como siempre, sonreía ante cualquier posibilidad a pesar de la lucha interna... los pensamientos iban de par en par. ¿Y si obtenía el ascenso?, ¿y si no?, ¿y si aquello afectaba su vida? Las preguntas atacaban su razón.

Aquel día llegó muy temprano a la oficina, tomó su café matutino que le traía entusiasmo y aceleración total. Una vez sentada en su cubículo, hipnotizada por los hechos relevantes y las fantasías añadidas, su piel se enchinó ante el murmullo de su nombre:

—¿Elise?

Goldmayer se recargó en el cubículo de la castaña con su impecable postura y su delicada manera de caminar; un perfecto cincuentón, con su calva cabeza y su aspecto bien estudiado, los ojos verdes olivo resaltaban esa piel rojiza como el camarón. Impartía clases en una universidad privada de Philadelphia, en el área de Periodismo, de ahí que todos en la oficina lo conocían como “el profesor”.

—¿Podrías acompañarme? —vio directamente a los ojos de Elise.

Esta lo miró aturdida, respiró profundo observando hacía otro lado para luego ir a su oficina.

Ese lunes Elise había refinado su aspecto: onduló su cabello, tomó una de sus mejores faldas, tipo lápiz, de su guardarropa y la combinó con una camisa de seda; los zapatos altos, como ella solía llevarlos, elevaban la elegancia que quería mostrar; su maquillaje era natural y sin excesos.

—Torrance, ¿acaso tienes buenas noticias? —susurró escéptica.

—Las hay, querida, por favor relájate y toma asiento; fue una verdadera odisea —le indicó—. Las intenciones de los directivos, como sabrás, se plasman meramente en el orden en que van los acontecimientos. La revista lleva años tratando de ponerse en pie y en verdad siempre me preocupé. Sabes mi historia, llevo más de veinte años trabajando aquí y no pasa un solo día en que no anhele tomar alguna decisión que haga a la editorial fuerte otra vez. Aunque tenga otras prioridades; bueno, anhelar ya no es presente, mucho

menos futuro –arrugó el ceño, parpadeando tristemente, sin dejar de ver sus arrugados dedos.

Sí, su rostro estaba un tanto frustrado, aun así se expresaba de manera razonable.

Hasta cierto punto dentro de la cabeza de Elise apareció una vaga relación entre “anhelar” o ya no “sentirlo” y eso era justamente algo significativo, aunque no decisivo.

Se produjo un carraspeo que bloqueó sus pensamientos, quien ahora tendía sus manos en las laterales del lujoso sillón las movía impaciente y atormentada por esas sensaciones que parecían ir incrementándose ante un resultado negativo o... positivo.

Su risilla y su mirada se dirigían sagazmente al profesor. ¿Y qué podía hacer?, ahora su futuro y entrega recaían en aquel que un día le había tendido la mano, guiándola por el buen camino.

Confiaba en que sus palabras se encarrilaran pronto para, probablemente, hundirse en una alegría versus sentimiento de fracaso, dependiendo del resultado.

—¿Y bien, Torrance? –dijo ansiosa.

—Ya veo, tranquila, la historia hoy visiblemente cambiará, pero hay un pequeño detalle...

—¿Cuál?, dilo –balbuceó impaciente.

—Que después de hoy espero alcanzar los suficientes años para ver cómo diriges la editorial, yo caculo diez o quince o más en los que este anciano presenciara como el éxito merecido toca a tu puerta –el profesor iba diciéndolo de manera pícaro, moviendo sus ojos de un lado a otro y sonriendo.

—¡Oh, Dios mío, Torrance!, ¡soy yo!, ¿fui yo? ¡No puedo creerlo, no, Dios mío!

No hizo nada más que asentir un poco para que Elise diera un salto maratónico desde su lugar. Soltó un abrazo de aquellos que son frenéticos, acompañados de ingenuidad y alteración directa al corazón.

—¿Estás feliz?, ¡dime! ¡Felicitaciones, Elise, ahora podrás mostrarles cómo se hace! Porque eso sí, esto pasa una sola vez, así que adelante –se dirigió a ella cual padre que despide a un hijo cuando se marcha a la universidad–. Vamos, todos nos esperan en la sala de juntas, harán la presentación –tocando su espalda le dio empujoncitos hacia la puerta.

—¡Por Dios, lo estoy asimilando, es muy pronto.

—Así es esto, linda —le dijo alzando una ceja.

—Anda de prisa, quiero ver la cara de los demás, sobre todo de Daniel.

—Torrance, yo... em... ¡Gracias...! Gracias de verdad, esto es grandioso y yo... solo quiero... agradecerte y en gran parte por tu apoyo, los consejos para que esto fuera realidad.

—No hacen falta palabras, Elise, tú te lo ganaste, demostraste tu talento y simplemente encajaste con el perfil, yo solo... estuve ahí —musitó.

Los ojos verdes de Elise brillaron radiantemente, quisieron brotar un par de lágrimas acumuladas por el esfuerzo y la inquietud que esto significaba, ahora era tangible y tenía en su boca el sabor a triunfo. Se dieron un nuevo abrazo, en esta ocasión el profesor secreteó rápidamente:

—Vamos, que además te tengo una sorpresa.

Elise no comprendió y fingió demencia. Más adelante estaba la puerta de la sala de juntas, el profesor la abrió y, sin más, se encontraron a todos copas en mano gritando a coro: “¡Felicidades!”

“¡Elise!, Elise!” La voz emergió por encima de la muchedumbre, era Victoria Larson, la chica más perfecta que los ojos de Elise pudieran haber visto.

Su cabellera ondulada, notablemente larga y con acentos rojo cobrizo, acariciaba su exquisita y afilada cara; su piel nívea hacía juego con aquellos ojos del mismo tono que el cielo de verano. Sus características hacían justicia a los halagos entre sus compañeros: parecía una estrella de cine y no una mercadóloga.

Se acercó de prisa sosteniendo entre sus largos dedos la copa de champagne. Sus ojos contemplaron la sorpresa y el shock en el que Elise se encontraba.

Nunca habían sido íntimas amigas, pero la personalidad de Victoria mantenía en órbita a Elise, con esa esencia que permitía veladas enteras en bares cercanos al edificio de trabajo después de una extensa jornada, su tacto para tratar con la gente mostrándose siempre feliz y con ánimos positivos creaba el rincón perfecto para que Elise no cayera en un pozo sin fondo.

Un fuerte abrazo bastó para que se diera cuenta de que Victoria estaba feliz por ella, su pánico fue menos agresivo que hacía unos minutos. Todo había sido tan rápido que no tuvo oportunidad de tomar aire y contemplar la ansiedad que sentía, menos de charlar con alguien, aún estaba sin palabras.

—¡Oh, Victoria! —respondió a la muestra de afecto tal cual la sentía hasta los huesos.

Extraño para Elise, quien siempre mantuvo ese pensamiento de que “nadie te puede querer más que tu familia o tu pareja”. Por estos últimos años había caído en su propia y errónea filosofía.

Ella era, hasta cierto punto, delicada con su carácter y a veces engreída, lo cual en ese momento casi perfecto le hizo desbordar un suspiro que hizo a su mente alocarse y disfrutar el triunfo.

—Toma una copa, querida, hazlo antes de que comiencen el discurso —murmuró el profesor.

—Oh, sí, sí, claro —Elise miró de reojo las copas en la mesa, se contuvo y tragó saliva.

Un hombre de estatura mediana, extendió la copa por arriba de la ovalada mesa, desabotonó su saco y se limpió la garganta; era el señor Castelli, dueño de la revista, en carne propia. Aquel porte italiano era realmente visible a los ojos de la castaña. Su vestir pulcro y de exquisito gusto iba acompañado de un tono de piel mediterráneo que exaltaba las facciones de su cara.

—En esta época, de creíble competencia y descubrimientos notorios de talentos formidables, es cuando el ser humano se digna a echar un vistazo a todo lo que vale la pena... Unos estudian, otros trabajan, la ambición es siempre la misma, ligada al enorme esfuerzo, los retos llegan a menudo y es muy especial ver cómo, con la preparación adecuada, con todo lo que esto conlleva, se puede lograr no solo alcanzarlos sino dar un claro ejemplo de la pasión con la que se hacen las cosas, el valor inculcado, la ética promovida, la honestidad...

»Hoy para mí es un honor nombrar a esa persona que, en el trayecto de esta convocatoria, demostró a capa y espada tener eso que arduamente buscábamos. La intención se mantuvo y se presentó en el tiempo indicado. Esta persona nos impresionó de principio a fin, así mismo, estas palabras son dedicadas a la persistencia, a su vez para hacerle notar que no importan equivocaciones o tropiezos en esta carrera que comienza, sino aprender y aplicar los conocimientos adquiridos buscando dar lo mejor de sí en busca de mejores resultados: Les presento a Elise Marie Wright, editora en jefe de *ROAD* —finalizó.

Los aplausos y caras sonrientes se pronunciaron fluidamente ante sus ojos verde oscuro, conmoviendo su corazón en raros destellos de felicidad, en

conjunto con un buen nudo en la garganta que le pedía festejar a gritos el acontecimiento.

La intimidación de sus colegas había quedado atrás, tan atrás que Elise ahora respondía rápidamente a las ideas innovadoras, que en ese momento se trepaban en su cabeza como intrusos salvajes, tratando de mantener ese impulso vivo y aplicarlo pronto.

Sus ojos veían más allá de esa sala de juntas, veían eso que en el fondo se estaba cumpliendo y veían también su anhelo de llegar a su departamento y compartir la buena noticia; compartir era sinónimo de divagar por horas a solas en ausencia de su compañera de habitación.

El móvil vibró súbitamente, *Elise*, era un mensaje:

*Querida, no te escapas en la noche, te esperamos en el lobby.
xoxo... Vicky.*

“¡Bueno, ya no será una celebración en solitario!”, pensó.

Esa tarde se mantuvo silenciosa realizando su cambio a la oficina de enfrente, tomaba sus pertenencias como si estuviese abandonando una casa en la que había vivido mucho tiempo, sí, era nostalgia, no podía sino detenerse a observar cada objeto que tomaba en sus manos, fuera un diploma u otro tipo de documento.

Por la noche las carcajadas, los golpecitos de brindis vigorosos, los buenos deseos y abrazos; después, los chistes de buen gusto, los aplausos acompañados de envidia y demás arrojaron la moral de Elise. Pero como todo tiene un comienzo y un final, la hora de despedirse llegó y así concluyó un día inolvidable para su destino.

Más que realizada y con proyectos significativos que marcarían su inicio en el mundo de la publicidad, se pasó analizando cada situación y cada idea hasta llegar a su departamento.

No vivía sola, la acompañaba su amiga Ayleen, de origen irlandés, cuyos padres acaudalados se habían propuesto enviarla a Estados Unidos a realizar sus estudios superiores, durante un tiempo investigaron cuáles eran las mejores universidades para la carrera de Periodismo y, al igual que Elise, se decidieron por la universidad de Boston. Pero llegó el día en que las dos se

mudaron a Philly.

Con una vida social envidiable, aquella pequeña pelirroja de cabello rizado y piel lechosa se pavoneaba en cualquier círculo; no le era difícil, sobre todo siendo su pasión el ballet clásico; contaba con demasiados admiradores o, por qué no decirlo, fans, así que por lo que veía Elise, esta noche llegaría tarde después de una grandiosa presentación en el teatro.

Resignada y a la vez cautivada por lo sucedido durante el día entró sutilmente, enseguida Ives, su pequeño corgi, se acercó y festejó su llegada, ella lo abrazó tiernamente llevándoselo al sofá color café, aquel que servía de pensadero y donde no existía nada más que su mente al mil por hora.

Una invitación fortuita

Elise disfrutaba cada minuto de este nuevo comienzo, aun existiendo la incertidumbre ponía todo su empeño en que aquello funcionara. Las llamadas y las reuniones para implementar cada parte de su estrategia la mantenían

ocupada buena parte del tiempo; solía irse a despejar a la terraza contemporánea de las oficinas en busca de ideas para nuevos proyectos, se perdía entre los pensamientos y un cigarro.

—¡Oh, aquí estás! Te he buscado por el edificio entero —comentó Victoria, que en esta ocasión llevaba puesto un Suit Gucci color arena —Vengo por ti, Goldmayer nos invitó a una exposición de arte, quiere entrevistar por su cuenta a los hermanos Bremer y si todo sale bien podría ser tu primer artículo, quizá hasta valga la pena publicarlo. Verás, los chicos, tengo entendido, dieron con el profesor por sus clases en la universidad, así que nosotras iremos de coladas. Anda, ve por tu abrigo —le ordenó con tremenda sonrisa.

—Un momento, ¿ese sería uno de mis temas para el mes de noviembre!

—Elise, es Goldmayer, qué podremos esperar que no sea una idea gloriosa que motive nuestro tortuoso día...

—Claro, después hablaré con él, ahora necesito terminar unas redacciones... —era mejor seguir por esta única ocasión los deseos del profesor y ver qué resultaba, de todas maneras le dejaría un par de tareas a Erick, su nuevo asistente, así que asintió y entró con rapidez a las oficinas.

Caminó de prisa y lo único que no encontraba era su móvil, entre tantas cosas por la mudanza, no se percató de lo importante. Tras unos segundos de búsqueda desesperada Elise sufrió un leve mareo, las palmas de sus manos comenzaron a sudar, para ella no era nada del otro mundo, seguramente un efecto de todo el proceso vivido.

—¡Elisee! Vamooos —resopló Victoria desde el exterior de la oficina.

La tarde era extremadamente fresca, unos 16 grados de temperatura, típico de septiembre, aunque no lo pareciera, los árboles mantenían sus hojas quietas, sin movimiento alguno. Subieron rápidamente al Honda de Goldmayer, se dirigían al centro de la ciudad a una exposición no muy coherente con los temas que la revista publicaba, esta era sin duda una historia diferente. La revista hasta ese momento se había basado en temas sociopolíticos, vida moderna, restaurantes y decoración; ahora, con los cambios recientes, querían llevar al lector hacia nuevos horizontes, no tenían otra opción que empezar por propuestas de arte, cual fuere el género.

Se estacionaron afuera de una casona con ladrillos guindas y de algunos pisos. Entraron, era un lugar muy amplio, en el recibidor minimalista se hacían notar los cuadros decorativos de ese espacio, entre ellos diseños

futuristas y ambientados en épocas donde el sexo femenino tenía el poder y control absoluto de todo. Los sillones eran poco espaciosos, con formas asimétricas; nada coincidía entre sí, ni los colores, ni las texturas.

Había la suficiente cantidad de gente para que aquello no fuera tan aburrido, Victoria twitteaba cada movimiento y se concentraba en su móvil. Goldmayer, por su parte, no dejaba de echar vistazos a cada rincón del lugar, con su pose de sabio imploraba que vinieran los artistas para charlar y profundizar lo más que se pudiera.

La exposición era muy novedosa, hecha con deseos de llegar a los espectadores de tal manera que despegara de este mundo hacia alguna idea antes pensada pero no proyectada.

—Bienvenidos, ¿Ustedes son de la revista *ROAD*?

La voz de aquella mujer de menor estatura que Elise era tersa y de baja modulación, se notaba que tenía menos de 30 años. Blanca como la leche, cutis perfecto y pelo rubio por debajo de sus oídos haciendo juego con sus ojos celestes; un tremendo perfil europeo, aunque su delgadez asustaba.

—Sí, tú debes de ser... ¿Gretchen Bremer?, hablé contigo antier —comentó sereno el profesor.

—No se equivoca, profesor, eh...

—Goldmayer...

—¡Gracias por venir! —extendió la mano— empezamos hace unos momentos con la exhibición y mi hermano debe de estar por ahí mostrando los trabajos, qué les parece si se ponen cómodos o si lo desean pasar a ver las obras, tenemos un pequeño refrigerio en la parte posterior y una terraza por si quieren aire fresco, nos complacería iniciar la entrevista cuando el lugar se vacíe, digo, si ustedes están de acuerdo.

—De acuerdo —sonrió Elise.

—No cabe duda que los artistas se creen sacados de una canción estilo *grunch*, eh.

—¿Por qué lo dices, Vicky? —interrogó Elise.

—Tan solo mírala, es una belleza en potencia y ¿qué hace?, vestirse como hippie y andar por el mundo alucinando.

—No seas tan cruel.

—De acuerdo, vale, no te exaltes —puso sus ojos en blanco.

Durante un par de horas bebieron copas y copas de vino tinto, tomaron aire fresco en la terraza y de ahí nuevamente a la exhibición.

—¡Goldmayer, estoy exhausta, estamos congelándonos y alcoholizándonos para nada! —resopló Victoria, harta de esperar a los hermanos.

—Vicky, por favor tenemos que esperar, si quieren que nos quedemos hasta el final, cuando todos se hayan ido, es por algo bueno, lo presiento.

—Elise, ¡por favor! Estoy muy cansada, ahora iré con ese par de...

—¡Listo! Pasen al área de refrigerios, ahí los verá mi hermano — interrumpió Gretchen.

Elise cargaba su pequeña grabadora de mano y el profesor su Ipad, Victoria se dedicaría a tomar las fotos; siguieron a la hermana y tomaron asiento.

Gretchen lucía un vestido holgado bastante bohemio y con toques rojizos, lo jaloneó al momento de sentarse en uno de los sillones tipo lounge, sorpresivamente desabotonó su suéter de tres cuartos color arena, se arregló su cabello corto hacia un lado y volteó a ver a su hermano, quien estaba en un rincón de la cocineta.

Valrick, con melena dorada —en esta ocasión claramente la había peinado hacia atrás—, se dedicó a verlos mientras masticaba un bocadillo, estaba recargado en la barra con una pierna ligeramente levantada como buen tipo rudo. Su complexión era mediana; su altura, descabellada; el reflejo de la luz pálida hacía ver sus ojos, azul profundo, tristes y melancólicos a la vez; su cara afilada albergaba una barba poco poblada, también dorada.

Dueño de una belleza absoluta, exquisita y conquistadora, tenía un porte mucho más europeo que el de su hermana. Esa chaqueta de cuero le quedaba perfecta con su actitud desenfadada y, por así decirlo, un tanto rebelde.

Su reacción fue inesperada y pegó un respingo cuando sintió los ojos devastadores de Gretchen, caminó hacia ellos no sin antes tomar una copa de vino y ofrecerles a los invitados. Hasta ese momento los demás lo veían comportándose como todo un divo.

La música clásica, con tintes medievales y sonidos modernos, sonaba un poco más fuerte ya con menos gente en el recinto. Valrick extendió la mano para apagar el Ipad donde se reproducía...

—¡Si quieres solo baja el volumen! —propuso Elise observando sus dedos toscos.

—Sí, claro, el ambiente perfecto para la entrevista perfecta —giró para ver de quién era esa tersa voz. Sonrió un poco y tomó asiento.

El equipo se disponía a dar inicio a la entrevista y salir de ahí lo más rápido posible; los hermanos susurraban entre sí.

—¿Alguna vez han tenido entrevistas por parte de revistas o editoriales? —inquirió Victoria con el ceño fruncido.

—No, para nada, realmente es la primera vez que abrimos las puertas, normalmente son más urban y privadas —respondió secamente Gretchen.

—Por supuesto que ahora buscamos reconocimiento y satisfacción propia al mostrar nuestro trabajo, siempre ha sido indispensable dar un mensaje claro para la gente y, en nuestro caso, nos sentimos listos para llevarlo a cabo —musitó Valrick, quien ahora se mostraba más relajado y con mayor confianza ante el equipo.

Elise se puso a pensar en lo exótico que parecía su acento. Una cosa era segura: batallaba en hablar bien el inglés.

—¡Bien, comenzaremos! —prosiguió el profesor.

Victoria puso cara feliz al ver que su trabajo estaba por terminar y podría ir a cumplir con su demandante vida social, afuera no eran más de las seis, aún estaba a buen tiempo.

—Primero que nada nos gustaría saber sobre su historia personal, no lo sé, decirnos, dónde nacieron, dónde crecieron, su edad; se tratará de un breve relato y nosotros obviamente después lo editaremos al transcribir, no tengan miedo de decir algo equivocado, nosotros lo solucionamos —Elise sonrió.

—Ok. ¡Veintisiete! Valrick, treinta. Nos trasladamos desde Munich, Alemania, cuando éramos pequeños. Nuestros padres nos asentaron en Francia, ahí papá instaló un negocio familiar de venta de antigüedades, todos ayudábamos, especialmente en el verano. Este era su hobby pues fue arquitecto de tiempo completo. Él nos heredó el gusto por las colecciones y el arte —la pequeña rubia le sonrió con delicadeza a su hermano.

Valrick continuó relatando cómo después de vivir en Francia, cuando estudiaron en la universidad, Gretchen se fue de intercambio a Florencia, Italia.

—Claro —asentaba Elise al escuchar la breve historia, de vez en cuando revisaba su pequeña grabadora para ver que estuviera funcionando. Por momentos sentía una mirada peculiar por parte de Valrick. Llegó al grado de incomodarse.

—Gretchen, ¿desde cuándo sintieron el deseo por pintar y plasmar estas ideas?

Ella observó a su hermano, quien de inmediato contestó:

—Fue una decisión difícil, los dos teníamos planes diferentes, ya cada quien había hecho su proyecto de vida. Ella, para ese entonces, estaba estudiando Arquitectura, conoció a un chico sueco que vivía en Florencia; yo ya estaba decidido dentro de las artes visuales. El chico era muy ermitaño, no solía salir más que a exposiciones, la fue involucrando. Antes de regresar ella decidió que terminaría la carrera para comenzar con cursos o talleres de pintura, después fue requiriendo mi ayuda. Así comenzamos este proyecto. Son apenas un par de años que residimos en Philly.

—¿Cuánto tiempo llevan creando estas piezas y cuáles fueron sus primeras experiencias? — Elise dirigió la mirada por segunda ocasión a Valrick, su ego elevado y el porte le parecían imponentes.

—Gretchen, contesta tú... —le devolvió una mirada fría a Elise.

—Eh... Alrededor de cinco años, nuestra primera puesta fue en el bar de un antiguo amigo de la universidad, hemos viajado bastante desde esa exhibición. De ahí que nos han recomendado para otros espacios.

—Eso suena muy bien... ¿creen que su carrera ha ido despuntando?, ¿en qué nivel consideran que están?, ¿ya son conocidos en la escena de la pintura?

—Hay mucha competencia y debemos mantener los pies en la tierra, creo que es un paso importante el hecho de que ahora ustedes vengan a hacernos esta entrevista. Esto, considero, nos dará mayor publicidad en el medio, nos podremos expandir. Siento que ya recorrimos amplio camino... lo más difícil ya lo hemos superado: la aceptación de las personas hacia nuestras ideas.

Elise escuchaba con atención, la entrevista fluía a buen ritmo, sin embargo algo la incomodaba desde el momento de la lucha de miradas con Valrick.

—¡Perfecto, ahora empezaremos con el tema de sus IDEAS! —dijo entusiasmado Goldmayer, quien juntó sus palmas y llevó la punta de sus índices a su afilada nariz—; linda, cambia de lugar, es mi turno —empujó sutilmente a Elise hacia el otro extremo.

Ella decidió ir a encender un cigarrillo a la terraza. Goldmayer tomó la grabadora de mano e inicio sarcásticamente (una virtud que se le daba bastante bien) con las preguntas.

—Estamos por terminar, chicos, para que puedan irse corriendo a sus compromisos y decir que *ROAD* vino a entrevistarlos —recitó en calidad de celebridad soltando una carcajada. Todos rieron por mero compromiso.

—¿Más vino? —interrumpió Gretchen.

—No, querida, gracias, prefiero ir viendo las obras; voy a elegir algunas para las fotografías —contestó amablemente Victoria.

—Bien, tenemos aquí diversas obras, Victoria me ayudará a tomar las fotos, ustedes nos pueden indicar su significado, elaboración, representación, mensaje o idea y por último cómo trabajaron, si de manera individual o en conjunto.

Victoria miró escéptica al profesor y arqueó una ceja.

—¿Goldmayer, no te parece que tenemos que dejar que los anfitriones nos platiquen abiertamente sobre cada detalle al estilo de un artista?

—Mmm... qué les parece, muchachos, ¿saben cuál es el estilo de un artista? —flagelaba con los ojos a Victoria, con sentimientos de competencia.

—No tengo problema alguno, Torrance... —respondió Valrick—. Esta pieza es un mosaico surrealista... —los invitó a unírsele por detrás de su deslumbrante altura, levantó un brazo indicando los aspectos más detallados de la obra.

A lo lejos se encontraba Elise, tan despierta, tan convencida de que este y otros artículos por venir cambiarían el rumbo de la revista.

Tras un arduo día de trabajo su peinado se veía caído, comenzó a acomodarlo con sus largos y finos dedos. Las ondas entre su cabello enmarcaban el perfil de su cara.

Valrick pretendía estar apoyando los comentarios que su hermana hacía sobre las piezas, sus ojos azules no podían evitar ver de soslayo a Elise. Su respiración se agitó mecánicamente, no contenía la curiosidad...

—En estas piezas de aquí utilizamos la técnica húmedo sobre húmedo — Gretchen dirigió a sus entrevistadores a la esquina derecha, donde había unos paneles blancos.

Había seis cuadros medianos, de los que sobresalía el más grande por su aspecto e ilustración.

—Fueron inspirados en ciudades diferentes, básicamente donde hemos vivido por largas temporadas —explicó Valrick acercándose, aquellos vaqueros color azul, de aspecto viejo, despertaban en Elise un deseo desconocido para ella, lo veía de espaldas, era un sujeto bastante guapo.

Sus ojos, fijos en el cuadro, reflejaban un pasado representado por cada pincelada, cada trazo; fue difícil no darse cuenta. El más grande era un magnífico paisaje de Alaska y fue el que atrajo de inmediato la atención de

los espectadores.

Predominaba el azul claro, montañas elevadas tocando los grises cielos, nieve muy blanca sugiriendo perfección y una delgada línea verde oscuro que, trazada por en medio, representaba la vegetación. Inmensos pinos con delicados troncos reflejados en el lago hacían de ese un paisaje en el que cualquiera podría dejarse ir con la mirada.

—Es vibrante, magnético, tiene cierto sentimiento creo yo —descifró el profesor Goldmayer mientras se escuchaban los flashes de la cámara de Vicky. Se incorporó Elise con premura para ver semejante creación.

—¿Qué me puedes decir de este, Valrick? —señaló la castaña.

—Es una pregunta difícil... —se calló bruscamente—. Fue de mis primeras obras, nunca lo he puesto en venta, para mí representa el inicio de este camino, es como un tesoro —declaró con voz profunda.

—¿Entonces, por qué lo exhibes? —insistió Elise.

La cámara de Vicky dejó de hacer ruido, todos veían a los ojos a los hermanos.

—Pues porque es la primera obra, fue la inauguración de mi creatividad, la práctica a nivel profesional.

—Diles la verdad, Valrick... —ordenó fríamente Gretchen.

Hubo un silencio; tras una bocanada de aire abrió sus exquisitos labios para dar paso a esa ronca voz.

—Era el lugar favorito de mamá, lo exhibo con los demás porque creo que hay cierto fragmento de ella en él, es mi amuleto —vio fijamente el paisaje de la obra.

Elise decidió mostrarse un tanto distraída; se giró bruscamente hacía otro cuadro. No era buena tocando fibras sensibles.

—Vicky, toma una foto de este, quiero que sea la portada del artículo.

—Goldmayer, ¿no crees que deberíamos revisar primero los demás, luego debatir cuál sería el correcto?

El profesor se contuvo y sonrió precavidamente.

—Si para el artista esta pieza tiene un significado tan profundo es la obra que llevará la portada... Elise, por favor apóyame en esto, además tú serías la que lo apruebe.

—¿Elise?

—Vamos, Vicky, esta obra se verá divina en la portada.

—Perfecto —prosiguió a tomar la foto apretando los labios en señal de

disgusto.

Los hermanos quedaron satisfechos con la decisión del profesor, así que continuaron guiando al equipo hacia las demás obras.

La castaña se dirigió hacia una pintura de tamaño mediano; se topó de frente a Valrick, quien, para detener el choque inminente, posó sus manos sobre los hombros de Elise.

—¡Cuidado! —alertó Valrick sonriendo vagamente.

—Oh, lo siento, yo... no me fijé —su sonrisa se disipó cuando sintió sus dedos largos y luego un silencio mientras se veían súbitamente a los ojos.

—...aquí tenemos pinturas al óleo —musitó Gretchen, interrumpiendo.

Lo extraño, sintió Elise, era la sensación que le había dejado ese suceso inesperado. Se apartó amablemente de él para volverse en dirección al equipo, notó que Gretchen los veía con cara curiosa detrás de esos ojos celestes.

Valrick se adelantó dando un ligero empujón a Elise, quien veía las obras con interés.

—Son pinturas basadas en las ciudades donde hemos vivido, esta de aquí tiene por nombre *La belle damme* / “La bella dama” —señaló la pintura colgada más arriba que las otras. Los colores, en su mayoría pastel, lucían tonalidades pálidas; se observaba a una mujer con ropas ocre y mugrientas, el peinado recogido; algunos pequeños cabellos eran alborotados por un denso viento; cargaba un libro y unas flores marchitas en la mano derecha. La chica estaba situada en una colina cuesta abajo, donde el paisaje se volvía verde seco.

—¡La hice yo! —habló con ligera modestia y seriedad Valrick.

—Fue en un lapso de tres meses en Lorraine, Francia, en una de mis tantas visitas. Era una campesina que solía ir a los establos en las granjas de sir Françoise LeRue, iba a escondidas, bajo sus ropas llevaba la Biblia, a veces se ponía de rodillas, luego se persignaba y comenzaba a rezar, nadie sabe la razón de estos actos. Era bella, eso sí, no pasaba de treinta años, como podrán ver tiene el pelo tan rubio que se confunde con la tarde amarillenta que la cubre. Sus ropas eran bastante viejas, suponíamos que venía de alguna de las casas humildes a las faldas de la montaña. Todos nos juntábamos en la taberna del pueblo y, claro, no faltaba quien contara su versión de por qué la mujer actuaba como loca, unos decían que había sido tanta su mala suerte en el amor que ya iba aceptando su destino, rezaba para que nunca la volvieran a

lastimar; otros, que durante muchos años sufrió abuso por sir Françoise e iba a sus propiedades a causar controversia; finalmente, mi opinión era que ella tenía signos de esquizofrenia, ya no ubicaba la realidad, yo a menudo la saludaba, pero en sus ojos podía ver que algo no iba bien. Su mirada estaba vacía. La pinté porque comencé a notar lo mucho que le apasionaba hacer esto, tan es así que todos los días a la misma hora lo repetía. No hubo oportunidad de que posará para mí, me era imposible capturar una escena como la que se muestra aquí, esas imágenes quedaron grabadas en mi mente, luego solo pincelé.

Mientras Elise veía a Valrick relatar su historia con gran intensidad, se le secaba la boca: tan atractivo, libertad mezclada con rebeldía, explorador de mundos desconocidos, desbordando confianza en sí mismo. Cada vez que hablaba iba contemplando todo de él, labios, barba, altura imponente... algo tenía aquel rubio de origen alemán, algo que no se podía explicar...

—¿Elise, tenemos suficiente para el artículo, qué opinas? —cuestionó el profesor.

—¿Y por qué pintaste esas flores en su mano? —cuestionó Elise sin atender aún al profesor.

Valrick la miró y sonrió.

—Esas flores las dejaba sobre el lugar donde rezaba, las de ahí están marchitas porque así las llevaba siempre, quizá las tomaba de las laderas de la montaña y, como dije hace un momento, creíamos que ahí vivía, era todo un caso, los del pueblo ya le tenían hasta un nombre: Louise de Lorraine...

—Quisiera que nos mostraras más antes de decidir si ya es suficiente —arqueó la ceja observándolo para después dedicar esos ojos verde oscuro al profesor.

—¿Gretchen, me haces el honor? —le indicó su hermano.

—¡Valrick, tú eres el bueno en estas cosas! —le pellizcó ligeramente el antebrazo y sonrió con timidez.

—¡Bien!, pues entonces las veremos y sacaremos nuestras conclusiones —inquirió retadora Victoria; si bien eran las ocho, para ella era suficiente; además la actitud espontáneamente retraída de Gretchen dejaba mucho que desear, había sido como un intruso en su mundo narcisista.

Elise clavó la mirada en Vicky y dio pequeñas zancadas apartándola de los demás.

—¿Qué te sucede? —susurró frunciendo el ceño.

—¿Acaso no ves?, ¡no se ponen de acuerdo!

—¿Cuál es la maldita premura?, tanto tú como Goldmayer quieren terminar.

—¡Elise, es suficiente material, no le veo problema si nosotros hacemos el recorrido!

—¿Hablas de problema? ¡Problema es que la revista está de pique!, créeme cuando digo que si no hacemos esto de manera correcta todo acabará, ¿quieres eso?, ¿quieres que salgamos por inútiles porque no supimos aprovechar la oportunidad que nos dieron los directivos de hacer el cambio? ¡Somos un equipo!, es un esfuerzo equiparable, así que por favor basta, hay que hacer este artículo con el sentimiento que lleva cada pintura y si es necesario nos quedaremos hasta saber la historia de todas... bueno, al menos de cuatro más.

Los ojos azules de Victoria se tornaron sombríos con la respuesta brusca de Elise, ella nunca había reaccionado así.

—Comprendo, tranquilízate, Elise, sé que tienes gran responsabilidad, en verdad lo comprendo.

Elise apretó los labios y respiró profundo, sabía perfectamente que al hablarle así a Vicky habría consecuencias porque era demasiado orgullosa, siempre quería tener la razón, pero a veces, como en ese momento, se tornaba insoportable su actitud. Corrió el riesgo, no podía quedarse callada, no ahora que todo iba mejorando, no ahora que el cargo recientemente adquirido demandaba cambios.

—Ok, linda, terminemos con esto —sonrió la castaña.

—¿Todo bien? —preguntó Valrick desde el fondo del salón.

Su mirada disimulada impactó en Elise, fue al primero a quien ella vio al regresar, pero al parecer Valrick era lo suficientemente educado como para reclamarle o decir algo.

—Sí, claro —fijó la vista en sus ojos.

El profesor frunció el ceño y vio a Elise de reojo mientras pasaban por delante de él.

—Mi hermana continuará con ustedes, tengo que salir un momento, vuelvo antes de que se vayan, si me permiten...

—De acuerdo —respondió Elise, después de hablar con Vicky tomó una posición indiscutible de lideresa.

Al retirarse, el rubio sacó su móvil, iba bastante concentrado, se dirigió a la puerta principal del local perdiéndose entre la oscuridad.

—Nos quedan cinco piezas que mostrar, por aquí por favor... ¡Ah, por cierto! ¿Gustan más vino? —giró de golpe hacia el equipo.

Vicky bufó para luego aceptar la invitación. El profesor, atónito por la escena de la discusión, quiso saber detalles, ella trató de despistar un poco, tenía buena relación con Elise y no arruinaría esto, quería apoyarla en ese proceso y no la traicionaría.

—Olvidalo, Goldmayer, no pasó nada, simple plática sobre el artículo —dijo sin vacilar.

—Me tienes sorprendido, Victoria, jamás dejas que tu carácter te delate...

—Oh... creo que me mordí la lengua —respondió juguetona.

—Vamos, deja de tomar vino...

—Por favor, son dos copas.

—Suficiente por hoy, además es miércoles, no podemos...

—Podemos si nosotros hacemos el total del artículo sorpresa, porque es sorpresa, ¿cierto?

—Oh, vamos... solo quiero que salga bien para ella.

—Sí... claro, y mientras nos haces trabajar hasta la inconsciencia.

—Así será hasta que la revista vaya en ascenso.

—Entonces deberé renunciar a mi vida exterior, supongo.

—¿Deberás?, no, querida, ¡los tres lo haremos!

—Lo dudo.

—Trabajar en equipo... ¡qué satisfactorio y agradable es! —se adelantó con una sonrisa de oreja a oreja dejando a Vicky con una mueca en la cara.

—¡Goldmayer, tenemos que platicarlo pronto! —casi gritó al ver que el profesor se alejaba.

Elise, quien ya se encontraba hablando con Gretchen, metros adelante, sobre el proceso del artículo, volteó perpleja a verlos.

—Entonces lo verás publicado dentro de los primeros cinco días de octubre, ahora, ¿cuáles obras nos mostrarás?

—Pasen por aquí.

Gretchen señaló una ligera cortina negra justo detrás de las demás obras que ya les había mostrado.

—Esta es nuestra pintura principal, las pasadas las hizo Valrick él solo; en

esta participamos los dos, la han elogiado mucho, nos honrarían si apareciera después del paisaje de Alaska –concluyó a modo de pregunta y dando la espalda al cuadro.

—¿Por qué no la exhibiste hace un rato con toda la gente? –pregunto Victoria ansiosa.

—Es decisión de Valrick, tanto la de Alaska como esta, no se encuentran a la venta. Tenemos cierto cariño a esto, es difícil de entender y, peor aún, que nos negamos a exhibirlas, pero hay significado y sentimiento plasmados aquí.

—¿Y por que está escondida de las otras?

—Ah... continúa, querida... –dirigiéndose a Gretchen, interrumpió el profesor sin dejar de ver a Victoria, que parecía estar en un interrogatorio.

—Am... la verdad es que esta obra fue producto de nuestra primera discusión profesional, él tenía otros estilos que quería llevar a cabo, sin embargo yo como buena principiante no salía de las técnicas y la teoría, cuando nos sentamos a platicarlo, él dijo que sería buena idea partir la obra por la mitad, bueno, primero fue por la mitad, después en automático la segmentamos según como íbamos interpretando la estructura.

De pronto se le comenzó a quebrar la voz, naturalmente brotaron unas tenues y cálidas lágrimas de sus ojos, su cara blanca se tornó roja como un tomate, sus manos entumecidas continuaban inertes sobre sus muslos.

—Vivíamos en un departamento de seis por cuatro, en Barcelona, fueron tiempos difíciles, a veces no teníamos para pagar el alquiler y Valrick hacía trabajos de mesero o de lo que fuera. Yo era cajera en un centro comercial, ganábamos poco, pero al estar por las noches conviviendo es cuando más inspiración teníamos, cuando nos relajábamos después de tanto estrés dibujábamos en hojas de libretas viejas, ahorrábamos lo poco que nos sobraba para comprar materiales. Después hicimos contactos en Madrid por medio de unos amigos, así decidimos trasladarnos a aquella ciudad. Nos apoyaron mucho, incluso consiguieron que Valrick impartiera cursos o talleres en recintos gubernamentales y, claro, él prefería eso a estar atendiendo mesas.

»No pasó mucho tiempo en que conoció a una mujer, española, no recuerdo bien de qué lugar era, pasaban bastante tiempo en el taller de pintura, ella le enseñó mucho de lo que hoy sabe, incluso le ayudaba a promover sus obras contactándolo con galerías de mayor nivel, para mi gusto y como se lo comenté desde un inicio ella fue literalmente un ángel. Estas

experiencias quedaron aquí frente a nosotros. El lado derecho es el mío.

Gretchen alzó la cortina negra y dejó ver un cuadro mediano, iluminado de arriba abajo con lucecitas de neón. Una placa decía “Frieden”.

El cuadro era perfecto, no tenía detalle alguno a la vista de los espectadores, era por así decirlo indescifrable; el lado de Valrick, con fondo grisáceo, estaba lleno de texturas oscuras y pálidas, garabatos de escaso tamaño que parecían haber sido hechos con un pincel muy delgado, una bellísima perspectiva hacía que se encontraran varias formas desde diferentes ángulos. El lado opuesto se componía de líneas entrecruzadas, perfectamente medidas y trazadas; el fondo celeste claro evidenciaba en la parte media un signo, simétrico y puntiagudo, resaltado por encima de las líneas, dejando una estela de sombras. Al ir avanzando se notaba como los artistas habían hecho confluír sus trabajos a la mitad del cuadro en una desbordante mezcla de trazos y color.

—¿Cómo se llama la técnica utilizada en este? —inquirió Elise, confundida, al ver que esa imagen desentonaba con las otras, más figurativas.

—Es surrealismo abstracto; óleo. Lo hicimos en Madrid, como les decía, es algo muy personal, al parecer nuestras peleas dieron frutos.

Gretchen se quedó pensativa mientras el equipo se acercaba a esa obra; con un nudo en la garganta se fue retirando poco a poco por más vino.

—¿Qué les parece?, el lado de Valrick es hermoso... se complementa con el de su hermana, efectivamente hay demasiadas explicaciones para este cuadro —dijo el profesor.

—Además, ¿ya observaron ese garabato extraño en la esquina inferior derecha...? Se ve como un número... ¿veintiséis? —Victoria frunció el seño apuntando ese símbolo.

—Esperemos a que regrese y nos diga, tengo una inquietud en cuanto a su seriedad y lloriqueos —opinó Elise.

—Bien, lindas, llegó el momento de retirarme, revisen sus grabaciones y fotos, ¡qué no se les olvide nada cuando se vayan! —dijo el profesor.

Victoria se quedó con la boca abierta, también quería terminar con el trabajo e irse lo más pronto posible. Y Elise lo notó.

—Está bien, suficiente por hoy para ti, Vicky. ¿Por qué no se adelantan los dos?, me quedaré a conversar un poco con Gretchen, tal vez obtenga más información para agregar al artículo.

—¿De verdad?, no lo sé, ¿cómo regresarás?

—Mi departamento está muy cerca de aquí, Vicky, probablemente tome un taxi, no pasa nada.

—Oh... pues gracias, te debo unos tragos por esto, Elise.

Pasó un lapso de diez minutos, el equipo comenzó a despedirse de Elise y luego de Gretchen, le dieron tarjetas de presentación con la promesa de seguir en contacto; el profesor, educado y sofisticado, besó a Elise con el típico saludo francés, después Victoria se acercó a ella guiñando levemente el ojo derecho.

—¡Suerte!

—Vale, los veo mañana.

Observó a Gretchen, quien ahora se encontraba viendo su obra preferida, *Alaska*.

Elise no podía contener la curiosidad y se acercó a ella; la pequeña rubia mantenía su vista fija en la pintura, abstraída desde que mostrara la última obra, ahora se veía relajada.

—Él es tan feliz como yo cada que contemplamos esto.

—¿Te refieres a tu hermano?

Ella asintió.

—¿Qué sucedió hace un rato?

—Emoción, solo eso.

—Entiendo, ¿te molesta que te pregunte?

—Si te dijera tendría que arriesgarme a que lo publiques.

—No, claro que no.

—Solo bromeo, no pasó nada, recordé lo dura que fue esa época y lo mucho que nos costó subir y hacernos de contactos, tú sabes cómo es el medio, tú con el lado de las publicaciones, nosotros con el arte...

Interrumpió la respuesta una voz chillona a las afueras del local.

—Señorita Bremer, ya estamos aquí.

Unos chicos robustos, de veintitantos, recién llegaban. Dejaron en el suelo unos maletines y revisaron el lugar detenidamente.

—Oh, lo había olvidado; Héctor, pasa, espérame, ahora bajo...

—Elise, discúlpame, son las personas que desmontan la exposición, dame un momento.

—Adelante, lo único que haré será repasar el material y al final platicamos.

Giró y tomó las escaleras de una zancada.

Se limitó a echar un último vistazo a las obras que estaban ahí, dejó la grabadora apagada en una silla junto a su maletín. Vio de reojo “Frieden” y lo pasó de largo situándose sobre la que más le había gustado, era difícil de identificar por el nombre en francés, pero sin duda para ella era la mejor.

La contemplaba, sumergida totalmente en sus adictivos colores, su estilo y sobriedad; a lo lejos se escuchaba la voz seca de Gretchen dando instrucciones a los empleados.

Tomó una copa de vino y se paró nuevamente a contemplar la pintura, un poco cansada por sus altos tacones desabotonó su saco rojo carmesí de tres cuartos y acomodó su cabello pasándose la mano de la frente hacia la nuca. Relajada, conmovida por la imagen que estaba observando, de pronto dejó de escuchar las voces y se concentró en la pintura de aquella mujer francesa con ropas mugrientas. Comenzó a tararear la canción del fondo sosteniendo entre sus dedos la fría copa cuando un ruido congeló el breve momento.

Observó rápido hacia ambos lados... todo estaba en orden; se acercó al barandal de la segunda planta donde ya no se encontraban la rubia y compañía en la parte de abajo, buscó con la mirada por todos los rincones; caminó hacia su bolso, sacó su móvil y revisó la hora: 10:33 p. m., abrió desmesuradamente sus ojos. Decidió guardar el material. “¡Demonios!, ¿cómo pudo pasar?, es tardísimo”.

Una gruesa voz llegó a sus oídos justo detrás de donde estaban las obras.

—¿Se fueron tus compañeros?

Dio un ligero salto y se reincorporó en busca de aquella voz.

—Eh, sí —seguí tratando de ubicar el sonido.

Giró hacia la pared sencilla donde colgaban las obras. Se encontró con el dueño de aquellos ojos azul profundo que ya conocía.

El rubio ahora la veía a distancia. Las luces blancas del techo se reflejaban en su chaqueta de cuero negra, tenía sus manos dentro de las bolsas del pantalón y estaba recargado sobre el barandal. Sus botas estilo cazador hacían juego con su pantalón ajustado.

—Hemos terminado, es solo que cada quien tenía sus compromisos, decidí quedarme y planeaba hablar con tu hermana sobre la última obra que nos mostró.

Dejó la copa vacía en la mesita de la esquina y se acercó a él.

—Debe estar con Héctor y su gente, son las personas que...

—Ayudan a desmontar... —completó la frase.

—Sí.

—Por cierto, ¿dónde guardan las obras para transportarlas?, tengo curiosidad.

—Aquellas cajas planas de la esquina —señaló el bulto que estaba en la planta baja, cerca de la salida de emergencia —se van apilando en tres y entre ellas ponemos mantas para conservar y proteger...

—Ya veo.

—¿Te gustó la exposición?

—Son buenos, ah, nunca había asistido a alguna —fue honesta.

—Una vez que entiendes las ideas, lo demás se va dando —la comisura de su labio izquierdo se elevó un poco.

—Sí, supongo que así funciona.

En silencio los dos contemplaron la pintura que en esta ocasión era alegre y de colores fuertes.

—¿Te llevas bien con Victoria?

—Oh, sí, claro...

—Noté que hubo un detalle hace rato antes de irme y, no te molestes, pero necesita comportarse. Estuve a punto de echarla, aunque no lo creas este trabajo es igual de complejo y desgastante que otros.

—Ya lo creo. No volverá a suceder —sonrió levemente.

La madurez mostrada por Valrick provocó en Elise una especie de confianza que iba aumentando al hablar con él.

—¿Llevas mucho tiempo dedicándote a esto de la publicidad?

—Sí, ya unos años.

De soslayo percibía que Valrick la observaba disimuladamente, sí, era lo bastante guapo como para poner nerviosa a cualquiera y Elise comenzó a estarlo. Caminó hacia donde estaban sus pertenencias y abrió su cartera.

—Eh, tengo que irme, toma esta es mi tarjeta, llámame en estos días para darte el status del artículo.

—Pero no tarda en venir mi hermana.

—Prefiero irme, ya es tarde, quizá le pida una reunión después.

—Ya tienen nuestros datos, seguimos en contacto, ¿ok?

No supo cómo despedirse de Valrick, así que este tomó la iniciativa plantándole un ligero beso en su mejilla derecha. Elise sintió que el corazón se le salía, aquel rubio estaba tan cerca que pudo oler su perfume. Perpleja por unos instantes, al final reaccionó por inercia propia. Se echó para atrás

unos pasos.

—Bien, ya está —contempló la tarjeta, luego observó como ella rápidamente bajaba las escaleras.

Elise llegó a su apartamento no sin antes haber pasado por su cena italiana a su restaurante favorito: Ravioli. Entró manipulando sus pertenencias y la cena, casi haciendo malabares, se dirigió a la cocina. Se quitó los zapatos y se lanzó al refrigerador por algo de beber.

Pasó por la habitación de Ayleen y no estaba. Bufó...

—Vaya, tendré que acostumbrarme a esto, ¿cierto, Ives?, demandantes vidas sociales, compromisos, pareja... —suspiró.

Su rutina era clara y, más allá de buscar diversión, por ahora se concentraba en estar sola, pasar tiempo en casa, realizar actividades que le favorecían en lo personal.

Se acomodó en el sillón pequeño y prendió el Ipod, ubicó su *playlist* favorito y comenzó a devorar su cena.

La burocracia de Road

Aún no eran las 7:00 a. m. cuando la castaña pegó un brinco de la cama, era jueves, recordó entre su somnolencia que había junta con los demás editores en las oficinas de la revista. Suponía que al poco tiempo de haber tomado el cargo le pedirían algo de avances, debería estar preparada.

Pasó de largo por la alcoba de Ayleen, quien dormía plácidamente con la puerta medio abierta, estaba acostada de lado. Alcanzó a divisar su hermoso perfil europeo, el cabello rojizo estaba más ondulado de lo usual, brillaba con fuerza debido al sol que entraba por su ventana, aquel resplandor iba a dar sobre el cobertor color beige que la arropaba. Y, como era costumbre, Ives

estaba acurrucado junto a ella. La escena fue realmente tierna.

Elise tomó su baño con muchas ganas, se dejó consentir por breves instantes dejando que el agua tibia recorriera su cuerpo. Con sus ojos cerrados los pensamientos hacían de las suyas. Tomó una toalla enredándola en su pecho. Al llegar a su alcoba vislumbró una luz parpadeante entre sus colchas.

—¡Cinco llamadas perdidas y un mensaje! —leyó en voz alta—, *Elise, paso por ti a las 8:00, Victoria*. Oh, cómo pude olvidarlo, ¡quedamos en desayunar!

Los desayunos con Victoria levantaban la moral a cualquiera, como buena chica sociable solo ella sabía la calidad de cada lugar al que decidía llevar a la castaña.

—¡Hola!, pondré café, ¿quieres un poco? —susurró Ayleen, desde el marco de la puerta, más dormida que despierta y con el cabello alborotado.

Ives entró como poseído a la alcoba para jugar con las ropas tiradas de Elise.

—No, gracias, pasará por mí Vicky, desayunaremos fuera y después a la junta con los editores.

Volteó a ver a Ayleen y esta sacó de entre su bata una caja mediana, roja, con un listón plateado y lo extendió.

—No te había felicitado por tu asenso... em... ¡toma!

—¡Un presente!, wow, ¡¡gracias!!

—Ábrelo antes de que te vayas, juro por Dios que se te verá increíble con lo que llevas puesto.

La castaña se precipitó a rasgar la envoltura.

—¡Vaya! Sí que te luciste, ¡está divina! —esbozó una sonrisa—. ¡Por Dios! —extendió aquel pedazo de tela para dejar ver sus colores verde oscuro combinados con siluetas color beige.

—¡Anda, pruébatela!

Elise echó su cabello hacía un lado y se colocó la pañoleta quedándole un bultito abajo del cuello y los picos largos a los costados; la acomodó frente al espejo. Le iba muy a juego con el vestido, tal como lo predijo Ayleen, los colores claros se mezclaban con tonos verde oscuro que hacían juego con sus ojos verde seco; el vestido blanco enmarcaba hermosamente su figura. Se conjugaba todo a la perfección.

—¡Qué porte, señorita Wright! —jugueteó Ayleen.

—La verdad no te hubieras molestado, pequeña, pero vaya que me encanta

el detalle.

—De eso se trataba... iré por mi café, por cierto aquí me quedaré, más tarde tengo ensayo y llegaré pasadas las once, como estos días, lo siento por dejarte sola, Elliot quiere que la presentación quede perfecta, es el veinticinco de noviembre ¡no lo olvides! Agéndalo, me agradecería que fueras.

—Oh, sabes que sí —la abrazó—, ¿tus padres vendrán?

—Aún no lo sé —sonrió disimuladamente y pasó su mano derecha acomodando un mechón de su cabellera rojiza mirando fijamente a la nada.

—Ahora sí iré por mi café, de lo contrario no despertaré.

—Vale, gracias otra vez.

Elise pensaba en lo buena persona que era Ayleen y en cómo prefirió desinteresadamente pertenecer al ballet de Philadelphia y no a una editorial o algo cercano a lo que había estudiado, tal vez por eso sus padres no venían seguido a ver sus presentaciones, según lo que le había contado no aceptaban su verdadera vocación.

—¡Elise! Victoria está en el interlocutor, te espera abajo.

—Gracias, ya me voy, nos vemos por la noche —tomó su abrigo, acarició rápidamente a Ives, que ya estaba en el sillón, antes de salir dio media vuelta e hizo un ademán hacia la pañoleta en señal de agrado—. Me encanta —susurró.

Bajó por las escaleras de prisa para encontrarse con Victoria, quién también iba muy presentable para la reunión.

—Como siempre, guapísima, Victoria.

—Gracias. Hay que darles a los compañeros de la revista algo bueno de que hablar ¿no? Andando...

—¿Cómo te fue ayer?, ¿pudiste hablar con la señorita bipolar?

—¡Victoria!

—¡Elise!, vamos, no me digas que no te diste cuenta, esa mujer es extraña... —frunció el ceño.

—Vicky, por Dios.

—Bueno, cuéntame, ¿conseguiste algo?

—Realmente no, cuando quise hablar con Gretchen a solas llegaron unos tipos, supongo que iban a desmontar la exposición, los atendió y me quedé viendo las pinturas de nuevo.

—¿Y?

—Me di cuenta que era tarde y me fui.

—Vaya, pensé que el hecho de que te quedaras a hablar con ella le daría otro giro al artículo que ya para mi gusto es aburrido. Cuando Goldmayer me dijo que iríamos a esa exposición creí que eran artistas destacados o por lo menos reconocidos, pero solo son novatos que...

—Que requieren atención y por eso buscaron nuestros medios – interrumpió Elise.

—Como tú digas –Victoria evidenció su desacuerdo.

Llegaron al Bistro, que no estaba más que a dos manzanas del departamento de Elise, tomaron asiento en una de las mesas de afuera tratando de disfrutar el tenue sol que apenas aparecía.

De pronto vibró el móvil de Victoria.

—Hola, ¿cómo estás?, qué sorpresa que me llames a esta hora, querido, apuesto a que te caíste de la cama...

Mientras hablaba como perico, Elise se dedicó a revisar el menú, tenía demasiada hambre y al parecer sería un día muy largo. Sentía los nervios de punta por la dichosa junta, a pesar de intentar relajarse repasaba ansiosamente los temas en su cabeza, quería que saliera todo bien.

—Cielos, este hombre nunca lo superará, ¿crees que me siga buscando después de que le dije que no quería verlo?, lo sé, soy una maldita bruja... – vaciló Victoria después de colgar.

—De qué diablos te quejas, Vicky, tienes una fila esperando ahí afuera, eres muy afortunada y puedes tener al hombre que quieras. Cierra el pico y no me presumas, ¿quieres?

—Pues, linda, tú tampoco te quedas atrás, tan solo mírate. ¿Ya no has sabido nada de Rob?

—¡No y tampoco quiero saberlo!

—¿Aún no lo perdonas?

—Nunca...

—Linda, creo que te fuiste a los extremos.

—¿Extremos?

—Sí, ya sabes, tuviste la oportunidad, era buen partido.

—Victoria, basta, em, ¿qué pedirás?, muero de hambre –cambió el tema drásticamente.

—Veamos...

—Buen día, bienvenidas, ¿les puedo tomar su orden? –interrumpió el mesero que en esta ocasión se distinguía por ser rubio y de ojos azules, con

su delantal blanco, impecable. Permaneció atento a las chicas.

—Yo ordenaré un sándwich tostado de pechuga, para tomar un jugo de naranja, por favor —pidió Victoria con sus ojos celestes clavados en el menú.

—Para mí tostadas francesas y un café americano.

—¿Con fresas y plátano, señorita?

—Sí, por favor.

Los ojos claros de Victoria se dispararon a los de la castaña.

—No te confíes tanto, esos huesos tuyos no soportarán tanto peso.

—Por ahora sí —guiñó el ojo.

Las risas, el desayuno glorioso y la plática hicieron que el tiempo transcurriera rápido. Pero había algo en lo que Elise pensaba en ese momento. Sería mejor no comentar el episodio de la noche anterior con Valrick, se percató de la hora.

—Vámonos ya.

—De acuerdo, sabes, Elise, estaba pensando, ¿no te pareció bastante atractivo el hermano de la bipolar? —Victoria se levantó de la mesa acomodando su atuendo.

Hubo un silencio que detonó la afirmación esperada.

—Oh, por Dios, no tienes que articular palabra, te conozco bien.

—Eso no significa nada.

—Significa todo, a ver, entonces ¡niégalo!

—Oops, Vicky, me atrapaste, sí, es simpático —respondió Elise con cierto sarcasmo.

—¿Simpático?, oh, no, linda, es perfecto.

Juntas abordaron un taxi después de los intentos de Victoria por hacer parecer a Valrick como un superhéroe ante la perspectiva de Elise. Pasaron por las grandes avenidas de Philadelphia y después por el centro de la ciudad, que ya estaba cubierto de hojas por la víspera del otoño. Esto ponía a Elise nostálgica.

—Oh, espera —interrumpió la plática interminable de Victoria—, ¿hola...? Goldmayer, vamos llegando... —su voz se vio interceptada por la del profesor—, claro, entiendo... veré qué puedo hacer, te veo a las nueve en la recepción.

—¿Qué pasa?

—Disculpe, ¿no puede ir más de prisa? —indicó Elise al conductor, un afroamericano bien parecido y de edad avanzada. Este le dedicó una mirada

por el retrovisor.

—¡Por Dios, Elise!, ¿qué sucede? —desesperada Victoria se sostuvo del asiento.

—Goldmayer está por recibir a los dueños, tenemos que llegar ¡ya!

—Los ojos de Victoria se tornaron sombríos y lo único que pudo hacer fue tranquilizar a Elise, aunque eso significara que ella también necesitaba estarlo.

—No los esperaba, se supone que es mi primera junta con los editores, se suponía que revisaríamos el mes de octubre.

—Lo sé, llamaré a Sarah.

—¿Sarah Brown?

—Sí, la de diseño, tranquila, ella equivale a mis ojos en la oficina.

—Ah, vaya...

—Sí, dice que están llegando el señor Castelli y su hijo.

Si bien Elise conocía a los Castelli, sabía que eran jodidamente ricos, que tenían sinfín de negocios de diferentes giros, de hecho, la última vez que había visto al señor Luciano fue durante el brindis de su ascenso, ¿acaso estarían presentes en la junta? o ¿a qué iban entonces?

Estaban a solo dos cuadras de la oficina cuando volvió a sonar el móvil de Elise.

—¿Sí?, bien, ya estamos llegando —colgó un poco aliviada.

—Genial, van a Dirección con Daniel. Esto me estresa, vamos.

Lejos de sentirse preocupadas, las dos bajaron del taxi con un excepcional porte que hacía que otros empleados voltearan a verlas. Tomaron sus bolsos y caminaron hacia la entrada, en la recepción ya las esperaba el profesor, quien vestía pantalón de pinzas color nude, zapatos cafés tipo Oxford. Un suéter con cuello de tortuga cerraba el look completo.

—Nueve en punto, andando.

—Un momento, Goldmayer, ¿qué fue todo eso?, ¿por qué está aquí el dueño?

—Como te dije, linda, subió con Daniel, no tengo la menor idea, de hecho nunca viene por estos rumbos, siempre gira instrucciones al director de alguna manera que no sea física y ahora de repente está aquí —se notaba que a él también se le habían puesto los pelos de punta, aunque fuera calvo...

Subieron el ascensor especulando por la inesperada visita, esto sin duda tenía a Elise fuera de base y confundida, ¿venían a la junta?, ¿no estaban de

acuerdo con su ascenso?, ¿se avecinaban más cambios?, un mundo de ideas la atacaba. Mantenía su mirada fija en la puerta, ya cerrada, del elevador mientras subían lentamente.

—Elise, tranquila, ellos saben de tu ascenso y por ende estuvieron de acuerdo –musitó el profesor, tanto la conocía que sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—Malo si no –objetó Victoria mientras se polveaba la cara.

—Quiero tocar el tema sobre la aplicación para celulares, hay que hacer un buen análisis.

—Te lo iba a sugerir, Elise, aunque como sabes la mayor parte de nuestros lectores es gente mayor –dijo el profesor.

—Sí, lo sé, pero vale, por eso me pusieron al frente, este fósil necesita renacer.

Salieron apresurados del ascensor y se dirigieron a la sala de juntas donde ya los esperaban.

El ambiente estaba calmado, se veía a muchos en sus lugares revisando asuntos pendientes, algunos otros trabajaban en conjunto, todos entusiastas. Unos cuantos sirviéndose café para tener energía suficiente.

Al fondo estaba la sala de juntas, que iba de acuerdo con la sobriedad de la revista y a tono con la decoración, la mesa era ovalada y de caoba. Impecable.

Estaban tres editores y el asistente de Elise; Victoria y el profesor también estarían en la junta.

—Buenos días, Elise –saludaron todos al mismo tiempo.

—Hola, chicos, ¿listos?

—Bien, Erick, necesito revisar primero que nada la agenda, hay un par de temas en cuanto a los artículos que envió Diseño, organiza una junta con ellos lo más pronto posible, si se trata de cambiar, esos diseños irán directo al basurero –dijo Elise cuando se acomodaba para sentarse en la silla principal.

Erick Parker era su asistente y quien obviamente seguía el ritmo de trabajo que llevaba, bajo esa cara de niño de preparatoria yacía un joven de veintidós años, listo y dispuesto a alcanzar sus metas. Su cabello rubio y los ojos cafés hacían juego con su enrojecida piel; su cara de amplia y redonda frente lo hacía parecer un chiquillo con corbata que, lejos de tomar su trabajo como un juego, sabía cuál era su papel y lo hacía a la perfección.

—Claro, Elise, ¿quieres que cite a los de Redacción también? –replicó

Erick buscando la aprobación que necesitaba para cubrir sus niveles de satisfacción.

—No, quiero empezar por los diseños...

—Vale.

—Dime qué otros pendientes hay.

—Tenemos diversos temas que tocar, si te parece, podemos comenzar con lo que nos envió Olivia de análisis financiero.

Dio un salto y manipuló el proyector que estaba conectado a su laptop, de inmediato se concentraron en las imágenes.

El tiempo pasaba tomando notas, haciendo correcciones y proponiendo cambios ideados por Elise, no había nadie que no le siguiera el ritmo.

Sonó el teléfono de la sala de juntas, cuya llamada provenía de Dirección.

—Sala de juntas... —contesto Erick con mucha actitud poniendo el speaker.

—¿Elise?

—Sí, Daniel, aquí estoy.

—¿Puedes tomar el auricular?

Elise lo tomó frunciendo el ceño.

—Claro... en unos minutos subo.

Se dio cuenta de la expresión de todos, incluyendo la del profesor y la de Victoria, quienes se mostraban escépticos.

—Ve, linda, te esperamos —el profesor le guiñó el ojo.

—No, qué va, si ya terminamos. Erick, te envié unos documentos acerca de la exposición a la que asistimos ayer, revísala con el profesor y Victoria y preséntamelo lo más pronto posible.

—De acuerdo.

—Bien, nos vemos más tarde, gracias a todos y no lo olviden, mañana viernes espero sus avances sobre lo que tratamos hoy. De ser posible haremos otra reunión, todo está en ver qué tan completo va.

Ya subiendo por el elevador Elise no dejaba de pensar esto de la visita, la llamada solicitando su presencia, la junta, los pendientes, de pronto se sintió presionada y ligeramente estresada. Movi6 su cabeza haciendo círculos para aliviar la tensión y se relajó.

—Hola, Kate, vengo con Daniel.

—Adelante, Elise, te están esperando.

Elise apretó los labios, empujó la puerta de la oficina y tal como lo había

previsto estaban los dueños en compañía de Daniel Huges, el director de la revista.

Daniel, siempre con su pose de omnipotente, era muy amigo de Elise, se llevaban de maravillas y más de una vez le expresó cuán alegre estaba de que la hubieran ascendido.

De estatura mediana, tenía perfil ejecutivo; se mostraba muy profesional y directo; su complexión robusta hacía que pareciera el malo del cuento.

—Elise, ya debes conocer al señor Luciano Castelli, dueño de la revista, y este es su hijo Fabio Castelli.

Ambos parecían sacados de una revista de modas; el señor, de unos sesenta y tantos, vestía traje y corbata estilo italiano, color azul marino, llevaba encima una gabardina de tono claro y alrededor del cuello una bufanda. Cuando se levantó a saludarla dejó su fedora en el escritorio, le extendió una de sus huesudas manos sosteniendo con la otra su bastón de caoba fina.

—Ah, la nueva adquisición, tan hermosa como siempre, *BuonGiorno* —dijo el señor Castelli sonrojando a Elise.

—Gracias, es un verdadero placer tenerlo de vuelta, señor Luciano —exclamó bastante excitada por la situación.

Tenía gran porte, probablemente en su tiempo era un joven italiano muy apuesto. Ahora su cara cortada por las arrugas y su espalda encorvada envolvían sabiduría y experiencia. Su acento era inconfundible y sus ojos casi apagados por la prematura vejez cubrían el azul oscuro de sus pupilas.

Por otro lado, Fabio, de piel blanca mediterránea, olía deliciosamente, tenía aspecto perfecto y glamuroso pero exageradamente serio, como si tuviera que estar ahí contra su voluntad. Era delgado y alto; cabello relamido, castaño oscuro; ojos azules, bien enmarcados por su perfil exquisito. De frente amplia y cabello pulcro estaba parado junto a su padre que en todo momento adulaba la belleza de Elise.

El señor golpeó ligeramente con el codo a su hijo en señal de desacuerdo por su actitud.

—Hola, Elise, soy Fabio —reaccionando a la instigación.

—Qué tal, mucho gusto, igualmente...

—Ah, Elise, toma asiento, ¿cómo te has sentido? —preguntó el señor Castelli.

—Todo marcha bien, me siento tranquila y sé que estoy haciendo un buen trabajo —denotó orgullo.

—Oh, eso ya lo sé, acaso crees que Daniel me ocultaría algo que ya esperábamos. Cuando me contó el cambio que estaban dispuestos a hacer sabía que debías ser tú... responsable, profesional, innovadora, de mente fresca, gracias a Dios George se marchó y dejó libre la oportunidad de colocar a alguien que lo mereciera. Pero no estoy aquí para hablar de tu trabajo, vengo a hacerte una propuesta.

—Wow, vaya, esto no lo esperaba, qué clase de propuesta —agrandó sus ojos.

—Primero que nada, ¿te gustaría tomar un café? —invitó vacilando con los ojos entrecerrados, luego dio un sorbo a su taza.

—No, estoy bien, gracias.

—Quizá te lo puedes imaginar, necesito hacer un cambio y esta vez se trata de tu área.

El corazón de Elise sucumbió y su respiración se vio afectada. Pensó que era el fin de lo que pudo haber logrado, seguramente la echarían, peor aún, ni siquiera pudo demostrar de lo que era capaz. Sus manos que reposaban sobre sus piernas se entumecieron en espera de la dichosa propuesta.

—Tengo problemas con esto y necesito resolverlo, he venido yo personalmente, sabes, uno tiene que ver con sus propios ojos el camino de este bebé —hizo referencia a *ROAD*.

—Elise, quiero que mi hijo Fabio te ayude en todo, es decir, quiero que sea tu mano derecha. Últimamente necesita concentrarse en otras cosas fuera de Italia y pronto tener el control de mis negocios aquí.

Fabio continuaba muy callado observando a su papá.

—Oh...

—¿Quién es tu asistente? —preguntó de golpe.

—Erick Parker.

—Ya veo, tal vez te asista bien, pero tendrá que irse. No suelo ser duro, pero Daniel me dice que es el lugar indicado para Fabio. Quiero que comience desde abajo, como yo.

Los labios de Elise permanecieron fijos y secos. Lejos de ser una propuesta era una orden, una orden consumada.

Vio directamente a Daniel, pero no consiguió articular palabra, estaba en shock, Erick era buen elemento, esto definitivamente estaba causándole conflicto. Notaba que Fabio tenía problemas de comportamiento, por lo que su vida probablemente fuera perfecta y ahora papá había entrado a la carga

por él.

Por otro lado, la tranquilizó que no hubiera sido ella a la que tuvieran que echar.

—Elise, sé que Erick se estaba acoplando contigo y por lo que me has dicho hace un excelente trabajo, sin embargo es oportuno hacer este movimiento —habló Daniel.

—Claro, eh, bueno... yo...

—Daniel, ¿te parece bien que Fabio comience el lunes?

—Desde luego, señor Castelli —atajó con la mirada a la castaña.

—Perfecto. Elise, no estarás tratando con el hijo del dueño, para ti será un empleado más y estás autorizada a presionarlo siempre que se requiera.

—Señor Castelli, solo quiero darle mi punto de vista de todo esto y que puedan comprenderme, este ha sido el proyecto más grande que he llevado a cabo, Erick conoce el proceso y... bueno, al menos podemos moverlo a otra área. Vamos, el chico es listo.

El rostro expresivo de Daniel llamó su atención, ceja arqueada y labios fruncidos. Con un temple serio observaba a Elise como tratando de callarla.

—Creo que no hay más de qué hablar, ya está decidido, Elise —interrumpió Daniel.

—Fabio acaba de terminar sus estudios en Sicilia —dijo el señor Castelli—, estudió Comunicación, sabe perfectamente de lo que se trata este negocio y lo que un editor en jefe requiere, además dentro de unos años él será la cabeza así que tendrá que comenzar desde abajo —añadió algo resignado.

Elise estaba inerte, luego hizo una ligera mueca a Daniel.

—Pues, bienvenido, Fabio, te veré aquí el lunes —se puso de pie y extendió la mano hacia él y en esta ocasión sintió un escalofrío.

—Señor Castelli.

—Elise.

—Oh, Daniel, enviaré la baja de Erick a tu buzón esta tarde —Elise se dirigió a él de manera frívola y a la vez confundida por la orden-noticia.

Salió de la oficina hecha una bala y buscó aire fresco en la terraza del segundo piso, ahí donde cientos de veces había buscado inspiración al contemplar una tarde fresca. “¿Es oportuno hacer este movimiento? ¿Presionarlo siempre que se requiera? ¡Pero, qué demonios!” Su mente trataba a toda costa de evitar el cambio de planes, pero más grande que esa lucha era el orgullo que sentía por la decisión premeditada de Daniel.

—Vale, es lo justo, esto viene del dueño... pero qué demonios... tendré que decirle esto a Erick... ¡Oh, no!, pobre Erick...

Elise pensaba que no había cosa peor que un despido, de hecho ¡un despido injustificado! La manera como el señor Castelli le ordenó esta acción fue tajante, decisiva; de cierto modo, al estar ahora con una responsabilidad tan grande como lo era ser editora en jefa, no deberían afectarle estos acontecimientos, o eso creía... tragó saliva, se irguió y contempló las avenidas de Philadelphia.

Dentro del elevador recibió un mensaje de texto en su móvil. Era de Daniel:

Tenemos que charlar, haz un espacio en tu agenda hoy por la tarde, yo te busco.

Elise bufó. Creyó por un momento que todo se trataría de una decisión precipitada y que al menos le darían la noticia de que Erick no se iba por completo, que lo moverían de área. Respondió:

A las 4:00 p. m. ¿te parece?, le daré la noticia a Erick en este momento.

Recibió uno de regreso:

Me parece bien...

Dentro de su cabeza pensó, tan solo por un instante, que al mencionar cuando le daría la noticia a su asistente Daniel cambiaría de parecer o diría algo diferente... tal vez, pero no fue así.

De regreso en su oficina la sola idea de cómo enfrentaría esto la torturaba de manera intermitente.

Apretó su mandíbula y extendió su brazo para llamar por el conmutador a Erick.

—Erick, ven por favor.

Como era de esperarse, Erick prácticamente corrió hacia su lugar, con libreta de apuntes en mano y su actitud siempre dispuesta, abrió la puerta con semejante sonrisa.

“Oh, no, ¡esto va a ser difícil!”, pensó.

—Elise, revisé los archivos que me pediste, sabes, creo que es un buen artículo, no hay duda de que estos hermanos realmente tienen talento, también revisé las fotografías, hay una que me llama mucho la atención...

Esperó a que se sentara y perdió el ritmo de su conversación, inmersa en la búsqueda de las palabras que utilizaría, era la primera vez que tenía que hacer el trabajo sucio... sin olvidar, injustificable.

—¿Elise?

—Disculpa... em, Erick, ¿cómo te has sentido trabajando conmigo?, dime, ¿sientes que has aprendido algo?

—¡Por supuesto! Este puesto es de lo mejor, tengo tantas cosas que proponerte, además de asistirte, claro, he aprendido mucho de ti y creo rotundamente que la revista tendrá los cambios que están buscando.

—No me hables como a tu jefa, quiero que me hables como a una amiga. ¿Te gusta este trabajo?

—Vale, pues ya lo creo que sí, ¿por qué el interrogatorio?, ¿qué sucede?

Erick conocía bien a su jefa y sabía por esas preguntas que algo ocurría, Elise por su parte estaba callada y con la mirada fija, tratando de tener el mayor tacto posible. Desde que se lo asignaron como asistente no dudó ni un segundo que fueran a hacer excelente equipo y en cierto modo ya se había encariñado con él.

—Erick, por todos los cambios que ha habido, la Dirección me ha pedido que remueva la plaza de asistente.

—Un momento, ¿eso qué quiere decir?

—Quiere decir que me están solicitando tu renuncia, Erick.

Hubo un silencio sepulcral. Elise, por su lado, no contenía el sentimiento que esto le ocasionaba y Erick desde luego se quedó mudo, enrojecido y aturdido.

—Entiendo. ¿Hay alguna causa para que te estén pidiendo mi cabeza?

—Cambios, Erick, como te lo dije hace un momento. Traté a toda costa de que las cosas no se dieran así, incluso pedí que te movieran a otra área, con tal de que no te fueras, pero fue inútil. Créeme, lo intenté. Lo siento...

La expresión anonadada de él se esfumó tras una sonrisa inesperada.

—Perfecto, Elise, no tengo problema alguno, esto me cae de maravillas. Necesitaba hacer unos cursos finales en la universidad, así que tendré tiempo de sobra para sumergirme y terminar lo más pronto posible con la titulación.

—Erick, no finjas... esto es difícil de verdad, necesito que te desahogues, que me digas cómo lo estás tomando.

—¿Y dejar que te sientas más culpable aun? No, en verdad no hay problema, tendrás esta tarde mi carta de renuncia.

—Lo siento de verdad, tendrás mi recomendación siempre. Debo decir que me sentí muy a gusto trabajando contigo, Parker, eres listo, aplicado, servicial y estoy segura que seguirás adelante con tu vida. Obviamente serás una persona de éxito, ya lo veras.

—Gracias, Elise, fue un verdadero honor haber estado en esto contigo. Aprendí mucho.

Elise esperaba una reacción diferente, al menos eso había pensado, por lo visto su asistente era maduro y consciente de la situación.

Al unísono se levantaron y se dieron un cálido abrazo, esto provocó cierta impotencia en Elise y por ende brotaron varias lágrimas contenidas de sus ojos. Pasaron juntos el almuerzo y parte de la tarde, revisaron los últimos detalles y Elise estaba totalmente agradecida de que Erick hubiera tenido ese gesto de retirarse dejando todo en orden. Por dentro estaba deshecha.

Cuando llegó la hora, Erick entró por última vez a su oficina llevando consigo una cajita de chocolates entre sus manos. Su aspecto era tranquilo y relajado, así que comenzó a hacer comentarios graciosos e hizo reír a Elise en más de una ocasión.

—Toma, estos son para ti... tus favoritos, rellenos de Baileys, te los iba a dar en tu cumpleaños, pero te los adelanto.

—Oh, ¡gracias! De verdad que me harás muchísima falta, no dudes en contactarme siempre que se requiera, tienes mis datos.

—Claro y tú tienes los míos, ya está todo listo, empaqué mis cosas y te mandé la lista de pendientes a tu correo. Supongo que esta es la despedida... bien, pues espero verte de nuevo, Elise, y te deseo que todo salga a la perfección con este proyecto.

—Igualmente, muchas gracias por tu ayuda, Erick.

Y se dieron un último abrazo.

Un truco “justo”

El resto de la tarde Elise estuvo buscando las palabras adecuadas que le diría a Daniel por el despido injustificado de su mano derecha. Estaba molesta, más que eso, en conflicto: tendría que lidiar con un sistema, tragarse sus palabras y aceptar cambios premeditados. Que un dueño coloque a su hijo dentro de la empresa para que en un futuro no muy lejano la conozca y la sepa manejar, no era nada nuevo. De hecho, pensó, no sería la primera ni la última en presenciar estos actos.

Era el colmo de colmos, quitar a un buen elemento y poner a alguien sin experiencia, a quien obviamente tendría que capacitar, adaptarse mutuamente, era un proceso que definitivamente no quería vivir. Esto afectaría notablemente la forma en que quería presentar los resultados de su ascenso.

Eran las 4:00 p. m. y Daniel salió disparado del ascensor rumbo a la reunión, sacó su móvil y lo puso en modo vibrador, mientras caminaba a paso apretado.

Dado que la oficina de Elise tenía una pared de vidrio ella pudo observar cómo se iba acercando, se mantuvo concentrada en su laptop y acomodó su mascada revoloteada por el ajetreo del día. Él entró y de manera seria saludó.

—Elise, sé que estás molesta, pero el cambio era necesario, verás, hay un proyecto que necesito platicarte, se trata de mi puesto y de cómo esto tiene que ver con lo que sucedió esta mañana.

—Ah, ¿hay un proyecto? ¿Y si ya sabías por qué no me lo dijiste?

—¡Cálmate!

—No, Daniel, cómo pudiste hacerlo de manera tan precipitada y, después, hacerlo con los dueños presentes, ¿sabes acaso cómo me sentí y cómo hice sentir con esto a mi mano derecha?

—¿Ya se fue Erick?

—Sí.

—Puedo suponer como se sintió, pero me preocupa más lo que tú hayas pensado de mí y de todo esto.

—Qué voy a pensar de ti, ah, ya sé, ¿qué no eres para nada profesional?, ¿que ya tenías en mente hacer este movimiento?, bueno, al menos eso lo entiendo, pero ¿por qué de esta manera? Fue tan incómodo estar ahí tratando de defender el trabajo de Erick, porque fue un excelente trabajo el que hizo y ¡tú lo sabes! Y quedar como una idiota ante todos. No trates de justificarte, este tema lo debiste haber visto conmigo antes, no te iba a decir que no lo hicieras, pero, con un demonio, se supone que ¡hay comunicación y confianza!

Elise bajó la tapa de la computadora y puso sus manos sobre el escritorio, estaba enfurecida y decidida a todo. Una parte de ella quería desahogarse, reclamar, chillar tal vez, pero él tenía que asumir que había actuado mal.

—¡Deja de atacarme y escúchame! —exclamó impaciente Daniel.

El impulso de pelea de Elise cedió inevitablemente al presenciar la cara de irritación de él, respiró profundo y se dispuso a escuchar su explicación.

—¿Crees que sacrifiqué a Erick por darle el lugar a Fabio, así como así? Yo también tuve que hacer un sacrificio. Hice un trueque.

—¿Qué?

—Fabio se queda contigo mientras lo capacitas y se va adaptando al negocio. Después de un tiempo él deberá asumir la dirección.

—Pero eso significa que tú...

—Yo me iré a Italia, el señor Luciano quiere que lleve la administración de sus restaurantes.

La expresión de su cara era neutral, no había ni alegría ni enojo, era difícil de percibir, su aspecto de alto ejecutivo siempre a la sombra lo hacía ver frío e indiferente y esta no era la excepción.

—Ese no es un trueque justo, tú estás establecido aquí, tus hijos, todo lo tienes aquí.

—Llevo trabajando para los Castelli mucho tiempo, creo que sí es justo un

cambio. Tomar las riendas de los negocios en Italia significa mucho para mí, significa: confianza ganada.

Elise se humedeció los labios, trataba de darle una respuesta adecuada.

—No sé qué decirte.

—Solo quiero que sepas la razón por la cual sucedió así.

—Pero la manera fue un fiasco... —seguía defendiendo su punto.

—El dueño tenía que verte fuerte, incluso él así lo propuso.

—Ah, ¿entonces fue una prueba?

—Si lo quieres ver de ese modo.

Elise se burló.

—Creo que ya estoy grande para esos juegos, Daniel.

—Él nos quiere a ambos.

—De qué hablas.

—Te quiere a ti para las editoriales, a mí para los restaurantes.

—Editoriales, ¿en Italia?

—Sí.

—Y ¿por qué no he recibido una propuesta de su parte?

—Te la hizo en la mañana, acaso lo olvidas.

—Eso fue una orden.

—No lo fue, analiza bien lo que dijo.

—No recuerdo, oh, por Dios... No me percaté...

—Ahora lo ves, cuando él dijo que Fabio tomaría el control no te diste cuenta que se refería a ocupar mi puesto y en todo esto ¿dónde quedaba yo?, y si yo me voy, ¿tú dónde quedarías...?

—Aun así, estoy sin palabras.

—Tranquila, no hablará contigo hasta que termines con su hijo.

—Qué conveniente.

—Es lo más lógico, Elise, dime, ¿acaso no te gustaría trasladarte a Italia? Sobre todo si es casi el mismo trabajo, bueno, además de ciertas cosas.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que será una maravilla para tu currículum, obviamente el sueldo será desorbitante.

—Para ti lo fue, supongo.

—Supones bien –sonrió arqueando una ceja.

—No lo sé, esto se encuentra fuera de mis expectativas, sabes, me siento comprometida con la revista.

—La revista no se caerá si no estamos, recuerda, Fabio tendrá que asumir todo y lo llevará a cabo de la manera más adecuada, después de esto yo le guiaré en cuanto a lo administrativo.

—Estás muy confiado, quién te asegura que sus propuestas no tengan un trasfondo o algún interés propio.

—Ya lo hablamos y no soy confiado, soy realista, aquí en Philadelphia no

tengo posibilidades de lograr algo más de lo que ya hice y, de cierta forma, es más que una necesidad moverme. Mis hijos ya están grandes, van a la universidad, nos iremos solo yo y Claire. Imagínate, pasar más tiempo con ella, disfrutar de los vinos, los paisajes, será como una luna de miel sin fin.

Estas palabras llegaron tan profundo a Elise que su subconsciente inmediatamente señaló la falta de alguien a su lado y como sería, si lo tuviera, poder vivir eso que para Daniel era un sueño hecho realidad.

—Vaya, pues nadie te detendrá entonces, y dime ¿cuál es el plazo?

—Eso depende de ti.

—Depende de Fabio...

—Es correcto.

—No esperes mucho de él.

—Si el señor Castelli lo espera, también yo.

Hubo un silencio y la mente de Elise al mil por hora repasaba el nuevo reto, conteniendo los argumentos de Daniel, analizando sus razones, confiando en el futuro. Definitivamente había mucho que pensar.

—Piénsalo, Elise.

—¿Acaso tengo otra opción?

Daniel acomodó su traje y revisó su móvil, después se dispuso a caminar hacia la puerta e hizo un alto, giró hacia ella y la observó. Se veía aturdida.

—Son dos meses.

—¿El plazo?

Daniel asintió y sonrió retirándose sigilosamente de ahí.

Elise se dejó caer en el respaldo de la silla y llevó sus manos hacia atrás peinando su melena ondulada. Sus parpadeos incontenibles y sus miedos a punto de explotar casi la hacían salir corriendo.

Si su vida laboral a veces se complicaba ahora estaba a un paso de perder la cordura por tanta frustración y, con semejante noticia, no tenía lugar ni persona a quien recurrir. Este nuevo puesto ya lo estaba tomando como una prueba de alto nivel y sus sueños no muy lejanos de trasladarse a otro país tocaban a su puerta.

Esto último se contrarrestaba con la idea de tener que invertir tiempo en su nuevo pupilo. Seguramente era alguien perezoso y sin actitud ni iniciativa, alguien que ya tenía la vida resuelta, sin esfuerzo, alguien a quien seguramente le complacería correrla en cuanto asumiera la dirección. Y todo su apoyo hacia él habría sido en vano.

Buscó precipitadamente su móvil para mensajear a Victoria, olvidó por todo el alboroto compartir su enojo y desacuerdo desde la cruel noticia por parte del señor Castelli.

—Te ves cansada, estresada, frustrada... y la lista puede continuar ¿qué sucede? —con pasos de gacela el profesor entró rodeando el escritorio de Elise, para procurarse cercanía.

—Torrance, quiero una copa.

—Oh, no, linda, eso déjalo para los débiles... supe lo de Erick, pasó a despedirse del equipo.

—Ni me digas...

—Sabemos que no fue por ti, simplemente se te ve en la cara. Fue algo grande.

—Sí, tan grande que el dueño vino de Italia solo para eso...

—¿Qué?

—Digo, no lo sé, yo lo supongo.

—No te preocupes, te ayudaremos en lo que podamos para que no notes su ausencia.

—Es sarcasmo, ¿verdad?

—Relájate, sé que estás alterada, créeme cuando digo que te ayudaremos, ven acá.

La abrazó súbitamente; recargar la cabeza a la altura de su estómago hizo que se sintiera mejor, ligeramente protegida y un poco más despreocupada; en el fondo la incertidumbre siguió acechándola.

—Está bien, hablaré con Vicky para ir por una copa saliendo, ¿te parece?

—Vale, creo, también será bueno para discutir el artículo de los hermanos, no lo pudimos ver en conjunto con Erick y el vio el antecedente... en fin.

Su semblante lucía desganado, decepcionado, hartado, y todo lo que tuviera que ver con impotencia reprimida, al fin y al cabo pronto sería lunes y tendría ya en la oficina al reemplazo: el proceso de aceptación comenzaba a partir de ese momento, en el cual no tenía más remedio que continuar y hacer lo mejor posible. Por otro lado, no podía negar cierta atracción por las palabras envolventes de Daniel en cuanto a la dichosa propuesta, esto le permitía por unos instantes vagar e imaginar cuan excéntrico sería.

Por la noche, antes de salir de la oficina, Elise guardó todo en sus cajones, su

respiración ya era medianamente relajada y se le apetecía bastante esa copa desde tempranas horas. Revisó por último la lista de pendientes que le había enviado Erick y le echó un vistazo rápido, la lista era corta y en su mayoría todos los temas tenían un comentario o un señalamiento con sus propias palabras. Típico de él.

Había algo que en verdad hizo que su cara se pusiera alargada. Su boca se abrió y sus labios comenzaron a secarse, los ojos contemplaban de un lado a otro las palabras:

Revisar transcripción y edición Bremer (contactar de inmediato a los hermanos, ya que no se tienen fotografías de exposiciones pasadas y vida personal, esto le daría más curiosidad al lector).

—¡Vaya! No es posible que mi asistente me haya guiado con este tema. Soy la peor.

Elise ni siquiera terminó de leer el listado, apretó más de una vez sus delgados labios llevando su mano izquierda en repetidas ocasiones a su barbilla. ¡Justo esto debió haber sido lo que le iba a decir cuando entró a su oficina y ella amargamente le dio la noticia interrumpiéndolo! Tragó saliva al recordarlo.

El vibrador de su celular rozando el escritorio la hizo dar un brinco:

*Estamos en el Blue Moon,
no tardes, Torrance.*

Después de unos segundos contestó y agradeció por ceder a su capricho,

—¡Elise, por aquí! —el profesor agitaba la mano por encima de los hombros de Victoria, quien estaba sumergida en las redes sociales.

—Wow, este lugar es increíble, jamás lo imaginé.

—Tienes razón, linda, tiene toques románticos y reservados, pedí una botella de escocés...

—Gracias, ¿me sirves?

—Toma.

—Elise, he estado hablando con Torrance, no puedes caer nuevamente en

tu dependencia al alcohol cuando hay problemas. Sabes, eso pasó cuando terminaste con Rob y prometiste jamás hacerlo de nuevo. Sé que despediste a Erick, pero no te enfoques en esto, quieres...

—Ah, ¿resulta que no puedo beber una copa después de un día de locos?

—Resulta que soy tu amiga y me importas.

—Elise, Victoria tiene razón, no debes caer, promételo.

—Torrance, por favor, no estoy atentando contra mi salud ni mi autoestima, solo quiero desestresarme, y si estoy irritable saben por qué fue.

—Linda, de acuerdo, tranquila, cuéntanos qué pasó, tal vez eso te ayude a relajarte.

—No lo sé, tengo un nudo en la garganta, estoy muy decepcionada y confundida.

Elise relató paso a paso desde su reunión en Dirección con Daniel y el dueño de la revista, revivió esos momentos que ella juraba quedarían en su memoria por siempre, una experiencia desagradable solamente. Omitió, por obvias razones, los comentarios de Daniel respecto al dichoso trueque para no alterarlos, decidió seguir adelante y dejar fluir las cosas.

—Entonces ¿el señorito Fabio es ahora tu pupilo?

—Sí, Vicky, a partir del lunes.

—Al menos no fue de un día para otro y puedes asimilarlo.

Elise no respondió y su mirada permaneció fija hacia la nada.

—¿No crees que por algo suceden las cosas?

—¿A qué te refieres, Torrance?

—Piénsalo, ¿no te parece extraño que hayan esperado a que George se fuera y tú tomaras su posición? Y luego que te pusieran como asistente a ¿un practicante sin experiencia?

—Discúlpame, Torrance, pero Erick era un buen elemento.

—¿Acaso crees que no lo sé? Todo esto es debido a algo y Daniel sabe cuál es el propósito final del señor Castelli, lo conozco bien y sé que no hubiera actuado de esa manera. Ese bribón...

Los ojos de Elise se hundieron en la duda; el profesor sospechaba que había algo atrás de esa situación. Y, claro, años de experiencia lo hacían un sabio, no podía equivocarse.

—¿Bribón? Creí que se llevaban bien.

—Claro, nos llevábamos bien, pero George nos contrapunteó mucho tiempo, iba y le decía cosas fuera de sí sobre mí y conmigo se portaba

diferente. Al final solo me quedó ir personalmente con Daniel y poner las cartas sobre la mesa, la mayoría de los comentarios acusadores los aclaré con él, pero en el fondo siempre tuvo serias dudas sobre mí, me esforcé por disiparlas y fue inútil, simplemente ya no hubo esa “amistad”.

—Esa parte no la sabía, Torrance, ¿por qué nunca nos dijiste?

—Fue mucho antes de que tú llegaras a la editorial.

—Lo sé, pero...

—Olvidalo, eso ya quedó superado.

De pronto sonó el móvil del profesor pausando así la conmovedora plática, al ver de quien provenía la llamada su rostro no contuvo una expresión de alegría y sonrió para sus adentros mientras sostenía el celular con la mano.

—Qué, ¿no contestarás?

—Vicky, si no quiere contestar no es nuestro problema, aunque... se te ve muy entusiasmado.

—¿Ves?, dejó de sonar, anda, regresa la llamada, qué esperas —retó Victoria.

—No es necesario, acaba de entrar otra vez.

—Y bien, ¿dejarás que suene toda la noche?, al menos puedes ponerlo en modo silencio, sabes, es un botón al lado izquierdo, que lo bajas y calla todo timbre o notificación.

—Victoria, deja de parlotear, contestaré, guarda silencio —dijo el profesor frunciendo los labios por sus fastidiosas palabras, se puso en pie de un impulso y se arrinconó en el pasillo que conducía a los baños, justo al lado de la barra de bebidas. Las chicas lo observaron de espaldas tapándose un oído para poder escuchar.

—Elise, ¿cuándo nos dirá que es gay?

—¡Victoria, cállate! De qué hablas.

—Hablo de que Torrance Goldmayer es gay.

—No lo es.

—Elise.

—Está bien, es un hecho que no quiero discutir contigo, si él no lo ha dicho es por obvias razones, ¿olvidas la vez que fuimos a comer con George y este hizo comentarios homofóbicos...? ¿Viste cómo reaccionó y que de inmediato se fue?, bueno, probablemente él ya sabía las preferencias de Torrance y, por lo que se vi, no es un tema que quiera andar gritando a los cuatro vientos.

—Me gustaría que nos tuviera confianza.

—Vicky, nos la tiene, aunque eso ya es personal, olvídalo, ¿quieres?

—Vale, pero cuando lo diga pondré cara de sorpresa ¿sí? —en esta ocasión Victoria estremeció a los demás comensales con una carcajada.

La actitud que tomó Elise era seria, por momentos sonreía a las miradas que echaba de vez en cuando el profesor y bebía pequeños sorbos de ese líquido vital que corría ya por sus venas.

—Y, dime, Elise, ¿de verdad crees que Daniel trame algo con ese movimiento de ponerte al futuro heredero a cargo?

—Tal vez —disimuló.

La castaña regresó a su apartamento en taxi después de dejar a Victoria, nunca imaginó que esos tragos la relajarían tanto que solo desearía estar en su cama, o tal vez tirada en el sillón viendo algún documental. Le pagó al conductor y subió por el elevador mientras se preguntaba qué haría ahora que el fin de semana se acercaba. Probablemente terminara sola en casa o de compras. Nada del otro mundo. Sí, en momentos extrañaba tener ese plan B con alguien especial.

—Hola, Elise, llegaste temprano, ¿ya cenaste? —Ayleen habló desde el sillón que estaba frente al televisor. Recargaba su cabeza en la lateral con su pijama amarilla, ya puesta, entre sus manos yacía el control remoto.

—No he cenado, la verdad ni hambre —respondió Elise con cara de pocos amigos mientras se acomodaba en el descanset y se quitaba los zapatos.

—¿Qué sucede, estás bien?

—Hoy fue un día, digamos extraño, todo lo malo que te puede pasar en una semana, un mes o incluso un año pasó hoy. ¿Y tú qué haces aquí?, ¿no se suponía que ensayarías hasta tarde?

—Martha se sintió mal durante el ensayo, mareos y algo de náuseas, creemos que está embarazada, se le pasó y fue a dar a la oficina de Elliot. Todos nos quedamos boquiabiertos, porque sabemos las reglas de la compañía y si realmente lo está, estamos en aprietos, porque bueno, cuando eso ocurre hay un quiebre importante y por supuesto Elliot no lo soportará, ella es la estrella principal de la obra, imagina lo que se avecina, en fin, llegué temprano e hice algo para comer... Hay ensalada de atún.

—No, de verdad no quiero, no tengo ganas ahora, gracias... aunque sea

comida saludable –guiñó el ojo en expresión a la rigurosa dieta que llevaba Ayleen.

—De acuerdo, no insistiré, te ves cansada, deberías dormir ya, antes dime lo que ocurre, ¿sí?

—Hoy tuve que despedir a mi asistente, es algo de lo que no me quiero acordar, sabes, retomando el tema de Martha, ¿si ella se va tú podrías tomar su lugar?

—Es muy probable –respondió con mucha modestia.

—Vaya, pues creo que debes estar ¿muy feliz?

—No lo quiero dar por hecho, Elise... y ¿qué pasó?, ¿por qué el despido?

—Órdenes –dijo con cara larga y ojos cansados.

—Ya veo, descansa, mañana puedes contarme si quieres.

—Sí, de hecho me retiro, linda, que descansas, ¿vale?

—Vale.

Se apresuró a su alcoba meditando sobre lo secas y golpeadas que habían sonado sus respuestas, su cuerpo ya comenzaba a sentirse pesado. Tropezó de pronto con Ives y se dispuso a cargarlo entre sus brazos, masajeando su cabecita, luego comenzó a alistarse para dormir.

—Ah, Elise, lo olvidaba, iremos a unas cabañas el sábado por la noche, ¿tienes planes? –preguntó Ayleen desde el pasillo.

El silencio involuntario de Elise le recordó precisamente en lo que pensaba cuando iba entrando al edificio. Ese plan B. Pero en ese momento no creyó conveniente darle una respuesta, por lo que lo pospuso.

—Vaya, no lo sé, ¿te parece si te confirmo mañana?, tengo que ver cómo estará mi agenda.

—Es fin de semana, ¿qué puede pasar en la oficina en sábado? Vale, está bien, espero tu mensaje mañana, te caería bien salir a tomar aire fresco.

—Sí.

—Adiós, descansa –Ayleen se retiró nuevamente al sillón.

Después de unos minutos Elise se encontraba bajo sus sabanas cubierta ya por la obscuridad de su alcoba, escuchaba a lo lejos los sonidos de la televisión, a pesar de sentirse fatigada tenía los ojos bien abiertos, respiraba intranquila por el estrés de ese día, que sin duda al despertar seguiría igual.

Se movía frecuentemente tratando de encontrar ese punto donde parecía encajar perfecto entre la almohada y el colchón, mas no lo conseguía. El reloj marcaba las 2:30 a. m., se desesperaba, de pronto recordó lo que Erick había

escrito durante la revisión de la exposición:

Revisar transcripción y edición Bremer...

Y con este pensamiento fue que su subconsciente pudo descansar y cerró los ojos.

El trabajo es primero

—No me importa lo que tengas que hacer, quiero esos documentos ya en mi correo, ¿me entendiste? ¿O TENGO QUE LLAMAR A ELIZABETH?

Un viernes por la mañana debería ser meramente relajado en el trabajo, con algunos pendientes de último minuto, esto no era así para Victoria, quien ahora desde su oficina trataba por el auricular con alguien que tenía colmada la paciencia.

Elise caminaba por el pasillo y solamente alzó un poco su mano, sabía que no era buen momento para llegar y saludar.

Tenía trabajo que hacer, sin contar que el lunes se reportaría su nuevo y flamante asistente, por lo que puso manos a la obra y comenzó con la revisión en primera instancia, después se encargaría de realizar un plan de trabajo idóneo para Fabio.

Cuando abrió el archivo desde su correo visualizó las fotografías que había tomado Victoria, no había duda de que tenía estilo y talento. Después de contemplar tan hermosos paisajes nuevamente se dio a la tarea de poner *play* a la pequeña grabadora de bolsillo, escuchó las voces primero del profesor y de Gretchen murmurando acerca de las obras, después un ligero carraspeo y luego su propia voz iniciando la entrevista; comenzó a tomar notas para la edición y, por supuesto, llegó a la parte donde los hermanos mostraban *Alaska*. La voz rasposa de Valrick se imponía por encima de las otras y esto dejaba boquiabierto a Elise por segundos.

Vació el borrador en su laptop con la impresión de que sería un buen artículo; tenía, en sí, factores curiosos que obligarían al lector a continuar con el vaivén de las palabras:

Este mes ROAD tuvo el privilegio de acudir a una de las exposiciones suburbanas más prometedoras de Philadelphia. El dueto creador está conformado por Valrick y Gretchen Bremer, quienes, sin duda, han pulido sus técnicas para llevar consigo ideas fabulosas y modernas bajo la interpretación más exquisita. Llenas de trazos y color es difícil no querer conocer la historia detrás de cada obra. Los artistas nos hablan de sus inicios, experiencias y futuros planes para continuar por este camino donde el amor al arte es ya un estilo de vida...

—Toma, querida, se ve que lo necesitas —Victoria entró a la oficina de Elise con café en mano.

—¡Gracias a Dios!, mis ojeras te lo agradecen —dijo Elise, complacida y sonriente.

—Vale, y ¿qué haces? ¿Cómo pinta tu viernes?

—Más relajado que el tuyo, eso es seguro —hizo una mueca.

—Ni lo menciones... —Victoria puso los ojos en blanco.

—Estoy revisando el asunto de la exposición, creo que será bueno y debo decir que te luciste con esas fotografías, aunque ahora mi problema radica en cómo darle un mejor giro...

—¿A qué te refieres?

—Necesitamos algo nuevo, ¿qué pasaría si utilizáramos una secuencia de los antecedentes de los hermanos, previos al artículo?, es decir, ¿cómo será la historia principal?, no podemos desperdiciar la oportunidad de cautivar a nuestro ya tan alejado lector... mira, podemos hacer lo siguiente...

Las ideas se multiplicaban y Elise parecía no detenerse, era una cadena de frenesí que la transportaba lejos de todo lo común y lo volvía fascinante, lo cierto era que hacía justicia a su mente innovadora.

—¿Cuándo se supone que lo enviarás a edición?

—Pienso terminarlo hoy mismo, así me tenga que quedar toda la noche.

—Bueno, si necesitas más ayuda, soy materia dispuesta, ¿vale?

—Entonces asegúrate que haya suficiente café —jugueteó

—Deberías pedirle el contacto de los hermanos a Goldmayer, hay que conseguir esas fotografías cuanto antes.

—Lo haré.

De repente sonó su línea.

—Hola, Daniel... ¿once veinte? Claro, te alcanzo...

—Tengo que irme, Victoria, dile al profesor que me envíe el dato por correo, ¿sí?

—Está bien, salúdame a Daniel.

Elise bajó tranquilamente por el ascensor, sentía un peso menos ahora que estaba trabajando en la edición del artículo Bremer, al menos eso la ayudaba a no pensar tanto en lo sucedido. “¿Y ahora qué querrá Daniel?”, murmuró.

Salió del edificio y caminó rumbo al parque que estaba una cuadra hacia abajo, cruzó las angostas calles que desembocaban en una pequeña avenida. El clima era glorioso, nublado y fresco, los edificios del centro de la ciudad se mostraban imponentes ante sus ojos, pese a verlos diariamente no paraba de contemplarlos. Sacó su móvil para revisar la hora, se fue acercando y divisó a Daniel. Estaba sentado en el centro del parque con una pierna cruzada encima de la otra, lucía un traje casual por ser viernes y sostenía entre sus manos el periódico del día. Se le veía concentrado. Elise no pudo ocultar que aún se sentía defraudada.

—¿Qué necesitas? —fue directa.

—Vamos, no seas tan ruda, siéntate.

—No creo que sea el lugar ni el momento para sentarme.

—Es difícil hablar en la oficina... siéntate —insistió. Elise hizo una mueca y rodeó la banca donde él se encontraba—; es un magnífico clima, ¿no crees?, extrañaré esto cuando me vaya.

—Sí, no hay nada mejor que Philly por las mañanas... ¿sigues con ese tema? Porque si es así tengo mucho trabajo que hacer, además te dejé claro que no estaba muy de acuerdo.

—Relájate.

—Estoy relajada.

—Bien, ¿cuál es tu plan de trabajo?

—¿Para Fabio?

Daniel asintió y dejó el periódico a un lado.

—Aún no he pensado en eso, creo que conforme pase el tiempo él irá aprendiendo.

—Necesito que pienses en mí y en lo que esto representa.

—Sé lo que representa, Daniel, la cuestión aquí es que no le das sentido ni valor a lo que hago, ¿crees que será fácil prepararlo y que después tome la

dirección en un abrir y cerrar de ojos?

—Se supone que sí, y se supone que por eso lo asigné a tu área, has demostrado que puedes con muchos proyectos, ahora que me dices que no, pues...

—Demonios, Daniel, ¿no podías haber esperado a que diera yo mis resultados primero? No... tenías que pensar en ti como siempre.

—Son dos meses y creo que es tiempo suficiente, no quiero presionarte.

—Pero sin duda lo estás logrando.

—Ven, caminemos.

Los dos se levantaron al mismo tiempo, Elise abrochó su abrigo y Daniel se adelantó.

—Escucha, no quiero chillar y decir que no puedo con este compromiso, es solo que esto pasó ayer y hoy por hoy trabajo en otro asunto, haré lo que pueda con él.

Daniel sonrió con los labios apretados mientras guiaba la caminata

—Elise, ya hablamos esto demasiadas veces, solo te diré que pretendo irme a Italia en dos meses y definitivamente estoy en tus manos, nunca pensé decirlo pero así es, es la verdad.

Después de un momento Elise respiró profundo, aniquilando esos pensamientos negativos que la amedrentaban y la hacían pensar por segundos que Daniel conspiraba en su contra. Dio un giro inesperado hasta para ella misma y contestó de manera espontánea:

—Está bien.

—Perfecto, ¿entonces es un hecho?

—Sí, aunque tengo que solicitarte algunos cambios en el área.

—Lo que quieras —dijo Daniel sonriente y victorioso al ver que Elise por fin cedía.

—Agradécmelo cuando estés en Italia, por cierto ¿a qué ciudad vas?

—Sicilia.

—Ah, vaya, suena encantador.

—Lo es... por lo de los cambios no tengo problema, ¿qué necesitas?

—Quiero una oficina más grande, digo si se trata de aturdir al muchacho y dejarlo más que listo en dos meses, tendré que estar a su lado día y noche... ¿no crees?

—Me parece bien, ¿por qué no tomas la de Goldmayer?, solo por ese plazo, de hecho, me gustaría decirle yo mismo —sacó su móvil vorazmente.

—Gracias, Daniel, no hace falta, yo le diré —Elise recordó los malos ratos que su colega había pasado con él.

—¿Segura?, puedo hacer esto en un abrir y cerrar de ojos.

—Segura, no veo la necesidad, además sabes que mi relación con él es buena, se lo diré yo.

Daniel se dedicaba a sonreír y mirar hacia abajo mientras caminaba, para Elise significaba una cosa, se burlaba del profesor.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó curiosa, aunque parecía tener la respuesta.

—Nada, nada en absoluto, eh... ¿quieres una salchicha?

—No, gracias, pero te acompaño.

—Te arrepentirás; son las mejores del centro.

—Gracias —respondió amable.

—Vengo aquí todos los viernes desde que trabajo en ROAD, como verás, ya soy cliente frecuente, otra cosa que extrañaré...

El local ambulante estaba justo en la esquina, a un lado del famoso Hotel Twenty One, cuya altura era incomparable, lleno de sobriedad y elegancia opacaba fastuosamente el pequeño inmueble. Se acomodaron en los banquillos y ordenaron. Elise pidió un café americano y él una *Phia Sausage*, que según él era una clásica de la ciudad.

—Daniel, creo que te has ganado a pulso esa oportunidad, lejos de sonar adulatora, me gustaría felicitarte oficialmente.

—Sé que puedo contar contigo, a pesar de haberte causado mucho conflicto. Me he sentido terrible desde ayer que te comenté el plan, pero lo superaremos...

Él se mostraba tan entusiasmado al hablar de esto que Elise pasó un par de minutos tratando de sentir lo que describía, de fondo la voz alegre de Daniel retumbaba en sus pensamientos. Y ahora que comenzaba a decir todas esas cosas reconfortantes a sus oídos ella, de cierto modo, cerró el tema para sus adentros decidiendo apoyarlo por completo.

—Es un reto, Daniel, para ambos.

—Sí, lo mismo le dije al señor Castelli, pero él nos tiene fe.

—Siempre he creído que las oportunidades llegan cuando menos las esperas y creo que aquí está pasando lo mismo y es por algo, supongo.

—No te equivocas, velo de este modo: en dos años ascendiste a editora en jefe y eso no es algo que se consigue teniendo menos de treinta; tu carácter,

tu destreza...

—Deja de hablar sobre mí, ¿quieres?, hablemos de Fabio —respondió antes de sonrojarse.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Bien, pues no hay mucho que decir, es un chico listo pero inmaduro y ahora su padre está un poco confundido, desde pequeño sobresalió por sus notas y tengo entendido que se educó en los mejores institutos de Italia. Creo que estuvo en Sicilia, ahí se supone concluiría su licenciatura en Comunicaciones, pero sucedió algo grave, no me preguntes, que ni yo mismo sé. Son muy reservados, y hace seis meses recibí la llamada de su padre donde me pedía que lo acogiera en la editorial.

—¿Confundido el señor Castelli?, suena ilógico, él me parece tan admirable.

—Cuando seas madre tal vez lo comprendas, está preocupado y confundido por su hijo, quiere lo mejor para él.

—Fabio lucía tan callado y obediente en la junta, no entiendo...

—No seas ingenua, Elise, esos chiquillos ricos suelen ser todo lo contrario —arqueó una ceja mientras daba el primer mordisco a su salchicha.

—Claro, seré cuidadosa.

—¿Tienes planes para este fin de semana?

—No, trabajaré tarde hoy, estamos revisando un artículo que se supone nos volverá a la vida.

—Cuéntame...

Mientras Elise ponía al día a Daniel con el artículo Bremer y otros pendientes confirmo lo que no quería aceptar, no tenía a nadie encima de ella pidiendo resultados, estaban como ya lo sabía, enfocados al tema del trueque. Se permitió un ligero alivio aunque su actitud de perfeccionista se sentía atrapada en un cuarto oscuro implorando que voltearan a ver su excelente trabajo. *Ignorada* era la palabra.

—Seguramente fue idea de Goldmayer, pero me alegra ver que hacen buen equipo.

—Sí, todo resultará muy bien, ya lo verás.

—Escucha, el lunes a primera hora llegará nuevamente el señor Castelli, encárgate de la oficina y lo que vaya a requerir Fabio. Te llamaré y tendremos una pequeña reunión para afinar detalles y, Elise, lo que necesites

me lo puedes pedir siempre. Por ahora tengo que atender unos compromisos así que no regresaré a la oficina, cualquier cosa márcame al móvil ¿de acuerdo?

Se pusieron de pie y caminaron hacia la puerta del establecimiento, luego se despidieron y Elise salió disparada para hablar con el profesor.

Esa misma tarde el profesor aceptó de buena gana prestarle por dos meses su oficina a Elise, ella fue clara al explicarle los motivos por los cuales la necesitaba y se comprometió a devolverla en tiempo y forma, incluso optó por ayudarle con el cambio y pasadas las seis de la tarde puso manos a la obra.

—¡Cuidado con eso, linda! Déjame, yo los llevo —resopló el profesor, celoso de sus pertenencias.

—¡Son muy bellos!

—Sí.

—¿Pero qué son exactamente? —preguntó curiosa.

—Es un regalo muypreciado, desde hace varias décadas lo tengo.

Se trataba de un par de figurillas medianas, color plateado, justo en la esquina de su elegante y bien estudiado escritorio; juntas embonaban a la perfección y separadas lograban otro efecto visual. Por el recelo de él Elise las consideró invaluable.

—Ven, toma esa caja.

Elise se sentía tan atraída por las exóticas piezas que no puso atención a las indicaciones. Nunca en su vida había visto nada igual, era como si las piececillas hubieran sido hechas a mano con gran minuciosidad; la redondez de los bordes le hizo determinar que se trataba de cuerpos humanos... bastante abstracto para entenderlo.

—¡No cambiaré todo yo solo, señorita Wright! —añadió el profesor un tanto enfurecido.

—Lo siento —Elise esbozó una pícara sonrisita.

—Son fascinantes, fuera de este mundo, pero te diré algo, en algún tiempo estas mismas figuras pertenecieron a una persona muy talentosa. Un genio.

—¿A quién?

El profesor se quedó inerte, hizo una mueca. Elise comprendió la imprudencia de su interrogatorio y cedió.

—Puedes usar aquel escritorio para Fabio —el profesor trató de cambiar a toda costa el tema—, es pequeño y algo viejo pero servirá.

—Gracias —Elise lo miró fijamente a los ojos.

—Son pruebas, linda, la vida está llena de pruebas y es mejor que te vayas acostumbrando.

—De verdad, gracias por este apoyo, ¿sabes? Aún tengo en la mente a Erick, pero creo que esto es lo correcto, después de repasarlo tantas veces definitivamente no está en mis manos.

—Exacto, eres lista y sabrás como manejar esta situación.

—¿A qué te refieres?

—Sacarle provecho —encogió los hombros.

—¿De qué modo?

Elise no dudaba en dejarse guiar por sus consejos, segura de su sabiduría.

—Primero debes ubicar si las personas que están a tu alrededor son las correctas, es la primera regla. Después, la confianza, ¿qué tan lejos estarían dispuestas a llegar por ti? Por último, aprender.

—Lo dices tan fácil.

—No lo es y te darás cuenta, conocerás a gente nefasta, sin sentimientos siquiera, pero hay que ver el lado amable siempre.

—Me tranquilizas tanto, supongo que para ti fue un camino duro...

—Oh, cada paso, linda...

Se dieron cuenta de que, entre la charla, ya habían terminado de acomodar todo en sus respectivas oficinas y juntos prepararon el espacio de su nuevo asistente; Elise entregó las llaves de la suya quitando varios llaveros y riendo a hurtadillas por tan infantil situación.

—Gracias de nuevo, sin ti no sé qué hubiera hecho, tú sabes, Daniel encima de mí...

Él la abrazó y le hizo una señal para que se relajara, minutos después se retiró.

—Ah, creí haber escuchado a Torrance —la voz de Victoria, salida de la nada, le causó escalofríos.

—¡Vaya!, ¡sí que eres buena para esto del terror!

—Por Dios, te estaba esperando para continuar con el artículo, ¿dónde te habías metido?

—Daniel otra vez, insistió en que tomara la oficina de Torrance por ser más grande para acoger al nuevo pupilo... y, bueno, heme aquí... ¿hay café?

—¡Todo el que quieras!

—Vamos.

—Por cierto, Torrance me pasó el contacto de la chica, podemos marcarle ahora, no pasan de las ocho.

—No es buena idea.

—Sí, yo creo que sí lo es, adelantaríamos mucho solicitándole estas fotos, piénsalo así, el nuevo tendrá con qué ayudarte sin objeciones.

—No pienso darle esto a un novato.

—Mejor aún, metemos presión y lo haremos explotar pronto.

—No te agrada, ¿cierto?

—No más que a ti, querida, eso es un hecho, y es por la manera en cómo te lo asignaron, eso fue demasiado para mí, sabes que eres mi amiga y por cosas como estas puedes desmotivarte en esta nueva etapa, sabes que tanto yo como Goldmayer siempre te apoyaremos.

—Lo sé.

Victoria sacó su móvil de última tendencia y con sus dedos largos prosiguió a marcar el número de Gretchen, esperó tono en vano, la llamada se fue a buzón.

—Ah, no es posible.

—Te dije que no era buen momento.

—Después intentamos.

Se sirvieron suficiente café y entraron a la oficina del prof... de Elise.

—Yo continuaré con el texto y tú puedes comenzar a colocar las fotografías, ¿vale?

—Vale, Jefa —en modo burlón.

—Espero no tardar mucho con esto, me siento algo cansada.

—Sí y seguramente te irás a casa a dormir y serás una fracasada, ¡tienes veintiocho!

—Tener veintiocho es tomar las cosas con calma y de vez en cuando pasarla bien.

—Odio contradecirte, pero tú nunca la pasas bien.

—¡Ah! Me estás criticando.

—Solo digo que hay que ponerle sabor a tu vida.

—Sí, mira quién lo dice, la princesa del socialité.

—Tengo una relación con mi vida social, eso es obvio, linda, así me conociste y nunca la pondré en segundo plano, los tipos con los que he salido

tienen que estar de acuerdo con eso. Ahora tú serás mi conejillo de indias.

—No, Vicky, ya lo intentaste una vez, no funcionó, déjame ser...

—No.

—Bueno, sigamos con esto quieres —Elise se enfocó en la pantalla de su laptop.

—Ash, qué aburrida.

Durante el proceso de la edición del artículo Elise se quedó pensando si realmente necesitaba hacer algo fuera de lo ordinario, ya Victoria lo notaba y le daba la razón, estaba siendo una ermitaña con futuro de solterona amargada. Pero ¿y si hacía caso de sus palabras y resultaba mal?, no podía dejarse llevar de nueva cuenta por el gusto al alcohol, no después de casi perder su trabajo por haber desperdiciado tres meses bajo sus efectos. Respiró hondo y cambió bruscamente esos pensamientos desalentadores.

—¿Elise? ¿Ya revisaste estas fotografías?

—Sí, de hecho te comenté que son geniales, sabes, me gusto...

—Aguarda... acércate, ven a ver...

—¿Qué sucede?

Se arrastró en su silla de ruedas hasta el escritorio viejo que usaría el novato, Victoria hizo zoom a una de ellas y giró la pantalla hacia Elise.

—Aquí, ¿lo ves?

—No, ¿de qué hablas?

—¡Observa bien!

Vieron de cerca la pintura de la chica francesa con ropas mugrientas, tenía en una mano la Biblia y en la otra una rosa blanca marchita, a simple vista no había nada diferente. Victoria colocó su dedo justo sobre la mano posada en la parte trasera de la chica, la que sostenía la flor, como estaba entreabierto y de frente al pintor se distinguía una especie de delineado tenue. Muchas líneas pequeñas.

—¡Ya veo!, ¿cómo es posible que no lo notáramos en ese momento?

—La pregunta es, ¿por qué no describieron esta parte? —dijo Victoria, incrédula.

—No creo que sea nada relevante.

Como un relámpago que hace sucumbir sonó el móvil de Victoria, las dos pegaron brinco y se vieron una a la otra.

—Es el número de Gretchen.

—¡Contesta!

—¿Aló? ¿Gretchen?, soy Victoria, de revista *ROAD*, me enviaba a buzón hace un momento, es para comentarte que ya estamos trabajando en el artículo, pero ¿sabes?, queremos pedirte, si estás de acuerdo, claro, fotografías tuyas y de tu hermano, de tiempo atrás, las queremos incluir...

Elise no dejaba de ver eso extraño que tenía en la mano la chica francesa, tanto se concentró que no supo realmente en qué concluyó la conversación con Gretchen.

—Listo, la veremos el martes, para ese entonces ya tendremos el artículo.

—Me parece bien.

—No se escuchaba muy convencida, ahora lo sé, es una bipolar y rara persona.

—Victoria, no puedes andar por la vida criticando, lo haces conmigo, con Torrance, con ella...

—Me dijo que esas fotografías no las tenía, pero que haría ¿lo posible?

—¿Lo posible?, ah, eso sí que es raro... bueno, esperemos que las consiga, me gustaría resaltar ese punto en honor a Erick, por tan brillante idea...

—¿Qué crees que sea esto? —Victoria señaló con los ojos a la pantalla de su laptop el tema de las líneas.

—No quiero indagar, preguntemos a Gretchen ese día, sigamos con esto...

—Vale, los tragos esperan.

Elise bufó en señal de desaprobación y se dedicaron de lleno a su actividad.

La recaída

Eran las 3:00 a. m. y Elise ya estaba en su departamento, se disponía a dormir pero sentía, además de profundo cansancio y sueño, algo extraño en su estado de ánimo: soledad plena; no había planes ni distracción en su entorno y eso se lo había restregado Victoria cuando tomó su bolso y salió de la oficina hecha un rayo para irse de fiesta. Sí, ahora todo era calmado en su espacio, no estaba tampoco Ayleen, y eso fue lo que la puso seria y con ojos llorosos. No lloraba por una vida social envidiable, lloraba por no poder cambiar eso que en aquel momento sentía. Su mandíbula se tensó y sus fosas nasales se expandieron varias veces antes de soltar pequeños sollozos al aire, acompañados de una respiración casi apagada por la desesperación. Una crisis que ni ella misma controlaba. Eran palabras para sus adentros que no entendían razones. Eran deseos y fracasos que la lastimaban con tan solo recordar.

Estaba deprimida y lo sabía; aunque el dolor que parecía ir en aumento la amedrentaba, una cierta parte de ella quería seguir por ese camino lleno de piedras y nubes negras. Acompañarse de música decadente era el primer paso para terminar mal ese viernes.

Miró hacia la cocina y en un instante ya se encontraba en la alacena buscando un trago. Temió durante mucho tiempo caer en las garras de interminables botellas de alcohol; ahora todo daba igual. Tomó un tinto que al parecer su roomie había escondido bien, después se abalanzó por el sacacorchos, lo retiró de manera abrupta entre quejidos y sollozos, puso sus labios en la elegante botella y comenzó a dar tragos cerrando sus ojos, ahogándose en sus propias penas y en su inevitable debilidad.

Nada curaría eso que la importunaba, un vacío emocional, espiritual, tan enorme que causaba tensión en su vida. No lo quiso ver durante mucho tiempo, pero ahí estaba y ahora era su peor enemigo tratando de escapar no sin antes hacerla pedazos.

Su sillón fue un compañero silencioso al amanecer. Acurrucada en un extremo, maquillaje corrido y ojos hinchados, se vio cegada por la luz abrumadora del exterior, comenzó a recordar la madrugada, la botella en su mano, sus lágrimas y finalmente su irremediable recaída. Se levantó con furia y soberbia, recogió todo en un santiamén, tenía que hacerlo antes de que

Ayleen llegara.

—Por Dios, qué me sucedió, esto no puede ocurrir otra vez, ¿cómo le explicaré cuando note que falta la botella?

Por fin terminó y se duchó rápidamente, por la posición del Sol calculó que serían las 8:00 a. m., así que su roomie no sospecharía nada, la encontraría normal, con olor a limpio y todo en orden.

Escuchó la entrada de Ayleen y se enredó en la toalla, entre el vapor de la ducha se colocó enfrente del espejo del baño y talló una parte de la superficie con la muñeca. Se quedó viendo profundamente su reflejo. Estaba consternada por la actitud que había tomado la noche anterior y ahora se despreciaba e internamente se insultaba.

El maquillaje, aún corrido, enmarcaba en la parte baja de sus ojos una profunda tristeza. Pasaron los minutos, ella continuaba hipnotizada por su deprimente rostro así que parpadeó un par de veces y comenzó a ponerse la ropa.

En ese momento no tenía familiares cercanos a quienes acudir en busca de compañía; tenía a sus padres, a quienes por causas fortuitas y por las condiciones de sus actividades no hablaba seguido. Buscó su móvil y llamó a su verdadero hogar.

—¿Madre?

—¿Elise?, hija, qué bueno que llamas, ¿cómo has estado, amor?

—Bien, mamá, hablo para saber si estarán en casa hoy, ¿podría tomar el tren y llegar a las doce?

—Nada nos daría más gusto, hija; come algo antes de venir ¿quieres?

—Sí, salgo en treinta minutos.

—Háblame y vamos por ti a la estación. ¡Te quiero!

—Yo también. Un beso.

La brevedad de esa plática no era producto más que de un severo distanciamiento que había culminado al irse ella de casa varios años atrás. Buscaba nuevas oportunidades y se le habían presentado primero en Boston y ahora en la editorial donde era editora en jefe.

Sus padres seguían en Newark, Nueva Jersey, el suburbio residencial situado al norte donde había crecido y vivido hasta hacía pocos años.

Salió de su alcoba con un suéter blanco a medio fajar, unos leggins negros y su larga cabellera húmeda por el baño. Sin una gota de maquillaje. Decidió llevar solo un pequeño maletín de correas cruzadas.

—¿Elise? ¿Qué sucede, por qué esa cara? —preguntó Ayleen.

—Iré con mis padres.

—Oh, entiendo.

Ayleen tenía vaga información al respecto y, como sabía que ella era demasiado reservada, se contuvo de hacer cualquier otro comentario.

—Llevaré un sándwich para el camino, eh... dejé dinero para el alimento de Ives y, cualquier cosa, llevo mi móvil.

—Entonces las cabañas quedan descartadas.

—Lo siento, creo que sí, necesito ir a mi casa.

—Martha sí está embarazada.

—Oh, por Dios —sus ojos se clavaron como ráfagas en los de Ayleen—, ¿el papel es tuyo? ¿Serás la estrella principal de toda la temporada?

—Sí, sí, sí.

—Amiga, qué emoción, ¡ven acá! No puedo creerlo, es genial —la abrazó con envidia.

—Es por eso que ahora más que nunca queremos ir a las cabañas, celebraremos y pues pasaremos un rato agradable, yo imaginé que estarías aquí para ir juntas —dijo Ayleen cabizbaja.

—Trataré de llegar, lo prometo, te envío un texto, ¿vale? Ahora me voy, felicidades nuevamente, te lo mereces —y la abrazó de nuevo palpando su espalda ligeramente.

En la estación la gente caminaba con la vista al frente, no reflejaban sentimiento alguno, todo le parecía tan frío a Elise cual si fuese un montón de máquinas siguiendo el ritmo de vida diario y, quizá, con planes esporádicos por la noche. La ciudad activa no hacía más que pasar por los crueles pensamientos de su mente y procesarlos a través de sus, ya, analíticos ojos. Sin contar con que tenía una resaca de esas que no se olvidan.

En el vagón se perpetraba el mismo ambiente, el cielo se nubló y Elise lo contempló a través de su ventana. Veía como la muchedumbre se iba adentrando en el tranvía, la mayoría arropados por el agudo fresco de esa mañana. Otros con maletas o mochilas ligeras. Viajes cortos, un café y un libro, pero en este caso se llevó su portátil y le echó una mirada rápida al artículo Bremer, de nuevo vino a su mente la imagen de la chica francesa, esta vez se sintió con libertad de indagar y abrió Google tratando de hacer su

pseudoinvestigación. No sabía qué palabra exactamente buscar, así que tecleó: Valrick Bremer.

Lo que pasó enseguida dejó con los ojos cuadrados a Elise, quien, al echarse a andar el tren, tuvo que sostener fuerte su vaso de café. Sin querer había puesto el filtro de fotografías en vez de información en la web y salieron cerca de dos mil resultados. La mayoría eran imágenes que contenían lo que parecían exposiciones de diferentes ángulos hacia trabajos de arte. Pinturas, esculturas, partituras de música y mucha gente a su alrededor. Recordó los talleres impartidos en Madrid, esos que describió Gretchen. Se le veía concentrado en más de una docena de fotos, unas al frente del público como dando conferencias, otras con adolescentes cerca de ellos abrazándolos y sonriendo ante la cámara, como buen profesor orgulloso de sus alumnos. Eligió tres de ellas y las guardó en sus documentos con la esperanza de usarlas para el artículo, junto con las que su hermana conseguiría, esas sin duda eran las que más le interesaban.

Le pareció extraño que no hubiera información acerca de sus más recientes obras, ni siquiera señalaban su trabajo en equipo con su hermana, así que después de mucho indagar no tuvo forma de corroborar el misterio de *La belle damme*.

La hora y media que duraba el viaje le pasó desapercibida por su búsqueda en la web. El tren se detuvo lentamente y la gente comenzó a levantarse de sus lugares; se arrojaron en la puerta y deliberadamente empezaron a salir. Buscó luego su celular y marcó a su madre.

En una de las bancas colocó su mochila y acomodó su suéter. Al sentarse vino el recuerdo de la botella de tinto en sus manos y sintió escalofríos.

Pero no sabía la razón principal de la visita, ni lo que su madre pensaría después de no verse tanto tiempo, era un reencuentro fortuito y en su subconsciente solo había una luz palpable de tranquilidad.

No tuvo más remedio que sacar sus audífonos y hacer soportable la espera, sus padres no vivían lejos de la estación y probablemente llegarían en quince minutos. Mientras cambiaba repetitivamente el *track list* escuchó su nombre de fondo, puso mudo y levantó la vista. Era Angela, su madre.

Estaba a unos diez metros de ella, vestía jeans azul claro con unos botines algo desgastados color negro; sus piernas estilizadas enmarcaban su complexión delgada, de hombros exquisitos que se mantenían inertes a la espera de que su hija se acercara. El azul grisáceo de sus ojos reflejaba la fila

de vagones carmesí del tren; se notaban vagamente las líneas de expresión de su rostro. El cabello mediano se veía bien cuidado y teñido de negro.

—Mamá —Elise se acercó de prisa y se abalanzó a sus brazos, la abrazó tan fuerte que creyó asfixiarla, sus ojos se cerraron con presión arrugando su ceño con tintes de puchero.

Angela también la abrazó con mucho gusto, sus cabellos se enredaron entre sus largos y delicados dedos.

—Espera, hija, no te separes, se me enredó tu cabello.

Elise aprovechó los segundos que su madre tardaba en liberarse para mantener cierto confort; no dejó de abrazarla.

—¿Y papá?

—Está en el puerto, cariño, surgió un inconveniente.

Steven, su padre, era dueño de algunos barcos de pesca y además tenía otros negocios pequeños en el centro del pueblo. Lo único que recordaba Elise era su ausencia. Y su pasión por el trabajo.

—Estás muy delgada, hija, ¿todo está bien?

—Sí, madre, mucho trabajo, pero todo en orden —dijo Elise apenada.

Los ojos de ambas se incrustaban como navajas en los pensamientos de la otra, tanto tiempo sin verse, la separación, el no saber nada respecto de la otra hizo que este momento fuera muy emotivo y sin duda estaban más que dispuestas a hablar con el corazón en la mano.

—Vamos, estacioné la camioneta afuera.

La leve caminata hacia la vieja Cherokee verde olivo sirvió para retomar algo de confianza y tratar de comenzar una plática amena. Sin importar lo que Elise pensara notó que su madre estaba serena, caminaba al mismo ritmo que ella y se arrimó un poco más a su cuerpo.

La silueta delgada de Angela era producto de años de enseñanza de yoga, mantenía la línea y siempre se le veía sana y feliz, algo que Elise sin duda envidiaba. Ahora la veía con otros ojos, lejos de ese sentimiento que había provocado la ruptura y separado por tanto tiempo el vínculo; en ese momento ya no era una carga el pasado.

—El clima es justo como lo recuerdo —susurró Elise cabeza abajo mientras veía el pavimento húmedo.

—Siempre es así, cariño, algo que en Philadelphia no ocurre a menudo.

—Madre, yo...

Antes de subir a la vieja Cherokee Angela notó un quiebre de voz en su

hija y no dudó en volverla abrazar, lo hizo lentamente y acomodó su cabeza entre el hombro y el cuello de Elise de tal manera que murmuró:

—Tranquila, hija, todo está bien.

Ni una lágrima brotó, ni un suspiro siquiera dentro de Elise, esas palabras que ella con tanto cariño le dedicaba entraron y salieron en la misma dirección.

—¿Ya comiste algo?

—Sí, un sándwich.

—Entra, vamos por un café —Angela se colocó el cinturón de seguridad y encendió la camioneta. Luego antes de poner Drive volteo y sonrió con cariño a Elise—. Me alegra que estés aquí, espero que te quedes.

—Sí, me quedaré hasta mañana —recordó la celebración de Ayleen, pero tomó entre sus manos la balanza imaginaria y era ahí donde quería estar. Su roomie comprendería.

—No puedo creer que papá todavía conserve este cacharro.

—Lo conoces, cariño, ¿sabes?, desde que le dije que vendrías comenzó a hacer un itinerario, prácticamente enloqueció.

—Pensé que no le parecería mi visita, o quizá estuviera molesto.

—Alguna vez lo estuvimos, luego nos dimos cuenta de muchas cosas, cosas que uno cree comprender, después de cierto tiempo la gravedad duele.

Elise tragó saliva, supo lo mal que se había portado, ahora venía con el rabo entre las patas y de pronto agradeció el lapso histérico alcohólico de la noche anterior, sin eso nada de esto hubiera ocurrido.

—Me porté mal...

—Elise, tendrás una visita normal con tus padres, a estas alturas eso es lo único que cuenta.

—No, yo tengo que saber lo que ustedes piensan también.

—Llegamos, ¿recuerdas a Dereck? Ahora es el que atiende el café, siempre me pregunta por ti... —Angela cambió el tema de Elise con estilo.

Entraron calmadas al coffeshop e inevitablemente más de diez comensales voltearon a ver quién había cruzado la puerta. Era un pueblo pequeño donde todos se conocían y, claro, conocían bien a los Wright.

—¡Dereck! Buen día, cariño, mira quien ha venido a visitarnos —dijo Angela viendo de reojo a Elise con orgullo.

—¡Elise! ¡Cuánto tiempo! —rodeó el mostrador para darle un abrazo a la que una vez fuera su amiga de escuela.

No había mucho qué decir de Dereck, sus padres pusieron el coffeshop cuando él era pequeño, así que lo había heredado y ahora era el administrador oficial y quien por momentos atendía el local. Una gorra verde oscuro con una taza estampada al frente era sinónimo de que el negocio era familiar y muy dedicado.

Su piel pálida a veces traslucía el azul violeta de las venas de su frente; poseía sencillez en su andar y caminaba espigado; de cabellos negros, casi pegados a su cabeza, era el típico amigo honesto, cariñoso y centrado.

—Der, ¡hola! ¿Qué ha sido de ti, cómo estás? —Elise se mostró curiosa y contenta de verlo.

—La editora más hermosa y joven de Philadelphia, porque ya eres editora ¿no?

—Sí, sucedió hace una semana —dijo con incontenida felicidad agrandado sus ojos verdes.

La cara de Angela dio un vuelco por la noticia, definitivamente no lo vio venir. Miró el panel del menú con evidente malestar y apretando la quijada.

—Lo sabía, ¡eres la mejor!! —Dereck se rio con cierta peculiaridad—. Escuchen todos, ¡ella es Elise Wright, mi amiga desde siempre, y ya es editora en jefe en Philly!

—Der, basta —espetó Elise sintiéndose apenada por tener que soportar las miradas de los clientes. Un leve aplauso en masa la calmó.

—Cariño, no podemos demorar, tu padre nos espera... —apresuró Angela a su hija.

—Señora Angela, qué bueno que la trajó; quizá podamos vernos mañana y me actualizas, ¿vale?

—Sí, Dereck, sería genial, anota mi teléfono, ya lo cambié, mi correo es el mismo.

Ambas pidieron un latte y se despidieron de él, luego salieron de vuelta para ir con Steven.

En la camioneta hubo un silencio de esos incómodos que hacen claudicar mientras una observa sus tobillos.

—¿Editora en jefe...?

—Sí, madre, fue hace poco.

—Se cumplió... tu sueño...

Elise tomó un largo sorbo a su café, mantenía la vista fija hacia delante, luego hubo otro silencio tajante.

—Sí.

—Qué bien.

Y eso fue todo, ninguna felicitación, ni palabras sinceras refiriéndose al logro, simplemente una mera aceptación. Y a estas alturas Elise no se esperaba nada menos, era claro que su madre desde un inicio tenía fijado otro futuro para ella, un futuro a desarrollarse en el pueblo donde justamente ahora estaban, con la misma gente y donde seguramente tuviera que conocer a su valiente héroe, casarse y tener hijos. En ese instante solo se escuchó el fondo de la música dentro de la camioneta, el silencio perduró hasta llegar donde las esperaba Steven.

Detrás de varios camiones de carga estaba él, de espaldas, liderando a un pequeño grupo de trabajadores.

Tenía puesto un chaleco azul marino, grueso, encima de una camisa en color claro y una gorra gris, donde se le alcanzaba a ver una parte del cabello rubio cenizo. Su trabajo le requería ropa cómoda, así que también llevaba vaqueros y unas botas amarillas de gamuza.

El hablar con tanta facilidad e imponentia hizo que Elise se hiciera pequeña por mínimos segundos. Y de pronto recordó lo estricto que era y como eso causó impacto en su vida.

—¡Jay! ¿Qué haces? No, ¡esas cajas las necesito aquí!

Con tanta vehemencia daba órdenes que no se percató de la visita.

—Tranquilo, cielo —dijo Angela aproximándose a él y rodeando sus manos por arriba de sus hombros.

Él sin más ni menos miró de reojo, le cambió el semblante con parpadeos de sorpresa, era su pequeña, la luz de sus ojos.

—Hola, papá —las palabras resultaron ser una combinación de susurro y voz entrecortada, suficiente para él, quien de inmediato se abalanzó buscando sus brazos.

—Ely...

Angela los observaba atónita, no podía creer que esto estuviera pasando, justo un día, de la nada llama su hija para visitarlos, después de casi ocho años de separación donde la despedida no fue nada grata.

Los dos se mostraban nostálgicos y se echaban miradas tristes, de arrepentimiento quizá, era muy difícil para ellos a quienes el orgullo cegó durante tanto tiempo.

—Vámonos de aquí —espetó Steven, quien se mostraba algo ansioso.

Su madre condujo y su padre hizo de copiloto, ella se sentó atrás, iba distraída por la ventana. Aunque el reencuentro había sido muy emotivo aún no había certeza de lo que las conversaciones siguientes tratarían. Así que relajó la respiración y comenzó a disfrutar el momento.

—Ely, me alegra que estés aquí... con nosotros —habló Steven, que veía a Elise por el retrovisor.

—Lo mismo le dije, cariño, al principio estaba asustada pero la llevé con Dereck por un café y cambió su actitud —intervino Angela, si bien lo hizo con un tono seco viendo hacia el frente la avenida.

—Verlo me agradó, aunque con él si tenía un poco de comunicación.

El ambiente hostil comenzaba a aflorar y, si bien Elise no lo hacía de mala fe, quería empezar a poner en claro ciertas cosas. Como, por ejemplo, que tenía más contacto con su amigo de toda la vida que con sus padres. El objetivo de esto no era preciso. Y por obvias razones tampoco tenía precedentes.

—Iremos a comer fuera, ¿qué se te antoja, cariño? —le preguntó Steven.

—Aún no tengo hambre, ¿por qué no vamos a la casa primero y charlamos un poco?

—¿Qué se te antoja? —insistió él.

Elise tomó una bocanada de aire mientras veía en silencio a sus progenitores. Se estaba desesperando.

—Lo que ustedes quieran... me da igual.

—Bien, acaban de abrir un pequeño restaurante de comida rápida, podemos parar ahí.

—Por mí está bien —afirmó Angela mientras veía a su esposo a manera de elección.

—Vamos... —exclamó Elise con cara de pocos amigos.

Se dirigieron al centro del pueblo, las calles eran estrechas y había pocos edificios. El clima era perfecto para un día en casa; había poca afluencia de gente en los lugares por los que pasaban. Esto aun así mantenía callada y pensativa a Elise, que en todo momento vigilaba por la ventana, recordando quizá sus paseos de pequeña y ahora le costaba trabajo sentirse en casa. Porque en realidad extrañaba Philadelphia.

Cuando bajaron al pequeño restaurante Elise se adelantó y entró al baño, después de la escena en la camioneta, donde cada quien hablaba por sí mismo y bajo distintos propósitos, se sintió lo bastante incómoda como para

separarse un poco.

Entró en un suspiro y abrió la puerta del baño privado, bajó la tapa y se sentó sobre el excusado. Fruncía sus labios y comenzó a hurgar en su bolso en busca de su celular, lo tomó y mensajé a Ayleen. Algo dentro de ella se resistía a acompañarla a celebrar. El tema ahora eran sus padres y por mucho que la sacaran de quicio tenía que estar ahí y dejar fluir la decisión de haber ido con ellos. Aunque esperaba al menos lograr algún beneficio de eso.

—Maldición, espero no equivocarme con esto —entrecruzó sus dedos y los llevó a la punta de su nariz antes de que apareciera Angela en la puerta del baño preguntando si todo estaba en orden.

—Sí, madre, ¡los alcanzo en breve...! —emitió un chillido al final de la frase, se sentía extraña y no lo pudo contener.

Se levantó y salió del privado, se lavó las manos y recogió su cabello en una coleta, respiró hondo, abrió la puerta y se dirigió hacia donde estaban sus padres. Al verlos de lejos su pensamiento no iba más allá, siempre se vieron como una pareja enamorada, había respeto y apoyo al por mayor y la escena fue demasiado clara para ella, quien no creía que teniendo unos progenitores tan cariñosos entre ellos, las cosas hubieran terminado de manera trágica. Ahora parecía haber una luz de esperanza o quizá una fortuita reconciliación.

—Ordenamos los combos del día, siéntate, cariño —indicó Angela arrugando la nariz.

—No tengo mucho apetito, quiero hablar con ustedes... —explicó ligeramente resignada.

—Ya habrá tiempo más tarde, total, te vas mañana ¿no? —Steven ancló la mirada en su hija.

—Sí.

En ese momento Elise creyó que sería difícil expresar todo lo que quería decir, por segundos su mente se quedaba en blanco y después regresaba a la realidad como ráfagas de viento. Esto no la alteró ni mucho menos, se sentía sumergida en las palabras que usaría.

Para romper un poco más el hielo decidió valerse de sus dotes de escritora y comenzó a sacar plática de inmediato.

—Papá, ¿qué dicen los negocios? ¿Aún los ves tú directamente?

—¿Si los veo directamente?, ¡caray! Eso siempre, me sorprende esa pregunta.

—Me refiero, si no dejarías que Ralph se encargara de ellos en algún

momento.

—Soy viejo, sí, pero fuerte como un roble, o ¿acaso me veo muy noqueado? —soltó la carcajada y tomó la mano deliberadamente de su amada Angela.

Orgullo y machismo predominaban en Steven, quien desde joven había sido un emprendedor y a temprana edad se hizo camino en el mundo de los negocios. Ahora a lo largo y ancho de Newark conocían su reputación. Era leal con clientes y proveedores, de esos cuya vida depende de ello. Carácter fuerte. Y a veces lo suficientemente ególatra como para no ceder cuando hacía falta.

—Ya veo, ¿y tú, madre?, ¿sigues impartiendo clases de yoga en el centro?

Se notó el cambio inmediato, luego de comenzar la plática, su voz ya era relajada y con un propósito en mente.

—¡Yo moriré dando clases, hija...!

Todos rieron a la par, se comenzaba a sentir un buen ambiente, nada comparado con la escena desalentadora de la camioneta.

—Steven, nuestra hija ya es editora en jefe de... ¿cómo dices que se llama la revista, Elise?

—*ROAD*.

La mirada profunda de su padre se clavó en Angela, digiriendo dicha noticia, era de esperarse que esto no era precisamente lo que quería escuchar. Se trataba de orgullo. Él soñaba con dejar en manos de su hija los negocios que tanto trabajo le había costado levantar. Pero desde siempre Elise mostró cierto interés por las artes; luego, saliendo de la preparatoria, optó por estudiar Periodismo. Esto llevó a Steven a un estado de desilusión. No fue una decisión fácil, ella tardó un par de años más antes de, por fin, decidirse a salir del pueblo. Tras graduarse sus padres reavivaron la esperanza de su regreso; pronto llegó lo que tanto temían, ella se preparaba para ir a buscar suerte a Nueva York, como primera opción, sin embargo acertó yendo a Philadelphia, donde hoy por hoy le coqueteaba su futuro profesional.

—Hola, ¡buen día! Les entrego su orden —los brazos del mesero comenzaron a moverse por encima de la mesa acomodando los platos.

Prosiguieron a comer; la impaciente espera de Elise sobre lo que diría su padre no la dejaba deglutir.

—Di algo, padre... —dijo tajantemente.

—Sabes mi posición al respecto, Ely.

—No, no la sé, ¿es algo tan ridículo!

—¡¡Basta!! Comeremos como se debe... ¿vale? —dijo Angela a regañadientes.

Elise posó sus ojos sobre su comida y en segundos sintió como desaparecía su apetito, nuevamente llegaban las ideas a posar en su subconsciente como mariposas en un árbol. Sintió incontrollables deseos de escapar de ahí, pero eso sería demasiado infantil.

Lo enfrentaría y eso sería lo mejor para todos. Por más que incomodara.

—¿Te apetece ir al lago después, linda? —replicó Angela tratando de tranquilizar las aguas

—Sí —resopló Elise sin tener otra opción.

—Ah, por cierto, hoy por la noche hay una puesta en escena del taller de teatro local, estaba pensando que tal vez te gustaría...

—Lo que me gustaría más que nada es aclarar todo esto, madre, ¡¡a eso vine!! No quieras evitarlo —levantó la voz, aunque en el fondo tenía otras intenciones esa breve visita.

—¿Crees que no quiero? ¿Crees que no me importa el hecho de no haber hablado durante años con mi única hija?, ¿qué no me está consumiendo día a día? Tal vez tengas un poco de tacto y quisieras primero pasar un rato agradable con nosotros, ¡pero no! Eres práctica, esa es tu virtud al parecer.

Esto puso a Elise en su lugar. Cometió el error de distanciarse y ahora se daba cuenta de que para ella fue muy fácil irse de casa a perseguir su sueño, pese a las súplicas de ellos, entendía ahora que esto también sería un proceso.

Nuevamente apareció un nudo en su garganta, por un momento la boca del estómago se cerró cual caparazón. No dejaría de comer para darles el gusto de verla confundida o quizá un tanto aterrorizada. Prosiguió y masticó por inercia.

—Recuerda, hija, que nosotros jamás te dejamos de querer ni un instante, fue duro, creo que es lo más duro que he pasado en mi vida desde la partida de tus abuelos, pero, brinco de gusto porque estés aquí, sea para arreglar las cosas o sea solo por este fin de semana y decidas no regresar, definitivamente lo quiero disfrutar —balbuceó Steven con la boca medio llena.

Una sonrisa acompañada de labios apretados se hizo notar en su rostro, así pues transcurrió la comida familiar.

Al entrar a su casa recordó muchas cosas: su niñez envuelta en calidez

familiar y amor incondicional, una sonrisa emergía conforme pasaba por los lugares más significativos.

Era una residencia básicamente situada en el exclusivo barrio The Oaks, siempre calmado y con pocos vecinos a la redonda, la casa de los Wright siempre se destacó por ser la más grande y moderna. Elise no podía quejarse, jamás le faltó nada, lo único que no pudo quitarse de encima fue ese carácter aguerrido que la llevó lejos de ahí de la manera más triste.

Su madre se fue directamente a la cocina y Elise siguió a Steven al porche, salió de pronto Rex, el viejo pastor belga de la familia. Y por instantes casi desconoce a Elise, se acercó lentamente con la cabeza agachada esperando ese primer contacto que le asegurara que su dueña había regresado. Ella lo tomó de la cabeza deslizado sus manos a través de su rostro y ahí estaban, viéndose a los ojos, el comenzó a mover la cola y se abalanzó contra su pecho. Fue inevitable la risa que soltó Steven al ver la escena, quien no vaciló en sentir confort.

—Nunca dejaré de reconocerte, Ely, ¡cuántos años a su lado!, y ahora míralo, viejo y solitario, pero te reconoció y sé que ahora es feliz. Probablemente ya pueda morir en paz.

—Oh, vamos, papá, le queda mucho tiempo de vida, recuerdo que me acompañaba a la preparatoria y huía despavorido cuando me daba cuenta y le ordenaba que se regresara a casa. Siempre ha sido un buen perro. Un verdadero amigo.

—Fue una suerte para él que lo rescatáramos de esa triste vida que llevaba.

—Tienes razón. Fue una suerte, papá.

El tema de Rex hizo que todo marchara bien y Elise se estaba preparando para “el proceso”.

—¿Un cigarro, Ely? —preguntó su padre acercando la cajetilla y viéndola a los ojos.

—Sí, gracias.

Encendieron el cigarrillo y contemplaron el glorioso atardecer.

Luego de un rato Angela salió dando una patadita a la puerta principal, traía entre sus brazos una charola con galletas de avena recién horneadas y chocolate caliente. Lo ofreció y tuvo rotundo éxito.

Elise sostenía entre sus largos y delicados dedos el trozo final de esas deliciosas galletas, le echaba miraditas hasta que decidió que era el momento adecuado para la charla.

—Creo que soy alcohólica —su voz fue entrecortada y rasposa; no dejaba de ver el trocito.

La sorpresa y las miradas de sus progenitores no se hicieron esperar, lo único que la mantenía segura por el momento era permanecer con la mirada baja.

—Ely, por Dios, ¿de qué hablas? —replico Steven algo confundido.

—Era activa hace un año aproximadamente, no sé...

—Pero, hija, cómo diablos fuiste a caer en eso, dime ¿ya lo superaste?, ¿por qué tomaste ese mal hábito? —preguntó Angela, quien al parecer apretaba fuerte la taza del chocolate.

—No sé cómo empezó, ustedes saben, no era muy sociable, cuando recién llegué a Philadelphia y comencé a vivir con Ayleen tenía mucho tiempo libre, me dedicaba a leer, luego fue la costumbre de fumar diariamente, y ¿saben? No sabía lo que era vivir sola, sin reglas, sin nada o nadie que me detuviera, por meses fue grandioso aunque le temía a lo que pasaría, no tenía amigos allá además de ella, pero es fea que siempre está fuera de casa, casi nunca la veo, pertenece a un ballet clásico, más bien una compañía, el asunto ya es profesional.

Luego, al cabo de tres meses me llamaron de *ROAD* y tuve oportunidad de despejarme, salir de la cueva. Como ya les dije, no era tan sociable y salía poco del departamento.

Pasó el tiempo y me hice amiga de Victoria, una compañera de trabajo. Tiene un estilo de vida bastante interesante y lleno de aventura. A su lado siempre había un plan para salir tan solo fuera a cenar, pasaba ratos amenos. Luego se unió Torrance, otro compañero, y éramos imparables, esperando salir los viernes por la noche a tomar una copa, lo cual no era perjudicial para mi salud.

Mi situación se dio cuando terminé con Rob, nuestra relación no prosperó y nos separamos, fue realmente muy poco el tiempo que estuvimos juntos, pero en algún momento idealicé e hice planes a su lado. Planes que nunca se concretaron y finalmente opté por alejarme.

Me aislé y ni siquiera se me apetecía salir con Victoria, quien efusivamente estuvo tratando de ayudarme, se proponía distraerme y salir todo el tiempo. Lo rechacé, severa, y me sumergí en una especie de cápsula, en la cual me sentía segura y sin sentimientos negativos. ¡Vaya!, emocionalmente me esfumé.

Tal vez fueron dos o tres semanas, cuando Ayleen llevó a unos amigos al departamento y dejaron una botella de ron a medias, que comenzó la locura. Lo demás ya se lo pueden imaginar.

—Sí, te imagino tirada en tu sofá como una chica de los suburbios, ingenua, que no recibió buena educación, ida con una botella de ron en la mano y actuando como si tuvieses cincuenta años. Por Dios, lo vuelvo a repetir, ¿acaso no fui buena con tu maldita educación? —Angela dejó su tasa bajo sus piernas, algo molesta, si bien no se decían groserías en la casa de los Wright ahora no estaba siendo la excepción.

—Madre, esto es difícil para mí, compréndeme, quiero que pienses que contárselos y tenerles la confianza para hacerlo no es fácil.

—Querida, deja que termine por favor, después daremos nuestra opinión, ella ya es mayor y no la regañaremos como chiquilla de preescolar, por favor, ¿sí? —Steven tomó su mano—, adelante, Ely, tampoco te juzgaremos...

Las lágrimas tibias comenzaron a recorrer la mejilla de Elise y nerviosamente pasó el puño de su suéter para limpiarlas, el sentimiento que se había acumulado era demasiado para poderlo contener y hubo una explosión en sus ojos, que se enrojecieron a la par y expulsaron su interior.

—Me sentía deshecha, sin rumbo fijo y sin motivación alguna, ahí estuvo mi error, cerrarme a las posibilidades de salir adelante, no lo hice porque me doliera tanto la ruptura, total, era un chico que al final ya no veía tan a menudo, influyó el hecho de que me sintiera sola, ansiosa, exasperada, y lo demás que te orille a hacer semejante acción.

No podía cerrar su boca, una vez que comenzó a hablar fue como abrir un baúl lleno de recuerdos, donde siempre habrá más y más hasta llegar al fondo.

Las miradas entre sus progenitores eran evidentes, los tenía atónitos y tal vez algo confundidos; fue pronta la respuesta, fue Steven quien cerró con broche de oro la conmovedora confesión.

—No sabes cuánto te amamos, hija, las noches que pasamos después de tu partida fueron devastadoras, pero sí, también te entendemos, eres joven, bella, y estabas en una ciudad tú sola, fue digamos una experiencia que afortunadamente ya terminó y ahora estás aquí con nosotros teniéndonos nuevamente la confianza. Esto es todo lo que quiero saber, que tomaste cartas en el asunto y pudiste salir a tiempo de tal situación. Te reconocemos esa valentía y ese coraje para hacerlo, hay personas que mueren en el intento,

creo que incluso tu caso no fue tan grave...

—Padre... ayer recaí.

Elise cerró sus ojos y puso las palmas de sus manos bajo sus muslos, sabía lo que vendría luego de que su padre dijera tales palabras de aliento.

Steven se levantó de un salto y buscó desenfrenadamente sus brazos, tomó sus codos y la hizo pararse de la mecedora, la miró fijamente y por extraño que pareciera no dijo una sola palabra. Entonces Angela siguió su ejemplo. Los tres estaban de pie en el porche, bajo la luz neón de la noche; contemplaron el delicado rostro de su hija, esa que habían criado juntos con cariño y dulzura, ahora no había más que una chica despavorida, pero veían más clara la situación que ella misma. Permanecieron así por largos minutos y fue ahí donde se dio la cercanía, donde renació la familia que habían dejado de ser y por la que creían que seguir luchando valía la pena.

—Eres nuestra luz, querida, no estás sola, has venido al lugar correcto y ya te encuentras con nosotros, quienes no te dejaremos de apoyar un segundo.

Las palabras eran muy reconfortantes viniendo de Angela, todo el tiempo ella había sido más fría que Steven; no era para menos, se trataba de su madre y su sufrimiento fue incluso mayor que el de él tras la partida de su hija. Además solo ella podía por escasos momentos sentir lo que estuviera pasando Elise y no la dejaría, no cuando un día de otoño, sin más, llamó para retomar sus lazos familiares, no permitiría que esta noticia mermara tan inigualable momento.

—Está refrescando, querida, deberíamos entrar, me gustaría mostrarles algo —espetó Steven.

—Claro, papá —dijo Elise enjugándose las lágrimas.

Sigiloso, Steven avanzó algunos metros de distancia de ellas.

La luz amarillenta del interior de la casa se reflejaba en su chaleco azul marino, recordando esto que hacía pensar a Elise en lo acogedora que resultaba su casa y que ya tenía a sus padres cerca. Suficientemente grande, de dos plantas, no había muchos lujos; la cocina y la estancia eran lo primero que aparecía en el plano.

Los muebles eran robustos y de madera fina, hacían juego con el verde menta de las paredes que no dejaba afuera ningún elemento de luz y brillo.

—Padre, ¿qué sucede?

—Tomen asiento, les diré, ayer cumplí catorce años de pertenecer al club de bolos. Después de andar de gira por la región para el séptimo torneo anual

me encontré a un viejo amigo de la facultad, James. Me sorprendió tanto, vaya ¡el tipo no tiene una sola cana! Iba con el equipo de Philadelphia, precisamente, y por si fuera poco nos derrotaron en dos rondas. Estaba muy concentrado alardeando con sus camaradas y me acerqué:

—¿Baker, James Baker?

—Sí, King Baker suena mejor ¿no crees?

—Vaya, no hay mejor seudónimo que ese, eres bastante bueno, dime ¿no me recuerdas?

—Eh, no, ¿Rudy? ¿Albert?, ¡no!, ¿quién diablos eres?

»Su acento británico tan fiel se hizo presente desde el momento que me respondió y ahí ya no tuve duda alguna de que era él.

—Soy Steven Wright, facultad de Ingeniería, generación 78.

»Por segundos posó una mirada retadora sobre mí, qué puedo decir, me hice pequeño. Después sonrío y me saludó muy entusiasmado. Y no es juego. El tipo debe tener un gimnasio o algo similar, sus brazos eran extremadamente musculosos.

»Pues, para no entrar en detalles, la pasamos bien charlando sobre lo que había sido de nosotros después de la facultad. Mi equipo ya estaba agotado y decidieron irse al hotel a descansar. Yo me quedé más tiempo con él y se ofreció a llevarme al hotel. Entré en su camioneta Bronco 1992, que hacía juego con su rudeza. Para mi sorpresa encendió la radio y presionó algunos botones, y nada mejor que *Let it be* de The Beatles, me sentía como jovenzuelo con su camarada de la universidad reviviendo esos paseos llenos de aventura y locura.

»Cuando llegamos al hotel me recordó cuan fan era de los Beatles, no dudó un segundo en estirar su brazo y sacar el CD que se reproducía, era una edición limitada del 82, la puso en el estuche y me la dio. Al principio dije que no era necesario el detalle, ¡qué va! Ustedes saben, son mi adoración y ese disco en especial no lo pude conseguir. Así que lo tomé y en agradecimiento lo invité mañana domingo a una barbacoa aquí en la casa. Seguramente traerá a su esposa —narró Steven mientras tocaba sutilmente el valuado material.

—¿Así que simplemente te regaló la edición limitada? —preguntó Elise boquiabierta.

—Sí, éramos tan buenos amigos que no sé cómo perdimos contacto así tan de la nada. Por eso me animé a invitarlo. Así que, querida, tenemos trabajo

que hacer. Ely, nos ayudarás.

—Suenan muy bien, papá.

—Tengo hambre, lindas, y a un hombre como yo deben de alimentarlo antes de que se ponga de mal humor —se abalanzó sobre el minicomponente e inició el disco con la canción *Across the Universe*, esto hizo que Elise se parara de inmediato y fuese a la cocina a preparar algo.

La noche se mostraba ya más tranquila, entre la preparación de la cena y los Beatles Ely por fin se empezaba a sentir cómoda. No había nada en ese momento que le arrebatara tan perfecta velada. Sola, con sus pensamientos por un lado y la familia que animaba poco a poco su ego por el otro. Esto era lo que buscaba cuando tomó el teléfono desesperadamente esperando la tranquilizadora voz de su madre. Ahora lo sabía, se sentía positiva y no dudaba en convencerse a sí misma de que habría un mejor mañana para ella. Repasaba los obstáculos que tuvo que soportar cuando se mudó a Boston y luego a Philadelphia y esto no era más que pan comido.

Después de la succulenta cena Angela subió a dormir y Elise optó por lavar los trastos, su padre se acercó a darle un beso en la frente y tomarle el rostro. Se despidieron.

—Dulces sueños, Ely, te repito, estoy feliz de que estés aquí, vamos a disfrutar el fin de semana, ¿vale? Ya habrá tiempo de ver tu tema, linda. Te amo.

—Te amo, papá, buenas noches.

Sus ojos comenzaron a cansarse y apretó el paso para subir a dormir, pensaba si su mamá habría hecho modificaciones a su alcoba o seguía intacta como la última vez... Era la gran duda.

Secó sus manos con una toalla que estaba cerca para finalmente cerrar el lavavajillas, caminó un poco hacia la ventana y contempló el azul opaco del cielo, se arregló el cabello mientras una voz interna le recordaba lo optimista que debía ser. De pronto encogió sus hombros, estremecida por el vibrador del celular.

Corrió para tomar la llamada, sin embargo ya habían colgado. El número aparecía como privado así que no se tomó la molestia de regresar la llamada. Seguramente se trataba de Ayleen divirtiéndose desde las cabañas y llamaba para restregarle lo mucho que se estaba perdiendo.

Tomó sus cosas y subió las escaleras. Al entrar a su alcoba su mente se sintió traicionada. Nada había cambiado, cada objeto seguía en su lugar, se

conmovió.

Para el mediodía el olor de la barbacoa ya empezaba a expandirse. Elise no podía esperar para conocer al tal James, adoraba el acento británico, por lo que ya sentía ansias.

Después de unos momentos, en la acera de enfrente se estacionó un flamante Bentley, blanco, a dos puertas, los Wright quedaron sin aliento, era un carro fascinante, mezcla de lujo y deporte. Se asomó luego un rubio corpulento y alto, vestido con ropas casuales, de marca, aceleró el paso para abrir la puerta de su también flamante esposa, una delgada trigüeña con vestido blanco exquisitamente pegado a su curvilíneo cuerpo, cargaba una canasta donde se asomaba una botella de vino tinto. Se acercaron sigilosamente y James posaba tiernamente su mano derecha sobre la bien marcada cadera de su mujer. Que a decir verdad parecía un semental marcando bravamente su territorio.

—¡Los Wright!

—James adelante, bienvenido – dijo alegre Steven acercándose a su amigo de la universidad.

—Esta es mi esposa, Angela, y ella, Elise, mi hija, editora en jefe de *ROAD*.

—Oh, ¡vaya! Una periodista en la familia. Pues mucho gusto, Angela, Elise... Ella es Susanne, mi esposa. Solo somos ella y yo.

—Tomen asiento, hay demasiado suelo –bromeó Steven.

Para sorpresa de Elise tenía el más claro acento británico, de igual manera al saludar a su esposa lo notó, frío y de alta sociedad, ese que se debe de escuchar a diario en MayFair. Y no era para menos, su porte los hacía ver tal cual.

—Si gustas puedes darme tu bolso, Susanne, lo pondré adentro –espetó Angela.

—Claro, querida, oh, traigo un tinto, lo dejaré por aquí...

Al parecer tendrían que ajustarse al estilo de los Baker el resto de la tarde.

Por si fuera poco, la pareja se veía elegante y con un porte sobrio, un tanto conservador, a Elise esto le pareció interesante, más aun, no parecían ser la clase de padres.

—¡Tienes todo controlado Steven! –se acercó James con su acento claro y entonado.

—Es uno de mis hobbies favoritos, las barbacoas.

—En Inglaterra no solemos hacerlas, cuando hay algo digno de celebrarse optamos por un restaurante que valga la pena —interrumpió la flamante esposa.

“Sí, definitivamente son ostentosos”, pensó Elise.

—Pero, han vivido más tiempo aquí que en Londres, supongo —inquirió Elise.

—Querida, soy su tercera esposa, yo acabo de llegar a América y digamos que me estoy acostumbrando a este... estilo de vida —Susanne tomó la mano de su marido.

Bajo esta declaración, la postura de Elise se volvió más limitante. Era curiosa pero no quería llegar demasiado lejos con sus preguntas, suficiente había tenido con la carga emocional del día anterior.

—Angela, no estamos tan distantes, ¿te apetecería tomar el té de vez en cuando?

—Eso me parece buena idea, mi vida —la abrazó James.

Angela por su parte se sorprendió con la propuesta, pero su semblante demostraba interés. Con una sonrisa asintió.

—Me contó James que impartes clases de Yoga y nosotros tenemos un gran patio donde estaría dispuesta a aprender... —guiñó el ojo.

Su actitud no dejaba de ser ostentosa. Algo era claro, los comentarios de Susanne emergían bastante asertivos, claros y dominantes, ahora Elise veía por qué posiblemente James estuviera enamorado de ella, tan loba y tan seda a la vez. Aparte, sexy cuarentona.

Sin quererlo, luego de esto se dividieron los hombres de las mujeres. Angela y su invitada con el vino y los hombres con cerveza oscura terminando la barbacoa.

Entre la plática de las damas estaba Elise, quien quiso desde el principio un sorbo de líquido rojizo, sin embargo no lo haría, no frente a sus padres y no tras haberles revelado su indeseable necesidad de alcohol.

Esto la obligó a escaparse unos minutos y subir a su alcoba. Se sintió orgullosa de poderse controlar a sí misma. Con tantas cosas en la cabeza, había olvidado que al día siguiente era lunes, sin importar lo que pasara tenía que acoger a su nuevo pupilo. En realidad esto era un reto. Y ella amaba los retos. Conocía sus capacidades, siendo tan ambiciosa, ni esto ni nada podía atravesarse en su camino. Revisó el celular, tenía dos llamadas perdidas, igual

que la última noche se trataba de un número privado. “Bien, pues ni como regresar la llamada”, pensó y aventó el móvil sobre la cama.

Sin poder evitarlo sacó su laptop y comenzó a planificar lo que haría al día siguiente con su pupilo. No tenía los ánimos suficientes pero no quedaría como una boba ante la nueva petición.

Puso *play* a su lista de reproducción y se concentró. Accedió y de inmediato encontró un *e-mail*.

De: victoria.larson@ROAD.com

Para: elise.wright@ROAD.com

Fecha: Sábado 29 de septiembre de 2012, 23:23

Asunto: Avance

Elise,

Estuve revisando el tema de los hermanos Bremer, sin duda será un artículo bastante interesante, también estoy viendo el tema de las colocaciones con Lila, quedará lista para lunes o martes.

Acerca de la junta que tuvimos el jueves te envío anexo los archivos para que los revises. Los temas están al pie de la hoja y los comentarios como siempre en el lado izquierdo.

Saludos.

VL

Se sintió mal por ser la única que al parecer no estuvo trabajando el fin de semana y a pesar de eso no podía creer que Victoria, la reina de la vida social, le hubiera enviado avances en sábado a las once de la noche. Esto levantó sospechas en Elise, quien abrió los archivos.

“Vaya, Victoria se sintió inspirada”, pensó al ver los avances hermosamente alineados y con demasiados comentarios al margen.

Se tomó su tiempo leyendo y tomando apuntes por su cuenta; sabía que abajo le aguardaba un ambiente cálido en la barbacoa, su prioridad de ver y estar bien con sus papás estaba resuelta.

Un mensaje en línea la desconcentró:

Derek : Hola, guapa?

Elise: Quiero un latte, con leche de soya para llevar por favor!!

Derek: Tan bromista como siempre, dime, ¿a qué hora y cuándo te vas?

Elise: Oh, como fui tan boba, quedé en verte hoy, la verdad se me complicó por cuestiones familiares, me iré en un par de horas. Tomaré el tren de las 8 supongo.

Derek: Te vi un poco estresada ayer, quería saber si todo estaba bien.

Elise: Pues, no lo estaba, recuerdas, de Boston se suponía que regresaba a casa, no lo hice... y simplemente ardió Troya, ahora tú sabes, volver y dar la cara, charlar, aclarar cosas... siempre es incómodo, pero existe la necesidad interna de acercarse otra vez al buen camino.

Derek: Pues si ya te acercaste, no lo sueltes, linda... Eh, supongo entonces que es demasiado tarde para vernos, pero, ojalá me puedas recibir en tu departamento.

Elise: Desde luego, me dio mucho gusto verte, y saber que ya eres todo un hombre de negocios ;)

Derek: Gracias. hablamos pronto.

Elise: Un abrazo.

Perdió la oportunidad de ver a su amigo de la preparatoria, apretó los labios tratando de no sentirse tan mal. Después de visualizar y planificar la semana que estaba por comenzar Elise tenía en claro una cosa, no complacería a medio mundo, sin importar lo que pasara, ella ya había estado en peores situaciones y había salido adelante sin ayuda de nadie. Sonaba

egoísta, pero era la verdad, sintió deseos de victoria y fijó sus ojos en el monitor.

Un par de horas antes de que Elise regresara a Philadelphia convivió alegremente con los suyos y los pudientes invitados. Las conversaciones fueron largas e interesantes y, más aun, al escuchar algunas historias de Susanne quedó claro que era una mujer inteligente, astuta, y por obvias razones lo suficientemente sexy para cautivar las miradas que le dedicaba Steven, de reojo, en repetidas ocasiones.

Tan concentrada estuvo en la reunión que olvidó por completo que deseaba una copa de vino tinto, al darse cuenta hizo justamente una mueca de satisfacción.

La pareja se fue temprano y esto dio la oportunidad a los Wright de llevar a su pequeño retoño a la estación del tren a tiempo.

—Nos dio tanto gusto que volvieras a casa, Ely... Sabes que puedes volver cuando quieras y que nos puedes llamar tantas veces sean necesarias, estaremos al pendiente y sobre todo con este asunto que nos preocupa. Recuerda, viniste al lugar correcto, hija, nunca te daremos la espalda y estaremos aquí siempre —Steve la acercó con su mano derecha y la abrazó momentáneamente; siguió con Angela, quien también tuvo su turno de abrazarla.

La respiración volvió a ella en un suspiro y clavó su mirada al tren que ahora se acercaba velozmente.

—Bien, padres, gracias por sus atenciones, sabrán de mí pronto —los abrazó a los dos con un nudo en la garganta y se acomodó su mochila en el hombro.

El pupilo

El pantalón rojo carmesí, de cintura alta, era holgado y se movía con total elegancia al andar de Elise, haciendo juego con su blusa de seda blanca. Aquel cuello alto acompañado de un moño estilo vintage daban a su look un acierto total. Llevaba consigo el bolso Pochette que le había regalado hacía tiempo Angela y en el otro hombro su maletín. Entró con porte intachable y

gran vehemencia. Esta vez había algo diferente en ella, por supuesto cumplir los deseos de “alguien más”.

Tomó el ascensor y sin titubeos apretó uno de los botones. Entró bruscamente a su ahora oficina, notó que Fabio ya se estaba instalando, apretó los labios y lo saludó cortésmente. Este hizo lo mismo.

—Hola... Daniel me indicó que este sería mi espacio –dijo con cara de pocos amigos.

—¡Fabio!, desde luego tienes un escritorio y varios estantes para archivo. Te tendré vigilado desde ahí –guiñó el ojo y señaló con la mirada su lugar.

—No te preocupes, seré como un fantasma –respondió sarcásticamente Fabio, aquel acento italiano opacaba completamente su inglés.

Elise sonrió, no le produjo curiosidad la apatía de su pupilo. Además de que lucía perfectamente alineado con su pantalón capri negro y suéter ajustado. Mocasines por supuesto, estilo cien por ciento mediterráneo. El chico estudió su espacio por varios segundos, traía consigo un maletín claramente de piel. Sacó su laptop y colocó sus audífonos delicadamente en el escritorio.

Elise no podía dejar de verlo. Ahí estaba su pesadilla viviente, así que puso manos a la obra.

—Sabes, me gustaría platicar contigo antes de entrar en los detalles de esto...

—¿De esto?

—De tu entrenamiento –lo miró algo sorprendida.

—Podrías al menos aparentar que estás contenta de tenerme aquí, como dice mi padre “aprendiendo de los mejores” –puso sus ojos azules en blanco.

—Será de los mejores de Philly... solo eso... –Elise bufó.

—Lo que sea.

Elise comprendió que había sido brusca e insensible, por lo que cedería antes de perder la cordura y terminar en el hospital con una crisis de nervios por lidiar con un junior cualquiera.

Después del clásico interrogatorio no hubo oportunidad de otra cosa que no fuera una taza de café.

Sin embargo el pasado de Fabio le seducía fervientemente, la curiosidad fue más grande que su ética y fue al grano.

—Me comentó Daniel sobre tu formación profesional, debo decir que estoy impresionada.

—Vale, ¿también me adularás...? No lo hagas, yo simplemente seguí el camino que quiso mi padre...

Esto para Elise significó algo, tener que lidiar con un junior, sin conocimiento alguno, además testarudo y sin educación. Comprendió inmediatamente que estaba ahí contra su voluntad, porque realmente eran los deseos de su padre, no de él.

—Ya veo, bien, pues... empecemos.

—Sí, ya va siendo hora —replicó Fabio sin consideración alguna.

Ella respiró hondo. Y ahí estaban, cada uno desde su posición, cumpliendo los requerimientos y necesidades de alguien más. “Gran problema”, pensó.

—Bien, tenemos publicación mensual en puerta, hay unos detalles que necesito revisar con Victoria. La llamaré y haremos las actividades juntos.

El joven Castelli aparentaba ser frío y distante, pero lejos de ese disfraz Elise pudo ver en sus profundos ojos azules un vacío total. Sin duda con ese carácter nadie se atrevería ni siquiera a acercarse a conocerlo.

Miró el teléfono a su lado derecho, en vez de llamar a Vicky decidió ir por su propio pie; antes le pasó unos archivos a Fabio dándole breves instrucciones.

—Victoria, ¿tienes un par de minutos? —se dirigió a ella desde el marco de la puerta mientras charlaba con Olivia de Finanzas.

—Sí, ya he terminado, pasa.

—Leí tus argumentos vía mail...

Elise sabía que era demasiado bueno para ser verdad, un sábado por la noche trabajando y enviando correos, interpretó eso como una indirecta y apretó los labios.

—Ajá, estaba regresando de una fiesta y los envié, los dejé hechos desde el viernes.

—Oh, vamos... no mientas.

—Pues créelo.

Elise hizo una mueca mirándose las uñas.

—¿Ya llegó el pupilo, cierto? —pregunto Victoria incrédula.

—Sí, está en la oficina prestada; vamos, quiero que vea de principio a fin el proceso de impresión.

—Oh.

—¿Qué sucede?

—Nada, creo que es demasiado para que lo absorba el primer día.

—Tienes razón —hubo un silencio y las dos se echaron a reír.

Se dirigían juntas a la oficina y Vicky le dijo a Elise lo mucho que los demás empleados la observaban. Era bastante obvio.

—Sabes que tienes el huevo de oro...

—Lo tengo pero no lo quiero.

—Vamos ¿qué tan malo puede ser?

—Espera a que cruces palabra con él, querida —le devolvió una mirada retadora.

Victoria entró primero, luego saludó de beso en la mejilla. Ella era demasiado atractiva, usaba siempre las mejores ropas y fragancias y ahora eso es lo que había dejado boquiabierto al pupilo.

—Hola, soy...

—Fabio —lo interrumpió arreglándose el cabello rubio rojizo hacia un lado—; soy Victoria, de Mercadotecnia, mucho gusto...

—El gusto es mío —estiró su mano y acomodó la silla para ella.

—*Grazie* —Victoria volteó a ver a Elise con aires de grandeza.

Si algo tenía Victoria era confianza en sí misma y conocía el poder de su belleza. Sin duda era algo que le gustaba hacer.

—¿Qué te parece nuestra ciudad, querido?

Elise no pudo más que abrir los ojos como pelotas de ping pong al ver lo confiada que empezaba a ser.

—Bien —el chico estaba algo sonrojado y se dedicó a ver su laptop.

Victoria lo escaneaba de pies a cabeza. Era bastante joven para ella, cierto, pero adoraba poner nerviosos a los hombres y en esta ocasión lo haría para ayudar a su amiga, quien no se relajaba.

—Fabio, te mostraré el trabajo digital, después pasaremos a la administración y logística, por último al área de edición e impresión.

—Claro —dijo con voz suave.

No había duda, el pupilo se sentía intimidado.

Conforme avanzó el tiempo los tres se mostraban concentrados, contemplando de vez en cuando el cielo claro de Philadelphia.

El chico aclaró su garganta y se dirigió a las chicas con una pregunta inesperada:

—Esta oficina no es tuya, ni tuya tampoco, ¿cierto?

—Es de nuestro colega, ¿cómo supiste?

—Los muebles son toscos, el tono de pared discreto y el ambiente

contemporáneo, ¡pues no! Es por el gran logotipo afuera de la puerta. ¿Quién es “Profesor Torrance”?

—Oh, ya lo conocerás, es un estimado colega, mayor que nosotras y muy buen amigo.

—Quiero otro café —proclamó el pupilo.

—El que quieras, saliendo, del lado izquierdo está la cocina, no hay capuccinos, ni mocaccinos... solo americano —sonrió Victoria.

—Eeehh, eh, está bien —se levantó de su asiento y se fue.

—Elise, creo que la pesadilla está comenzando, pero ánimo, aquí eres la jefa y si el señor Castelli te lo impuso creo que es conveniente que sepa quién manda.

—Claro —arqueó la ceja—; Victoria, algo suena, ¿es tu celular?

—A mí ni me mires, estoy en la laptop y no traje dicho dispositivo.

Se apresuró a tomar su bolso y ahí estaba el mismo número del que le habían llamado el fin de semana: “DESCONOCIDO”.

—¿Hola? ¡Elise Wright! Qué tal, soy Valrick, ¿me recuerdas?

—Oh, claro... digo, sí.

—Le llamaron a mi hermana, ella tuvo que salir de la ciudad, me encargó que les diera unas fotografías.

—Desde luego, son para el artículo.

—Bien, pues dime cuándo te las puedo entregar —su voz parecía como si acabara de beber mil tequilas, rasposa, pausada y muy excitante al oído de Elise.

—Veamos —Elise tomó asiento y revisó su agenda mientras sostenía el celular con su hombro—, el artículo tendrá que pasar a impresión este miércoles, ¿qué tal el día de hoy? ¿Podrías venir a la editorial?, estamos en el centro.

—Estoy al norte, creo que sí, pero ya por la tarde tengo una exhibición. Te parece si mejor nos vemos en lugar más céntrico, no me gustaría quedarte mal con la hora... ¿conoces el Café Lift?, ¿podría ser a las ocho?

—Vale —al terminar de pronunciar Elise pensó vagamente que eso parecía una cita, pero no importaba, el artículo era primero.

—Allá nos vemos —él colgó.

—Ah-ah... ni lo digas... —arqueó la ceja Vicky—. Era el hermano.

—Gretchen no está, se ofreció a darnos las fotos, lo veré más tarde.

—En algún lugar por supuesto.

—Café Lift, a las 8:00 p. m. Por Dios, Victoria, no se te escapa nada...

—Querida, tan solo mírame —rio con vehemencia.

—No quiero ser inoportuno pero parece que la pasan bien por aquí —
interrumpió el profesor.

—Elise tiene una cita.

—Oh, ya veo la razón del alboroto.

—Torrance, Vicky, él solo me entregará las fotos —dijo Elise con acento
aclaratorio.

—¿De qué demonios hablan?

—Verás, la semana pasada hablaba con Elise, decidimos incluir
fotografías de la infancia de los hermanos Bremer, su trayectoria, ya sabes,
para crear más interés en el lector...

Mientras ellos charlaban, Fabio regresó, así que luego de que le
presentaran al profesor retiró su laptop de en medio, se fue a su lugar y
revisó lo anterior. Colocó su *playlist* favorito y se concentró. En lapsos veía
de reojo y sin querer escuchaba a lo lejos la conversación que interfería con
su música.

—...entonces lo verá hoy más tarde —continuaba Victoria.

—Presiento que será un maravilloso artículo, les sugiero por experiencia
indagar en cada duda que tengan. Quizá no sea un artículo más, sino una
historia que contar.

Esto último las dejó pensativas y sin más continuó cada uno con lo suyo.

Llegó el momento de llevar al pupilo al tradicional recorrido para finalmente
trabajar en el listado proclamado por Elise.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para la editorial, Elise? —preguntó
afanosamente Fabio.

A ella le sorprendió esta acción y contestó de manera modesta.

—Tengo un par de años, Fabio.

—¿Y Victoria?

—Un poco más.

Elise lo sintió por primera vez como un chico normal con empleo nuevo,
siendo curioso. Esto no significaría que ella se abriera en absoluto, tampoco
lo tomaría como una señal de que las cosas iban bien, simplemente se
relajaría, porque en sí, esto era un “encargo”, un “pedido especial”.

Para llegar al Café Lift, Elise tenía que abordar el subterráneo y caminar un par de calles. No le tomó mucho tiempo, realmente consideraba que era mejor el hecho de haberse quedado de ver ahí y no en la editorial. Desconfiaba hasta de su misma sombra en ocasiones.

Estaba oscuro y fresco, conforme avanzaba entre las calles del centro se topaba con olores como de pan dulce recién hecho; el aroma del café atravesando sus fosas nasales ponía en sintonía sus sentidos. Las calles lucían despobladas a excepción de varios coches que aceleraban para llegar pronto a sus destinos. Elise los esquivaba al cruzar.

Si en algo creía y ponía en práctica era la puntualidad. Así que a las 7:40 p. m. ya estaba llegando al café.

Eligió un lugar pegado a los ventanales y ordenó un latte mientras revisaba su móvil. Pegó un salto cuando una llamada entró: “No identificado”.

—¿Aló?

—Elise, me tomará unos veinte minutos más de lo acordado, tengo que atender un asunto, ¿no hay problema?

—Valrick, está bien, aquí espero.

“Odio que me hagan esperar”, pensó al colgar.

El lugar no era muy concurrido y esto ayudó a que Elise trabajara un poco sobre cosas que había tenido que postergar debido a la capacitación del pupilo.

Después de un rato, todos, incluyendo el personal del café, se espantaron por el fuerte rugido proveniente de afuera, una motocicleta sin lugar a dudas; el sonido se fue acercando cada vez más al establecimiento mientras las ventanas vibraban. Elise no pudo sino quedarse observando a través de los cristales.

Un sujeto vestido con jeans y chaqueta ajustada de cuero estacionó su imponente moto, bajó el sostenedor y la apagó, se quitó el casco y ahí estaba la cabellera dorada que Elise recordaba; él dejó cuidadosamente el casco en una de las agarraderas, vio su reloj de mano e inspeccionó a su alrededor, bruscamente fijó sus ojos dentro del local y ubicó a Elise.

Ella quedó conmocionada cuando esto ocurrió; recargó su espalda sobre el sillón y desvió la mirada, Valrick entró al lugar con gran confianza y dio algunas zancadas hasta llegar.

—Bonita y ruidosa tu moto —levantó la mano para saludarlo pero este se acercó sin problema a plantarle un beso en la mejilla. Elise desvarió por

segundos.

—¡Lo sé, es magnífica!

—Vale, mientras a ti te guste —respondió ella con una ligera mueca.

Valrick levantó la mano para que le tomaran la orden. El mesero se acercó sigilosamente.

—Quiero un espresso doble con un cubo de hielo, por favor.

—De inmediato —se alejó el joven.

—Me demoró un cliente, pero aquí estoy, vine tan rápido como pude, dime ¿te hice esperar mucho?

—Un poco... gajes del oficio.

—Ya veo, te llamé un par de veces el fin de semana y como verás no tuve éxito.

—Debí saber que eras tú, solo me aparecía “número no identificado”.

—Sí, motivos personales —Elise notó su incomodidad y el silencio se alargó un poco más de lo esperado.

—Bien, pues, el artículo va por buen camino —intentó cambiar el tema disimuladamente.

—No esperaba menos, estuve leyendo acerca de ustedes.

—Oh, y ¿...te gustó lo que leíste?

—Sí, es una lástima que la revista haya caído; no nos podemos quejar, saldremos por primera vez en papel aquí después de varios años.

—Realmente todo esto fue idea del profesor, él nos llevó a la exhibición...

Los ojos azules de Valrick se clavaron como agujones en el rostro de Elise y ella lo notaba, pasaron breves segundos antes de que comenzara otra vez a transpirar y notara la aceleración de su corazón; las palpitaciones la hacían, de vez en cuando, verlo detenidamente y contener la respiración por fracción de milésimas. ¿Acaso detrás de esa fachada de chico rudo había algo más?, no importaba, en ese momento se sumergía en lo profundo de sus ojos. Contempló más de una vez sus manos, sus nudillos eran tan rosas que dejaban fuera de su alcance lo pálido de su piel, los movimientos leves se restringían a lo necesario; ahí comenzó el viaje visual de Elise, revisando luego los puños de su chaqueta de cuero fue recorriendo centímetro a centímetro hasta llegar a su cara de nuevo. Definitivamente estaba más concentrada que de costumbre.

Llegó el espresso de Valrick y este lo acomodó por encima de un par de servilletas, sus manos se dirigieron al zipper de su chaqueta y sacó un sobre

amarillo, lo puso sobre la mesa y lo deslizó en dirección a Elise mirándola acto seguido.

—Las fotos —murmuró con su melena dorada perfectamente acomodada hacia atrás.

Sus dedos rozaron levemente la piel de Elise, que se erizó un poco.

Ella se apresuró a ponerlo en su maletín.

—¿No las revisarás? —exclamó—, no sé qué diablos puso Gretchen ahí, quizás sean inapropiadas.

Elise hizo una mueca en señal de acuerdo y regresó el sobre a la mesa.

—Sí, me temo que tendremos que revisar —curiosa, abrió ansiosamente el paquete.

Las fotografías eran notablemente viejas, había más de veinte, por lo que él sintió la necesidad de ir explicando cada una de ellas.

Lo primero que vio fue un post it que decía: *Elise, me gustaría que las fotos se mostraran en este orden. Saludos.*

A la castaña le tomó segundos retirarlo y ponerlo sobre la mesa donde Valrick inclinó la cabeza para leerlo.

La primera foto tenía en todas las zonas un color rojo cobrizo y el fondo un poco oscuro; recorrió sus dedos hacia las orillas para apreciarla mejor. Se precipitó a tomar su block de notas y pluma, luego se las pasó a Valrick para la descripción.

—Eh, ¿me permites? —él señaló el espacio vacío en el sillón de Elise.

—Oh, claro —ella se recorrió quedando del lado de los ventanales.

—Ellos son mis padres, yo en brazos de mi papá, mamá estaba embarazada de Gretchen, tenía poco, vivían en ese entonces en Boston —hubo un breve silencio—, ¿necesitas sus nombres?

—Sí, vaya, no es necesario, pero eso le daría un valor agregado, lo que sucede es que queremos simular una historia, es por eso que Gretchen las envió con esa nota... ya lo habíamos platicado con ella la semana pasada.

—De acuerdo, no veo problema, te lo anotaré porque son difíciles.

Pasó su mano al block de notas escribiendo los nombres: Delianne e Idrick Bremer.

—Ellos, vaya, ¿me podrías anotar sus edades y profesiones también?

—Desde luego, mi madre era bióloga y mi padre era arquitecto, ahí aparecen de treinta y treinta y tres.

Los padres de él eran notoriamente arios, piel lechosa y cabello rubio; sus

ropas al puro estilo setentero, pantalones acampanados y blusas holgadas; el pequeño Valrick tenía puesto un trajecito azul rey matizado con el color rojizo que cubría la vieja foto. Las siguientes mostraban solo a los niños, Gretchen de bebé sentada en una carriola y él sentado al lado suyo, cruzado de piernas.

—Aquí ya estamos en Francia, el clima era tan fresco, ves que traigo puesta mi chaqueta de cuero... bueno hasta la fecha gusto de esto, mi madre se ponía eufórica buscando en las tiendas lo que le pedía, botitas, chaquetas, gorros, ah... siempre tuve estilo... en cuanto a Gretchen, pues usa lo más básico —dijo en tono burlón.

Elise recordó las palabras de Victoria, sobre el día de la exhibición, criticando la manera de vestir de su hermana. Le sonrió y cambió de foto.

—Estas tres de ahí son paisajes del lugar donde vivíamos, vaya, mi hermana sí que pensó en todo —musitó incrédulo—; bien, pues ese lugar era helado, las praderas verdes perdían su color cuando entraba el miserable invierno, teníamos que soportar todo esto en la cabaña de papá, arquitecto, pero gustaba de estar en contacto con la naturaleza, nos agradaba la vista y pasábamos buenos ratos deslizándonos desde las cimas en nuestros trineos hechizos. Es en Lorraine, Francia.

—Oh, por Dios, ¿ahí plasmaste a esa campesina? ¿Aquella pintura?

Valrick asintió.

—¿Qué tal está tu café? —Elise, curiosa, disimuló viendo la taza cuando solo buscaba algo de contacto visual. El tenerlo cerca la puso vulnerable aunque no le parecía nada fuera de lo normal.

—Pues es espresso, gusto de sabores fuertes —arqueó la ceja intimidándola.

El tiempo pasó volando y ya llegaban a las últimas fotografías, se hacía tarde, aceleraron las descripciones y pagaron la cuenta.

Salieron al mismo tiempo del café, era bastante oscuro afuera y varias luminarias estaban fundidas, la calle lucía fría y sin actividad humana, Valrick amablemente abrió la puerta para que Elise pasara, ella agradeció con la mirada.

—Fueron de gran ayuda las fotos, calculamos que para el viernes próximo puedas ver el artículo, ya te estaremos llamando —le mencionó de manera asertiva.

—Claro, cualquier otra cosa que necesiten, por favor, pídanlo —contestó

Valrick poniéndose su casco y ajustando su chaqueta de cuero negra que se perdía con la noche.

—Excelente, nos vemos entonces.

Cada quien tomó su rumbo y ella escuchó como el rugido de la Suzuki deportiva se alejaba. Caminó dos cuadras hacia abajo; sujetaba su maletín fuertemente. Philadelphia era segura, pero a su gusto solo una tonta caminaba a las 11:00 p. m. por ahí, sin ninguna compañía, peor aún con una laptop costosa y pertenencias.

Sacó disimuladamente sus audífonos y puso *play* a su reproductor, así escaparía durante unos minutos. Le tocó presenciar la discusión intensa de una pareja que se gritaba entre sí, trató de acelerar el paso, era inútil, sus tacones se lo impedían, se deslizó por un lado demostrando que no tenía intenciones de ser parte de eso, así que la pareja solo volteó a verla y reanudó los gritos.

Elise tragó saliva, estaba expuesta y lo sabía, pensó en alguien que tuviera manera de ir por ella y marcó al celular de Torrance. El teléfono mandó a buzón de inmediato. “Perfecto, profesor, gracias por ignorarme”, pensó desanimada.

Caminaba volteando en repetidas ocasiones con la respiración cortada, luego recordó los tutoriales de defensa propia que había visto en un documental y trató de calmarse al repasar algunos trucos.

Faltaba poco para llegar a la estación del metro. Elise sintió alivio al comenzar a ver gente bajar de las escaleras, al cruzar la calle la espantó un rugido, dio un ligero brinco sobre la acera y buscó las escaleras con la mirada. La moto y su ocupante se estacionaron en la calle justo debajo de las escaleras.

—Lo siento, soy un desconsiderado al dejar que vagues sola por la noche —dijo la voz de los mil tequilas.

—¿Valrick? —ella giró su cabeza hacia abajo.

—Vamos, sube —dijo seriamente.

—Eh, no, gracias, no es necesario —frunció el ceño, todo le pareció raro en ese momento, después de la vulnerabilidad vivida al cruzar esas calles no se sentía tranquila.

—Llegaremos más rápido en mi corcel —replicó el rubio.

Ella bajó lentamente los cinco escalones que había subido; sintiendo una leve inseguridad dio un paso hacia él.

—Toma, es el de Gretchen —dio a Elise un pequeño casco que sacó debajo del asiento

—Gracias —se colocó la protección mientras miraba a Valrick desconcertada.

Elise jamás había subido a una motocicleta, era arriesgada pero no tanto. Escuchó la voz de su padre diciéndole que eso era equivalente a una pistola.

Puso su pie izquierdo firme mientras el otro subía lentamente en el asiento de atrás y sujetó la chaqueta de cuero.

—Trata de ir despacio, nunca me he subido a una de estas —suplicó.

—Desde luego, rodéame con tus brazos y no te sueltes —ordenó el bermejo.

Este bajó el pedal y dio unas ligeras aceleradas en el manubrio. Esto angustió a Elise, quien apoyó su cabeza en la espalda del rubio, apretando los ojos para no mirar al frente.

Aceleró de manera drástica y firme. La Suzuki era una belleza, negra en su totalidad, deportiva de pies a cabeza, el asiento de atrás era cómodo pero por la posición en que estaba el vehículo tenían que ir un poco inclinados hacia el frente.

A Elise le costó segundos abrir los ojos, no sentía las piernas por el frío y el viento azotaba su cara de frente. Fue respirando poco a poco, mientras Valrick manejaba concentrado.

—¿Estás bien? —preguntó casi gritando para que Elise lo oyera.

—¿Debería?

—Vamos, no es cosa de otro mundo, no te sueltes. ¿Hacia dónde vamos, linda?

—Oh, ¿conoces las Torres One?

—Claro, no están tan lejos.

—Sí, quedan cerca, realmente el metro me lleva en diez minutos.

—El metro es el metro, aquí vas en primera clase... ¡¡¡Sujétate!!!

A Elise no le quedó más que disfrutar de alguna manera el trayecto. Sus manos encontraron regocijo en el torso de él y esto la mantuvo tranquila, cerró los ojos dejándose llevar por el aroma a loción y shampoo para cabello. Su mente encontró paz y comenzó a relajarse en el silencio del viento.

—¿Falta poco?

Ella abrió los ojos y parpadeó tratando de ubicarse...

—Sí, a la siguiente cuadra gira a la derecha, ahí están los departamentos.

Después de estacionarse Valrick esperó a que la castaña bajara, se giró levemente y le ofreció su mano; ella la observó y la tomó de inmediato, luego recorrió la mirada hacia esos ojos azul profundo. Le volvió a parecer muy alto.

—Gracias —sujetó la mano tirándose hacia delante.

—Qué buena zona —inquirió el rubio.

—lo es... la renta lo dice —Elise arqueó una ceja.

—Gracias nuevamente por el aventón, ¿ya ibas lejos?

—No hay qué agradecer —respondió con su voz rasposa—, solo había avanzado unas cuadras.

Él parecía tan seco y directo que a ella no le dieron ganas de continuar con la conversación, además... se hacía tarde.

—Bien, te llamaré apenas tenga noticias del artículo —sonrió mirando sus ojos—, nos vemos.

—Hasta luego —el altísimo rubio dio dos zancadas atrás y se montó en la Suzuki, luego volteó hacia el frente haciéndola rugir.

Un huevo de oro común y corriente

Era mitad de semana y el día de la impresión de la revista se acercaba. Elise sentía tener la situación bajo control aunque parecía una mamá supervisando a Fabio. Aceptaba que el muchacho era responsable pero tenía que estar detrás de él para todo. En los últimos días la carga de trabajo era insoportable. El café, como siempre, pasó a primer plano y su nula vida social estaba en fases de morir permanentemente.

—¡Elise! —exclamó una chica de redacción—. ¿Tienes un minuto?

—¿Qué sucede? —respondió adentrándose en el gusano de cubículos.

—Tengo unas dudas sobre el artículo —replicó la morena.

—¿Qué tal, Fabio? —la voz de Daniel sonó a las espaldas de él.

—¡Daniel! Me alegra verte —se dieron un abrazo con la palabra *confianza* en apogeo. El pupilo sin duda hacía justicia a sus raíces italianas: tenía porte, valores y una educación envidiable que sacaba a relucir en repetidas ocasiones, aunque se hubiera portado como todo un chiflado días atrás con Elise.

—Mi padre ha sido muy insistente en mi estancia aquí... “aprenderás de los mejores...”, “un día este negocio será tuyo”, en fin.

—Bien, Fabio, no se equivoca, ¿cómo la estás pasando con mi subordinada?

El chico vio de reojo a la castaña y devolvió la mirada a Daniel muy seguro de sí mismo.

—Ningún problema —respondió serio, viendo al director de *ROAD* de pies a cabeza.

—Hola —se acercó Elise dirigiéndose a su superior.

—Vaya, según veo, todo marcha bien por aquí; espero con ansias la fecha, querida —dijo cruzando los brazos.

En su mente cruzó la palabra IMPRUDENCIA, no se comportaba como un director de una revista y en esos breves segundos un coraje recorrió el cuerpo

de la joven.

Obviamente el pupilo no sabía nada, ella quizá lo dedujo y esto le produjo aún más ansiedad.

—Fabio ¿te gustaría comer algo?, muero de hambre —le dedicó una mirada.

—Sí, pediré algo de comer, te veo en la oficina —sin más, había recibido la señal de dejarlos solos.

—¿Ahora qué, Elise? —respondió a la mirada retadora de su contraria.

—Llevo todo bajo control, si quieres tus dos meses lo antes posible, te sugiero que no te metas.

—No te confundas, Elise, esto que estás haciendo también lo puede hacer cualquiera, ya basta de escenas y lloriqueos. Suficiente tuve de ti la semana pasada.

—Te tendrás que mantener al margen, Daniel, apenas son días y no es posible que empieces a fastidiar de esta forma...

El breve silencio hizo que el director de *ROAD* asumiera su parte y parpadeó por breves segundos.

—No creerás que todo esto me resulta fácil —replicó la castaña—, toma en cuenta que es solo un chico, dime, ¿qué harás cuando se entere de que su padre lo está utilizando?, ¿que solo es una marioneta dentro de sus planes? Ponte en su lugar, por Dios... Además, a quién quieres engañar, también yo soy marioneta de ustedes, desde el momento que echaron a Erick...

—¡Elise, te pido que te calmes, maldita sea!

—No, Daniel, no lo haré, varias veces he estado en desacuerdo contigo sobre esto, no me obligues a revelar la verdad al chico...

—No te atreverías, querida...

—Pues, las cartas ya están sobre la mesa, o limitas tu presencia por aquí o da por hecho que este teatro caerá... —lo retó una vez más.

Después de orillarlo a cerrar la boca decidió centrarse en el lanzamiento de la revista, pidió una cita a su subordinado para analizar dicho tópico, alrededor de las 6 de la tarde.

—Estos *raviolis* son una copia barata de lo que en realidad son —el ojiazul frunció el ceño.

—Sí, la comida del centro no es tan buena, ojalá algún día pudiera comer

un verdadero *raviolo*.

—Es *ravioli*, Elise... italiano, ¿recuerdas?

—Vale —dijo entre dientes—. Hay algunas cosas que te debería preguntar, no lo voy a hacer, eso me daría más curiosidad por ir a esas tierras lejanas.

—Deberías ir, aquello es más interesante que esto —lanzó una mirada a la ciudad a través de la ventana.

Un largo suspiro mermó la respuesta que tenía conjugada para él y optó por sacudir su cabeza y sonreír al mismo tiempo.

—¿Extrañas Europa?, ¿Italia? Quiero decir ¿tu familia, amigos y demás?

—Ah... la verdad no tengo muchos amigos allá.

—Vale, trato de no hacer una entrevista aquí, pero ya sabes, curiosidad... —puso los ojos en blanco

—Tenía a mis amigos en Holanda... allá es donde me sentía en casa, no en Italia. De ahí soy de nacimiento, pero solo eso. Vagué por el mundo con los recursos de mi padre para estar en las mejores escuelas. Terminé de estudiar y como siempre la fiesta fue lo primero, aunque solo por unos meses...

Se detuvo ipso facto y tragó otro trozo de su *ravioli*, agachó la vista; Elise, dándose cuenta de que no quería continuar, optó por tocar el tema de la impresión para que el chico no se sintiera comprometido a seguir.

—¿Qué te ha parecido la revista?, disculparás que hasta ahora pregunte; como sabes, no hemos parado de trabajar...

—Buena —dijo sin ganas.

—¿Y el artículo Bremer?

—Ese es muy bueno —volvió la mirada hacia ella—; en años pasados no hacían eso, ¿por qué ahora?

—Haces bien en preguntar. Hace un par de meses llegó una convocatoria para ocupar el puesto que tengo ahora, editora en jefe; bien, pues me inscribí y quedé seleccionada, el propio Daniel y tu padre convocaron al personal para dar a conocer el resultado y felicitar a la ganadora. Y esa fui yo —se sintió feliz al recordar ese capítulo en su vida y en breves segundos pasó de la felicidad a la total amargura a su ahora “encargo”.

»Luego, el profesor, Victoria y yo empezamos a buscar nuevos temas para la revista, hasta que un día Torrance encontró a este par de chicos y su necesidad de ser vistos por el mundo; también hay otros temas nuevos, por ejemplo en Finanzas y sus agendas desprendibles de bolsillo o temas de

cultura general. En fin, sí ha cambiado drásticamente y si tú lo notas esperemos que para el lector sea igual.

—Y así fue como te convertiste en la jefa de todos esos cubículos —respondió entre risitas.

Después de aquel día tan arduo, lleno de retos y momentos incómodos con Daniel, la castaña solo veía una posibilidad: ir a casa y tumbarse en el sillón al lado de Ives.

—¡Ayleen! —la joven hizo retumbar la puerta del departamento antes de arrojarle a los brazos de su rommie.

—Hey, hola, ¿qué pasa? ¡Voy a creer que me has extrañado! —respondió la pelirroja petite.

—Sí, tontita, me has abandonado de la peor manera y justo ahora que mi oficina desborda en trabajo, salgo y lo único que quiero es llegar y platicar con alguien.

—Pues sal con Vicky —sonrió.

—Victoria es otro tema; bueno, ven, siéntate, dime por favor cómo va la presentación, muero por ir a verte al teatro.

—Oh, sí... eso, pues va bien; Elliot tiene miedo de que engorde por los nervios o ansiedad, qué sé yo, además los ensayos se han terminado muy tarde, esto sí que es un sacrificio, no entiendo como Martha pudo aguantar.

—Siempre hay un precio que pagar si queremos estar en la cima —dijo Elise mirando fijamente a Ives que jugueteaba en sus pies.

—Y uno nunca deja de aprender —completó la chica con rizos de fuego dando zancadas hacia el cuarto para descansar, se despidió a lo lejos y desapareció entre la obscuridad.

Para Elise las cosas transcurrían, no como ella pensaba, las últimas palabras de su compañera de cuarto tomaron fuerza cuando sintió que era una esclava de Daniel. Y por supuesto se repetía constantemente en qué se había metido; ella solo quería ser editora en jefe, elevar su currículum y en diez años tal vez moverse a otra editorial. Ese sueño lo veía perdido.

Suspiró y fue por un sándwich de jamón con queso, le gustaba tostado y mientras observaba como trabajaba el tostador sonó el aviso de un mensaje en el celular:

Hola, Elise, soy Gretchen, como verás tuve que salir de viaje, Valrick me dijo que te llevó las fotografías que ocupabas, ¿todo

ok?

Le tomó un segundo contestar; llevaba su dispositivo cerca del pecho.

Qué tal, Gretchen, sí las llevó, ya estamos trabajando en el artículo, para este viernes queda impreso y la publicación es inmediata, en verdad muchas gracias. Te estamos avisando.

Perfecto, entonces esperaremos. Gracias por todo.

“Valrick”, pensó Elise y sintió esa punzada en su esófago con tan solo pronunciar su nombre. ¿Acaso alguien más tenía que traerlo a colación para que ella recordara que había subido a su moto, tomada de su espalda, la noche anterior? Quizá el trabajo le absorbió tanto que no se dio cuenta de que el chico rubio, alto y apuesto, le gustaba y le gustaba mucho.

Consumió su sándwich lentamente, entre un bocado y otro su mente se echaba a volar. Ese sentimiento había estado ahí guardado como una fotografía empolvada, estuvo presente desde un día después de la exhibición. Lo encontraba atractivo, sí, por su peculiar forma de vestir, su moto, su altura descabellada, su rebeldía, su independencia. Era como si el artista malo por fin se dignara a ver a la niña buena, dedicada.

Fantaseó un poco preguntándose si él también se sentía atraído por ella; Elise no era fea, pero en su mundo esos chicos se inclinaban más por mujeres con mente abierta, despreocupadas, y, por supuesto, muy independientes.

Deglutía de manera pausada, sus ojos clavados en la nada y su mente atacándola con Valrick, *ROAD*, el pupilo, Daniel.

—Por Dios, ¿cómo podré con todo esto? —dijo en voz alta.

—¿Cómo podrás con qué? —susurró la delicada voz de Ayleen a sus espaldas.

—Ah... mmm pensé que dormías...

—Tengo algo de hambre —la pelirroja tomó un tubo de galletas saladas y lo abrió sin dejar de ver a Elise con curiosidad.

—Sabes, no es de mi incumbencia, pero te siento muy tensa, ¿tienes problemas?

—No —contestó secamente frunciendo el ceño.

—Elise, sácalo.

—Estoy bien, Ayleen —dijo apretando los labios.

Sus fosas nasales se dilataron y sus ojos verdes buscaron alivio en la cara de su compañera, enseguida se enrojecieron para dar paso a unas discretas lágrimas, ella los desvió hacia la barra de la cocina y buscó su celular pretendiendo que aún se encontraba bien, lo tomó torpemente e hizo como si buscara algo. La mano pálida de Ayleen se estiró para quitarle el aparato de sus manos y obligarla a verla.

—¿Es el trabajo?

Elise asintió.

—Linda, pero si ya eres editora en jefe, tu sueño, ¿qué sucede?

La castaña tragó saliva y la miró limpiándose las lágrimas.

—Me han pedido algo casi imposible de hacer, solo te diré que me siento sin salida alguna. Me han puesto a prueba y no de las maneras más comunes, rojita...

—No entiendo —se dirigió asustada.

—Es algo tonto tal vez, me ha costado lidiar con la burocracia, desde lo de Erick no me he sentido cómoda en *ROAD*.

—Sí, maldita burocracia, sé que no me contarás, pero al menos te servirá para desahogarte, en estos casos nunca es bueno pelear sola, tienes que recordar qué es lo que quieres, hacia dónde vas y, finalmente, si vale la pena...

Su respiración entrecortada era evidente y, también, que estaba cargando un gran peso en su espalda. Eran muchas situaciones en un solo año, su alcoholismo, esto del trabajo, el vivir lejos de su familia, todo esto acumulado definió el No. No vale la pena.

—Si crees que lo vale, sigue y demuéstrole a ti, solo a ti, que puedes, porque estoy segura que no sabes de lo que eres capaz de hacer, *no sabrás lo fuerte que eres hasta que ser fuerte sea tu única opción*^[1], Elise.

La conversación le surtió efecto y apretó su mandíbula.

—Tienes razón, no debería dejar que me afectara tanto, debería estar feliz, es lo que quería finalmente.

—Sí, esa es la actitud, anda, vamos a dormir, ya es tarde.

Al menos tuvo la oportunidad de desahogarse con su roomie. Entendía que debía ser fuerte, entendía que a veces las cosas no salen como uno quiere que salgan. Se sintió egoísta al pensar que Ayleen también tendría cosas que

lidiar, la admiraba, ella jamás se quebraba, todo un ejemplo a seguir desde que eran compañeras de facultad, se sintió satisfecha cuando se dio cuenta de que cada una había alcanzado sus objetivos, eso fue lo que la reconfortó e invitó a dormir.

—Hola, Elise, me tomé la libertad de pasar por un macchiato para ti... no te ofendas, pero estos cafés de oficina no despiertan mis sentidos –dijo alzando la vista desde su lugar el joven Castelli.

—Gracias, la cafeína siempre es bien recibida –sonrió y Fabio le sonrió de vuelta ofreciéndole el pequeño vaso.

—Eh, Fabio, ¿dónde estás instalado? ¿Y cómo es que siempre llegas tan temprano?

—Aquí mismo en el centro, utilizo el departamento que usa mi padre cuando viene y simplemente camino hacia acá –respondió con la vista fija en su laptop.

Él estaba perfectamente vestido; el usual porte, elegante y al mismo tiempo sencillo, llamaba mucho la atención de la castaña.

—Vaya, juraría que tenías todo un loft para ti y chofer a tu disposición.

—Los primeros días así fue, pero en Italia no andaba por ahí con chofer y toda la cosa, quiero vivir aquí pensando por lo menos que soy libre de esos estereotipos.

—Haces bien, ya te diste oportunidad de pasear, aquí la cultura urban no conoce límites.

—En serio, ¿qué recomiendas?

—¡Hola, chicos, oh, veo que hay macchiatos! –interrumpió una hiperactiva Victoria entrando a la oficina.

El chico se sonrojó al verla y le sonrió.

—Pensaba que mañana podríamos ir a celebrar la impresión del artículo, Elise, ¿qué dices?, es el primero bajo tu mando –le propuso con ojos de puchero.

La rubia cobriza giró a ver al pupilo tratando de que alguno de los dos le prestara atención, se veía ansiosa.

—Sí, Vicky, haremos algo, vale –resaltó la dulcecilla voz de Elise.

—Perfecto... –una intensa sonrisa se dibujó en su rostro y llena de

entusiasmo se retiró con su vasito de café.

La castaña se quedó pasmada en su asiento viéndola caminar.

—Puedo empezar a conocer el estilo urban mañana, con ustedes —dijo el chico mientras le guiñaba el ojo a su jefa.

—Oh, está bien... pero no se lo cuentes a tu padre.

—Descuida —los dos rieron frenéticamente.

Las risas resonaron hasta los pasillos, donde los demás ejecutivos, extrañados, se volteaban a ver entre ellos.

—Ah, Elise, no había encontrado el momento, me quería disculpar contigo, lamento si los primeros días que ingresé a *ROAD* fui rudo e insensible, no suelo ser ese tipo de persona —ella se quedó con la boca seca mirando a un Fabio sincero parado enfrente de su escritorio—; las imposiciones no son de mi agrado— concluyó el joven italiano.

—Fabio, yo...

Hubo un breve silencio mientras Elise bajaba la mirada a su laptop pensando qué responder, sentía lo mismo, estar bajo una imposición, y aunque su mente traía la escena del café con Daniel donde ella se comprometía a dar lo mejor de sí para esto, su moral estaba tan golpeada que aceptó las disculpas del chico. “Un paso a la vez —pensaba—, un paso a la vez”; ahora, ya que su pupilo estaba más accesible y amable con ella, sintió tranquilidad.

—De acuerdo, Castelli, acepto tus disculpas; verás, también para mí es cosa nueva todo esto.

—El asintió y se retiró a su área de trabajo.

Por dentro la castaña moría de curiosidad. Recordaba las palabras de Daniel: “El chico estudió en Sicilia”, “algo grave ocurrió”, no lograba amarrar la breve historia que le había contado recientemente y no es que quisiera volver a cuestionarlo, pero tal vez eso la ayudara a descubrir el porqué de esta imposición mutua. Suspiró y volvió al trabajo.

El día casi concluía y Elise ni lo notó, afinando los últimos pendientes de la impresión, nada debía salir mal, quería tener todo bajo control. En punto de las 8 citó a su equipo a la sala de juntas donde Fabio le hizo favor de coordinar la reunión de último minuto.

—¿Ya están todos? —preguntó impaciente a su pupilo, cargada con su laptop.

—Sí, Elise, eh, solo falta Victoria, no la encontré.

—¿Qué?

—La volveré a llamar —insistió el chico.

La cara de pocos amigos de Elise se hizo presente, ¿acaso Victoria era nueva? Siempre se hacía junta antes de una impresión y más ahora que ella era la responsable, que sentía el peso sobre sus hombros.

Dentro de la sala había cerca de diez personas involucradas en el proceso: edición, redacción y fotografía; estaban todos sentados con sus dispositivos en la mesa y su libreta de apuntes, no charlaban, casi tan impacientes como Elise.

—Buenas noches —dijo la castaña sentándose y ajustando la distancia entre la mesa y ella.

—Mañana... mañana este bebé verá la luz del Sol —hizo una seña a Fabio para que pusiera play a la presentación de la revista.

Y mientras corría el proyector, hoja por hoja, se iban nombrando los responsables de cada artículo; se presentaba y se revisaba. A la castaña le dio la impresión de que a mediación de las páginas el profesor estaba tomando notas desesperadamente, así que interrumpió.

—¿Sí, Torrance?

—Ah —sorprendido le dedicó una mirada.

—Veo que tomas notas en la parte de Olivia, ¿qué sucede?, por favor sé tan amable de compartir eso que tienes ahí...

—Ah, verás, el tema de las finanzas siempre hace que el lector huya, este artículo no lo enganchará a menos que esa persona tenga un master en Economía —dijo con seguridad—; lo que veo aquí es que solo hay texto, quiero decir, ¿dónde están los gráficos?

—Están en la segunda hoja, Torrance —interrumpió Olivia.

—¿Y qué hacen en la segunda hoja?

—Elise, en la segunda hoja propusimos que estuviera la agenda desprendible para el lector...

—No importa, Torrance está en lo correcto, ¿qué diablos hacen en la segunda hoja? Además saturarás al lector si lo dejamos así.

—Maldición, cómo es que Victoria no vio esto antes, ella estaba contigo analizando esta parte, no es posible que tengamos estas fallas justo ahora.

—Fabio, quiero que ayudes a Olivia, de inmediato...

De pronto se escuchó el timbre del elevador justo fuera de la sala, una delgada rubia cobriza corría frenética hacia el cuarto, traía entre sus manos

unas carpetas y fijó la mirada en Elise, antes de que entrara de lleno la castaña la vio con cara de pocos amigos, luego aquella esbelta mujer le hizo una seña con los ojos para que saliera del lugar y la acompañara.

Ella no tuvo más remedio que pausar la reunión dejando a Torrance a cargo de la revisión.

—Pero qué dem...

—Vale, los sermones para luego —Victoria la interrumpió; dejó pasar a la castaña primero y cerró la puerta de la oficina—; querrás ver lo que tengo en mis manos, querida.

Victoria hizo lugar en el saturado escritorio de Elise, dejó caer fastuosamente las carpetas para luego abrirlas. Algunas contenían periódicos viejos doblados en mil partes y de color amarillento; otras, impresiones de fotografías y notas.

Elise se acercó curiosa encendiendo la lámpara para tener mejor visibilidad.

—Querida, espero que este descubrimiento me sea recompensado con creces... —la invitó con la mirada a echarle un vistazo a los documentos.

Las manos delgadas comenzaron a hojear primero los periódicos extendiéndolos con delicadeza y moviendo sus ojos con rapidez.

Uno de ellos hablaba sobre el padre de los hermanos Bremer, el encabezado tenía el nombre de Idrick Bremer haciendo referencia a su desaparición y a una recompensa bastante jugosa.

Dejó el papel y ubicó las fotografías sacadas de una impresora, los fondos de estas no eran sino los paisajes que les había mostrado Valrick aquella ocasión en la cafetería: Lorraine, Paris. Hablaban por sí solas, Idrick Bremer en compañía de otro sujeto afuera de una mansión con los brazos cruzados; otra en una ciudad bastante moderna afuera de un edificio; una más con toda la familia cortando un listón de inauguración en un museo.

—Ya te estás imaginando lo que yo, Elise.

—Su padre desapareció... pero según esto nunca lo encontraron.

—Sí lo encontraron... está en el otro periódico...

Volteó la mirada con el corazón acelerado, presentía que lo que leería no sería bueno y así fue, vio el título “Idrick Bremer encontrado muerto en un hotel de Viena”.

—Oh, por Dios, Victoria, pero qué es esto, de dónde lo sacaste, como es que...

—Contactos, Elise... sigue leyendo —ordenó.

El respetado arquitecto alemán Idrick Bremer fue encontrado sin vida en una habitación del hotel Frauss. Peritos han declarado que se trata de una muerte natural ya que no se encontró evidencia de violencia o marcas en su cuerpo, cabe destacar que llevaba sin vida cerca de 6 h hasta que una de las mucamas lo encontró tendido sobre la cama de la habitación.

El silencio reinó y de inmediato Elise miró a su colega.

—Victoria, esto es muy delicado, no estarás pensando publicarlo o sí.

—Nooo, claro que no, cómo se te ocurre, por favor, ¿que acaso no te das cuenta?, los hermanos tienen dinero, mucho dinero, ¿cómo es posible que vivan como holgazanes? —frunció el ceño— piénsalo, su padre, la herencia. ¡Vaya!, si que recuerdo que ese rubio tenía porte.

—Déjame entender, su padre fue un respetado arquitecto y por eso son ricos, pero qué diablos, solo ves el dinero, esto debió marcarlos para siempre, esto es... es algo traumático, por favor... —Elise manoteó dejando agresivamente los papeles en el escritorio, luego llevó las manos a su cabeza.

—Sí, no lo discuto, pero leí casi todo y hasta hoy mi contacto me prestó estos archivos, por eso es que me fui desde la tarde, disculpa por la demora —la miró como niña regañada.

—Vicky, está bien; ¿qué pretendes con esta información?, mira, sacaremos el artículo y ya... no me parece correcto esto de estar buscando información a sus espaldas, menos publicarla o que alguien más se entere, no debemos involucrarnos...

—¿Elise? —preguntó Fabio desde la puerta.

—¡Fabio! ¿Cómo va lo de Olivia? —dijo sorprendida

—Ya quedó corregido, te estamos esperando en la sala.

—Vale, allá voy —antes de acelerar paso vio de reojo a Victoria.

—Guarda esto —le susurró al oído y ella asintió.

Pasaban de las 11 y ya el equipo de Elise se había retirado; solo quedaban ella y Fabio así que se sintió en libertad de abrir la puerta corrediza para ir a fumar. Desde su leve reunión con Victoria Elise parecía idiotizada,

totalmente ausente de este mundo, incluso dejó que Torrance siguiera corrigiendo el resto de la presentación.

—Me das uno —la siguió el chico hasta el balcón.

—Sí —le extendió la caja de cigarrillos amablemente.

—Sabes, me pareció muy intensa la revisión, presiento que nos irá bien, el contenido está realmente interesante y no solo eso, el diseño, la fotografía, ¡vaya!, puedo imaginar lo mucho que le gustará a mi padre.

El pupilo siguió hablando y de vez en cuando daba intensos toques al cigarrillo, también lo hacía Elise, sin dedicarle siquiera la mirada, viendo hacia la nada con la ciudad de fondo.

—Lo sé, por fin, será lo que buscaban —dijo sonriente y apagó el tabaco en el cenicero.

—Vamos, es tarde, te veo mañana —entró y tomó sus cosas para luego desaparecer por la puerta.

Como siempre, de camino al departamento iba sola, tratando de atar cabos no conseguía relacionar absolutamente nada, después de lo que encontró su colega sabía que algo andaba mal con la familia alemana, lo intuyó desde un principio. Los ataques depresivos de Gretchen en la exhibición, lo oscuro y misterioso que parecía Valrick, su “historia de cuando no tenían ni para comer” y ahora esto de su padre perdido y luego encontrado muerto. Ella creía que debía hacer lo correcto y lo correcto en ese momento era dejar las cosas tal cual, le producía inquietud y hasta cierto punto miedo, pero hizo la quijada dura y cerró fuertemente sus ojos.

“Pero qué diablos, Elise, deja de pensar en ese par, no seas estúpida, tienes más y mejores cosas que hacer”; se dijo mientras presionaba el botón del ascensor del edificio.

Entró al departamento y destapó una gaseosa; un leve ruido en su estómago le recordó que había saltado la cena. Hurgó en la nevera y sacó algo de fruta picada, si comía sería algo ligero, no estaba como para cenar de lleno.

Lo cierto era que el chico rubio merodeaba por su cabeza constantemente, fingía lo bastante bien como para que sus colegas no se dieran cuenta de sus sentimientos, porque lo habría visto un par de veces, con esas veces fue suficiente para que ella se sintiera atraída y de una manera diferente. Hacía

tiempo ya que Elise no tenía pareja, su último romance no había terminado nada bien y se dio un tiempo para ella misma... y el alcohol.

Estaba totalmente alejada de la civilización; sintonizó un canal español en el televisor, a ella le parecían muy graciosos los vascos específicamente y olvidaba su vida allá afuera. Reía sin parar, era como si realmente necesitara salir de su enfermiza realidad, luego jugueteaba con Ives y volvía a reír más frenéticamente.

Formidable

Los ojos verdes de la castaña parpadearon un par de veces, estaba totalmente concentrada en su laptop, a lo lejos se escuchaba el frenetismo laboral en vísperas de la impresión. Desde su llegada, muy temprano, dio órdenes y tomó su respectivo café.

El día allá afuera lucía soleado, pero el frescor de la temporada otoñal

siempre hacía de las suyas y mejoraba el ánimo de Elise.

—UGHHH, esto es una locura —dijo Vicky asomándose por su oficina.

—Si vienes a recordarme el tema de ayer, olvídalo, hoy nada puede quitarme los buenos ánimos, flaca —maquilló con una mueca la severidad del recordatorio.

—Oye, tranquila, déjame decirte que esto ha cobrado vida, ya no somos una editorial cualquiera, *ROAD* saldrá victorioso... lo verás.

—Sí, agradezco tus palabras solemnes y buenas vibras... déjame verte —le ordenó al notar su increíble outfit.

—Ah, esto, bueno, ya sabes, iremos a celebrar, me di una arregladita, solo eso.

—Arregladita, más bien de pasarela que luces...

—¡¡Oh, no, celos no, querida!! —le recordó—. Ehm, sí saldremos, ¿no?

—¿Qué dices?, pero claro —dijo un ligero brinquito en su silla.

Los ojos celestes de Victoria se abrieron como limones, incrédula hizo un ademán apretando sus puños y levantándolos a la altura del pecho, dio media vuelta y le recordó la hora a la que partirían.

“Demonios —pensó—, no tengo idea de qué me pondré”.

—Hola, Fabio, ¿listo para el maratónico día de hoy? —lo vio de reojo mientras entraba, mochila en hombros y postura impecable.

—Macchiato, ten... —le ofreció el chico italiano.

—Oh, la lá... cuidado, se convertirán en mis favoritos —le dijo con sonrisa de oreja a oreja.

El ánimo de Elise no pasaba desapercibido para nadie, esto le ayudó a dejar fluir todo e ir haciendo lo suyo sin el menor obstáculo posible. Una llamada al intercunnicador decoró el momento entre su macchiato y ella.

—Aló —contestó con una sonrisa que se borró espontáneamente, lo cual hizo crecer un ambiente de tensión.

Fabio vio como apretaba de manera intensa el interfón contra su mandíbula y susurraba algo; los ojos de este fueron a dar a la pantalla de su Mac cuando Elise lo descubrió mirándola.

—Sí, de acuerdo —colgó.

El silencio puso incómodo al chico, quien minutos después se paró en señal de solidaridad hacia ella, fue a su escritorio y recargó sus brazos en la superficie.

—No creo que debas prestar atención a ese infeliz —dijo con voz ruda.

—De qué hablas —Elise estaba sorprendida.

—Daniel, ese idiota solo da órdenes y ni siquiera sabe dónde está parado, no entiendo cómo puede ser la mano derecha de mi padre en Philly.

Elise se carcajeó discretamente para luego ponerse seria.

—Niño, ¿cómo sabes que era Daniel...?

—Ah, digamos que es el único con el que muestras resistencia y eso es, bueno... nunca trates de quedar bien con él... por nada.

—Hablas como si lo conocieras bastante bien, Fabio.

—Pues desde que nací nunca quitó sus asquerosas intenciones de dominar el mundo de las editoriales, claro, papá no es estúpido, conoce los límites de este señor...

Elise tragó saliva, si bien Fabio sabía la clase de persona que era su jefe, en esos momentos no creyó conveniente abrirse con él y revelar la verdad, aunque, a como se expresaba el chaval, seguro ya lo intuía.

—Bueno, supongo que tienes razón; hoy nadie me quitará esta buena vibra, esto es un sueño... mi primera impresión... vale, nuestra primera impresión —aclaró.

—Excelente, ya quiero ir a celebrar —le recordó.

Ya habiendo ido al departamento de Impresión en contadas ocasiones la castaña parecía como pavorreal en exhibición, de ella emergían dicha y orgullo, algo que, sumado, pocas veces se siente en la vida. Es ahí, en esos momentos, cuando la mente busca una satisfacción cumplida; es ahí donde el universo desafía esos “no puedo” haciendo ver de manera espectacular que todo, todo pasa por algo, y también que todo puede acabar bien... como ese día, por ejemplo, en que por más presión y obstáculos puestos en el camino, nada había frenado el resultado; ahora era real, transparente; Elise podía sentir la emoción corriendo a través de sus venas, ese viento que ingresaba por sus fosas nasales le recordaba lo viva que estaba y lo que en esos instantes su mente anhelaba.

Breves mensajes de sus colegas tapizaron su móvil, era casi la hora de salida, felicitaciones, buenos deseos, “esperanza”. Elise solo podía verlos de reojo, se creyó demasiado alterada y sagaz para replicarlos. Todo representaba éxito, ese momento era un diamante que puliría y dejaría para el recuerdo.

—¿Nos vamos?... —susurró Victoria detrás de ella.

—Quiero terminar unas cosas antes de irnos.

—Es viernes, la impresión concluyó, ¿y ahora qué? No seas aguafiestas, anda, cierra tu bolso y vámonos... ah, primero pasaré al tocador... ¿Me alcanzas? —indicó muy fresca.

—Está bien, le diré a Fabio que nos vea en el lobby.

Una gran carcajada se desató en los labios carnosos de la rubia rojiza.

—¿Pero qué?, ¡¡ya todos están allá!! —pegó un grito y le dio señal de que la alcanzara.

Los tacones de la castaña se aproximaron hacia donde se encontraba su compañera, las oficinas a lo lejos estaban ya vacías y oscuras, entró de un golpe al baño.

—Cariño, ¿creíste que te dejaría salir en esas fachas? —dijo, agachada, sacando una prenda de su pequeña maleta—, ten, pónitelo y nos vamos, ¿ok?

—Vicky... vale, se ve estupendo.

El atuendo era de color negro satín a juego con un pantalón ajustado de la misma tela, una sola pieza que por debajo de la espalda caía en un fabuloso drapeado.

—Recuérdame cambiarme antes de tomar el metro —se carcajeó Elise.

—Ah, sí, claro...

Salieron del edificio, un taxi ya las esperaba, la noche era joven, viva, y prometía ser excelente.

El lugar era pequeño, la música que tocaban se escuchaba hasta la calle, había gente tratando de entrar sin éxito y con prendas muy sexys también.

—Elise —respiró hondo—, aquí es donde dejarás salir tu verdadero yo y no por el alcohol, solo escucha la música... Vibrarás.

El ruido parecía ser música estilo trance, al entrar vieron que la gente estaba al centro de la pista, bajo luces de muchos colores y de fondo un DJ rubio tratando de hacer sus mezclas.

—¡¡Vaya!! —se quedó con los ojos como canicas, tomó una bocanada de aire; en la mesa roja del lado izquierdo ya la saludaban sus colegas, enjundiosos y alocados por la fiesta.

Fabio lucía encantado por el ambiente y se movía al compás de los beats que emergían de las bocinas, fue el primero en notar que sus compañeras

habían llegado.

—Wow, ustedes dos parecen salidas de una revista de paparazzi, lo digo porque parecen celebs... —rió vivaz.

Aplausos y porras emergieron para la anfitriona, como la primera vez cuando había recibido el cargo; entusiasmo y alegría reinaban en la noche.

Estaban todos, Goldmayer, Olivia, los de Impresión, Edición, Finanzas, era como si cada especie de cada jaula se juntara a celebrar el fin de un cautiverio laboral. Semejante edición y cambios de *ROAD* lograron unificar al equipo y era, sin duda, gracias a Elise Wright.

Luego de varias mezclas Victoria arrastró a la castaña hacia la pista, pese a sus negativas, la delgada pelirroja la apretó y jaló más fuerte, aun, del brazo. Se les unió luego Fabio, quien parecía no cansarse.

—Oye, niño —exclamó Vicky por arriba del ruido—, hay alguien vigilándote —le señaló al tipo robusto y de color que yacía pegado a la pared del fondo. No quitaba su vista del muchacho.

—Ah, claro, es Linus, mi guardaespaldas... —replicó.

Victoria sonrió y siguió bailando.

Los tres estaban bajo la lluvia de luces de colores fluorescentes, a veces cambiantes a rojo y violeta. Elise poco a poco se iba relajando, se iba liberando de esa carga interior, sus brazos dibujaban olas y figuras en el aire y su melena castaña se movía sin cesar, cerraba sus ojos esperando que el rubio DJ la hiciera elevarse.

Se apartó del grupo y se dirigió a los baños, la adrenalina amenazaba con hacer explotar su pecho, sudor y respiración agitada la acompañaban. Entró a la par de unas chicas que reían a hurtadillas, no tardó en salir y cuando lo hizo un leve roce en su brazo la hizo voltear de inmediato, casi asustada. Se sorprendió al ver a un rubio alto recargado en la pared, con su inseparable chaqueta de cuero negra, los ojos ensombrecidos de él se posaron sobre ella.

—¿Valrick?

Él levantó su ceja izquierda en señal de afirmación o tal vez tratando de intimidarla.

—Bailas como profesional —vaciló—, quiero decir, estuvo bien.

Elise hizo una leve mueca, se sintió observada y eso la incomodó un poco.

—Ah, escucha, yo... quería agradecerte por el aventón de la otra vez —lo miró fijamente.

—Fue un placer —le dedicó la misma mirada para luego tomar levemente

su mano, ella no se contuvo y la quitó apenada—. Ehm, Victoria nos invitó, se supone que celebran la impresión, no me parece justo que celebren sin los protagonistas —rio con sarcasmo.

Elise volteó en busca de su colega, ahí estaba con cara de haber cometido un travesura.

—No veo a Gretchen.

—Mírala, es difícil ubicarla, lo sé, pálida, flaca... pequeña.

—Oh, bien, pues vamos...

El rubio no perdió tiempo y tomó del brazo a Elise, aproximó su delgado y bien tonificado cuerpo al suyo, ella vio todo en cámara lenta. Los dos quedaron fundidos en la pared de aquel antro.

—Dama, usted es muy bella y me gusta —le dijo al oído con esa voz rasposa que puso su piel de gallina.

Ella parpadeó cientos de veces, esperó impaciente a que él se acercara. El rubio la besó con fiereza tomándola de la espalda. Ambas bocas encajaron perfectamente, llenas de fuerza, deseo y pasión. La castaña se perdió en el sonido de su respiración que se ahogaba entre la estruendosa música, sentía como su pecho tonificado se comprimía y se aceleraba después, aquellas manos masculinas abarcaron su cara tocando levemente sus mejillas, no hubo queja alguna, Elise estaba dispuesta a dar rienda suelta a eso que la hacía sentir el apuesto rubio alemán; era en ese momento como si ya se conocieran, como si supieran cual sería el siguiente movimiento, se abrazaron casi al mismo tiempo agitando sus brazos en un vaivén de movimientos. Luego llegó el insoportable momento donde cada par de labios perdió a los otros. Valrick se separó con rudeza, ella se congeló.

—¿Te molestaría ir afuera? —le preguntó considerando que a lo lejos la verían sus colegas.

—Uhmj, sí, vamos —se limpió las comisuras de los labios.

La tomó de la mano con sus dedos largos y fríos, un tanto huesudos, caminaron deprisa hacia la puerta; las luces, el sonido, el éxtasis de ese primer beso la hicieron caer en un sueño, un sueño del que no quería despertar.

Lo que siguió era de intuirse, le abrió la puerta esperando ir a la par y dejarla atrapada en la pared del establecimiento; hacía mucho frío y toda ella tembló bajo el corto y delgado vestido, no le dio importancia, solo quería estar con él, se mostraba sorprendida por lo atrevido que había sido, lo

miró fijamente dejándose atrapar otra vez por el deseo; el cuerpo alto de él la acorraló cubriéndola de la frialdad y de todo lo demás... Así lo veía, la parte más esperada llegó y de nuevo sus labios se buscaron mutuamente, ella rogando por el néctar que la había hecho sucumbir minutos antes, la atracción era fuerte, era sencillamente química, magnetismo.

Pasaban los segundos con rapidez, ella no tenía necesidad de conocer la hora, ni le importó siquiera que adentro estuviesen preguntando por ella, acá afuera todo parecía tener sentido, el contacto físico con este galán que podía tocar de manera ambigua, el deseo sublevado se volvió relevante e, incluso, se manifestaba de manera congruente, encajaba en esta parte de su vida, donde lo que necesitaba estaba ahí frente a ella, besándola, sujetándola con firmeza.

—Elise, eres hermosa, me gustas, en verdad lo haces, desde ese día en la cafetería, como te veías ligeramente nerviosa por estar conmigo te delataste... y a mí... a mí me diste la luz verde que necesitaba —le dijo el rubio acercándose cada vez más a su oído, erizándole una vez más la piel.

—Eso que dices definitivamente no cuenta... —entre risillas intentó separarse levemente de él—. Te puse nervioso desde la exhibición y lo sabes —le devolvió las palabras con alto ego.

—Espera, espera, yo lo hago, ese es mi trabajo, ponerte nerviosa, tú solo déjate llevar —ahora se trataba de un juego de poderes, pero eso era parte del cotilleo.

—Bien, pues si te hace sentir mejor, me pusiste nerviosa hace un momento, allá dentro, y ahora solo te puedo decir que si me vuelves a besar quizá esa sensación vuelva a atacarme...

—No —dijo secamente, guio su mirada a la Suzuki deportiva negra que estaba estacionada cerca de ellos—. Demos un paseo.

—Vale, pero volveremos, ¿lo prometes?

—Sí, linda —su reacción fue de alegría y esperó a que Elise fuera por su bolso.

Regresó a los cinco minutos, se veía tan dulce e inocente ante los ojos de él, el mismo viento soplaba y movía de un lado a otro su larga y castaña melena dejando entrever sus pómulos rosados, esto la hizo titiritar de frío, se acarició sus brazos a la par mientras caminaba hacia él, quien ya le extendía su mano invitándola a subir.

—Toma —le ofreció el casco—, ah, y por si te da frío allá atrás —se quitó su chaqueta de cuero dejando ver una remera de manga larga ajustada y su bufanda color beige anudada en su cuello. La puso encima de sus hombros y Elise le dedicó una sonrisa.

—Gracias.

Subió despacio y se acomodó más rápidamente que en aquella ocasión, le rodeó la dura espalda y se sujetó fuertemente al sentir la aceleración de la moto.

Ella no sabía hacia dónde se dirigían, trató de vivir el momento y se tranquilizó al recordar que le había avisado a Victoria que se iría con él, aquella solo sonrió y le dio ánimos asegurándole que la esperaría. Después se disculparía con ella por no advertirle de su invitación a los hermanos.

La noche magnificaba lo que iba ocurriendo, se sentía bien ir en una motocicleta junto a aquel Adonis.

—Valrick, ¿a dónde me llevas? —le gritó por un lado de su oído.

—Te dije que a un lugar discreto, ¿confías en mí?

—No lo sé, tal vez exageré al venir, estoy asustada.

Él se carcajeó descaradamente.

—¡Volvamos!, ¡volvamos! —sus gritos ahora estaban sumergidos en profundo pánico.

—Sujétate —aceleró sin piedad siguiendo el camino hacia delante.

—Valrick, ¡¡no!!!

—Confía en mí, nena, no soy malo, ni psicópata, deberías relajarte, se ve que eres algo cohibida...

—No lo soy.

—Claro.

—Es que no suelo hacer esto, tan... seguido, más bien nunca.

—Sí, eso se nota, pero me gusta tu ingenuidad— ¡Basta!, me harás sentir como una verdadera perdedora.

—Disculpa, dime, ¿confías en mí? Para mí es importante, siento que te estoy llevando en contra de tu voluntad —dijo de manera seria.

—Sí, confío —reafirmó después de unos segundos

—Bien, ya casi llegamos.

Se estaban adentrando a un barrio desconocido para Elise, las calles eran angostas y largas, algunas luminarias estaban fundidas y los perros ladraban. Terrorífico.

Tragó varias veces saliva tratando de controlarse y pasar por alto el miedo que sentía, se sintió de pronto fuerte y valiente, recordó la frase de Valrick haciéndola confiar en él. Lo importante, que emergió desde su interior, era que estaba con este adonis que parecía cincelado por los mismos dioses; se distrajo por segundos viendo casas y edificios pequeños pasar con rapidez frente a sus ojos, la obscuridad no le permitía verlos nítidamente pero intuyó que se encontraban en barrios bajos... muy bajos. Aun así decidió estar tranquila; de cierta forma el rubio la protegería de cualquier cosa.

La velocidad de la deportiva comenzó a descender y al mismo tiempo el cuerpo tonificado de Valrick se comenzó a enderezar despacio. Llegaron a un edificio, era como una torre de departamentos, por fuera lucía vieja y maltratada, en las ventanas no se observaba luz ni movimiento, esto asombró a la castaña.

—Aquí es —susurró con su voz rasposa.

—Este lugar es... tan —se quedó callada bajando de la motocicleta y abalanzándose de su espalda.

—Dilo, no importa, ¿abandonado?, ¿solo? —rio apagando el vehículo.

—De miedo... eso....

—Así debe ser el lugar de trabajo de un artista, no, qué va —corrigió—, me gusta pasar desapercibido —dijo acercándose a ella y tomándola de la cintura.

—Ven —le indicó mientras sacaba de entre sus pantalones las llaves para abrir el viejo portón verde que daba hacia la calle.

—Seguro los inquilinos saben cuándo estás por llegar con ese motor poderoso, Valrick.

—Linda, en el edificio no hay nadie más.

—Oh, ya veo, y ¿por qué?

—Es una larga historia —le comenzó a narrar mientras entraban casi a la par, por dentro estaba totalmente negro; una pequeña luz roja de fondo aluzaba las escaleras que conducían hasta arriba.

—...y antes de que la viejecilla muriera ya todos se habían marchado — retomó la plática prestando atención.

Luego la guio entre las escaleras divididas por un tubo quedando, apenas sí, en el primer escalón, la acorraló con su imponente cuerpo; su altura la hizo ponerse otra vez nerviosa y su respiración comenzó a incrementarse. Era tan guapo, un artista, un chico malo con motocicleta y chaqueta de cuero, no había duda, esto le parecía a Elise la aventura que esperaba, apretó los dientes

levantando sus brazos y rodeando su nuca, ese pequeño espacio entre la chaqueta y su melena; encajó levemente las uñas y recorrió con prisa su espalda hasta la mitad. Ella notó su sorpresa, se paró levemente de puntitas y lo atrajo contra su pecho, hubo una descarga infinita de sentimientos en ese momento, una lluvia de estrellas que solo ella entendía, él se dejó besar y la abrazó con tal fuerza que pareciera no estar dispuesto a soltarla, los movimientos de sus mandíbulas iban y venían buscando con pasión el mejor lugar para quedarse y nunca irse; el aliento del rubio encontró la nariz de ella, mientras inhalaba ese elixir que la acercaba cada vez más a su cuerpo. Él bajó sus brazos acariciando los de ella de manera pausada, lo logró después de mucho apartar sus labios rosados, respiró lento dejando que ella dudara si debían continuar: lo miró fijo y no articuló palabra alguna.

—Debo suponer que también te gusto —lo dijo ahora dubitativo, presa de sus ojos verdes.

—Mentiría si digo que no —se mordió ligeramente el labio inferior—; me has dejado impresionada, eh... me atrae tu porte de chico malo.

—¿Chico malo?, espero que no te decepcione —la tomó de la mano como a niña chiquita y subieron.

El lugar era lo que esperaba Elise, digno de un artista: paredes y piso de madera, como una casa en un árbol, acogedora, de mediano tamaño, y al fondo estaba la luz roja que había visto desde abajo; no había divisiones, era un loft bastante cercano a la realidad, cocineta del lado izquierdo, una ventana junto a la luz roja, muebles inundados con revistas o libros, al menos eso parecía a lo lejos; la cama sin tender, con sábanas blancas ahora anaranjadas por la luz neón; un par de sillones en buen estado y bocetos en la mesita de noche, todo se mostraba inspirador e interesante.

Valrick corrió a hacerle lugar.

—Aquí te puedes sentar, ¿quieres una cerveza?

El momento la intimidaba y aceptó, aunque se prometió que solo sería una.

Él se alejó y abrió el frigobar montado en la barra, sacó dos botellas y se acercó ofreciéndole una. No dejaba de verla, aun de reojo buscaba su rostro en todo momento.

La sensación de la cerveza helada entre sus dedos la hizo buscar los ojos azules de su acompañante y agradecer por la bebida; él se encargó de principio a fin de no incomodarla, fue bastante cuidadoso, lo siguiente que se dedicó a

hacer fue explicarle cómo es que habían dado con el profesor Torrance para que publicara su exhibición, después como debatió con Gretchen si sería buena opción ser vistos por el mundo, estaban dispuestos a soportar las críticas, no importaba que... sin embargo, casi al final de la plática la mencionó a ella en repetidas ocasiones, resaltó como desde que entró a ese local se había sentido atraído por ella. Elise rio tímidamente, se sintió como colegiala ante sus elogios.

El fehaciente silencio reinó una vez más, él se acercó y la observó detenidamente...

—¿Qué música te gusta, Elise? —preguntó curioso.

—Clásica, aunque tiempo atrás fui una rebelde gótica sin rumbo en su vida.

Los dos rieron.

—Ah, entonces eres de las mías —se paró enseguida y tomó un control remoto guiándolo al aire en dirección a la mesita de noche; sintonizó en modo USB, volumen medio; una marcha solemne de violines emergió, las notas se repetían y después de un momento una batería se hizo presente en tonos rápidos; coros entraron en acción, luego una voz gutural, todo en conjunto, congruente, creaba una atmósfera medieval.

—¿Escuchas cómo entran los violines acompañando al vocalista...? Es excelso.

—Lo sé, ya tengo mucho tiempo de no escuchar este tipo de música, para mí lo era todo en mis tiempos de rebeldía, pero siempre buscaba algo melódico, coros, violines, ¿sabes? No fui muy seguidora de los gritos sin razón.

—Claro... y ahora eres toda una editora en jefe de una revista.... Quién lo diría, retomaste el buen camino.

—Sí, había otras prioridades, por supuesto.

—Siempre las hay, es cuestión de hallar lo que te apasiona realmente, lo que consigues que cierres tus ojos y disfrutes de lo que haces.

—Lo dices por lo que contó tu hermana, de sus vivencias en Madrid.

—En parte, digamos que esa experiencia me hizo crecer, para ella fue más difícil, pero vaya, nunca quité el dedo del renglón, siempre estuve seguro de lo que quería hacer y lo hice, es duro, una voz dentro de tu cabeza te dicta que eres incapaz y después ahí estás logrando todo lo que te habías prometido.

—Sí es algo gratificante, a mí me pasó hace un par de semanas, cuando me ascendieron —se le dibujó una sonrisa.

Comenzó a relatarle cómo había hecho realidad sus sueños, no imaginaba tiempo atrás lo que le deparaba el futuro, mientras tanto sus ojos contemplaban a este pintor rebelde y de espíritu libre, lo miraba como si él fuera todo lo que ella hubiese querido ser, seguro de sus deseos, viviendo un día a la vez y, lo que más le atraía, cómo la miraba: sentía que analizaba cada una de las palabras que salían de su boca. Eso fue algo tan alemán.

—Lo lamento, te estoy aburriendo —aseguró.

—Ah, no, para nada, continúa, es decir, eres muy interesante.

—¿Lo soy?

—Sí —dijo de manera seca y clavando sus ojos azules en los de ella.

—Vive cerca de mí y verás que tengo la vida más simple de lo que te puedas imaginar.

—Si me dejas, claro que sí —afirmó el rubio.

Ahora Elise tragaba saliva comprendiendo que el chico guapo sentado a su lado realmente la estaba poniendo nerviosa con esas palabras, algo de ella decía que saliera de ahí, necesitaba un respiro, necesitaba algo que la llevara y trajera de vuelta a esta bella realidad. El alto rubio se paró y se dirigió hacia la chaqueta colgada en la silla, sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno, asintió y dejó que amablemente se lo encendiera.

Siguieron hablando sobre su presente y por momentos a Elise se le venían las imágenes que le habían sido presentadas por Vicky, sobre la muerte de su padre, obviamente no mencionaría palabra alguna, solo que ahí estaba, un dato curioso.

—Me siento como en una primera cita, Valrick —dijo segura.

—Wow, creo que me daría un tiro si no lo sintieras así, linda, sacarte de ese lugar era mi intención inicial, traerte aquí, pues la verdad no... ¿recuerdas cuando dimos vuelta por esa vereda?, me dirigía a un bar pequeño, los dueños son irlandeses y se bebe buena cerveza, estaba cerrado, por si no lo notaste.

—Venía sujeta a ti casi dejándote sin respiración, cómo esperabas que me pusiera a mirujerar por ahí.

—Vamos, no es la primera vez que te subes conmigo, además no estuvo tan mal.

—La verdad no.

El tiempo se pasaba volando desde que juntos habían entrado al

departamento y se besaron con mucha prisa, ahora los labios de ella parecían sedientos de los suyos, la boca se le secaba.

—Ven aquí —la rodeó con sus musculosos y largos brazos, la tomó por sorpresa.

Ella sostenía la botella de cerveza y no la soltó, otro torbellino de pasión la envolvió; él a tientas ubicó el recipiente y se lo quitó con sutileza bajándolo al piso y besándola a la vez. Ahora sentados en el sillón se sentía el desenfreno y la cercanía, el corazón aceleraba en cada palpitar.

Se dejó guiar por su cuello y mientras acariciaba su espalda, este palpó a tientas el zíper y lo bajó con rudeza, comenzaron un juego sensual en donde ella pudo sentir su miembro y comenzó a moverse en movimientos lentos sobre el mismo.

Se le escaparon pequeñas respiraciones ahogadas en el oído masculino; fue inevitable que él se parara y la tomara de sus muslos, acercándola para ir a la cama, la dejó caer suavemente y ahí estando cada vez más cerca se posó encima de ella, reclamando su cuerpo, atrapando su aliento y estirando los brazos para que no se le escapara; la calma con la que se desarrollaba la escena era insólita, inesperada para ser la primera vez que se tocaban, fue adquiriendo los movimientos que marcaban sus caderas y la bajó hacia él arrastrando el vestido negro que la cubría.

La luz tenue de la lámpara roja creaba un ambiente único, ella vio como él manejaba todo a la perfección, tratándola con gentileza la dejó en ropa interior, él se quitó de prisa su remera blanca y ella se enganchó de inmediato con sus pectorales, los acarició lentamente, su cuerpo era como un imán, donde ella quería más y lo quería ya.

Al mismo tiempo quedaron desnudos, solo su piel era el límite para con el otro, el calor corporal los consumía, ardía cual antorcha provocando más besos y más caricias hasta llegar a esa parte íntima. Sus movimientos la hacían gemir más, era como una máquina diseñada solo para ella, pero tenía voz, tenía cabello y una personalidad que la hacía volar y tocar el cielo.

Las sensaciones conjugadas habían hecho en la castaña una sonrisa incontenible, cuando recién terminaron de conectar sus cuerpos y sus mentes reposaron uno cerca del otro, el calor corporal y el sudor eran latentes y no había mayor perfección para ellos. Valrick levantó su brazo derecho para ofrecer su pecho a Elise, ella se acomodó de lado y encajó perfectamente en ese hueco protector. Solo la respiración era notable, retroalimentando

lo sucedido, era algo que se sentía especial y no había manera de procesarlo, quedarse callados fue una opción mientras contemplaban el techo de madera.

La luz roja se proyectaba por gran parte de la habitación y sus siluetas desnudas se reflejaban en la pared, el transcurrir del tiempo hizo que los corazones agitados comenzaran a descender. Las caricias se hicieron presentes una vez más y sus miradas se cruzaron.

Elise agotada cerró sus ojos cayendo en un profundo sueño, mientras su compañero la observaba fijamente se fue arrullando, poco a poco, con su cara angelical; la acercó más a su pecho, luego los ojos del rubio también encontraron descanso.

El escaso ruido del exterior se agudizó e hizo que Elise se despertara abriendo despacio sus ojos, ya había amanecido; se encontró con este perfecto rubio a su lado, se dedicó a contemplarlo por escasos minutos mientras pensaba detenidamente en cómo había caído en su cama y apareció ese sentimiento que brotaba, esa clase de sentimiento que daba miedo.

Se incorporó y no encontró su ropa, sin embargo había una camisa celeste, arrugada, al pie de la cama, la extendió para ponérsela. Flotaba alrededor de su delgado cuerpo. El foco rojo permanecía encendido aunque se veía tenue por el cegador reflejo de la ventana. Empezó a vestirse y entre tanto movimiento Valrick se despertó.

—¿Ya te vas? —preguntó recargándose en la cabecera.

—Yo... tengo unos asuntos que atender.

—Claro —contesto sin creerle—, ven aquí, linda —la abrazó arrastrándola otra vez hacia sus garras—; Elise, no tienes que mentir, creo que es evidente que deseas marcharte, al menos quédate a desayunar... No me hagas rogar, nena, eso me confunde.

—No, no se trata de eso —le dijo muy segura de sí misma mirándolo sin tapujos—, me siento bien a tu lado, tampoco es que actúe como si lo de ayer no me importara... es que hay veces que mi mente fabrica cosas.

—Vale, entonces no es nada positivo —le tocó tiernamente la frente con el dedo, vacilando.

—Pasé por algo muy fuerte hace poco con mi expareja —Elise había soltado una bomba que debió quedarse sepultada por la eternidad.

—Mira, no es necesario que lo cuentes, ciertamente cada quien tiene

su pasado; ahora es el presente, date la oportunidad de conocerme y después le preguntamos a la fábrica de pensamientos qué opina –dijo guiñando un ojo.

A Elise no le quedó más remedio que caer bajo la tentación que el rubio le provocaba y bueno, su estómago exigía alimento de inmediato. Quedó impresionada, cómo fue que la había sacado de un estado de temor a otro donde todo parecía seguro a su lado.

Valrick se levantó y se puso la remera, luego sus calzoncillos, su melena dorada y alborotada se movía levemente, su piel lechosa se veía pálida por el reflejo de la luz matutina. Elise se dedicó a verle.

Luego dio varios pasos e invitó con sus marcados brazos a pararse.

—Ven, te prepararé algo.

Ella sonrió.

Pasaron a la pequeña cocina; él la sentó en la barra y comenzó a preparar café despertando sus sentidos con ese aroma peculiar, la castaña escaneaba cada centímetro de su cuerpo, este adonis que definitivamente la había conquistado, estaba con su espalda ancha y de aspecto atlético sacando cosas del refrigerador y empezaba a organizar todo para hacer el desayuno. Pasó sus ojos por los papeles de la mesita de noche mientras acomodaba su cabello que parecía un desastre y de pronto se le vino a la mente... ¿Cómo es que este artista de silueta sexy pintaba y hacía arte ahí justamente donde habían estado la noche anterior?

—¿Valrick?

—¿Sí? –contestó algo ocupado.

—¿Cómo es que pintas en este lugar?

—Bueno, supongo que te habías tardado con esa pregunta, nena, abajo está mi taller.

—¿Tienes una especie de sótano?

—Sí, ahí amarro a mis víctimas y las torturo.

—Muy gracioso.

—Es un espacio que diseñé para desarrollar mi talento, yo no lo llamaría sótano.

—Yo... no quise que lo interpretaras de esa manera –se apenó.

—Está bien, luego bajamos a verlo.

—Vale, ¿quieres que te eche una mano con eso? –preguntó, ahora sintiéndose un verdadera metiche.

—No, ya casi termino.

—¿Qué preparas?

—Sándwiches Montecristo.

—Suena bastante religioso —rió discretamente.

—Ah, es algo que cocinaba mucho en España, Gretchen es fan de esto.

—Y dígame, chef, ¿cómo son esos sándwiches exactamente?

Se giró y se acercó un platón con cuatro emparedados cubiertos con una especie de capeado, le explicó la receta levantando uno de ellos, luego lo dejó y se recargó en la barra para alcanzar a besarla.

—Come uno, linda, y me dices si te gustó —acercando la prensa francesa y rellenando la taza.

La castaña llevó un bocado a su paladar, la mezcla de sabores era peculiar, algo que a pesar de ser aficionada a descubrir nuevos sabores en la cocina, parecía sorprenderle. Capeados, crocantes, sumamente calientitos, el queso podía fundirse de nueva cuenta en su paladar y aunque fue un verdadero placer emergió un gesto de sus ojos verde oscuro que, como dos grandes limones, se clavaron en el rubio.

—Sí, vaya que te han quedado muy ricos —sonrió levemente sonrojándose y regresó las pupilas al bocadillo entre sus delicados dedos.

—Veo que Gretchen no es la única en sucumbir a esta delicia... —recitó bastante narcisista.

—Pues juro que están buenísimos y apoyo a tu hermana... em ¿ella no viene por aquí sin avisar?, ¿o es que acaso puede llegar de sorpresa y vernos medio desnudos? —vaciló tontamente.

—Para nada, ella está al otro lado de la ciudad, muy de vez en cuando se aparece por aquí —refirió de manera seria.

—Pero me parece que tienen una buena relación, es decir, en la exhibición pudimos ver lo unidos que son, y esa pintura...

—Claro, a veces me detiene cuando me dan ganas de descomponer el mundo.

—Te arrebató la bazuca —rió sin parar.

—Siempre ha sido un gran apoyo y ahora que está lejos la extraño, es muy madura, mamá la llamaba mi pequeña “Bonnie”, aún me pregunto por qué... solía decir que parecía la mayor, en cambio yo un rebelde sin causa...

—Si me permites, búscala e invítale unos de estos —mordió el emparedado ahora desapareciéndolo por completo.

Él rodeó la barra y se acercó lentamente, la tomó por la espalda llevándola hacia su marcado pecho, reclamando su cuerpo otra vez y después de unas bocanadas de aire se acercó a su oído...

—Te ves hermosa comiendo —susurró.

Encontró sus manos y puso las de él, grandes y toscas, encima de las suyas, delicadas y suaves. Los dos quedaron en silencio sin poderse ver a la cara, contemplando la nada.

—Ven, bajemos al taller.

Ella se dio vuelta y lo tomó de las quijadas sonriendo

—Aquí es —prosiguió él señalándole las escaleras.

Bajaron a la par. La puerta estaba del lado izquierdo, pequeña, muy discreta, tanto que pasaba desapercibida como si fuese la entrada a un escondite.

Sacó un llaverito de sus pantalones y abrió, todo era oscuro, solo él sabía dónde estaba ubicada cada cosa y le pidió que lo esperara afuera, pasó rápidamente y encontró el interruptor de la luz, se alumbró todo en cuestión de milésimas de segundos; por dentro era inmensamente grande, espacioso... desordenado, básicamente el taller de un pintor.

—Pasa.

Elise se había quedado como estatua, contemplando como era su naturaleza y sin decir palabra alguna.

—Nadie ha pisado mi taller... nunca.

—Oh, no, eso sí que no puedo creerlo, digo, te creeré lo del edificio y sus inquilinos nómadas, pero, vamos, ¿por lo menos tu hermana?

—No, nadie.

Esta vez sonaba más serio y con su cara de rasgos europeos perfectamente dura.

—Vale, puedo preguntar ¿por qué me revelas que nadie ha venido a tu taller?

—No es para que te sientas especial, pero, imagina que entra y sale gente de tu oficina, ve tus notas, tus ideas, eso sí que estaría mal, ¿correcto?

—Correcto y no... no me siento especial, Valrick —respondió como si la hubiesen atacado.

—Quise decir, soy muy reservado con esto, no lo tomes mal por favor... — se acercó ofreciendo su mano para guiarla entre las cosas tiradas.

Ella se limitó a sonreír y caminó despacio detrás de él.

Esquivaron un banquito que yacía frente a un óleo, listo para ser trazado con pintura y otras brusquedades, estaba rodeado de hojas y lápices y un tapiz bajo de color vino, estaba casi pegado a la pared color oscuro; más adelante un escritorio de metal, de esos de los años ochenta seguramente, era difícil saberlo, estaba cubierto por innumerables papeles y una lámpara de luz neón; había también un sillón muy cómodo, negro y grande.

—¿Qué opinas? —preguntó viéndola de perfil.

—No lo sé, nunca he visto nada parecido, a simple vista parece ser que aquí surge la magia.

—Jamás se comparará a como trabajaba Rembrandt o Picasso, pero sí, este lugar me ofrece ideas que plasmo en aquello —señaló el óleo listo para ser entintado.

Había más cuadros apilados al fondo y varios bultos raros tapados con mantas que ahora se veía claro por la luz de la lámpara.

—¿Qué haces para inspirarte? —preguntó como buena periodista.

Esperó su respuesta con ansiedad, ya que hasta para escribir un artículo era necesario tener algo de inspiración, las palabras, la gramática, todo debe encajar, más aun, todo lo relacionado con arte y apreciación debería ser respaldado con una inspiración, única, genuina y con la pasión que se requería.

—Elise, siempre me preguntan eso... te diré algo, como tú has mencionado, la magia surge aquí —señaló su mente con el dedo índice—, los recuerdos me hacen pintar, son las vivencias las encargadas de darme lo necesario.

—Apuesto a que esa no es la única inspiración —lo retó.

—Claro que no, eres lista, eh...

Levantó su cabeza a las esquinas del taller y abrió sus ojos como tomates, queriendo que Elise lo siguiera.

—Oh, ya veo, así que la música lo es también.

—Él asintió y caminó despacio esquivando los objetos tirados en el suelo, luego abrió un mueble de madera que estaba en la oscuridad, las puertas eran de cristal. La castaña se erguía para ver qué había dentro pero era inútil; de pronto, bajo unos leves movimientos suyos una música de piano emergió de las bocinitas que estaban empotradas en las esquinas, las notas eran de temple tranquilo y relajado, solo era piano, nada más.

La atmósfera se tornó algo romántica y el rubio volvió hacia donde estaba

Elise, la miró directamente y luego dijo de manera seca y seria:

—Chopin.

Ella hizo una leve mueca y le brillaron los ojos, el conjunto de notas era exquisito, entre tanto la mirada azul celeste de aquel guapo rubio la había puesto nerviosa otra vez.

—¿Qué pasa?

Movió despacio la cabeza como diciendo que nada sucedía, jamás le confesaría que la ponía a temblar con esa mirada sombría y a la vez perfecta.

Se giró y no supo qué hacer, siguió contemplando aquel recinto de arte, aquello que le ofrecía sin querer algo de tranquilidad y calma, era un paquete con todo incluido.

Ya no sintió a Valrick cerca, se había quedado atrás; ella mientras tanto se dejaba guiar por la melodía de fondo, caminaba despacio explorando cada lugar, cada recoveco, esto era inusual así que disfrutaría que aquel artista la hubiera dejado entrar a su templo.

El rincón que quedaba resguardaba un bulto casi de su estatura, cubierto con una sábana clara, se acercó para descubrir que detrás de eso había una silla y a su lado un porta partituras, por supuesto vacío, sin hojas que lo adornaran.

Se sintió incomoda de volver a preguntar cosas, optó por callar, se arregló su pelo y la camisa celeste.

—Fue un regalo de mi papá, pensó que tocar un instrumento me haría menos rebelde —se refirió al cello que yacía tapado... ¿Quieres volver arriba? —le ofreció su fuerte mano y cuando la tomó la acorraló contra la pared.

—AHM, ESTO NO ES ARRIBA, ¡JERES UN TRAMPOSO! —exclamó queriendo verse molesta, el rubio la besó.

La brusquedad de su cercanía la hizo estremecerse, él tan alto, abarcaba todo su diminuto cuerpo, la tenía asegurada; se dejó llevar de nueva cuenta y pudo sacar sus brazos para envolver su rostro de perfectas facciones, cuando lo hizo este la cargó delicadamente tomándola de sus nalgas y aferrándola a su entrepierna, caminó y la sentó sobre el escritorio ochentero, sus manos no dejaban de moverse, la quería devorar y eso excitaba aún más a la castaña.

La luz tenue iluminaba parte de su torso ahora recostado, completamente desnudo y expuesto. Su pecho subía y bajaba y su corazón la acompañaba acelerado, el rubio solo observaba.

—Te deseo, Elise.

Para ella este segundo encuentro pasó más rápido que el de la noche anterior, aun así no quiso que terminara nunca...

—Aquí tienes —le pasó el camión.

Un sonido proveniente de arriba los interrumpió; era el teléfono de la casa.

—Espera, ya vuelvo.

Se quedó sentada, acompañada por la música y su camión; para matar el tiempo balanceaba los pies como niña en un columpio, luego su mirada se posó nuevamente en el cello, optó por no acercarse, se puso de pie y caminó hacia la puerta.

Se lo topó de pronto.

—Linda, lo siento, pero tengo que salir, la chica de la galería me llamó para decirme que hay un cliente esperando por mí, creo que le interesó una obra.

—Oh, vaya, eso es bueno —sonrió y se lanzó a sus brazos felicitándolo.

—Tal vez —dijo serio—, ¿por qué no subes y te arreglas para llevarte a tu departamento?

Algo dentro de ella se quebró, no es que quisiera estar como muégano pegado a él, pero le hubiera encantado quedarse un poco más, su obvia reacción llamó la atención del rubio.

—Vamos, no te pongas así, prometo que te lo compensaré.

Ella lo besó rápidamente y desapareció por la puerta.

En el camino iba pensando infinidad de cosas, tantas que hasta perdía la cuenta, no sabía cómo había llegado tan lejos con él, no tenía idea de dónde se estaba metiendo siquiera y esa maldita reacción al decirle que la llevaría a su casa no le había agradado en absoluto. ¡Listo!, ahí estaba, no caería en otra relación; no lo haría, no se envolvería con este tipo, jamás volvería a verle, se lo prometió mientras lo rodeaba con sus largas y delicadas manos.

Se acercó a la acera y estacionó la deportiva negra, sin apagarla.

Ella dio un brinquito, entregó el casco y agradeció el aventón; le sonrió levemente y se dio la vuelta; él la tomó del brazo.

—Espera, ¿no estarás molesta?

—Para nada, ve a hacer lo tuyo —le volvió a sonreír.

—Entonces bésame, Elise, despídete de mí como si te la hubieras pasado bien por lo menos —su mirada se tornó sombría.

—La pasé bien, Valrick, muy bien de hecho —dijo ahora viendo hacia la nada evitando el contacto visual.

—Bien, entonces lo haré yo —la besó con intensidad, casi violentamente.

—Eres un rudo —le dijo apartándose de él lo más pronto posible.

—Rudo, tramposo, ¿qué más, linda...? Te llamaré, cuídate. Y se despidió con otro majestuoso beso perdiéndose entre las calles antiguas de Philadelphia.

Pasaban de las 2 p. m. y ella apenas entraba a su departamento, no comprendía como el tiempo había pasado volando estando con ese adonis, hubiera querido estar más ahí junto a él, descubriendo más cosas acerca de su vida, tal vez, pero la experiencia vivida parecía no terminar, ella estaba más que en shock, era algo sutil, algo que la hacía pensar en nada y a la vez en todo. Aceptó que al retirarse sintió un leve hueco en su estómago, pero aún no tenía ni la certeza de lo que eran, o más bien si ella quería que fueran algo más. Todos los pensamientos castrantes fueron disipados cuando entró al piso, el teléfono se encontraba sonando y corrió hacia él pero fue demasiado tarde, entró la grabadora:

Elise, por favor, contesta, ¿dónde diablos estás...? Te he buscado toda la mañana, ya llamé a Ayleen, no has llegado, por Dios esto no me huele bien...

—Holaaa, holaaa, Vicky, aquí estoy, soy yo, vengo llegando, cálmate ¿sí?, todo está bien...

—Te mataré cuando te vea, ¿ya revisaste tu correo? —dijo la cobriza tratando de contener su enojo.

—Oh, espera, me quedé sin batería en el celular, tardaré en prender la laptop, cuéntame.

—Un momento, señorita, me tendrás que contar de tu noche salvaje —le advirtió.

—Victoria, el trabajo es primero —le contestó de vuelta.

No es que no quisiera contarle cada detalle a su amiga pero ya los pensamientos la comenzaban a acechar y no quería traerlo a la conversación en ese momento.

—Bien, como tú eres una ególatra que no quiere compartir los detalles de su descarada huida, te diré, la revista ya se está colocando y estoy monitoreando las entregas, son pocas pero tengo el presentimiento de que se incrementarán entrando el lunes.

—Por Dios —Elise recordó su responsabilidad y volvió a poner sus pies en la tierra—. Y dime, ¿tienes noticias de Daniel?

—Eh, no.

—De acuerdo —su voz estaba casi apagada.

—No te oigo con buenos ánimos.

—Sí los tengo, aunque esto de la renovación de *ROAD* a veces me bloquea.

—Bien, quería compartirte la noticia, ahora me tengo que ir, resulta que mi tía Frida cumple años y se reunirán en casa de los abuelos, te veo el lunes... ah, y Elise, ¿por qué no disfrutas el momento?, creo que lo mereces, después de todo esto está saliendo mejor de lo que imaginábamos, ¿no?

—Sí, bien, salúdame a todos, pásala bien. Ciao.

La cobriza colgó

Luego de quedarse ida por unos minutos se quitó los zapatos y dio *play* a su lista de música, esta ocasión eligió el piano, fue camino hacia la cocina por un vaso de agua, notó demasiado silencioso el cuarto, algo faltaba, de pronto recordó.

—IVES —gritó buscando por todos lados—, IVES, cariño ven aquí, mami está en casa —corrió de un lado para otro—; IVEEES —ahora sus gritos eran de angustia—; bebeeé, ¿dónde estás? —entró a los cuartos, luego a la lavandería y ahí estaba la bolita de pelos enredados, boca abajo, casi sin aliento.

—¡¡¡NOOO, IVEEES!!! NOOOO —el perrito tenía dificultades para respirar y se le veía con la mirada perdida.

—IVEEES, RESISTE, POR FAVOR, NO NOS ABANDONES —chilló.

Se puso otra ropa y zapatos cómodos rápidamente, colocó al canino en la cama, marcó alterada al celular de Ayleen. Esta no respondía, seguro estaba ensayando. Miró entre los papeles de su escritorio y encontró la tarjeta del veterinario, le llamó desesperadamente, el médico sugirió llevarlo de inmediato a su consultorio, el pequeño tenía contados los minutos.

Tomó al animalito entre sus brazos y salió hecha una bala hacia la calle, la clínica no estaba tan lejos, así que corrió con él unas cuadras abajo. Las

lágrimas empezaron a brotarle irremediablemente, mientras pedía a gritillos a Ives que no cerrara sus ojos. Corría lo más rápido posible pero sus piernas parecían no responderle.

—Bebé, quédate, no te vayas, te amamos, Ives, por favor.

Entró como torbellino al consultorio, las enfermeras se acercaron a tomar al pequeño corgi y desaparecieron con él entre las puertas.

Llevó sus manos a la cabeza y sintiendo toda la culpa del mundo se echó a llorar, salió un poco para no hacer una escena delante de los demás clientes. Tomó una bocanada de aire y trató de tranquilizarse. Esto no podía estar pasando, todo iba tan bien y ahora esto.

—Dios, por favor no te lleves a nuestro pedacito de cielo —pidió con clemencia.

Pasaron varias horas

—¿Dueño de Ives? —alzó la voz la enfermera.

—Yo, soy yo.

—Escuche, el perrito ingirió algo y será necesario operar. Pase por aquí.

Le dio a firmar unos papeles mientras el veterinario, de edad madura, entraba por la puerta con su bata blanca, la observó mientras leía y firmaba a la vez, ella no quiso dirigirle la palabra, seguramente la iba a sermonear por lo que había pasado.

Inevitablemente levantó la mirada.

—Buenas tardes, soy el doctor Foster —luego de acercar su fría mano para saludar.

—Hola, Elise Wright.

—Me imagino que mi asistente ya le pasó el dato de lo que ocurre, el pequeño requiere que le operemos a la brevedad, hemos detectado un objeto en su estómago con los rayos x. Escuche, necesito saber en qué condiciones está en el hogar, ¿es casa o departamento? ¿Qué tan seguido lo pasean? ¿A dónde? ¿Cada cuánto lo asean?

Mientras las preguntas del doctor pasaban hacia los oídos de Elise, a ella se le cerraba el mundo, ¡tantos años con Ives!, luego el sentimiento de culpa por dejarlo solo tanto tiempo, si el pequeño salía de esta tendría que hablar con Ayleen.

—¿Se salvará? —preguntó.

—Mire, haremos todo lo posible, el objeto es bastante grande y esta raza es muy dada a comer cualquier cosa que encuentre, en verdad cuente con que

haremos lo posible.

—Gracias —le respondió con los ojos vidriosos.

—No se preocupe, estas cosas pasan a menudo, pero tendrá que procurar supervisar a su mascota más frecuentemente.

—Lo haré.

—Bien, puede ir a su casa, le avisaremos en cuanto salga de la operación, la mantendremos informada, en cuanto a él, se tendrá que quedar un par de días para monitorear la reacción a la operación.

—Desde luego.

Se retiró silenciosamente y mientras pasaba por la recepción se dio cuenta cómo la miraban los demás clientes, claro, estaba hecha un desastre y su cara no tenía reparo.

Caminó en estado de shock hacia el departamento, mientras el clima parecía no ayudarle, por fin sintió el fuerte viento fresco sobre cuello y brazos.

Deseó llegar y tomar una ducha caliente, cuando lo hizo se preparó un té de manzanilla y se tumbó en su cama. El té la calmo y la hizo dormir profundamente.

Pasaron algunas horas y el ruido del teléfono la despertó de golpe; se incorporó y caminó descalza por el departamento para contestar.

—Bien... entiendo.

Colgó después de una breve charla.

Ahora que Ives estaba en recuperación de la cirugía bastaba esperar su evolución, ya con esta situación bajo control la cabeza de Elise dio un vuelco y le recordó a Valrick.

No comprendía bien lo que había pasado, sin embargo algo dentro de ella quería recordar nuevamente lo sucedido paso a paso la noche anterior; recordar le provocó una mueca y sonrió discretamente para sus adentros.

Aunque en el trayecto ella jurara y perjurara que no se iba a involucrar con el rubio, le pareció poco sensato y estúpido no darle una oportunidad, no porque las cosas no hubieran funcionado con Rob significaba que ahora todas sus relaciones iban a ser iguales. Ya había pasado por una situación tormentosa que la orilló por pocos meses a la depresión y al alcohol, hoy eso le había quedado claro a su mente, el cuerpo tuvo que desahogarse de alguna manera, aunque no haya sido de las mejores, lo hizo y ahora parecía una

mujer dispuesta a luchar por una verdadera felicidad. Lo merecía.

Road a flote

—Estoy tan contenta como tú, Daniel, he escuchado de las colocaciones, fue lo primero que pedí por la mañana que llegué, me hicieron llegar ciertas cifras y ya el equipo de Publicidad y el de Mercadotecnia trabajan en ellas; ahora habrá que esperar para ver qué artículo nos colocó en tan buen nivel nuevamente.

La cara de Elise estaba fresca como el cielo claro de Philadelphia, un lunes así vale la pena, buenas noticias desde temprano, unos resultados que se esperaban desde hacía mucho, lejos de perturbar su mente con otras cosas ahora lucía distinto, más tangible todo.

El pupilo se apareció en la oficina con los dos macchiatos y una bolsita de papel, su piel casi mediterránea se iluminó con la enorme ventana atrás de la castaña, la saludó con un ademán mientras soltaba el celular, ella le regresó el saludo.

Sabía con quien hablaba, no tardó mucho en ligar la conversación con Daniel, se sentó tranquilo en su lugar y encendió la Mac, luego dio un sorbo del café caliente y comenzó a leer los correos.

Sorprendido por la noticia volteó a ver a su jefa, incrédulo, con boca abierta y casi sin aliento.

—...claro que te mantendré informado...

La plática matutina terminó y se dirigió a Fabio. Posó sus ojos verde oscuro en los de él y brincó del sillón.

—¿Te das cuenta?

—Elise, tengo que informar a papá... —dijo con su voz juvenil y acento italiano.

—No, espera, creo que nuestro amigo Daniel ya se ocupó de eso... lo siento.

—Bah, está bien, de todas maneras no quería hablar con él —dijo algo resentido.

—¿Está todo bien?

—No, Elise, eh... tuve una discusión el fin de semana con él, es tan terco... toma, te traje el tradicional —le extendió el vaso—, ah y ahora un croissant algo frío...

—Hey, hey... ¿por qué la cara de pocos amigos?, estamos recibiendo buenas noticias ¿no?, es decir estamos cumpliendo nuestra parte aquí.

—¿Sí?

—Pues creo que sí.

—Ve y dile eso al señor Castelli, dueño de la sabiduría perpetua —ironizó.

—Basta, harás que me vuelque de la risa, niño... —rio algo alto llevando el vaso a su boca.

—Me envía aquí para que aprenda, pero no deja que por lo menos disfrute la estancia.

— ¿De qué hablas?

—Ah... ¿no te has enterado?, pues bien, ¿recuerdas a mi guardaespaldas, el tipo que está pegado a mí todo el tiempo?, el viernes, saliendo de la celebración en ese antro, me le desaparecí y fui a dar a una zona roja de la ciudad, quería conocer y qué mejor solo, sin alguien que me estuviera pisando los talones...

—Fabio, pero si vas a una zona roja, ¿cómo es que no lo llevas? — interrumpió llevándose sus finas manos a los pómulos.

—Tomé el coche y conduje sin rumbo, estaba ¿cómo dicen aquí? ¿Extasiado por la fiesta?, así que me le zafé.

—Vale, comprendo...

—Ya sabrás, fue a contárselo y por desgracia no tenía suficiente batería en el móvil, para cuando papá alcanzó a llamarme se cortó... Estaba por mi cuenta y mientras más me adentraba todo parecía tan interesante, lleno de vida cultural, las calles casi vacías, lejos de querer ir a otra parte sentía que necesitaba ese escape, mi mente lo agradeció y me hizo recorrer prácticamente toda la ciudad. Llegué al amanecer al loft y Linus tenía el celular pegado a su oído, bastó para que me viera de una manera sombría, le arrebaté el aparato y respondí, obvio, era mi padre, consternado por la

situación...

El pupilo se había revelado, o al menos eso pasaba por la mente de Elise.

—En fin —prosiguió—, se cansó de recalcarle que “un día heredaría todo esto”, “que era mejor para mí mantener a Linus cerca”, ya que él se había hecho de enemigos, temía lo peor. Sí, considero que estuvo muy inmaduro de mi parte, Elise, pero, bueno, me sentí completamente normal, alguien cuyo futuro no está arreglado, alguien que por lo menos un día pueda escoger a su mujer —se le ahogó la voz.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?, ¿tienes arreglado un matrimonio, Fabio? ¿Es como si tu padre fuera el rey de España y tuvieras que casarte con la princesa de Inglaterra?, ¿me equivoco?

—No, ¿qué querías?, ¿que yo, un chico nada normal, terminara con alguien normal? ¡No! Esos no son los deseos de él. Y ya una vez se encargó de hacerlos cumplir.

Agachó la cabeza, con uno de sus dedos raspaba el pantalón casual que traía puesto, dejó que el silencio participara, él en este momento recapitulaba todo. Elise por dentro quería ayudarlo pero, ¿cómo?, ¿de qué manera?, ¿era el hijo del dueño de la empresa donde trabajaba! Si hacía algo era casi seguro que correría su sangre.

—Fue en Holanda —habló bajito.

Elise frunció el ceño y tragó saliva casi al mismo tiempo, no quería de ninguna manera presionarlo para que contara acerca de su pasado, pero al parecer el chico necesitaba desahogarse, le prestaría su hombro si fuese necesario, ya se estaba encariñando. Él poseía una personalidad noble y ahora que sabía que su padre tenía su vida bajo control no dudaba en apoyarle hasta donde fuera, finalmente ella había pasado por una situación similar en su natal Newark.

—Nunca había visto a nadie más hermosa que Simone, sus ojos azules y cabello rojo... todo en ella era casi perfecto, nos conocimos en Sicilia, yo terminaba mis estudios, ella apenas empezaba su vida universitaria, tan linda, ingenua, loca... magia pura, Elise; anduvo de vacaciones por ese rumbo.

—¿Casi perfecta? La describes como una diosa, Fabio...

—Ella... fue todo para mí.

Las lágrimas inminentes corrieron por las mejillas del chico. ¿Cómo era posible esto?, se preguntaba la castaña; lucía tan oprimido, y solitario, era de suponerse que ni siquiera amigos normales o cercanos tuviera... en este

punto empezaba a entenderlo al cien por ciento.

—Oh, no, ven aquí, por favor no llores, no te derrumbes, es solo un recuerdo, puede pasar, estoy segura —le susurró mientras lo abrazaba intensamente.

Él se alejó y se recargó en el respaldo de su sillón, ya sin señas de haber llorado.

—Ella nunca apareció.

—¿Qué quieres decir?

—Un sábado habíamos quedado de vernos en la cafetería cercana a mi universidad, la esperé, le llamé y jamás volví a saber de ella, estaba preocupado y temía lo peor. Fue casi como una sensación de tener la razón en cuanto a que mi padre había tenido algo que ver, acerté.

La piel de Elise se puso de gallina, no hizo falta hacer más preguntas ni suposiciones, estaba claro. El señor Castelli era un controlador que llegaba al punto, incluso, de hacer a los suyos infelices si no acataban sus deseos. Ofreció un cigarrillo al pupilo y salieron al balcón de la oficina.

—Oye, Fabio, agradezco que te hayas abierto acerca de ese tema, ojalá pudiera hacer algo más para ayudarte, por ahora solo puedo escuchar. Lo siento.

—No, no te preocupes —dijo muy tranquilamente.

Un sonido de notificación en el móvil sacó a la castaña de la nube negra en que se encontraba y le alumbró el panorama nuevamente. El mensaje era de Valrick:

He visto la revista en muchos lados, incluso mis amigos me han llamado para decirme sobre el artículo, les ha fascinado. ¿Cuándo puedo verla, dama?

Un bufido salió de la nariz de ella y el chico sospechó casi de inmediato.

—Ah, el pintor.

Ella volteó sus ojos verde oscuro y lo atajó con un manotazo leve en su hombro.

—Sí.

—Todos nos dimos cuenta de tu escapada estilo secundaria, Elise, aunque si el tipo te agrada, qué se le puede hacer.

—No me agrada, querido... me encanta —respondió efusiva.

Contestó enseguida el mensaje del rubio:

Estoy atónita por la buena respuesta de las colocaciones, esta semana estaré ocupada, ya te imaginarás, trataré de hacer un espacio en mi agenda y te llamo, espero poder el miércoles o jueves. Te mando un beso.

Él respondió con más besos de vuelta.

Más tarde, el equipo completo se dio cita en la sala de juntas, había que celebrar las buenas nuevas. Entró y ubicó a sus amigos.

—Elise, esto es fantástico, hemos renacido —destacó con alegría el profesor Goldmayer.

—Linda, un escalón más y estaremos de vuelta —la abrazó delicadamente la rubia cobriza.

—Esto no habría pasado sin ustedes. Saben que estoy igual de impactada.

Viendo a los colegas y disfrutando del brunch, sus pensamientos acecharon una vez más, el misterio que enmarcaba a los hermanos, los periódicos que Vicky le había mostrado, las pinturas casi con doble sentido, las fotografías de él en Google... lo empujó hacia un lado cuando más claro sonaba la voz de Torrance acercarse a ella. Tal pareciera que hablaba por celular con alguien importante.

—De acuerdo, sin duda vamos a estar presentes —dio un ligero golpe con el codo en su costado.

—¿Qué pasa? —contestó al sentir el contacto desesperado por parte de él.

—No vas a creerlo... La asociación de escritores y periodistas nos ha invitado a su reunión anual... gracias a que la reseña de la revista ha sido bien vista por ellos... Me ha llamado directamente Spencer Damm.

—He oído hablar de esas reuniones. Son muy selectos, por Dios.

—Linda, no tienes idea, será este viernes a las nueve, ve consiguiendo un atuendo sensacional— le aconsejó mientras pasaba la voz a Vicky.

Muchos compromisos, un nuevo estilo de vida, nuevos contactos. El sueño de ella hecho realidad. Se había ganado un lugar en el corazón de sus colegas. Se había ganado un lugar en la asociación.

Sin duda cada pieza iba encajando y su corazón al parecer ya había encontrado en qué ocuparse, pues nuevamente le vino Valrick a la mente, pensaba invitarlo al evento, esto la estremeció y agudizó sus sentidos. Se imaginó de pronto vistiendo de gala y su rubio más guapo que nunca

escoltándola, como de película. No aguantó las ganas y marcó a su móvil.

—Hola, Valrick, soy yo —se alejó de la sala de juntas.

—Sí... aún te recuerdo.

Su respuesta hizo que se le escapara una risilla.

—¿Qué harás el viernes...? Verás, hemos sido elegidos por una asociación de escritores y periodistas, tendrán su reunión anual y creo saber qué les ha llamado la atención.

—Etiqueta, ¿correcto?

—Correcto.

—Tendré que ver qué hacer con eso. No es mi estilo, linda.

—Uhm, hazlo por mí, ¿sí? —le pidió amablemente—, además muero por verte guapo.

—Lo sé, yo también, hermosa. Bien, te veré ese día tal vez ocho... ¿me mandarías la dirección para irme ubicando?

—Desde luego... Hasta entonces.

Atardeció y con ello una ligera llovizna cubrió las calles de Philly, desde su sillón mensajeaba a su rommie, quería ver el estado de salud de Ives, lo quería cuidar como a un bebé, él les había brindado compañía, había sido paciente con ellas, les daba amor incondicional; lo menos que pudo hacer era asignar un rol de cuidados hacia él. Esa noche saldría e iría directo a verlo y supervisarlos. Se tranquilizó cuando la irlandesa petite le respondió que ya podía comer y se movía un poco. Luego una voz aguda irrumpió en la oficina.

—Ely, qué seriedad, pareciera como si alguien hubiera muerto, deberías tomarte la tarde no te ves muy fresca que digamos.

—Vicky, mi perro casi se muere —respondió mirando sus ojos celeste claro.

—¿Qué sucedió?

—Sí, ya está en casa recuperándose, pasó el sábado después de hablar contigo, me di cuenta de que no salió de su casita a recibirme.

Contó detalladamente la historia mientras el pupilo escuchaba de lejos, revisó el reloj y decidió irse a su loft a descasar, se despidió de sus colegas y caminó a través de la puerta.

—Elise, pero qué susto —respondía agigantando los ojos—, esos animalitos tanto que nos dan alegrías como que nos causarán un infarto con sus travesuras, qué bueno que le sacaron esa bola de pelos... cualquier cosa que necesites, cuentas conmigo.

—Lo sé, gracias.

—Sabes que somos amigas, aparte de ser colegas —ella tomó fuerte su mano que posaba en el escritorio y la acarició con actitud protectora.

—Eh, sí, oye, oye ¿a qué viene todo esto?, ¿no será por Ives?

Se alejó un poco y se recargó en el respaldo, luego posó las yemas de sus delgados dedos en su barbilla, la atmósfera se tornó seria.

—Vamos, Vicky, habla —le clavó sus ojos verde oscuro en la piel lechosa.

—Está bien... Te sugiero que no te involucres con el rubio —dijo bajito.

—Pero, ¿por qué?

—Hablo en serio, ese tipo me da mala espina.

—Hey, pero tú arreglaste que nos encontráramos en el club, tú has estado muy entusiasmada en cuanto a esto, no me parece que vengas a decirme lo contrario.

—Escúchame, Ely.

—No, Vicky, escúchame tú a mí, esto no tiene nada que ver contigo, es mi vida, y sí pasé por algo doloroso con Rob no tiene que ser así con Valrick... Es que no entiendo. ¿Por qué la orden expresa? ¿Qué no soy tu amiga y apoyas todo? Lo acabas de decir —la cobriza la había sacado de sus casillas, no permitiría que se metiera en su vida.

—Mira, Elise, no te pongas así, es que tengo un mal presentimiento; verás, estuve indagando acerca de su pasado, y creo que... no lo sé, no me da buena espina.

—Pero, vaya que no tienes nada mejor que hacer, el ya me ha contado muchas cosas acerca de su vida, mientras me preparaba el desayuno, fue tan tierno conmigo, lo que pasé este fin de semana se tiene que quedar como algo inmaculado, ¿me entiendes?, ahora no me interesa lo que tengas que decirme, ahórratelo...

—¡AGRRRRH! ¿Por qué eres tan necia? Escúchame, maldita sea, no me ahorraré nada, te vas a quedar ahí sentada y me pondrás atención —se le saltó la vena de la frente—; él está cargando una cruz muy grande, el pasado de su papá, ¿recuerdas aquellos periódicos?, bien pues el señor realmente murió asesinado, no fue muerte natural como lo leímos, al parecer su mamá...

—Todo es una teoría, ¿o ya comprobaste ciertas cosas? —la desafió.

—No, linda es lo que he indagado con mi amigo el policía.

—¿Qué? ¿Y cómo es que lo estas involucrando en esto? ¡Ya basta!, ¿quieres? Son solo teorías, nada está dicho aún.

—Elise, se lo que pasa contigo, y alguien tiene que bajarte de esa nube rosa.

—No te atreverías, Victoria —se le achinaron los ojos.

—Lo haré si es necesario —la cobriza estaba decidida a impedir que Elise sufriera de nueva cuenta.

—¿Me estas declarando la guerra? —se paró histérica y se apoyó en su escritorio con los puños—, ¡¡Vete de mi oficina!! ¡¡Ahora!!

—No lo haré, tienes que prometerme que no lo verás más.

—Vete de aquí, ¡lárgate! ¡DÉJAME! ¡YAAA!

Los gritos se escucharon hasta la oficina del profesor, quien salió disparado, corrió por los pasillos esquivando a los que aún trabajaban.

—¡A un lado! ¡Por Dios, apártense!

—Pero, chicas, con un demonio. ¿Qué pasa aquí? Si tienen un problema lo arreglarán afuera, ¡no aquí! Victoria, más vale que te calmes, déjala sola ¿quieres?

—No me iré, Torrance, ¡suéltame! —le ordenó mientras él la jaloneaba de los codos.

—¿Por qué te cierras? ¿Por qué, Elise?

Victoria estaba roja como tomate mientras Torrance la empujaba de manera definitiva del lugar.

—Elise, mírame a los ojos, Elise, con un demonio, no te quiero hacer daño ni meterme en tu vida, yo solo...

—¡Victoria, cierra la boca! —le ordenó el profesor mientras los dos salían por la puerta. Afuera las lágrimas de la rubia cobriza comenzaron a rodar, viendo hacia el suelo, supuso que los empleados la observaban. No quería ser el centro de atención pero ya lo había logrado hacía pocos minutos.

Cuando entraron a la oficina de Torrance ella se puso eufórica, lo vio con vehemencia y se sentó derrotada en el sillón tipo contemporáneo que estaba en un rincón. Su mirada ahora era sombría.

—Torrance —le dijo en tono de súplica —yo solo quiero prevenirle, ¿me crees? —preguntó inundada en lágrimas; las cuencas de sus ojos más hundidas de lo normal.

—Vicky, es que ni siquiera sé qué estaban tratando ahí dentro y sinceramente no quiero meterme en esto —el profesor pintó una línea entre ellos.

—El rubio, Torrance, se trata de él; mira, sé que ella ya está

relacionándose con él y cuando me enteré pues no hice otra cosa que apoyarla y en aquella junta antes de la impresión tomé cierta información que tenía acerca de los hermanos, algo no me cuadraba y contacté a un amigo que es policía... —contó a detalle su extensa investigación; él ponía mucha atención, de igual manera se alarmó cuando tocó el tema del padre.

—Pero ¿es todo lo que sabemos? Es decir, se cometen muchos asesinatos a cada hora, querida, ¿quién no te asegura que estaba metido en algo turbio, ah?

—Hoy a las seis podemos vernos fuera de aquí, en algún café cercano, ¿puedes? Creo que esto es delicado y espero poder contar con tu apoyo para convencer a Elise de que es peligroso.

—Sí, te veo en el lobby... y por favor trata de calmarte, ¿vale?

—Lo intentaré, aunque me dolió mucho como me corrió de su oficina — luego desapareció en la puerta dejando a un profesor totalmente confundido.

Pasaron algunos días y Elise tenía el evento en puerta así que se apresuró a salir de la oficina, se dirigía a buscar un vestido, nunca estaba preparada para este tipo de cosas, le urgía tener algo decente que ponerse. Tomó el subterráneo. Recordó la sarta de palabras que Victoria le había dicho el lunes, como si de verdad quisiera prevenirla, protegerla de algo, pero era necia y no cedería ante unas simples sospechas, ¿por qué hacerlo?, ¿por qué no correr riesgos? Si su vida era tan miserable y desde que conoció al rubio básicamente todo había cambiado.

Era hora de disfrutar, de abrir los brazos hacia nuevas experiencias, el presente era de ella, era una diosa enfrente de sus esclavos.

El mundo le pertenecía.

El vagón se detuvo, la castaña bajó en la estación y caminó rumbo a las boutiques del centro, el Sol comenzaba a ocultarse y, mientras más se acercaba, al ver la inmensidad de prendas en las tiendas, el rubio se le vino a la mente, podía imaginar cómo luciría al lado de él y de cómo todas las que estuvieran ahí la envidiarían de pies a cabeza.

Tenía que encontrar algo lindo, conservador y elegante a la vez. Emprendió la odisea y se probó tal vez unos cinco vestidos.

—Hola, me llevaré este —indicó a la vendedora.

—Perfecto, este se te veía bastante bien.

—Sí, gracias.

Saliendo de aquella boutique fue como si la cafetería de enfrente le llamara con voz sensual, se le secó la boca pensando en un café, así que cruzó la calle y entró.

—Hola, un capuchino por favor —ordenó de inmediato sentándose en la angosta barra.

El barista ofreció una tacita a Elise sonriéndole.

—Aquí tienes.

A ella le impresionó la rapidez con que la había atendido; a su alrededor no vio demasiada gente, solo el barista, ella y otras dos personas en la mesa de atrás, esto la orilló a sumergirse en su laptop, empezó a revisar varios correos atrasados y los respondió. Los elogios, las palabras de alegría por las ventas excedían sus expectativas. Orgullosa de su trabajo iba tomando de poco en poco la deliciosa bebida que había ordenado.

Luego de un breve momento detectó la mirada penetrante de un comensal que recién había entrado a la cafetería, sentado al otro lado de la barra, de frente hacia ella.

El tipo era delgado y de estatura mediana, lo cubría una chaqueta estilo cazadora color verde militar, bastante vaporosa. Tenía unos ojos verdes, algo pequeños, enmarcados por las arrugas que le cubrían gran parte de su afilada cara. Su cabello ondulado y canoso le llegaba casi a la nuca. Su fuerte semblante y la forma como ordenaba ese espresso doble llamaron la atención de Elise; se dirigía al barista de forma muy prepotente y dominante, acompañado de un acento británico inconfundible.

La castaña despistó rápido volviendo al trabajo, tecleó de manera ruda. La había indignado tanto el trato que daba aquel señor al empleado que apretó fuerte los labios mientras redactaba un informe.

Un sonido chillante la desconcertó, era el móvil de aquel tipo que ahora contestaba en algún idioma desconocido para ella. La llamada no había durado mucho, colgó con sus largos dedos desgastados; pagó mirando por enésima vez a la castaña, ahora de forma curiosa; ella no lo sospechaba pero el sujeto la comparó un par de ocasiones con la imagen impresa en la revista que llevaba en las manos.

Ahora Elise lo entendía: su fotografía estaba en las miles de copias de *ROAD*, así que creyó con firmeza que por eso el tipo no le quitaba los ojos de encima. Sin embargo sentía una vibra extraña ante la presencia de aquel señor

de ojos penetrantes. Ella observó cómo se retiraba del lugar acomodando su cazadora verde y enrollando la revista para meterla en las bolsas interiores de su chaqueta, luego se apresuró a salir de la cafetería.

Antes de pagar la cuenta la castaña revisó su móvil y encontró varios mensajes de Ayleen informando la recuperación del pequeño Ives, hizo una limpieza rápida de la lista, iba leyendo cada uno de ellos dándose el tiempo necesario y tratando de olvidarse de todo lo que había pasado en el día.

Salió casi a las 8:00 p. m, y esta vez buscaría un taxi, sus pies no daban para más. Iba, como siempre, en el filo de la banqueta buscando uno mientras se abotonaba el abrigo, subió el tirante de su maletín acomodándolo bien sobre su hombro. La calle lucía escueta y sombría, esto le hizo darse más prisa para tomar un coche, levantaba la mandíbula ligeramente para divisar a lo lejos. Ninguno aparecía. Siguió caminando.

Mientras más rápido avanzaba la paranoia se adueñaba de ella, era como si reviviera la parte del café con el rubio...

—Ojalá estuvieras aquí, Valrick —susurró algo asustada, siguió adelante sin mirar atrás.

Ya había pasado cerca de tres cuadras hacia abajo, los edificios lucían en su interior completamente apagados y para colmo las calles ahora se hacían sus peores enemigas; pensó en aquel hombre prepotente de la cafetería, cerró los ojos con fuerza, decidió borrar ipso facto ese mal presentimiento que le había dado, odió que le hablara así al barista.

Su mente se desconectó por unos minutos, ya no estaba siquiera pensando en nada, ahora caminaba en automático y se detuvo con brusquedad tras un ruidillo que venía detrás de ella, volteó en suspenso y no había nadie en absoluto. Siguió calle abajo.

Llegó a la parada del bus y se sentó, luego le hizo compañía un sujeto, a ella no le creó conflicto, aunque trató de verle el rostro varias veces no lo lograba.

—Es una fría noche, ¿no? —habló el individuo con un acento británico.

A Elise le quedó claro quién era. Tragó saliva, luego contestó tranquila.

—Lo es —tenía su mirada fija en la construcción que atravesaba la calle.

—Me refiero a ¿qué hace una mujer tan bella, sola, a estas horas por aquí?, la ciudad no es amigable por estas épocas.

—El trabajo, es lo que ocasiona —ella empezó a ponerse a la defensiva; ese comentario no le había gustado en absoluto, llegó a la conclusión de que era

un coqueteo estúpido por parte del tipo.

—No... no hay que dedicarle tanto tiempo a esa actividad, uno acaba por enloquecer en cierta forma.

Su áspera voz era como un par de dagas filosas en los oídos de la castaña y, para colmo, ningún taxi pasaba por ese lugar. Quería que el sujeto se fuera de ahí, así que decidió aguantar y mostrarse indiferente a sus comentarios.

—Mi nombre es Mark, llevo aquí un par de semanas —le quiso extender la mano pero la castaña optó por no estrecharla.

—Ya veo —contestó algo fría, la plática no le interesaba en absoluto.

Quedó deslumbrada por los focos de un auto que se acercaba; era el tan ansiado taxi, le hizo la señal para que se detuviera, se levantó de un salto y acomodó sus pertenencias.

—Hasta luego, Elise —él se despidió con voz sombría.

La castaña volteó clavando sus ojos verdes, que lucían agrandados por la sorpresa, todo estaba pasando muy rápido y después de esto lo que más deseaba era estar a salvo dentro del carro que la aguardaba. No hizo más que una mueca y se abalanzó a abrir la puerta para entrar y dar instrucciones al conductor. Mientras se retiraba vio que el tipo se había levantado de la banca observando cómo se alejaba el vehículo amarillento.

Elise respiraba con dificultad, temblando sacó el móvil para escribirle a Ayleen y ver si la podía esperar en la parte baja del edificio, le contó brevemente lo ocurrido y se tranquilizó cuando la pelirroja petite le dijo que todo estaría bien, que ella la esperaría.

Al fin de cuentas no había pasado del susto. O eso era lo que quería creer.

Instinto animal

El compacto rojo se estacionó en la acera de enfrente, ya era de noche, solo se veían el ir y venir de los faros encendidos al estacionarse. Al lado norte estaba el edificio de Elise donde en estos momentos terminaba de arreglarse para el evento al que cordialmente había sido invitada.

—Elise, qué hermoso vestido, oye ¿no te parece que has adelgazado algo? —le preguntó Ayleen luego de que la ayudara a cerrar la cremallera por la parte de atrás.

—No, para nada, he comido bien —contestó ruborizada.

—Ah, entonces es el amor... ¿no?, ¿acaso viene por ti el rubio?

—Sí —dijo con una pequeña risita acomodándose un par de mechones que le estorbaban en la pequeña frente—; lo invité, ya debe de estar por llegar. No te mentiré, ya quiero verlo con traje.

Las dos rieron pues era normal que Valrick vistiera como chico casual, rudo, y no formal o elegante.

—Bueno, según yo, ya estás lista, ¿qué más te falta? —le acercó el pequeño bolso negro que hacía juego con su vestido plisado, completamente negro, conservador y de línea recta; la hacía lucir más alta de lo normal, tenía un escote impresionante hasta la espalda baja, algo que para ella era demasiado, pero esta vez se vestía para Valrick, lo quería apantallar y vaya que lo lograría. Decidió hacer un moño bajo en su abundante cabello, las ondas quedaban descuidadas en las puntas y enmarcaba bien su fino rostro.

—Listo —terminaba de ponerse labial carmesí en sus delgados labios.

La petite la acompañó a la salida.

—Elise, no olvides, en un mes es mi presentación, tienes separado uno de los mejores lugares. No me vayas a fallar —le suplicó mientras la despedía en la puerta del departamento e Ives las observaba desde el sillón.

—¡Querida, pero claro! Ahí estaré.

El timbre sonó, era Valrick, vestido como todo un galán, el traje negro con corbata azul oscuro hacía juego con sus ojos. Ayleen le dedicó una miradilla fugaz mientras Elise los presentaba apresurada.

—Ella es mi roomie, Ayleen Hall.

—Ayleen, él es Valrick Bremer.

Cuando el rubio se acercó a saludarla se tuvo que encorvar un poco puesto que la irlandesa era más baja aun que Elise.

—Mucho gusto, Elise me ha contado que eres parte del ballet de Philly.

—Sí, de hecho le mencionaba que pronto tendremos la apertura de

temporada, sería agradable que fueran... los dos –vio a Elise con picardía.

—Vale, yo creo que sí podría ir, dejaré a Lucy a cargo de la galería –el rubio se mostró encantado con la invitación, dedicó una mirada tierna a la castaña.

—Bien, váyanse, ya es tarde –los despidió brevemente.

Detrás de la puerta Valrick y Elise se vieron con deseo ataviado por las ropas que ahora los cubrían, el rubio acercó a su boca los nudillos finos de ella, la observó directo a sus ojos verde oscuro, luego le plantó un beso. Se tomaron de la mano hasta llegar al elevador, entraron y se besaron con pasión.

—¿A quién intentas seducir con ese vestido, ah? –dijo con su voz rasposa luego de besarla hasta cansarse.

—No lo creerías si te dijera –dijo sonrojada.

Se habían admirado mutuamente y salieron a la intemperie, donde un mini Cooper rojo con el techo blanco ya los aguardaba cruzando la calle.

—¿Qué?, ¿acaso pensaste que traería la moto? –rio con ganas.

—Por Dios, no, pero me has dejado sin palabras, adoro estos carros.

—Sí, pues para algo están las hermanas, que no te sorprenda el aroma a canela de adentro... no son mis gustos.

Se adelantó a abrirle la puerta, le ofreció su grueso brazo y le ayudó a subir parte del vestido, luego él rodeó el carro y ocupó el asiento del piloto para arrancar.

La noche era perfecta, el cielo estaba despejado con pequeñas estrellas lejanas que brillaban sin cesar, ellas eran testigos de lo adorables que lucían juntos, de lo bien que se llevaban, de lo mucho que se estaban empezando a querer.

—Cuando tengo que manejar un carro por lo regular soy más calmado –declaró sincero.

Elise respondió con una risita. Ella iba distraída viéndole el porte con el que ese traje elegante le hacía lucir, su cabello dorado relamido hacia atrás, sus ojos celestes sombríos y, bajo ellos, una barba pequeña desde las quijadas hasta la barbilla, el dorado de esta hacía juego con la melena. Todo en él le parecía exageradamente bello, perfecto. Solo quería comerle a besos.

—Estás algo seria... imaginaré que es por el evento, por cierto, no entendí bien de qué se trataba, estaba más interesado en oír tu voz.

Elise suspiró, la diosa que yacía en su interior se sentía tan halagada que

no reparó en daños.

—Reunión anual de escritores y periodistas, se juntan para echarse elogios o puede que en una de esas te echen mierda también... depende de tu trabajo, pero si te invitan, debes tener más de una buena razón para ser considerada como uno de ellos, por lo menos en esta ocasión Torrance aseveró que nos ganamos el lugar, así que me siento confiada.

—Ah, sí, el profesor Goldmayer, bien, esperaré que no te echen mierda o se las verán conmigo —rio un poco.

—¿Les gustó el artículo? —preguntó curiosa.

El rubio buscaba qué música poner en el reproductor, solo había música ambiental, eso era tan de Gretchen, luego se aclaró la garganta para contestar.

—Creo que ponerle esas fotografías hizo la diferencia, verás, Gretchen y yo quedamos más que asombrados, la manera en que se describe nuestro trabajo, lo hicieron bastante bien, Elise —él le dedicó una mirada de agradecimiento, luego tomó nuevamente su mano y la besó. Esto derritió por segundos a la castaña—; es a la siguiente cuadra, creo —revisó el navegador del auto—, sí, es más adelante —aseguró.

—¿Sabes?, hubo algo en la imagen de *La belle dame* que nos llamó la atención a Victoria y a mí... un garabato en una de las flores marchitas. Recuerdo haber visto algo parecido a un símbolo en otra de las obras. ¿Qué es?

—Es nuestra firma, nada convencional ya sé, si lo ves bien es un “dos” y un “seis”... es cosa de artistas, si giras a la izquierda el dos toma la forma de una “V” y el seis representa una “G”.

—Ya veo, son unos maestros del misterio.

El rubio rio a hurtadillas. El camino fue breve, aunque no lo admitía a ella le hubiera gustado que nunca acabara, lo admiró más de dos veces y aún no estaba lista para compartírselo a las demás chicas en el evento. Juraba para sus adentros que se lo querrían comer vivo.

Valrick buscó con dificultad su móvil, de él se escapaba una melodía ligera proveniente de su saco.

—*Hallo, Gretchen* —contestó en Alemán; ella fingió ver a través de la ventana la ciudad.

—*Selbstverständlich passe ich auf dein Auto auf* (ha ha ha) *Ja wir fahren gerade zum Kongress...*

Hubo una breve pausa acompañada de una respiración extraña por parte

del rubio, Elise obviamente no sabía de qué diablos hablaba. Era la primera vez que lo escuchaba dialogar en su natal idioma y no le desagradó en lo absoluto. Las palabras se componían de una tonalidad fría y seca, por decirlo, un tanto ruda, la “r” y la “s” bien marcadas, ella no comprendía.

—*Wovon redest du?! Es sind viele Jahre vergangen!!!, wir vergessen das lieber, beruhig dich...!!! Um Gottes Wille, Grätchen! Hast du es gesehen oder vermuttest du das? ...Weiss du was, jetzt kann ich nicht reden, bin mit Elise. Wir reden später, Ok?*

—*Verdammt!!!*

El rubio colgó tras una maldición o al menos eso creyó Elise, luego hubo un silencio casi sepulcral.

Lo único que esta vez se escuchó fue la melodía acústica de guitarras proveniente de las bocinas del mini. A varios metros estaba el salón, se estacionaron detrás de un Mercedes negro y esperaron turno para que el valet parking acudiera por el auto. Valrick lucía enojado, con el ceño fruncido veía con desesperación a los chicos a cargo. Desabrochó su cinturón y ayudó a ella a quitarse el suyo.

—¿Todo bien? —preguntó la castaña acariciando levemente la mano tosca de él.

—Olvídalo, cosas de mi hermana, no te arruinaré la noche... —apretó los labios.

Bajó con brusquedad y rodeó el carro, abrió la puerta de ella y entregó las llaves al chico que recién se acercaba.

—¿Entramos? —preguntó ofreciendo su codo para que ella se apoyará.

—Espera, ¿luzco bien? —preguntó insegura.

—¿Estás loca?, por supuesto, sí, linda... ¿Nervios?

—No —respondió con soberbia, levantó la mejilla y desplazó sus pies uno tras otro.

Subieron varios escalones que los conducían hacia las puertas de cristal que adornaban la entrada, detrás de ellas estaba un glamuroso candil suspendido en el techo. Unos hoosters vestidos de etiqueta saludaron educadamente y abrieron de par en par las puertas. Al entrar se sintió un aroma a madera seca, acompañado de toques de gardenias, ligeramente opacado por el olor a puro que provenía de las otras puertas de madera rojiza. Después, otros mozos volvieron a saludar y los invitaron a pasar.

Ahora todo era elegancia, al fondo la pequeña orquesta, a los lados las

mesas de manteles blanco y plateado que conjugaban la atmosfera de tan sofisticado evento. Había gente a lo largo y ancho del enorme salón, mucha de ella al centro, y de pronto sus miradas se volcaron curiosas a devorar a la pareja que recién ingresaba.

Elise, sonrojada, volteó por inercia con el rubio pretendiendo que no pasaba nada, tratando de controlar su acelerado corazón, apretó con fuerza su brazo contra su acompañante.

—Creo que sí estás nerviosa —afirmó de nueva cuenta—; imagínalos a todos desnudos, a menudo funciona —guiñó el ojo mientras caminaban hacia su mesa.

—¡Valrick!, ja, ja, ja, ja —rio con ganas y esto le permitió de cierto modo apaciguarse.

La intensidad del morbo en la gente disminuyó y volvió cada quien a lo suyo.

—¡Wow! —Torrance se acercó y separó a la pareja tomando la mano de Elise para admirar su elegancia y belleza—, pero miren nada más quién acaba de llegar.

—Torrance, no puedo creer que estemos aquí —la castaña parecía nostálgica, el profesor le dedicó una sonrisa que anunciaba satisfacción total.

—¡Hola, Valrick! —Torrance también se acercó a saludarlo con un fuerte apretón de manos.

Atrás de él apareció Victoria con su melena ondulada y suelta hacia un lado haciendo simetría con el despampanante vestido verde seco que portaba. “Muy guapa”, pensó la castaña, quien la saludó con un gesto algo serio y, de vuelta, ella presentó a su acompañante.

—Él es Alex.

Tomaron asiento y el rubio no dudó en preguntar por qué la indiferencia con la mercadóloga. Ella explicó que habían tenido una ligera discusión, aseguró que fue cuestión del momento si dar más detalles, no le revelaría las suposiciones que declaraba la rubia cobriza.

El evento era tan elegante y sofisticado que carecía de un verdadero ambiente fiestero, se veían ir y venir los meseros con botellas de vino caro y whisky para las mesas de los organizadores.

—¿Qué te gustaría tomar? —preguntó directamente el rubio.

—Podría ser tinto.

—Sí, no me disgusta la idea —contestó levantando ligeramente la mano al

mesero.

Elise le dedicó una miradilla a Victoria, quien ahora estaba muy reservada hablando con su galán. Ella notó la mirada y devolvió una mueca, fingiendo estar bien con su amiga, aunque le resultara extraño nunca antes se habían peleado, menos habían estado en una situación así de incómoda.

Quería arreglar las cosas y entre más rápido mejor, llegó su copa y la bebió despacio junto con el rubio. Los seis platicaban de sus vidas y a qué se dedicaban. Para Elise el tiempo de ir a polverse la nariz llegó, se despegó de su silla para ir al tocador y no se sorprendió cuando su amiga hizo lo mismo.

Caminaron juntas como todas unas divas en medio de la muchedumbre, los caballeros de porte elegante las seguían con la mirada y las mujeres, claro estaba, se morían de envidia. En vez de dirigirse al baño hicieron una parada en el balconcillo más cercano, Elise de inmediato sacó un cigarrillo y lo prendió.

—Te juro que esto es lo más incómodo que me ha pasado en la vida —contó luego de lanzar una bocanada de humo hacia arriba.

—Elise, sé que estuvieron mal mis suposiciones, simplemente quiero que me entiendas, yo me preocupo por ti... desde que nos conocemos nos hemos hablado con la verdad y por supuesto creí que había confianza para contarte lo que he estado investigando. Sentí que me botaste de tu razón.

—Victoria, él me hace sentir muy bien, es tan lindo conmigo que trato de no pensar cosas negativas, vamos bien, es poco tiempo, lo sé, pero él me agrada mucho. He decidido vivir el momento. ¿Me entiendes también? Todo de él me gusta, bueno aunque hable en alemán con su hermana y se ponga de genio luego.

—Uhm, qué sexy —se refirió al idioma, luego preguntó casi sin querer qué había pasado.

—Hace rato cuando veníamos en camino al evento, verás, Gretchen le prestó el coche y antes de que llegáramos sonó su celular, contestó en alemán. Sí, como tú lo has dicho, me pareció muy sexy de su parte, pero definitivamente al final de la conversación se enojó bastante.

—Vaya, el rubio tiene mal genio, eso se nota.

—Buenas noches, debo decir que lucen muy bien en esta ocasión —una voz ronca interrumpió la plática; a Elise el tipo le llegó por la espalda, Victoria lo veía de frente.

—¿Cómo te va, Rob? —saludó al aire y de manera seca la cobriza.

Cuando su compañera mencionó este nombre la castaña contuvo la respiración por pocos segundos y, sin imaginar lo que estaba pasando, agigantó sus verdes ojos en dirección a los de ella, sorprendida. Se movió a un lado para apagar el cigarrillo en el cenicero más cercano.

Rob era el tipo de hombre con el que las chicas del medio morían por salir, su complexión mediana llenaba todas las expectativas. Preparado, popular, guapísimo, no había nada más que se pudiera pedir a ese macho alfa.

—Hola, Elise, vi que llegaste muy bien acompañada —dijo arqueando la ceja.

—Ah, en un momento vuelvo —interrumpió Victoria, quién se fue al tocador.

Esto a la castaña no le vino nada bien, simplemente porque ahora estaba a un metro de distancia de su exnovio y adentro el rubio esperándola; peor aun, su amiga la dejaba ahí sin respaldo alguno.

—Sí, gracias —dijo con tono petulante.

—Claro, mi acompañante no se compara contigo —sus ojos almendrados encontraron los de Elise y esto la intimidó hasta la inconsciencia. Su cabello castaño perfectamente peinado hacia un lado enmarcaba su rostro canadiense —levantó su mano y besó sus nudillos.

—Rob, no puedo decir que me dio gusto verte porque eso sería hipócrita de mi parte, me tengo que ir, hasta luego —dijo rápidamente para sacarle la vuelta por un costado; él no cedió en lo absoluto y la tomó del brazo deteniendo su partida.

—Elise, ¿qué?, ¿por qué tan violenta...? Sé que quieres quedarte, pero ese rubio pálido te quiere de vuelta, ¿o me equivoco? ¿Dime? ¿Estás saliendo con él? —su mirada la retó.

—Son demasiadas preguntas para nulas respuestas —se zafó dramáticamente de sus garras—; eso no te interesa, ¡ahora déjame pasar! —se le endureció la quijada.

—¡Oye, oye!, te tengo que decir que siempre me gustó tu ingenuidad, pero lo arrogante no se te quita y más ahora que tu revista... será una de las galardonadas esta noche —le soltó el brazo.

—¿De qué hablas?

—Oh, no te lo dijo Torrance, hablé con Spencer, es gracias a mí que ustedes fueron invitados.

—¿Debería agradecerte entonces? —le dedicó una mirada fría.

—Dime, ¿estás saliendo con él? —enfaticó el chico.

—Sí —dijo para después voltear al verde campo que estaba tras ellos.

Ella ya no sentía nada por él y eso era palpable, la forma como se habían dado las cosas no fue lo mejor para Elise, se había sumergido en la peor de sus depresiones y ahora él, nefasto, estaba ahí cuestionándole sobre su vida íntima. Los pensamientos negativos dieron revuelo en la ya tan desgastada mente de ella, por amor propio decidió ponerle fin a la conversación.

—Escucha, de verdad me tengo que ir —una intuición se adueñó de ella, lo único que quería, era salir corriendo de su territorio, donde no se sintiera vulnerable ante él; por supuesto, su sola presencia le hacía recordar los malos ratos que había pasado a su lado.

—Está bien, Elise, no te quitaré tu tiempo, solo quería conversar un poco y decirte que te ves realmente cambiada, supongo que el ascenso te hizo madurar un poco... No lo niego, me has puesto algo nervioso. Eres tan hermosa y esta noche nos has dejado con la boca abierta, mis amigos han dicho cosas sobre ti, vaya, en plan de camaradas, nada de obscenidades.

El cambió fue drástico, esto provocó en Elise algo de ternura y por supuesto se vio envuelta por un segundo, tiempo durante el cual tuvo un flashback en el que vio cómo él se dedicaba a controlarla siempre. Agigantó los ojos, agradeció esa adulación tan hipócrita y comenzó a dar pasitos hacia la fiesta.

—Nos vemos, Rob —se despidió.

Simplemente lo dejó ahí, se sintió firme y se lo demostró; tal como lo había dicho, ella ya era otra. Su rumbo había tomado una nueva dirección.

—¿Quién era? —una voz rasposa le pedía de cierta manera explicaciones.

El rubio había salido de entre la muchedumbre y la tomó por sorpresa desde atrás.

—Valrick, yo... —contestó con pausa.

—¿Por qué demonios te tomó del brazo así?, dime, ¿acaso te ha molestado ese bastardo?

Los ojos celestes del rubio se tornaron sombríos y decididos. La mirada que ahora dejaba caer sobre la castaña realmente daba algo de miedo.

—¡No!, escucha, no quiero hablar de él ahora, es decir, no tiene importancia —trató de sonar convincente.

—Elise, tengo poco de conocerte pero ya puedo saber cuando algo no está bien, es por lógica, quiero que seas sincera conmigo... —le pidió amablemente.

—Por favor, yo estoy bien contigo, no lo tomes a mal, ese tipo ni siquiera merece que hablemos de él en este momento... bueno, al menos no ahora, ¿sí? —le miró en forma de súplica tierna.

—Está bien, linda, ven acá —la puso a su lado mientras su semblante se desviaba de manera siniestra hacia donde estaba Rob. Aquel lo retó con la mirada.

—¿Acaso estás celoso? —le pregunto la castaña con sarcasmo regresándolo a la tierra.

Se le quedó viendo de arriba para abajo con una mueca bastante amenazante.

—No me tientes.

La dulce e inocente conversación se vio opacada por el ascendente ruido de un micrófono, era el maestro de ceremonias, en cuanto su madura voz comenzó a agradecerles por estar ahí la mayoría de la gente fue a tomar sus asientos, en silencio, esto incluyó a Valrick y a Elise, quienes se acercaron a su mesa. Todos en ella los veían venir, de cierta forma con incredulidad de cómo es que se habían acercado tanto en las últimas semanas. Tomaron asiento.

La gruesa voz que provenía del estrado acaparó una vez más la atención. Las palabras fueron básicamente de agradecimiento y explicaciones de cómo el congreso ya estaba formalizado en su totalidad ante importantes entidades de los Estados Unidos. El clásico discurso no duró mucho tiempo, menos de quince minutos fueron suficientes para que el pelirrojo que inició le cediera el micrófono a alguien más, en esta ocasión aparecieron dos chicas bastante flamantes quienes casi le pisaban los talones a Rob. Listo, ahí estaba, la castaña dedujo de inmediato que presentaría diversos reconocimientos honoríficos o, bien, quizá había sido parte de algún jurado.

Tomó su copa y la llevó a sus delgados labios, con varios traguitos terminó su vino tinto, la levantó vacía en señal de que necesitaba otra bebida, se acercó el mesero y lo rellenó. Ella agradeció y buscó con la mirada a ese castaño por el cual había sufrido tanto. Se agudizaron sus oídos y por fin comenzó a poner atención.

Era notable para el rubio lo extraña que se había vuelto Elise al ver a ese tipo; obvio, a su mente entraron infinidad de dudas, pero no quiso molestarla con más cuestionamientos, para él lo importante era que ella estuviera bien y si eso representaba ponerla incómoda no tocaría siquiera el tema de regreso.

Rob, por su lado, hizo mención a dos casas literarias de Pittsburgh y otras tres en Philly, la tarea de las acompañantes era básicamente entregar los reconocimientos enmarcados, lo hacían tan ensayado que casi parecían profesionales, entalladas en esos vestidos dorados con corte de cuello cruzado a un hombro, un verdadero ritual, prometía ser eterno y esto le aseguraba a la castaña una velada incómoda si es que tenía que escuchar aquella voz medio rasposa.

Captó luego de un rato las miradillas de Victoria, decían más que mil palabras y las entendía perfectamente; la socialité quería saber santo y seña de su conversación con Rob, era innegable que moría de curiosidad. No encontraba por lo tanto cómo deshacerse de esos flechazos azul celeste que la amedrentaban, lo bueno fue que al cabo de unos minutos entró al lugar Daniel muy bien acompañado con su esposa, Claire, venían tomados de las manos tratando de ubicar la mesa de *ROAD*.

Una leve maniobra de Victoria bastó para que se dirigieran a ellos y tomaran asiento, lo hicieron silenciosamente y saludaron cordiales.

Después de un rato el anfitrión, Rob, se tomó un descanso y el cuarteto de cuerdas volvió a sonar a lo lejos. Todo el mundo se levantó de sus lugares a bailar. La plática en la mesa se ponía bastante tensa con los alardeos de Daniel, quien estaba realmente complacido por tan tremenda distinción en la reunión.

—Esto es un verdadero sueño cumplido... quiero hacer un brindis por estos grandiosos colegas que no han hecho otra cosa que apoyar mis decisiones — dedicó una mirada a Elise— y ahora al ver los resultados no puedo sino estar contento y disfrutar de esta velada, chicos, que nos la tenemos muy bien merecida —finalizó alzando ligeramente la copa de cuello largo.

—Yo también quiero hacer un brindis —rogó Torrance.

—Creo y recalco que esto es un trabajo de equipo, pero hay que reconocer que aquí Elise fue el parteaguas que necesitábamos, queda claro que desde que inició su trabajo como editora en jefe ha creado nuevas formas de trabajo que jamás hubiéramos imaginado y te puedo decir, Daniel, aquí delante de todos, que el trabajo en equipo fue la clave, salud.

Para los chicos esto fue más que una clara recriminación y por cuidadoso que hubiera querido ser Torrance, era un hecho que ellos se odiaban, no

podían ocultarlo.

No era sorpresa para sus colegas. Los acompañantes se tomaron con normalidad esos brindis; por su lado el rubio admiraba de reojo a Elise, no le quedó duda de que lo dicho por el profesor era verdad, se sentía muy agradecido con todos pero en especial con ella. Él ya contaba con el reconocimiento de su trabajo después de la publicación y eso lo ponía en una posición bastante empática con la revista.

—Un trabajo admirable, Torrance... yo quisiera aprovechar el momento, nos iremos a Italia muy pronto, Claire y yo hemos tomado la decisión.

La castaña sintió que se le iba la sangre a los pies. No era difícil imaginar cómo pudo ser capaz de hacer eso público. Su anuncio sonó completamente presuntuoso; que si Fabio hubiera estado ahí, el teatro de Daniel no se concretaría. Elise cerró los ojos y recordó que fue por esa misma razón que el chaval no quiso acompañarlos: no había ido por culpa de Daniel.

Antes de que reaccionaran se escuchó de fondo la voz de Rob, quien retomaba las actividades. Esta vez se trataba de otros nombramientos, entre ellos se daría un reconocimiento especial, a su debido tiempo. Luego continuó con un breve discurso de como los medios de hoy en día tenían una verdadera responsabilidad a su cargo, eran tan importantes a la hora de informar, tanto periódicos como revistas, noticieros, en fin, todos los involucrados en el ambiente.

—...Atlantic News, del canal 17 —siguió con el breve listado, después sacó un sobre dorado, fue allí que se hizo presente la mención especial. Bastó abrir dicho contenido para que el nombre de *ROAD* fuera escuchado.

—¡Por Dios... Elise!

Un tremendo abrazo por detrás de sus hombros culminó con la emoción que sintió la castaña, que en ese momento había quedado impactada al grado de que sus miembros perdieron movilidad.

—¡Vamos! ¡Debes ir tú! ¡Ve tú! —le decía Victoria, enrojecida del rostro.

A ella no le quedó opción y caminó lentamente al estrado, sus ojos verde oscuro se cristalizaron por las lágrimas y, al andar, de nueva cuenta su belleza y porte dejaban a todos con la boca abierta. Así que allí iba... la editora en jefe de *ROAD*.

No podía contener los labios apretados y, mientras más se acercaba, tampoco podía evitar cruzar mirada con Rob, que ya la esperaba con el reconocimiento de cristal cortado y letras remarcadas.

—Felicidades —le susurró discretamente al oído mientras esta lo tomaba con incredulidad entre sus manos.

Todo eso estaba pasando muy rápido y su alter ego se encargó de que, al acercarse al micrófono, quedara en claro que habían regresado para quedarse. Se escuchó nuevamente al público vibrar por la emoción de ver renacer a un antiguo gigante representado ahora por esta joven y esbelta chica. Elise, al sentirse más tranquila y conseguir que su respiración se aplacara, enfocó su vista en el rubio, aquel que se encontraba de costado, sentado, con su cabeza inclinada, viéndola tan pasmado que ella suspiró y agradeció para sus adentros que este adonis estuviera junto a ella en ese gran momento, por supuesto sus papás también se le vinieron a la mente y mientras se disponía a bajar por los escalones la mano gruesa de Rob se le apareció para ayudarla.

—Gracias —replicó al apoyarse en él.

—Es un placer —ella se dedicó a sonrojarse y bajar de prisa, lo hizo con tanta agilidad que desapareció entre las mesas de inmediato.

Al acercarse a la suya ya la esperaban con los brazos abiertos sus colegas, extasiados con tal reconocimiento se acercaron y mientras unos veían el premio otros la abrazaban.

—Ven aquí, nena —fue el turno de Valrick—, muchas felicidades, no sabes lo impactado que me dejaste con tu discurso, realmente lo merecías —sus palabras parecían no tener fin, la tomó de la espalda baja como solía hacerlo y la atrajo hacia él plantándole un tierno beso en su mejilla.

Fue impresionante como transcurrió la noche y con ello la gente retirándose del evento, mientras lo hacían debían pasar a felicitar al equipo de *ROAD*, esto no importaba, Elise no quería que terminara. Los apretones de mano adornados con las palabras más bellas fueron el broche de oro que necesitaba por haber cumplido su cometido.

—¿Nos vamos? —preguntó el rubio, quien ahora veía directo a la pantalla de su celular, tal pareciera que algo le apresuraba.

—No tienes que decirlo, Gretchen quiere su carro de vuelta ¿cierto?

—Linda, no es eso —se acercó y la tomó del brazo acercando sus labios al oído descubierto—. ¿Qué no te has dado cuenta? Quiero quitarte ese vestido.

Lo dijo con una voz rasposa de mil aguardientes, con semblante serio, que le enchinó la piel y le secó la garganta.

—Vale, no te desesperes, solo me despido, ¿sí?

Le invitó a esperarla en el auto, a él no le pareció puesto que el tal Rob seguía rondando el lugar. Se negó.

—¡No, Elise! Tenemos que ir a festejar —exigió Victoria con whiskey en mano y su acompañante en el otro brazo—, anda, no seas aburrida... —le recriminó antes de percatarse que más que seguir la fiesta quería estar con el rubio, era obvio.

Le dedicó una risilla cómplice y la dejó ir.

—¿Vas a estar bien? —preguntó la castaña.

—Oh, sí —contestó con aquella mente abierta que la caracterizaba.

—Te veo el lunes.

—Ciao.

Recorrió el salón, se veía tan inmenso ahora que estaba semi vacío, las luces tenues dibujaban la silueta perfecta de aquel chico parado en la puerta esperándola. Por instantes la situación le pareció inmejorable, una sensación de poder la embargó de pronto con un par de parpadeos y un suspiro que le devolvió la vida, aquella por la que ahora se encontraba allí y con la que posiblemente había soñado durante mucho tiempo. Un cambio, algo que iluminara su solitaria existencia, eso era todo lo que en el pasado había pedido; un nuevo comienzo, algo que jamás imaginó y ahora le pertenecía. Sin duda la estaba pasando bien, con sus cosas negativas, pero todo marchaba, al menos.

—¿Lista?

—Valrick, antes de contestar quiero que seas honesto, ¿cómo la pásate esta noche?

—Ahm... fuera de ese nefasto que no te quitaba la vista de encima, bien, ¿por qué la pregunta?

—Bueno, precisamente es por ese nefasto que te pregunto —le respondió al tiempo que pedían el mini Cooper rojo al valet parking.

—Si mal no recuerdo pediste que no te preguntara acerca de él hace un par de horas —sonó firme y contundente.

—Bueno, sí, pero alguna vez tendrás que saber lo que pasó, digo, si lo nuestro va en serio.

El rubio la miró con sorpresa, aquello le había retumbado en los tímpanos

de manera nociva y no se contuvo en lo absoluto.

—Oye, ¿de qué hablas? Espera, ¿no estarás insinuando que esto es una aventura, algo pasajero? —se le ensombreció la vista.

Para la castaña era un reto explicarle que no, que para ella significaba algo más que una aventura, pero dejó que pensara lo peor por unos minutos, se quedó muda.

—Aquí tiene su coche, señor Bremer —los interrumpió el empleado.

El rubio sacó una cartera bastante sencilla de sus bolsillos y dio la respectiva propina.

—Elise, realmente me sorprende que pienses eso, es decir, creo que he sido lo bastante cuidadoso en cómo se ha dado todo para que siquiera consideres esa posibilidad. Realmente me interesas y no estoy aquí para un rato si es lo que te preocupa —ahora sonaba molesto pero su caballerosidad no murió y abrió la puerta del compacto para ella. Esperó a que se acomodara y al cerrar la miró muy seriamente.

Se pusieron en marcha. La castaña lo había pensado anteriormente, ella se conocía, no tardaba en que sus inseguridades la acorralaran de nuevo. Después de recorrer unos kilómetros quiso retomar el tema.

—Valrick, tú me gustas y mucho, en poco tiempo te has ganado mi confianza, yo, sin embargo tengo miedos, igual que cualquier persona. Me estoy arriesgando a que me veas como una chiquilla inmadura por decir esto.

Mientras el carro atravesaba el río Delaware el rubio hizo alto en las inmediaciones del puente peatonal, puso parking a la palanca de cambios y quitó las llaves.

—Vamos a caminar.

Bajaron y caminaron rumbo a los umbrales que iluminaban el largo puente.

—¿Por qué tanto miedo, nena?, dime.

Elise mantenía la vista hacía el quieto río en el cual se reflejaba la luz de la Luna y por encima el inmenso cielo, luego la mirada fría de aquel guapo europeo esperando una respuesta.

—Está bien, te confieso que en un principio parecía estar muy segura de que no me iba a imaginar cosas que no eran, sí... la atracción siempre estuvo, desde el día en que te conocí no hubo nada que me interesara más que conocerte, te veía tan misterioso y me dejé arrastrar por las historias que contó Gretchen en la galería, me envolvió el hecho de que conocieras tanto de

tu mundo, mientras que yo había estado luchando contra un recuerdo, una depresión... lidié con muchas cosas en estos últimos meses –ahora la castaña se mostraba más confiada al cruzar esa línea de la honestidad.

—Ya veo, ¿el nombre de ese recuerdo es ese idiota?

—Se llama Rob, la historia es muy sencilla, lo conocí por Victoria, fuimos pareja durante un año, luego empezó a engañarme y a tratarme mal, no lo soporté, decidí dejarlo –sus palabras fluían con la rapidez de un río.

—Linda, acéptalo, tu carácter no está diseñado para eso –la interrumpió riendo.

—Sí, fue lo mejor, después de aquello ahora sé lo que en verdad quiero, ¿sabes?, creo que son lecciones y hay que aprender de ellas.

—Entiendo, lo que me resulta extraño es que no he hecho nada para que te sientas así, ¿o sí? –frenó el paso y se puso enfrente de ella.

—La verdad es que no –se puso seria.

—Entonces, Elise, dime... ¿qué esperas de mí? –le preguntó mientras la tomaba de las manos.

El estar frente a frente ocasionó que a la castaña se le acelerará el corazón, este se le acercó y plantó sus manos sobre su nunca; ahora permanecía totalmente enganchada de él, lo veía de abajo hacia arriba con ojos temerosos, no lo negaba, en ese momento se lo quería comer a besos. Antes, el ambiente se puso serio.

—Te pido que seas paciente, te juro que no perderás tu tiempo, si de repente me llegan estos pensamientos entiéndeme, a veces el pasado no es tan amigable como uno quisiera.

—Menos mal, creía que eras un escarabajo de esos que vigilan las tumbas de Egipto –el rubio, a pesar de que la plástica se había puesto seria seguía teniendo sentido del humor, y aunque fuera rudo por fuera a Elise la derretían estos pequeños detalles.

—¡Muy gracioso! –le besó interrumpiendo aquella risa que posaba en sus delgados labios. Se tuvo que poner de puntitas.

Recorrieron el puente entero; el clima que se sentía esa noche era lo bastante frío como para que la castaña empezara a titiritar y, claro, el rubio sin pensarlo se quitó el saco para colocarlo encima de su fino vestido.

—Linda, por cierto, lo que dije de quitarte el vestido es verdad... –dijo pausadamente.

Ella se puso seria, después una leve sonrisa pícaro se le dibujó en la cara.

—Es imposible no emocionarme.

—¿Te emociona... o te excita? —preguntó curioso.

—Valrick —le dedicó una miradilla.

—Vamos, sé lo que piensas, puedo adivinar las imágenes que están pasando por tu mente en este instante.

—Si lo sabes ¿qué estás esperando entonces?

—Solo espero que se aleje ese señor que esta allá en la banca.

—No lo había visto.

—Vi que se acomodó un par de minutos después de que llegamos; bien, creo que al menos te puedo besar y besar y besar, aunque después te parezca aburrido.

—Contigo nada es aburrido, créeme —tocó sus bíceps.

—¿Estas dispuesta a seguir mi juego? —pregunto con voz sombría.

—Estás loco, ¡¡ya sé lo que quieres!! Y no, por lo menos no aquí —se hizo la digna.

—Claro que no será aquí, será allá —dijo apuntando los ojos hacia el mini Cooper.

—Vaya, al menos estaré cómoda, eso me agrada.

El plan de hacerlo bajo el puente a oscuras no le disgustaba en absoluto, tomó la mano del rubio y siguió su ritmo, verdaderamente quería hacerlo ahí, romper las reglas, ¿por qué no?

Se acercaron con prisa, seguramente el deseo de estar juntos los provocó tanto que se olvidaron de todo a su alrededor, en ese momento solo existían el uno para el otro.

El rubio presionó la alarma para quitar los seguros mientras ella se dirigía hacia la puerta. Una voz gruesa los sorprendió por detrás. Se escuchó como un trueno en medio de una tormenta, algo que no pudieron pasar desapercibido.

—BREMER.

Elise quedó helada y los dos voltearon al unísono. La voz sonaba con imponentia, tanto que sus piernas comenzaron a temblar, aquello se había puesto feo.

—Vamos, linda, sube al coche —le ordenó.

—No, Valrick, ¿quién es?

—Qué te subas —la tomó del brazo y la metió al coche a la fuerza, ella no sabía qué hacer, sus piernas no reaccionaban, su corazón se disparó... ¿era

aquello un asalto? ¿Por qué el tipo conocía el apellido del rubio? Su mente comenzó a crear conjeturas que lo único que hacían era ponerla más nerviosa de lo que estaba.

El rubio azotó la puerta del coche girándose rápidamente hacia el tipo que, por la oscuridad, no se lograba apreciar, ni siquiera su cara; de ahí partieron unos leves murmullos.

—¿Quién demonios eres, qué quieres?

—Pero qué falta de educación, deberías saludarme por lo menos, en fin, dudo que me recuerdes, la última vez que te vi eras un chiquillo —respondió el tipo misterioso, quien tenía sus manos dentro de los bolsillos de la chaqueta cuyo gorro le cubría parte del rostro, esto aunado a la noche hacía difícil verle a detalle.

—Eso no me interesa, ¿quién eres? —el rubio se iba poniendo más agresivo y desde adentro a Elise no le quedó más que escuchar atenta en medio de un río de nervios—, contesta, ¿cómo sabes mi apellido, cómo es que me conoces? —preguntó ahora con un tono realmente furioso.

Hubo un silencio. Aquello parecía una película de terror; por un lado, Elise dentro del coche sin poder hacer nada, testigo de lo que pudiera ser un asalto; por el otro, el rubio haciéndose el valiente quiso proteger a la castaña metiéndola al coche, no sabía si el tipo estaba solo, quería sacarla de ahí cuanto antes.

—Mark Fallender, ¿me recuerdas...? Amigo de tu padre.

—JA, JA, JA —el rubio rio con ganas—, ¿y por qué un amigo de mi padre vendría en medio de la noche a gritar su apellido como un idiota? Déjame verte —le ordenó.

—No es mi rostro lo que quiero que veas, esto simplemente es una visita, hijo —el sujeto trató de que Valrick no le huyera o, por lo menos, que entendiera que venía en son de paz, o eso quería que pensarán.

Elise forzó su vista al máximo para averiguar quién era ese hombre; no logró absolutamente nada, ubicó el botón de los vidrios y bajó de inmediato el suyo, un poco, algo que le permitiera escuchar...

—¿Una visita? Pero quién te has creído, vienes en actitud sospechosa acechándome a mí y a mi novia y revelas que esto es una visita —su espalda estaba erguida y ahora lucía más alto de lo normal; la castaña lo veía de espaldas, todo pasaba muy rápido. Ella sacó su celular y lo tuvo a la mano por si se requería ayuda.

—Jamás dudé en hacerlo, hijo, yo solo quiero preguntarte... cosas... tú sabes, cosas de tu padre, es increíble cómo ha pasado el tiempo, supongo que la pequeña Gretchen ya no es tan pequeña... ¿cierto?

Eso al rubio no le gustó en absoluto, se esforzó por recordar a aquel hombre y no lo consiguió; dentro de su mente creció un fuego que le hizo ponerse en marcha, rápido rodeó el mini y entró, miró a Elise y colocó los seguros, aceleró.

—Ponte el cinturón —murmuró.

—Pero...

—Sí, ya sé lo que vas a preguntarme y dudo mucho que te pueda responder, no sé quién diablos era ese infeliz... lo único que hizo fue asustarte.

El sujeto misterioso se quedó plantado a un lado del mini aun cuando se pusieron en marcha. Elise no le pudo ver a la cara.

—Sí, realmente lo hizo, alcancé a escuchar algo acerca de...

—Elise, por favor... —le dijo al tiempo que aceleraba de golpe.

—¿A dónde vamos?

—No lo sé, primero necesito asegurarme de que no nos sigan.

—Dijiste NOS.

—Quiero decir, no sabemos si ese tipo anda solo —su voz se escondió dentro de una cortina de miedo, no quería poner más nerviosa a la castaña.

Ella ojeó los retrovisores, volteaba continuamente; viernes por la noche, había mucho movimiento ahí afuera... ¿cómo sabrían si alguien los iba siguiendo?, la sangre se le iba a los talones.

—Valrick, vamos a mi departamento.

—No —respondió ásperamente —si está interesado en mí vendrá por mí, no por ti, no permitiría que conocieran tu ubicación, esto ya no me está gustando.

Mientras el rubio pensaba a dónde acudir con una presunta persecución de por medio Elise recordó la misteriosa voz y le vino un flashback de la noche que había ido a comprar el vestido que ahora llevaba puesto, lo vio todo con lujo de detalle, el tipo entrando al café y cómo la había seguido hasta la banca; sí, se trataba de la misma voz, el mismo acento británico... dio un leve salto.

—Valrick, ese tipo, creo que lo vi hace un par de días cuando fui de compras, es decir, no estoy segura, pero por el acento británico me acabo de

dar cuenta que puede ser la misma persona...

—¿Qué?, ¿y cómo es que no supe de eso? —al tiempo que aceleraba al máximo el auto compacto —¡Maldita sea, Elise!

—No te dije porque no tenía caso, lo vi en un café y cuando tomaba el taxi para el departamento murmuró un par de cosas, luego subí al carro y todo volvió a la normalidad —dijo sin temor a ser reprendida por ocultar aquello.

—¿A la normalidad? Ya viste que ese tipo no es de lo más normal, presiento que esto no va a terminar nada bien.

—Valrick, yo... no sabía que esto iba a pasar, ¿por qué te está buscando? —en ese momento se sostuvo de su asiento, ahora el rubio iba esquivando todos los carros de Philadelphia.

—Por supuesto, nadie lo sabía, pero Gretchen... debe estar sola y ella también lo vio hace un par de días, me lo dijo hace rato.

La castaña lo relacionó con la conversación en alemán de hacía un par de horas.

—Debiste haberme contado, insisto —su pie izquierdo arremetía contra el acelerador.

—Bueno, es que si tan solo me dejaras de poner tan nerviosa con esto, me dejarías explicártelo a detalle, la verdad me estás asustando... —musitó desconcertada con la vista clavada al frente.

El rubio encontró una pequeña vereda y frenó en seco, puso parking al vehículo y la miró con firmeza.

—¿Asustando? ¡Considera que quizá nos vengán siguiendo! —se impuso al teatro infantil de Elise—, trato de ponerte a salvo y por supuesto no quisiera que te hicieran daño alguno, sabes lo mucho que te...

Sus palabras fueron interrumpidas; unas luces penetrantes alcanzaron su retrovisor. Tomó una bocanada de aire y miró al frente. Se puso tenso y apretó con fuerza el volante. Casi por un segundo Elise pudo jurar que el rubio contuvo la respiración y así fue, el vehículo que los alumbró por detrás pasó de largo por un costado, fue cuando Valrick soltó un leve soplo de entre sus labios.

—Bien, linda, sé que estas nerviosa, quizá también sea mi paranoia pero hay que llegar a algún sitio donde podamos estar tranquilos y deducir qué es lo que pasa porque yo tampoco tengo idea —buscó comprensión.

En ese momento la castaña recibió una llamada a su móvil, deslizó la pantalla para poder contestar, el número proveniente era el del pupilo. El

rubio se dedicó a observar a la redonda.

—Hola, Fabio, no creo que podamos ir... ehh, no, para nada... escucha, no puedo hablar ahora.... Sí, estoy bien...

Tanta pregunta iba relacionada con la forma de contestar de la castaña, su respiración no era la normal, de hecho fue tanta la presión que Elise le mencionó que estaba en la calle junto al rubio, que ya se dirigían a casa. Tampoco lo quería alarmar, pero en su interior una voz le decía que le contara, por lo menos si les pasaba algo alguien ya sabría.

Su preocupación fue que si le decía al pupilo lo que pasaba Valrick se sentiría como un fracasado que no podría ni siquiera defender a su novia. Lo pensó mejor al colgar y esperó la oportunidad para enviar por mensaje la ubicación, lo hizo sin que el rubio se percatara.

—¿Todo bien? —preguntó él justo cuando ella presionaba “enviar”, se le escapó un leve respiro.

—Pues... quería invitarnos unos tragos, el pobre está solo aquí —su respuesta fue una mezcla de miedo por lo que estaban atravesando y lástima por el pobre niño rico—. Es el hijo del dueño, quizá no te había contado y supongo que ahora no es el momento... lo estoy entrenando.

—Supongo que no... vamos, mejor salgamos de aquí, me siento expuesto —Valrick miró el retrovisor y sin más apretó la llave para girarla hacia el tablero y prender el compacto. De nuevo unas luces cegadoras fueron directo al pequeño espejo y deslumbraron sus ojos celestes.

Todo a partir de ese momento sucedió muy rápido, el rubio comenzó a transpirar para otra vez ponerse alerta. Giró el encendido y antes de que pusiera la marcha una camioneta negra se posicionó al otro extremo del callejón, después se dio cuenta de que también había otra detrás.

—Por Dios, Valrick —la castaña se recargó sobre el respaldo.

Una de las camionetas los embistió por atrás. Elise puso sus antebrazos para detenerse del inminente golpe, tras esa maniobra pudo ver como el brazo del rubio la sujetaba del vestido para que no se hiciera daño, ahora en cámara lenta.

—Baja, hijo de puta —ordenó un tipo corpulento desde la ventana de Valrick.

El sujeto tenía compañía y antes de siquiera dar tiempo a reaccionar apareció otra persona con él, rodeando el compacto; fijó sus ojos en la manija de la portezuela y la abrió salvajemente. Lo que la castaña vio enseguida fue

un hombre con ropas oscuras y un arma en la mano. Este sin ningún reparo la tomó del brazo y la replegó a su sudoroso cuerpo.

—¡Valrick! ¡NOOOO! ¡Suéltame, BASTARDO! —los gritos se vieron opacados por otra persona que se había bajado del coche aledaño.

Elise vio impotente como aquel se acercaba al bermejo que estaba luchando con otro sujeto corpulento. Hasta este momento los tenían en sus manos. La castaña, entre tanto temor, pudo darse cuenta de que para ese momento había fácilmente cerca de diez personas cerca de ellos. No tenían escapatoria.

—Esto es lo que provocas, eres un IDIOTA.

Claramente se escuchó el acento británico otra vez y a Elise se le erizaron los cabellos de la nuca.

—¡No le hagan daño! —pidió Valrick tratando de zafarse; en respuesta recibió un puñetazo que lo dobló para después recibir una patada en el abdomen.

—Esto se hubiera evitado, Bremer —seguía culpándolo.

—¡Por favor, DÉJENLOOOO! —gritaba con desesperación la castaña.

—Cállate, perra —la sometió su verdugo tapándole la boca y tomándola de la cintura, la contrajo todavía con mayor fuerza hacia él.

En su mente repetía que esto no era realidad, deseaba con todas sus fuerzas que no fuera así, sus ojos se llenaron de pánico y reventaron en lágrimas impotentes.

—Te he dicho que no le hagan daño, ¡¡maldita sea!! ¡¡Suéltenla!!

Se incorporó y devolvió el puñetazo al tipo británico, este no se inmutó, se limpió la sangre de los labios y arremetió contra el rubio de nuevo. Uno de los sujetos quiso ayudar al “jefe”.

—Mientras más supliques más te voy a joder —el tipo se las ingeniaba para causar dolor a su presa. A pesar de que Valrick lo superaba en estatura, el hecho de que dos sujetos lo tenían amagado la mayor parte del tiempo le daba ventaja a su agresor.

—¿Qué es lo que quieres? —chorros de sangre salían por su nariz.

—Ya me cansé de seguirlos, de pedir amablemente lo que quiero.

Elise seguía petrificada, no encontraba la manera de poder ayudarlo, vio como su celular, su bolso, habían quedado tirados en el asiento, no podía moverse.

—No sé de qué hablas —respondió cansado y adolorido.

—No sabes... nada, igual que la perra malnacida de tu madre —tiró un tercer golpe a su quijada.

—¡¡Nooooo!! ¡Basta, por favor déjenlooo!

Los gritos de la castaña, ahogados por la mano del sujeto, no tenían impacto alguno, lejos de ayudar hacían que este atacara más al rubio.

—Maldita reportera de mierda, haz que se calle —le ordenó el tío que la sostenía fuertemente para luego someterla por segunda vez.

Elise observó como el rubio estaba completamente noqueado, asido de sus brazos por los sujetos. Tenía el traje rasgado, se podía ver como corría la sangre desde su cara hasta la camisa.

—Vamos, súbanlo —siguió ordenando.

—¡¡No!! ¡¡Nooooo!! ¡Valrick, suéltenloooo! ¡¡Nooo por favor, nooooo!!

Arrastraron a Valrick hacia el auto mientras se resistía y suplicaba que no tocaran a Elise, volteó por un instante y la miró con impotencia. Lo encerraron.

—Por lo menos tu estúpida revista sirvió de algo, Valrick se muere si hablas con la policía.

Se acercó a Elise y le dio un golpe tan duro en su rostro que la noqueó, este se retiró junto con su verdugo dejándola tirada en la calle.

Desde la camioneta Valrick, lleno de rabia, era contenido por dos tipos; veía a través del vidrio, la habían lastimado, sus súplicas no fueron escuchadas. Gritaba, pataleaba hasta no poder más; luego vino una lluvia de golpes y, al final, un cachazo con una pistola que lo dejó inconsciente.

El vehículo metió reversa y desapareció entre la avenida adyacente con rapidez junto con la otra camioneta. La escena era digna de una película de acción. Elise estaba boca abajo en la calle; las puertas del mini, abiertas. Habían sido víctimas de unos desconocidos, ahora se lo habían llevado, estaba sola en medio de las calles de Philadelphia, no reaccionaba.

Minutos después abrió sus ojos y llevó su mano hacia su rostro adolorido, se empezó a incorporar, sus piernas y su cuerpo en general se sentían pesados. Confundida trató de poner en orden lo que había sucedido.

Preguntas sin respuesta

—¿Valrick? —preguntaba con voz ahogada por el golpe—. ¿Valrick?

Una oleada de miedo la acechó, permanecía semitirada en el suelo, quiso apoyarse en la puerta del mini cuando las luces de un coche la iluminaron por completo.

Desde el auto en movimiento se podía ver a una chica vestida de gala con el cabello revuelto y semblante débil queriendo ponerse de pie.

Al ver esas luces el corazón de la joven latió con fuerza, temió que hubieran vuelto, pero esta vez era Fabio... Linus rápidamente aparcó la Land Rover negra y el chaval bajó corriendo incrédulo ante aquella escena.

—¡¡¡Elise, Elise!!! ¡¡Por Dios!! —la ayudó tomándola por los brazos, la sentó en el mini—. ¿Pero qué diablos te han hecho? —preguntaba sin cesar.

—Valrick... arghhh.

—Elise, Valrick no está aquí, ¿dónde está?

—Valrick —siguió diciendo con voz apagada.

Desorientada, muerta de miedo y golpeada, su labio no dejaba de sangrar, su respiración agitada hizo que Fabio la sacase de ahí.

—Linus, ayúdame —el guardaespaldas se acercó y cargó a la castaña, llevándola a la camioneta.

—Sube al mini, sígueme —le dio la instrucción al joven.

Él, experto en situaciones de riesgo, sabía que no debían quedarse ahí, tomó la decisión de retirarse llevándose el auto de Gretchen, yéndose a la par. Lo que fuera, debían salir de ahí de inmediato.

—Señorita Elise, iré aquí adelante, todo estará bien. ¿Quiere que la llevemos al hospital? —la vio por el retrovisor.

Era claro que Elise estaba completamente fuera de sí, mirando por la ventana mientras tocaba de vez en cuando su labio.

—¿Dónde está? —preguntó luego de unos minutos a Linus; sus ojos estaban vidriosos, lo miró al retrovisor, donde las miradas podían cruzarse.

—Debemos llegar a un lugar seguro y entonces podemos averiguar qué pasó con su novio.

“Novio”, esa palabra no tenía significado por ahora, se trataba del hombre con el que había conectado en cuerpo y alma, todo estaba sin control; de un momento a otro sintió un ardor en el pecho que le hizo exhalar fuerte y ahí comenzó a desplomarse.

—Por favor, ya estamos por llegar, tranquila —le decía el guardaespaldas mortificado por no poder hacer nada desde su asiento.

Más adelante Fabio conducía a notable velocidad el mini Cooper para luego girar a la izquierda y tomar una curva en picada, arriba de ese estrecho camino estaba una casa grande, mientras más se acercaban más parecía un verdadero palacio, de colores sólidos y una entrada que evocaba a la realeza, aquellos barandales negros y anchos comenzaron a abrirse a la par mientras los dos coches entraban apresurados. La realidad para Elise se vio distorsionada por minutos en tanto contemplaba aquella mansión de ensueño.

—Aquí estás a salvo; ven, te pondré hielo... —le dijo Fabio y abrió su puerta para ayudarlo a bajar—. Ven, es por aquí, con cuidado —le indicó.

—Fabio, yo no quisiera que tu padre...

—Él está en Italia y, sí, sé que te dije que vivía en un loft, pero tenemos

más propiedades para situaciones inesperadas...

—Inesperado fue lo que nos pasó —dijo con el semblante destrozado.

—Por aquí —le contestó igualmente confundido por el suceso.

Entraron directamente al recibidor. El color claro de las paredes hacía juego con el piso y los muebles de madera oscura; el fondo se unía a unas elegantes escaleras con tonos rojizos en cada escalón.

—Fabio, gracias... gracias por entender mi mensaje. Yo no sabía qué hacer.

—Fue lo más inteligente que pudiste hacer, rápido supimos que algo andaba mal por como contestaste y luego la ubicación...

La castaña acomodó su vestido largo al sentarse en uno de los sillones de la sala.

—Linus ya viene con el hielo... si puedes hablar en este momento te pediré que seas muy clara con todos los detalles, él conoce personas de rangos en lo federal y otros... quizá nos pueda ayudar.

—Fabio, él luchó con todas sus fuerzas, me trató de defender, pero eran demasiados. ¿Qué le estarán haciendo, por qué se lo llevaron? —mostró impotencia—. Además no quiero involucrarte.

—Eso lo decido yo, mira nada más cómo te dejaron.

En ese momento entró Linus con una bolsa de hielo en una mano y en la otra una pequeña grabadora que dejó rápidamente en la mesa y se dirigió al rostro de la castaña.

—¡Argghhh, por Dios! —soltó un grito cuando la bolsa congelada tocó su hinchado labio.

—Sosténgalo fuerte —le indicó el guardaespaldas, luego se dirigió al joven—; Fabio, ¿tienes un minuto? —señaló el recibidor.

Juntos se levantaron y caminaron hacia la entrada, desaparecieron y Elise se dedicó a detener el hielo sobre su rostro, mirándolos bajo un silencio incómodo.

—¿Conoces al chico? —preguntó Linus poniéndose serio.

—No, solo aquella vez en el bar, tú también estabas.

—Ya recuerdo, ¿el chico rubio y alto?

—Al parecer es su novio o sale con él.

—Escucha, hasta no saber qué está pasando no hablaré con mis contactos, para eso necesito que tú seas el que le pregunte qué ha sucedido.

—Tenemos que encontrar a esos malditos, no se van a salir con la suya —

contestó Fabio cooperando. Luego se alejó un poco dando la espalda a Linus.

—Detalles —le susurró para dejarlo ir con la castaña.

Era de esperarse que sería difícil para ella narrar lo sucedido, tan era así que en cuanto Fabio se acercó sus lágrimas comenzaron a rodar una vez más, este tomó la grabadora y amablemente pidió que le contase el suceso a detalle.

Tras algunos segundos dio comienzo al relato. Decidió contar desde la fiesta y su casi altercado con Rob, después lo del puente omitiendo muchas de las palabras cruzadas con el rubio, solo especificaba datos útiles.

—Le gritó por su apellido... mientras nos subíamos al coche... era un tipo mayor, aunque en la oscuridad no se pudiera ver su rostro él tenía un cuerpo desgastado por la edad. Valrick me subió al mini, me encerró y tuvo una discusión acalorada con el hombre.

Linus escuchaba de lejos recargado sobre una pared de la sala.

—¿Tenía algún carro cerca, Elise?

—No, en ese momento solo apareció él para confrontarlo... le preguntó si se acodaba de él... —los nudos de su garganta no la dejaban hablar pero estaba dando su mayor esfuerzo. Su deseo era encontrarlo.

—Bien, entonces este tipo ya conocía a Valrick.

—Sí, pero él no lo reconoció y luego explotó cuando dijo que los recordaba a Gretchen y a él desde pequeños... no sé, quizá amigo de su padre.

—¿Conoces al padre, Elise? ¿Dónde vive?

—No, Fabio, él está muerto. Desde que hicimos aquel artículo nos lo comentaron. Gretchen es la hermana. Ahora que recuerdo Victoria hizo un par de investigaciones por su cuenta, la justificación era que le parecían extraños los hermanos... por los periódicos sé de su deceso.

—Ya veo... y ¿qué hay de su madre?

Los ojos de Elise continuaban vidriosos, lucía sin esperanza alguna y al contestar las preguntas de Fabio miraba por la ventana como estaba clareando.

—¿Sabes que cuentas conmigo, Elise? —preguntó el chaval fijando sus ojos en los de ella.

—Lo sé, pero dudo mucho que podamos encontrarlo por nuestra cuenta, me siento tan impotente, cuando recibí el golpe me amenazaron de no hablar.

—Es por eso que tienes que responder a mis preguntas y cuanto antes

mejor, esto se queda aquí entre nosotros.

—Vale, de su mamá sé que es bióloga, no me ha contado nada más.

—Y ¿qué sucedió en ese callejón?

—Pues, después de que Valrick discutió con el tipo este, se subió al coche y aceleró, nos introdujimos en la ciudad, de hecho él presentía que nos iban siguiendo.

—¿Iban? Pero solo vieron a esta persona en el puente, ¿no?

—Sí, el asunto es que él iba muy estresado por ese motivo, revisaba los retrovisores, le dije que me estaba asustando, luego dijo algo de que tenía que llevarme a un lugar seguro y de ahí tomó el callejón, se detuvo y apagó las luces.

—Supongo que ahí fue cuando me respondiste.

—Espera, hay algo más... yo le dije a Valrick que en días pasados estaba segura de haberme topado con ese tipo, se enfureció y dijo que por qué no lo había dicho.

Esto hizo que el chaval se pusiera en alerta, cuando estaba deduciendo que aquello probablemente había sido al azar estas últimas palabras le dieron la seguridad de que había sido premeditado. Linus se encontraba en el mismo canal, se vieron asombrados.

—Bien, Elise, dinos, en qué lugar y a qué hora te topaste con este sujeto.

—Fue unos días antes cuando fui a comprar mi vestido, la verdad no lo recuerdo a detalle, entré a un café en el centro y pedí un capuchino, para esto me había sentado en la barra...

Elise tenía la boca hinchada y en ciertas ocasiones Fabio casi no entendía, pero ahora que estaba descubriendo esto, su razonamiento iba tomando algo de forma; mientras más le contaba más ideas tenía de lo que pudo haber pasado.

—...y después me subí al taxi con rumbo al departamento —finalizó la castaña.

—Elise, es obvio que ese sujeto buscaba a Valrick, pero ¿por qué hacerte daño...? —la abrazó.

—Fabio, tengo mucho miedo, no de mí... de lo que le pueda pasar a él. Nada más de pensar que está solo en esto y esos tipos eran unos desalmados — un intenso ardor quemó su garganta y de nuevo sus ojos estallaron en lágrimas... la desesperación le provocó una crisis de ansiedad.

—Tranquila, ¿qué te parece si subes a refrescarte un poco?, en un

momento voy y te ubico para que duermas.

—¡No quiero! ¡Por favor! ¡Hay que encontrarlo! —dijo impotente.

—Claro, pero necesitas descansar, con lo que nos contaste podemos comenzar, ¿ok? —tomó con ambas manos su afilada cara.

—De acuerdo.

—El baño está arriba, a la derecha.

La castaña se levantó aturdida, le tocó el hombro y agradeció a ambos por lo que estaban haciendo.

—¿Alguien tiene mis cosas?

—Oh, sí, claro —Fabio la encaminó al recibidor y ahí le dio su bolso.

—Tranquila, ¿sí? Ya te alcanzo —la miró con seguridad.

Mientras subía las elegantes escaleras las voces de la primera planta comenzaron a aturdir, sostenía seguidamente la respiración, escuchaba esos ecos en su mente, dagas afiladas que cruzaban sus oídos; palabras, miedo, horror, desesperación, la seguían mientras pisaba los pesados escalones, uno a uno. Estaba envuelta en un mar de lágrimas, aquello parecía tan irreal, no solo por lo que había pasado hacía unas horas, sino que fue casi como un recuento, desde su ascenso hasta el secuestro del rubio. La agonía había comenzado.

Elise abrió la fastuosa puerta, adentro se podían apreciar el mármol y los pisos relucientes de aquel tocador. Sin reparos tuvo el suficiente valor de ponerse frente al espejo, temía ver aquella huella de violencia, pero debía hacerlo, ese era el paso a seguir.

Un gemido de dolor llenó el vacío de la habitación y finalmente una leve caricia a aquello que dolía. Jamás le habían puesto una mano encima, se sentía confundida y enojada a la vez. No había razón aparente para tan amargo suceso. Ella sin lugar a dudas anhelaba que fuera un mal sueño, su subconsciente se encargó de arrancarle esa idea cuando de un parpadeo se aventó agua tibia a la cara. El golpe le ardió como nunca en su vida y fue cuando al abrir sus ojos verde seco vio con asombro como fluía la sangre por el lavabo. Delgadas líneas carmesí corrían entre el vaivén del agua hasta desaparecer en el hoyo. Alzó la mano para encontrar la toalla más cercana, la pasó delicadamente sobre el rostro mientras se veía otra vez.

Sus ojos enrojecidos se posaron en su bolso.

—Valrick —susurró mientras llevaba sus manos hacía su móvil.

Si fuera tonto o no ella lo llamaría, acaso él pudiera contestar de alguna

manera. Debía saber si estaba bien.

Para su sorpresa el aparato tenía algunas llamadas perdidas de Victoria, entró al icono correspondiente para buscar el número del rubio y oprimió la tecla verde.

Lo siguiente que escuchó fue como la llamada se dirigió a buzón, sus esperanzas se fueron al caño, estaba sola, desesperada por saber de él, de lo que le pudieran estar haciendo... sus ojos enrojecidos volvieron a estallar en un llanto amargo; con una respiración entrecortada y con un poco de resignación guardó el móvil en el bolso.

Su ritual fue sorprendido por un llamado a la puerta del tocador, era Fabio quién preguntaba si todo estaba bien.

—Eh... sí, ya salgo —se sintió tan apenada por causarle molestias a su pupilo que le quedaban pocas ganas de ir a abrirle.

—Si ya estás lista puedo mostrarte tu habitación —le susurró despacio a través de la lujosa puerta.

Luego de varios segundos de dudas esta simplemente se abrió, dentro se veía un brazo largo y delgado de piel lechosa, apareció luego la silueta de la castaña quien lucía aturdida y demacrada. Fabio le tendió una mano invitándola a tomar el pasillo.

—Yo... lo siento mucho, no quiero ponerte en aprietos...

—¿Cuáles aprietos? —descuida, ven... la invitó ahora con seguridad.

La castaña se volvió para tomar su bolso y cruzó el umbral de la puerta. El nudo en la garganta ya no le permitió hablar, así que siguió a Fabio sin decir una palabra.

Juntos llegaron a lo que parecía la habitación principal, Elise estaba en lo correcto ya que el chaval se adelantó y abrió el inmenso vestidor para luego salir con un blusón satinado color beige, se lo ofreció mirándola a los ojos.

—Te quedará bien, es de la novia de papá.

—Gracias —lo tomó y lo vio directo con sus ojos a medio morir.

—Espera, falta la bata, a veces allá arriba hace más frío —el pupilo se refería a la tercera planta.

—No te preocupes, dudo que siquiera pueda dormir, Fabio —le dijo con semblante abatido.

—Lo sé... y sé que de aquí en adelante mientras no sepas nada de Valrick no estarás tranquila, pero tienes que recostarte por lo menos. Vamos, déjame cuidarte por lo pronto hasta que Linus me diga qué hacer.

—Está bien —respondió resignada.

Vio como el chico buscaba entre los cajones del mueble la bata, la encontró; hacía juego perfecto con la que ya tenía en mano. La condujo por unas escaleras que conectaban con el tercer nivel, al subirlas los ventanales le brindaban una vista panorámica de la ciudad, era ya de madrugada y la luz exterior comenzaba a reinar, algunas casas aledañas se podían distinguir entre la neblina. Eran igual de imponentes que esta.

—Seguro tienes vecinos importantes —aseguró mientras seguía a paso lento.

—Oh, sí, creo que cerca vive el gobernador, la mayoría se junta para jugar dominó entre semana, bueno, al menos eso recuerdo, desde hace un par de años que no vivo aquí...

Elise sintió envidia, ¿que podría perturbar a este chico?, tenía ya la vida resuelta, un imperio que manejar y, lo mejor del caso, podría vivir allí o en Italia, o donde se le diera la gana. Todo era tan prometedor para él.

—Aquí es —interrumpió sus pensamientos el chaval.

—Es... muy... elegante —dijo la castaña deslumbrada.

—Lamento si ves polvo por ahí, al parecer la doméstica viene muy pocas veces.

—Fabio... podré con algo de polvo, lo prometo. Nada de lo que venga después de hace un par de horas tendrá tanta importancia para mí —sus manos acercaron las ligeras prendas a su pecho y las posó ahí. Luego sus ojos se fijaron por encima de estas.

—Vale —dijo con un alto grado de comprensión—, entonces te dejo, en un rato paso para ver cómo sigues.

—Gracias.

—Estaré abajo, cualquier cosa, aquí hay un interfono, solo presionas el botón y subiré.

—Espero no utilizarlo.

—Nos vemos —dijo desapareciendo por la puerta.

A estas alturas lo único que quería, lejos de recostarse, era saber lo mínimo sobre el paradero de Valrick. De todas maneras ya tenía puesto ese largo vestido cerca de diez horas así que decidió quitárselo y ponerse la bata, cuando terminó de hacerlo suspiró y se recargó en las almohadas que había acomodado sobre el respaldo de la cama. Y sin imaginarlo sus ojos se cerraron y lo demás fue oscuridad.

La misma oscuridad que había llegado de improviso fue la que allanaba sus sueños, ella sentía su propia respiración ir y venir mientras caminaba por un largo pasillo que al parecer no tenía fin. Los latidos del corazón estaban a un ritmo acelerado y no tardó mucho en comenzar a asustarse, entre tanto parpadeo iba perdiendo la noción de donde pisaba, parecía que flotaba... por un momento sintió estar en otra dimensión.

Sonidos lejanos tocaron levemente sus tímpanos, una melodía con notas tristes, con tanta melancolía en su ejecución. Se iba acercando con total desconfianza, con un miedo hasta entonces desconocido, aquello era tétrico, macabro por así decirlo. Dedujo sin temor a equivocarse que se trataba de un cello, aquel instrumento se dejó ver luego de un breve lapso, el sueño se manifestaba con notable realidad. Ella ya no sentía más miedo, este se esfumó al ver con atención al que parecía ser el dueño de aquellas notas, llegaban a sus cinco sentidos emotivamente, con una fascinación excelsa, con exquisitez y ambigüedad.

Se acercó despacio, la oscuridad ya no era parte de aquello, se encontró frente a frente con aquel desconocido. Él tenía la mirada en las cuerdas de donde emergían los acordes y no se había percatado de que alguien lo observaba. Hubo un momento en el que aquellas notas se fueron transformando en una melodía desgarradora para pasar a rápidos movimientos con sus largos dedos, se tornó entonces en una música tal cual película de acción. Elise seguía ahí, frente a él, sin comprenderlo, totalmente deslumbrada.

Con timidez dio un paso y el desconocido levantó la mirada sin dejar de tocar, posó misteriosamente sus ojos azul cielo en los de Elise. Un ligero respiro detonó el corazón de la castaña. Era Valrick, sin embargo él no le dedicó ni una sola palabra, simplemente siguió tocando para ella, con tanta entrega que la hipnotizó por instantes.

Su subconsciente ligó la atroz escena de hacía unas horas para llenarla de dudas, era como si le dictaran desde otro lugar qué debía preguntarle al rubio y no dudó en hacerlo rápidamente...

—Valrick, nunca pudiste tocar para mí —se le empañaron los ojos; no hubo respuesta—; Valrick, ¿dónde estás? ¿A dónde te llevaron?

El silencio reinaba.

—Por favor, necesito saber —imploraba con desesperación a sabiendas de que en cualquier momento podría despertarse.

La melodía continuaba reproduciéndose desde aquel instrumento y la mirada seguía posada en ella, ni un gesto o algún detalle podían vérselo.

La desesperación se adueñó de Elise nuevamente y sin esperarlo brotaron lágrimas de sus ojos verde oscuro. No comprendía por qué no contestaba. Quiso tocarle su afilada cara, dio otro paso pero aquel no se inmutó. Elise se sentía perdida en su mirada, aquella que le quitaba el sueño, bajo noches de desvelo. Si Valrick se había presentado en su sueño, solo podía significar... ¡que lo habían matado!, quizá eran su alma y su cuerpo despidiéndose de ella. El corazón quiso salirsele. Los jadeos de tan solo pensar en esa posibilidad la atormentaron cruelmente.

—¡¡Oh, no!! —intervino una voz joven—. ¡Despierta! —zarandeó sus hombros haciéndola reaccionar.

—¡¡Valrick, no!! ¡Por Dios, Fabio, eres tú! —dijo la castaña incorporándose de la cama, un llanto desgarrador la acompañaba.

—Elise, tuviste una pesadilla —dijo ayudándole a acomodarse las almohadas en su espalda.

Los ojos de ella parecían sombríos, nada la calmaba en ese momento, ni siquiera el haber soñado con el rubio hizo que se tranquilizara un poco. Estaba devastada y muy a su pesar ahora se sentía como una carga para su pupilo. Solo pensaba una cosa: salir de ahí, ir en busca de Valrick, era lo que más deseaba, ese sentimiento no la dejaría en paz. No hasta verlo y saber que estaba bien.

—Elise, vamos a tratar de calmarnos, sé que esto no es claro, vaya, la situación no lo es en sí, pero estoy aquí para ayudarte en lo que pueda, ¿me entendiste? —preguntó tratando de que Elise le regresase la mirada.

Unos parpadeos la hicieron ponerse en órbita de nuevo.

—No sé, ya no sé nada —sus labios se apretaron con brusquedad arrugándose entre sí, acompañados de lágrimas que parecían no querer irse.

—Mírame —le apretó la mano, lo cual hizo que acatara la orden para mirarlo de reojo—; esto acabará pronto, lo prometo.

A unos metros fuera de la habitación retumbaron unos ecos provenientes de las escaleras, eran las voces de un hombre y una mujer, Elise no pudo

reconocerlas, pero intuyó que iban a su habitación. Rápidamente se acomodó la bata y se irguió aún más.

—¿Fabio? —preguntó asustada.

—Lamento no haberte consultado —contestó agachando la mirada.

—De qué hablas... —le soltó la mano de un arrebato.

La puerta se abrió de un empujón frenético, fue entonces que aquella voz abarcó hasta el último recoveco de la habitación.

—¡Elise!

—¡Victoria! —la castaña se levantó de un golpe y la abrazó con muchas ganas—, argghhh, tenías razón, yo... lamento no haberte creído, algo pasa con ellos.

—Amiga, no, por favor, eso no importa ahora, ¡mira nada más! —la alejó un poco y trató de sentarla de nuevo en la cama—, ¿pero qué diablos, Elise? —la vio más de cerca.

—Gracias por venir —se levantó de su silla el muchacho—; hemos pasado una noche extremadamente difícil y si los llamé fue para ayudar juntos a Elise. Victoria, sé que hiciste una investigación por tu cuenta.

—Eh... sí, escucha, Fabio, gracias por cuidar de ella.

—Torrance, ¿podrías acompañarme un minuto? —el profesor asintió y siguió al chaval fuera de la habitación.

La desaparición fue un tanto misteriosa, eso no quitó a Elise la felicidad momentánea de ver a su amiga.

—Vicky, esto es una pesadilla, no sé nada de Valrick, no sé qué hacer, siento que estoy perdiendo tiempo, necesito encontrarlo.

—Linus dijo que ya está en eso —respondió y fue más allá de lo que había esperado la castaña.

—Estaba pensando llamarle a Gretchen, no lo sé, quizá ella no esté enterada... además ayer hablé a su celular y mandó a buzón, la verdad no sé qué esperaba, al menos lo intenté —omitió mencionarle el extraño sueño que acababa de tener.

—¡Sí! ¡Claro! Tienes razón, hay que hablar con ella cuanto antes —acelerada sacó su celular de la opulenta bolsa.

—¡Espera! ¡Espera! —la alcanzó para que no marcara—, creo que no es conveniente que Fabio sepa, digo, está tratando de tener controlada la situación, hasta donde sé ya le dijo Linus qué hacer, incluso este tipo tiene contactos con la policía y toda la cosa.

—¿Crees que se oponga? Mmm ¡pero la hippie debe saber qué ha pasado!
—exclamó con franqueza.

—Te digo, no estoy segura de cómo quiera controlar esto, recuerda, es un chico con mucho poder y temo que si no lo hacemos a su manera, tal vez no me pueda ayudar a encontrarlo.

—Tienes razón —dijo guardando su celular en el bolso—, Elise... podría ser que yo sea la que busque a la hippie y le diga esto sin que Fabio se entere —su cara se transformó en complicidad.

La respiración de Elise se entrecortó cuando abrieron de nuevo la puerta. Creyó por un momento que Fabio sabía o sospechaba lo que tramaban hacer. Su sangre bajó a sus pies. Observó que él venía con la cabeza baja y las manos dentro de los bolsillos.

—Ah... verás, Elise, hay algo que encontramos en el mini Cooper, más bien, encontré esto. Sacó una de sus manos y la guio hasta la parte interior de su chaqueta, asió un sobre blanco y se lo extendió a Elise. Su mirada estaba vacía, no había tampoco encuentro alguno entre sus ojos y los de la castaña.

Como nada estaba claro aún ella no lo pensó dos veces y alcanzó el pedazo de papel. No perdió oportunidad en buscar cómo abrirlo; ya estaba abierto, era obvio que el chaval había visto el contenido. Elise enfureció y se lo quiso devorar con la mirada.

—¡Por favor, Elise, no me veas así! —suplicó.

—¿Qué es esto, Fabio?, si tú ya sabes qué es... por Dios ¡dímelo! —respondió furiosa a la súplica del joven abriendo con extrañeza el sobre.

Encontró un informe médico, de reciente fecha, dirigido a Gretchen Bremer; pensó que se trataba de algo personal hasta que volvió sus ojos hacia los siguientes renglones del documento, la paciente era Delianne Bremer ...

—Pero, ¿qué?

—Al parecer es del psiquiátrico donde está la mamá de Gretchen y Valrick, eso creo por el apellido —dijo Fabio.

La castaña iba devorando las palabras con rapidez, no encontró mucho, solo una breve descripción del estado de salud mental y los gastos por la estadía.

—¿Su mamá...? ¡Está viva! —tartamudeó con asombro.

—¡Quiero verlo! —se acercó Victoria cogiendo el papel de entre sus manos, leyó el encabezado y giró la cabeza hacia la castaña— Elise, este nombre... este nombre aparece en los documentos que te enseñé, ¿te

acuerdas? –dijo convencida.

—Entonces sí es la mamá de ellos, Fabio, ¿en qué parte del coche lo encontraste? Esto es muy personal, algo delicado, por favor dime que no husmeaste ni nada por el estilo.

—¡No! Estaba en el asiento del piloto en la parte de abajo, supongo que cuando frené en algún momento se deslizó y fue cuando lo vi.

Elise tuvo un flashback del cruce de palabras con el rubio, aquel beso, todo se conjugó creciendo en ella esa ansiedad por saber de Valrick, se levantó y buscó frenética su vestido, lo único que quería era salir de ahí a como diera lugar.

—¡Elise! –el pupilo la tomó del brazo y la contuvo por unos instantes, esta se zafó con una fuerza tremenda– ¡No! ¡Por favor, basta! ¡Cálmate! Todo estará bien, ¡ven aquí! –la volvió contra su pecho y la abrazó, esto dio oportunidad para que pidiera ayuda a Victoria, quien rápido leyó los ojos del chaval y caminó hacia ellos para hacerse cargo de su amiga.

—¡Victoria! ¡Suéltame! ¡Déjame! Necesito encontrarlo... –las últimas palabras se escuchaban tan desgarradoras que hicieron sucumbir el frío corazón de Vicky.

—Cálmate, ¿sí?

La tomó del brazo y susurró que ella haría la llamada a Gretchen, esto tranquilizó a la castaña levemente aunque continuó sorbiendo por su nariz.

—¿Nos podrán dejar solas un minuto? –continuó–, Elise tiene que despejarse y salir de aquí... le ayudaré a vestirse...

—No se diga más –respondió el profesor.

Afuera todo se encontraba iluminado por el Sol radiante de Philadelphia, los árboles aledaños a la residencia estaban perfumados por el rocío de la mañana, casi parecía una imagen de película. Adentro de esa habitación se expandía la incertidumbre; los rostros de las chicas, perplejos, viéndose una a la otra; el sobre con la información de Delianne, el paradero de Valrick, el aviso a Gretchen y, finalmente, Victoria no dejaba de mencionar el tema de los documentos que había presentado a Elise hacía unos días. Por otro lado, era un hecho que si querían que hubiera respuestas de por medio tendrían que ser muy cautelosas al manejar la situación, ya que a su parecer Fabio se abstenía de tomar cualquier decisión.

—Vamos, no te pondrás otra vez ese vestido. Además tiene gotas de sangre, aquí espérame, tengo un cambio de ropa en mi coche, ya te lo traigo –

le dijo mientras salía disparada de la habitación.

Justo en ese momento sonó el celular de Elise, esta lo buscó rápidamente, aunque dentro de su cabeza sabía que no sería Valrick, aun así no perdía la esperanza.

Fue una tremenda taquicardia la que atacó su pecho al ver el nombre de Gretchen en la pantalla del aparato. Para variar, su sangre se fue hasta la planta de los pies, solo había una palabra que describía aquella escena: MIEDO.

Tardó en contestar, sus manos no respondían y cuando lo hizo fue como si alguien más lo hubiera hecho por ella.

—¿Elise? —preguntó del otro lado la rubia de diminuta complexión—. Escucha, no quisiera asustarte pero he estado llamando a Valrick al celular y me manda a buzón, además no ha traído mi coche, estoy angustiada... ¿sabes algo de él? ¿Dónde está? —su voz pareció quebrarse en el último segundo.

—Gretchen, escucha, ahora no puedo hablar, por favor dame alguna dirección para ir y hablar personalmente.

—¿Qué?!

—Ahora estoy con unas personas y no puedo hablar, mándame tu ubicación, voy para allá en un momento.

—¿Pero y Valrick?, ¿vienen los dos? —volvió a preguntar algo confundida.

—¡Gretchen! Escúchame, es de él de quien te quiero hablar, dame alguna dirección, esto es delicado.

Después de un leve silencio la chica le proporcionó la dirección de su departamento, la castaña trató de memorizarlo, cortó enseguida y cuando lo hizo Victoria estaba de vuelta con una pequeña maleta.

—Sí, ya sé que quizá no te guste la ropa que traigo aquí, pero ya sabes, siempre trato de tener un cambio en el maletero —dejó la maleta en la cama y comenzó a sacar unos jeans y una sudadera, también había calcetas y un par de Sneakers color blanco—; espero que te queden los tenis.

—Vicky, era ella, me acaba de llamar preguntando por Val...

—¿Gretchen te ha marcado? —interrumpió—, ¿y qué le dijiste?

—No mucho, tenemos que ir ya a su departamento, no sé de qué manera lo harás, pero me sacarás de aquí ¡ahora mismo! —le ordenó intimidante.

—Vale, toma, métete al baño —le dio el montón de ropa—; yo me encargo.

Ya era demasiado tarde para planear qué decirle a la rubia, era imperativo que se trasladaran y contárselo tal cual, entre más pronto mejor. Elise no perdió tiempo, se colocó los jeans y la sudadera; su cabeza permanecía

desconectada de la realidad imaginando cuando tuviera a Gretchen enfrente qué le diría y, lo que más la asustaba, cuál sería la reacción.

—¿Estás lista?, bien salgamos de aquí.

—Un momento, ¿ya están enterados?

—¿Nunca tuviste que mentir en la vida?, es divertido cuando no sabes qué decir y de repente salen las palabras exactas. No me preguntes qué dije... – pareció toda una profesional en la materia.

Cruzaron la puerta y no estaban ni el chaval ni el profesor, eso la relajó un poco, luego el trayecto por la casa se hizo inmensamente lento, sentía como si se estuviese fugando de la prisión, volteaba para todos lados por si salían sus compañeros, se dedicó a seguir a Victoria, así, sin ninguna palabra de por medio.

Al llegar al jardín Elise notó que su amiga sacaba unas llaves de su bolsa, supuso que eran las del coche del profesor. No dijo absolutamente nada hasta que se acercaron al Cooper rojo, Victoria desactivó la alarma y la invitó a subir.

—Se supone que vamos a una farmacia por una emergencia de mujeres, además no me gusta el coche de Torrance –la tranquilidad de como decía las cosas puso cómoda a la castaña. Se habían salido con la suya.

No fue nada difícil dar con la dirección de Gretchen, el GPS les facilitó la búsqueda, estaba a unos 10 minutos de distancia por lo que Victoria aceleró de golpe, tenían el tiempo contado.

—Los tipos que se llevaron a Valrick me... bueno, uno de ellos antes de golpearme ordenó que no dijera nada a la policía, así que cuando le diga a su hermana lo que pasó necesito que me ayudes a retenerla en caso de que quiera ir donde ellos.

—Pero si hace poco dijiste que el tal Linus tiene contactos en la policía.

—Los tiene, pero al parecer son de un alto nivel y conociendo los contactos que tenga el chaval tal vez puedan manejar mejor la situación.

La castaña miraba al frente del camino, era muy difícil contar lo sucedido y más a Vicky, era obvio que su amiga moría por saber cuál había sido la historia y, aunque no se lo dijera directamente, quería escucharla completa. Elise la conocía y para que las cosas salieran bien con Gretchen ella debía saber cada detalle. Comenzó por relatarle cuando iban a la fiesta, la llamada que recibió el rubio en alemán, omitió la parte de la velada y fue directo hasta que estaban de paseo en el puente de la ciudad, aquel que

conectaba con Nueva Jersey, el tipo que a lo lejos se sentó en la banca, borroso por la obscuridad de la noche; breves pausas inundadas de silencio la amedrentaban, quería terminar pronto la parte en la que se vio agredida, Victoria entendió y tomó su mano.

—Elise, ¿no te parece que te estás exigiendo demasiado?, es decir, haremos hasta lo imposible por saber qué ha sido del rubio pero no puedes dejarte caer, a él no le gustaría esto —sonó más madura de lo normal con este consejo—; por cierto, necesito café, ¿tú?

—Desde luego —en ese momento se dio cuenta de cómo su estómago hacía movimientos protestando por comida—, ¿será que podemos comprar un bagel también?

Victoria manejaba demasiado bien el auto, además conocía perfecto cada rincón de Philly, así que giró a la izquierda en una larga calle encontrándose con una cafetería modesta, se aparcó enfrente y bajó solo ella. Elise no se sentía cómoda con semejante golpe en la cara, imaginó que más de uno afirmarían que sufría de violencia doméstica o algo peor, que era alguna mujer de la vida nocturna y se había visto envuelta en líos.

La castaña observó el sobre asomado por una de las aberturas del bolso de Vicky y pensó detenidamente cómo era posible que alguien terminara en un psiquiátrico, estaba segura de que había cosas traumáticas en la vida, pero de alguna manera se podían sobrellevar con tratamiento, no dejaba de suponer tantas cosas que habrían afectado a Delianne, aunque se muriera de ganas de preguntarle a Gretchen no lo haría, no evidenciaría la imprudencia de Fabio y al final la suya misma.

—Listo —la rubia cobriza entró con agilidad al auto y acomodó a los pies de la castaña la charola con los lattes dando a esta una bolsita de papel cartón donde venían los bagels , encendió el coche poniéndose en marcha.

—Creo que no es buena idea hablarle a Gretchen acerca del sobre —dijo la castaña entre varias masticadas a su pan.

—Lo sé, pero es obvio que la señora fue a dar ahí por algo grave, aunque sí, tienes razón, es mejor no tocar el tema, incluso deberíamos dejar el sobre abajo del asiento donde lo encontró Fabio.

—Sí.

—O quizá por lo menos podamos tomar una foto —dijo.

La cara de Elise se quedó sin expresión alguna, después de un respiro asintió.

—Según el GPS estamos a un kilómetro, ¿ya sabes cómo se lo dirás?

—No, supongo que al momento que me vea sospechará algo, sobre todo cuando le demos las llaves.

—Está por aquí, mira, es esta torre, ¿recuerdas qué departamento es?

—12B —respondió con seguridad.

Aparcaron en el sótano y caminaron rumbo al elevador.

Elise se sentía ansiosa, por un lado sería todo un reto mantener a la rubia bajo control, por el otro tener que darle esa fatídica noticia no le agradaba en absoluto. Alzó sus dos manos llevándoselas a su ondulado cabello, trató de arreglar su aspecto desaliñado.

Encontraron el piso “B” y caminaron hacia el departamento indicado, las dos sostenían su vaso de café. Vicky tocó el timbre con timidez.

No tardó en escucharse un leve ruido proveniente de adentro, después los pasos de la rubia se hicieron cada vez más cercanos.

Del óleo al pasado

—Hola, Gretchen —dijo Victoria al momento de asomarse la diminuta rubia.

—¡Hola! —respondió viendo directamente a Victoria, cuando volvió los ojos hacia la castaña se desconcertó por como lucía su rostro: el evidente golpe resaltaba la coagulación de la sangre poniendo la carne de alrededor amoratada.

—¡Elise!, esto no lo pudo haber hecho mi hermano, dime que no fue él por favor —se exaltó.

—No —dijo secamente y agachó un poco la mirada.

—Entonces ¿qué está pasando?, ¿dónde está él?, ¿por qué no ha venido? — las preguntas alarmadas eran entendibles, la castaña no quería estar en su lugar.

El silencio reinó, Gretchen se dio cuenta rápidamente de lo descortés que había sido hasta esos instantes, les hizo una seña para que entraran al departamento.

Una vez adentro las chicas se quedaron de pie frente a unos sillones estilo vintage que hacían juego con la alfombra color gris. Notaron que los espacios estaban bien pensados, los colores de las paredes, la decoración, todo era pacífico ahí.

—Por favor tomen asiento —les indicó la exaltada anfitriona acomodándose en un banquito más alto perteneciente a una barra desayunadora. Luego sus ojos azul celeste se clavaron en los de la castaña de una manera perturbadora. Exigían respuestas.

—Verás, ayer tuvimos un evento al que Elise invitó a tu hermano...

—Al grano... —interrumpió a Victoria con mucho desdén—. ¿Elise? ¿Quién te hizo eso? —percibieron cierta furia en su voz.

La castaña se volvió a acomodar el cabello mientras sus ojos iban y venían sin control, la resequedad de su garganta le caló y tomó un sorbo de su latte.

—Escucha, se han llevado a Valrick... —la voz entrecortada motivó nuevamente a que las lágrimas estuvieran presentes, tartamudeó contando a

duras penas los detalles del secuestro. La reacción de la diminuta rubia fue como se la habían imaginado minutos antes, su mirada se puso sombría y comenzó a presentársele una crisis nerviosa. No podía conjugar siquiera las palabras. Se levantó con dificultad del banquillo para dirigirse a un mueble, abrió un cajón y sacó lo que parecía una carpeta, la puso sobre la mesita de centro justo donde las chicas habían dejado sus lattes. Sus manos estaban temblorosas.

—Quiero que mires ahí dentro y me digas si reconoces a esa persona —demandó ahora con su acento alemán aun más marcado.

La castaña estiró su brazo para coger la carpeta, se tomó un breve tiempo para quitar los elásticos de las esquinas, al abrirla encontró varias fotografías tamaño mediano; se trataba, sin dudas, de él: Mark Fallender. El mismo que le siguió en la cafetería, el que le había propinado ese puñetazo, el mismo que secuestró a Valrick, no lo dudó ni un minuto, era él. Las fotos se habían tomado sin que el sujeto se percatara, lucían como hechas por un investigador o algo parecido.

—¿Qué es todo esto? —gimoteó dejando caer la carpeta a la mesita.

—¡Lo sabía!, ese maldito desgraciado regresó, no puedo creerlo, ¡maldito miserable! —lanzó como un aullido de dolor que hizo estremecerse a la castaña.

Victoria tomó las fotos para observarlas mientras Gretchen se llevaba las manos a su boca, incrédula. Listo, la hermana ya lo sabía, no había vuelta atrás.

Antes de que la hermana dijera otra cosa, la castaña la interrumpió para explicarle que alguien había ido a recogerla cuando ella se sobreponía del golpe y que pasó la noche en su residencia, le hizo saber del pacto para no decir nada a la policía, ellos se las arreglarían de alguna manera.

—Elise, jamás debes confiar, nunca demuestres debilidad —dijo mirando fijamente el folder que continuaba bajo el escrutinio de Victoria—; desde luego que no tengo intención de llamar a la policía pero eso no quiere decir que esté de acuerdo en que unos extraños se encarguen del asunto.

—Gretchen, ¿quién es este tipo? ¿Por qué tiene a Valrick? —preguntó Elise.

—Ese hijo de perra ha hecho tanto daño a mi familia, ha destruido nuestras vidas, jamás entenderé por qué lo ha hecho, no puedo decirte con seguridad qué es lo que quiere pero tiene a mi hermano, él ha cruzado la línea

—respondió secándose las lágrimas.

—¿Por qué tienes una carpeta de investigación de ese tipo?, necesitamos que nos des más pistas —Victoria quiso empezar a armar el rompecabezas, no dejaba de hojear el expediente.

—Por ahora lo único que tengo son suposiciones, nunca entendí cuál era el afán de hacernos la vida miserable, todos estos años han sido un calvario. En España fue cuando tuvimos noticias de él, se las ingeniaba para dar con nuestro paradero, la primera vez que lo vi cara a cara no lo sabía, se coló en una de nuestras exposiciones cuando recién comenzábamos a pintar de manera profesional, recuerdo que salí al balcón de aquella casona en el centro de Madrid y ahí me abordó, lo que comenzó como un elogio hacia nuestro trabajo se convirtió en un mar de palabras sin sentido. Al regresar adentro lo ignoré, pensé que había bebido demasiado y que el vino se me había subido, jamás se lo conté a Val. Un tiempo después, cuando viajábamos a través de Francia, hizo contacto con Valrick, lo supe por él mismo, tuvo el descaro de hacerle los mismos comentarios que a mí. Siempre hablaba de mi papá y como es que su trabajo lo había marcado.

—Un momento, ayer Valrick parecía no reconocerlo, digo, me hubiera dicho algo cuando supuso que nos perseguían, cuando lo llamó por su apellido, después en ese callejón cuando le dijo que estaba cansado de pedir amablemente lo que quería —aquellos ojos verde oscuro se llenaron de lágrimas al recordar.

—Tal vez no quiso ponerte nerviosa, él lo recuerda, Elise, jamás vamos a poder olvidarlo.

—Entonces, Gretchen, ve al grano, ¿qué es lo que quiere ese tío? —la voz de Vicky se hizo imperante.

Un extraño silencio rodeó a la diminuta rubia y la sequedad de su garganta se hizo evidente, comenzó articulando los labios y después de un suspiro soltó la lengua.

—Él era el socio de mi padre, juntos construyeron los bufetes de arquitectos más prestigiosos del mundo, después de décadas de éxito nuestro padre un día apareció muerto en un hotel de Viena... —los ojos de la cobriza se situaron en los de Elise, las dos sin decir una palabra comprendieron lo que estaba contando Gretchen, aquellos periódicos—. Nosotros siempre sospechamos que fue algo más que una muerte natural, nunca creímos en los resultados de la autopsia.

—Tenemos que confesar que creemos saber esa historia, yo le mostré a Elise unos periódicos hace un par de semanas donde hablan de tu padre, Idrick Bremer, ¿correcto?

—Sí —afirmó—, entonces ¿ustedes nos investigaron? —dijo algo molesta viendo a Elise.

—No, espera, no pienses eso, más bien yo me tomé la libertad de hacerlo, a decir verdad los dos me parecían tan extraños... —dijo apenada Victoria.

—¿Qué decían esos periódicos, Elise? —la miró directamente evadiendo lo que acababa de decir Victoria.

—Precisamente esto sobre el fallecimiento de tu papá en aquel hotel —respondió.

—Bueno, es que eso se supo en todo el mundo —su voz estaba llena de tristeza.

—Entonces busca algo... ¿dinero, tal vez? —supuso la castaña.

—Entre ellos surgieron proyectos relevantes en varios países, yo en realidad estaba demasiado chica como para recordar cuáles, pero tengo entendido que cuando viajaron a Viena fue para cerrar un trato sobre una edificación planeada por el gobierno, bueno, esto último fue porque busqué en Internet. Eso sucedió hace muchos años, Valrick y yo tratamos de olvidar todo al precio que fuera. Fue tan traumático para nosotros... para nuestra madre. No creo que busqué dinero, él goza de una economía bastante pudiente y no por el hecho de haber estado asociado sino que proviene de una familia muy bien acomodada en Inglaterra, claro, según Internet.

Cuando Elise escuchó ese país relacionó de inmediato el acento británico, cerró los ojos tratando de no recordar, de permanecer en el presente, ahora habría que ver qué más podía aportar Gretchen. Y desde luego, regresar cuanto antes a la residencia con Fabio y el profesor. En ese instante recordó que venían en el mini Cooper.

—Olvidé mencionarte, condujimos en tu coche hasta aquí, toma, aquí están las llaves —Elise extendió su brazo para entregárselas.

—Gracias, Val estaba muy emocionado de llevarte a la cena, Elise, noté cierto brillo en su mirada cuando me lo pidió prestado y luego... mientras lo esperaba vino ese investigador, me dejó la carpeta, no dudé en llamarlo para ponerlo alerta, qué tonta fui, hubiera sido más acertada con mis comentarios, debí haber hecho que regresara —comenzó a llorar nuevamente.

—Gretchen, ya íbamos en camino cuando le llamaste, no pude entender

nada, creo que hablaron en alemán; si tan solo hubiera sabido... —exclamó.

—Elise, creo que tenemos que regresar; Gretchen, si estás de acuerdo daremos esta información a Fabio, tal vez él sabrá qué hacer —interrumpió Victoria.

—Lo dudo. Quiero a mi hermano de vuelta, iré con ustedes, además... no tienen como trasladarse —saltó de su banquillo, tomó la carpeta para luego buscar su bolso en el perchero, se puso un suéter color marrón, volteó a ver a las chicas, quienes permanecían inertes por la iniciativa de la pequeña rubia. Se les había complicado todo. No podían llegar así de frescas con Gretchen a la casa, pero no se les ocurrió nada mejor, así que estaban a merced de que Fabio y el profesor tuvieran algo de misericordia y permitieran que la hermana se involucrara, no había otra opción.

—... solo déjame poner unas cosas en la cajuela —decía Gretchen al momento de abrir una de las puertas del compacto dirigiéndose a la castaña.

Al terminar pidió que se subieran, tenía mucha prisa y sin ocultarlo volteaba a todos lados sintiéndose observada.

—¿Qué? —replicó de manera retadora al ver que Victoria la observaba como a un bicho raro.

—Nada —respondió cabreada, se acomodó en el asiento del copiloto dejando a Elise en la parte trasera. Se colocó su bolsa sobre las piernas.

En el trayecto hacia la residencia del pupilo la rubia conducía rápido, ejecutaba la palanca de los cambios con fuerza y desesperación, no había nada que la detuviera. Pidió después de unos minutos la ubicación. Al verla no tuvo dudas y se dirigió por un camino diferente al que las chicas habían usado, tomó una de las avenidas aledañas al río Delaware para poder llegar al Oeste. Elise tragó saliva al ver que estaban cerca del lugar donde habían sido asediados por aquel sujeto.

—Íbamos saliendo de la premiación, nos detuvimos por aquí, bajamos y caminamos, la noche se prestaba para eso, al irnos fue cuando este tipo le gritó por la espalda a Valrick: “Bremer”. Lo siguiente fue que me metió al coche para poner los seguros, no quiso exponerme, ahora lo voy entendiendo. Yo en ese momento pensé que era un asalto o algún ajuste de cuentas, temí lo peor. Valrick terminó de golpe un intercambio de palabras, se subió acelerando sin rumbo fijo. Trataba de preguntar qué había pasado, él se mostraba exaltado, una faceta que no le conocía, discutimos si nos seguían. Si era así, el otro problema era: ¿dónde nos resguardaríamos?, sin objeción

propuso su departamento. Pero estaba tan cabreada que se detuvo en un callejón... luego nos encontraron ahí él y sus hombres. Fueron tan agresivos con él...

— ...contigo también —completó Vicky.

—Elise, creo que esto estaba planeado, no debes ni por un segundo pensar que fue algo al azar. El investigador fue contundente con su reporte, él vino a buscarnos. Creo que corriste con suerte —dijo tratando de resignarla un poco, luego su pie derecho por inercia se vio obligado a frenar, el mini se amarró y los frenos ABS entraron mecánicamente. Las tres chicas se deslizaron hacia el frente tratando de protegerse con sus brazos. Una maldición en alemán salió de la boca de Gretchen: *Scheiße*.

—Disculpen —pidió apenada—, son unos idiotas, odio el tráfico de Philly, siempre es lo mismo...

Sus palabras se vieron pausadas al mirar como el opulento bolso de Victoria había ido a parar al suelo, sus pupilas se agrandaron cuando divisó que el sobre del psiquiátrico de su madre se asomaba casi por la mitad. Acto seguido sus ojos azul claro fueron a dar con los de Victoria, no dijo nada, le dejó claro con la mirada lo que había descubierto. Nuevamente pisó el acelerador.

—¿Me pueden decir qué diablos está pasando aquí? ¿Por qué tienes ese sobre en tu bolsa, Victoria? —molesta dirigió la vista al frente.

A Elise se le cortó la respiración viendo como su amiga recogía la bolsa de entre sus pies, no apartó la mirada de esta. Quedó inerte, nada convincente qué decir venía a su imaginación.

—¿Elise? —Victoria giró la cabeza levemente, invitándola a que respondiera.

—Escucha, sé que estás pensando lo peor de nosotros, pero ese sobre llegó a mis manos hoy, me lo mostró Fabio, mi asistente, el chico que cuidó de mí ayer, el que me rescató por así decirlo, acudió a mí. Sus manos temblaban cuando me lo entregó, para él fue difícil, yo le dije que había hecho mal, eso es algo personal... lo tomó del piso de tu asiento.

—¿O sea que ya vieron el contenido? —interrumpió enfurecida.

— Sí... ¡No!, vaya... pues sí, Gretchen, leí el informe médico de tu madre —se hizo pequeña en el asiento echándose para atrás por completo.

Esperaba que la rubia terminara por explotar, incluso imaginó que paraba el carro para echarlas de una patada, lo que sea que fuera para darles un

escarmiento al haber violado su privacidad.

—Perdón... —dijo cabizbaja Elise, para colmo de sus males había pensado que Victoria se le uniría, pero no, ella era demasiado orgullosa, no la respaldaría pidiendo disculpas.

—Gretchen, todos tenemos un pasado oscuro, sabemos que invadimos tu privacidad pero no es para tanto, por ejemplo mi padre estuvo tratando sus adicciones en una clínica especializada por mucho tiempo... —siguió contando sin darse cuenta de que la diminuta rubia había comenzado a llorar.

Elise pensó que su amiga lejos de ayudar estaba queriendo desviar la atención hacia ella, algo que le encantaba hacer.

—Vicky, eso nunca me lo habías contado... creo que este no es el momento —tocó su hombro y fue ahí cuando la cobriza se dio cuenta.

Victoria se dedicó a observarla sin disimular, si ya estaban alteradas por el secuestro del rubio esto fue la gota que derramó el vaso. Las dos chicas habían librado el tener que decir a Gretchen lo de su hermano, ahora un acto de imprudencia hizo que todo se fuera por el caño. La rubia no paraba de sorber por la nariz, con semblante enfurecido seguía acelerando por la arteria vial. Nada parecía importarle.

A pesar de cómo sentían la rapidez del mini Cooper optaron por dejar en paz a la diminuta rubia. Sabían que era demasiado para ella, la habían sacado de sus casillas y no era para menos. Luego de un breve lapso el coche tomó la curva que conducía a la lujosa mansión.

Ahora que lo veía todo con más claridad, Elise se asombró tanto por la fachada de la residencia que por instantes se le secó la boca, por el contrario de la rubia, quien parecía ir en su mundo. Se percató de que ya no se mostraba alterada, la observó por el retrovisor, sus ojos ya estaban frescos otra vez.

—Puedes estacionarte aquí —señaló la castaña—; llamaré a Fabio para que nos abra.

—¿Podrías darme el sobre? —pidió amablemente la rubia a Victoria.

Esta lo sacó sin reparos entregándolo a su dueña casi sin verla a los ojos, ella lo dobló y lo metió en su bolso.

Cuando salió las recibió el pupilo, se notaba que ya traía cara de pocos amigos, seguramente por la tardanza de las chicas, pero su sorpresa fue al acercarse cuando desconoció por completo a la pequeña rubia que estaba al volante. Se le agrandaron los ojos azul oscuro, quedándose perplejo a mitad

de camino para después ubicar con la mirada a Elise, quien, para él, sin lugar a dudas, era la más importante en ese momento.

Se tomaron su tiempo para bajar del auto, para ellas la mañana había transcurrido de prisa; para Fabio y el profesor había sido una eternidad.

—Tenemos mucho tiempo esperándolas —se aclaró la garganta para pedir una explicación del porqué esa otra chica estaba ahí.

—Oh... —Elise hizo ese pequeño sonido como muestra de que estaba despistada— ella es Gretchen, la hermana de Valrick, le hemos contado todo. La policía no está enterada.

—Pero se expusieron, no había necesidad, habría enviado a Linus por ella —contestó muy fresco, dando a entender que estaba de acuerdo con su presencia.

Las chicas se miraron entre sí. Ella respondió extendiendo su delgada mano hacia él, no había expresión alguna en su rostro.

Las cejas pobladas de la castaña fueron marco de aquellos ojos tristes, no veía salida alguna, ahora con Gretchen de su lado claramente tenía un sinfín de dudas. ¿Habían hecho lo correcto? Sus pies la trasladaron, no se dio cuenta de que Fabio los guiaba otra vez por la fastuosa mansión, volvió en sí para darse cuenta de que la rubia hippie estaba igual o peor que ella, por completo ida. Lo más duro de volver a la realidad era recordar que Valrick estaba en manos de ese tipo. “¿Estará bien? ¿Lo habrán golpeado?” Ese instinto de querer escapar e ir a buscarlo se reactivó, esta vez trató de controlarse.

Fabio ofreció asiento a las chicas y sacó su móvil, minutos después Lunis se les unió.

—Gretchen, no sabes cuánto lamentamos lo de tu hermano, quizá las chicas ya te explicaron por qué no hemos dado aviso a la policía; uno, porque, bueno... el tipo que golpeó a Elise así se lo demandó y dos, te quiero presentar a Linus. Él es mi guardaespaldas, tiene manera de que nos puedan ayudar sin tanto papeleo.

—Sí —contestó asintiendo con la cabeza, luego lanzó una mirada a Linus—; me han dicho que tienes contactos, eso no me asegura traer a mi hermano de vuelta a casa. Lo siento. Mi hermano tiene contadas las horas. Toma, traje unos documentos, es parte de lo que investigué por mi cuenta... haciendo conjeturas creemos que es el mismo tipo —dijo mirando a Victoria.

—¡Vaya!, sí que lo cazaron —opinó Linus mientras hojeaba la carpeta.

—Era el socio de mi padre —la rubia comenzó a relatar lo que sabía de

Mark Fallender, su tono de voz era desolador.

A unos metros estaba Elise, quien en ese momento tuvo la idea de sacar su móvil para buscar ese nombre en Google. Lo hizo sin darse cuenta de que Fabio la observaba.

Al pulsar *buscar* aparecieron miles de fotografías, muchas de ellas tomadas en las calles de Londres. Eran como si las hubiesen tomado paparazzi, en unas iba caminando él solo, con café en mano; en otras, saliendo de un club de polo. Con ello Elise confirmó que era de clase alta. Movía su dedo pulgar, ágil, deslizando las imágenes hacía abajo, se detuvo en una de ellas cuando vio claramente a este tipo con un señor alto, rubio y de ojos azules, tenía un tremendo parecido con Valrick. Estaban juntos cortando una cinta de inauguración o algo por el estilo, miró la descripción: “Londres 1981 Izq. Idrick Bremer, Der. Mark Fallender”. Hizo más grande la imagen, aquello fue como si estuviera observando al propio rubio, eran tan semejantes; recordó las imágenes que contenían los periódicos. Su corazón se aceleró por enésima vez, había más fotos similares donde salían juntos, abrió una que detallaba como habían hecho juntos un edificio en “Singapur, 1984”; otra imagen “Rusia, 1986”; “Australia, 1989”; “España, 1992” y la lista continuaba. Había algunas portadas de revistas importantes como *Forbes*, que mostraba una fotografía en tonos oscuros solo con sus caras, nombrándolos como unos de los arquitectos más prestigiosos e innovadores.

Otras imágenes la llevaban directo a biografías donde se enlistaban sus trabajos pasando luego a los nuevos proyectos, hasta este punto la castaña comenzaba a comprender que habían sido precursores de la arquitectura contemporánea dejando un gran legado. Lo que hacía ruido en sus pensamientos era ¿por qué siempre juntos? Para ella, como editora, y con base en sus experiencias, esta clase de profesión era algo que no se podía compartir, los profesionales se distinguían por trabajar siempre por su cuenta. ¿Cómo era que dos personas habían compaginado tan bien para compartir fama, proyectos... todo? Hizo una pausa en su búsqueda cuando se dio cuenta de que Fabio se dirigía a ella.

—¿Estás bien? —preguntó curioso.

—¿Por qué siempre juntos? —repitió ahora en voz alta llamando la atención de los demás—, digo, es que Google está repleto de imágenes de ellos dos juntos, miren —mostró la pantalla a los presentes.

—... pues porque eran socios, les acabo de decir —contestó Gretchen

frunciendo la frente.

—Lo que quiero decir es, generalmente los arquitectos trabajan en solitario, tanto por su creatividad como por generar una marca, ¿sí me explico? ¿Por qué querrían compartir eso?, en especial cuando las ideas siempre nacen de manera independiente.

Todos guardaron silencio, la diminuta rubia no, ella se levantó de golpe para acercarse a la castaña arrebatándole el celular, fue como una granada que explotó en cuestión de segundos.

—¡Qué diablos, Elise! Mi hermano está en manos de ese desgraciado y tú simplemente te preguntas ¿POR QUÉ SIEMPRE JUNTOS?

—¡Si tan solo supieras más de este hombre facilitarías la búsqueda, o si nos contaras más de lo que sabes! —elevó la voz al responder.

—¡Es todo lo que sé! —respondió casi gritando.

—¡Basta! ¡Paren!, así no solucionaremos nada.

Se acercó el profesor, quién utilizó sus manos para tomar distancia entre ellas.

Era obvio, los ánimos se estaban calentando.

—Linus, por favor contacta a estas personas, pásales la información —dio la orden el chaval agobiado por la escena.

Elise dio la espalda a Gretchen mirando hacia la chimenea, puso sus codos encima de la repisa y llevó una de sus delgadas manos hacia su frente echándose para atrás el cabello. Tomó aire.

—Vale, nos quedaremos aquí hasta saber qué hacer, por favor no hay que discutir, toda la información en este momento es de vital importancia —recomendó el profesor sentándose en uno de los sillones.

A pesar de lo transcurrido Elise consiguió calmarse; de todas maneras, así como lo dijo Torrance, “no había nada que pudieran hacer”, actuar de manera precipitada no iba a ser una opción, eso era claro, pero dentro de ella los presentimientos de que se estaban metiendo en terreno peligroso no dejaban de asecharla, aun así no tiraría la toalla, habría que traer a Valrick de vuelta. Muy en su interior afloraba esa sensación de cuando se extraña a alguien. Sintió un nudo en su estómago.

—Pasaré a tu cocina por un té —le avisó a Fabio y se dirigió a uno de los pasillos; no notó que Gretchen la seguía, esta fue muy sigilosa en su andar, casi como si quisiera que no se percatara de su presencia.

Elise entró a la sofisticada cocina y dio una mirada rápida a uno de los

cajones de la alacena buscando los sobrecitos de té, en especial uno de manzanilla que la calmara, trató de no hacer desorden, luego de unos segundos encontró una cajita que decía “Twinning’s”, tomó uno y se giró por una taza.

—¡Dios! —dejó caer el sobrecito al ver a Gretchen recargada en el marco de la puerta, esta la veía con mirada sombría—. ¡Por Dios, me has asustado! —se agachó para levantar el té.

—¿Me darías uno por favor? —pidió de forma educada.

Elise le dio el suyo acercándose levemente. Cuando la tuvo frente a frente percibió una sensación de querer proteger a la pequeña, diminuta, se veía realmente afectada. Sus ojos celestes estaban hinchados, el color blanco dentro de las cuencas se había tornado en rojo por el malestar, este se le extendía hasta la punta de la nariz. La castaña se contuvo de abrazarla, la miró seria dando unos pasos hacia atrás.

—Te buscaré una taza, ven. ¿Por qué no te sientas? —le ofreció la silla del desayunador

—Gracias.

—Gretchen... yo...

—Estoy cansada de que la sombra de nuestro padre nos persiga —le dijo con voz ahogada, la castaña nunca estuvo frente a alguien que hablara con tanta tristeza.

—Linda, oye, no, no... espera, necesitas ser fuerte, Valrick te necesita... nos necesita —completó la frase.

—Tú jamás comprenderías, es ir contra la corriente, esto nunca terminará. Ese maldito nunca había cruzado la línea... si supiera qué es lo que quiere —las lágrimas parecían no cesar, en esa silla se veía más frágil, algo que provocó nuevamente en Elise su instinto protector. Le tomó las manos y dio un ligero apretón.

—Vale, no estás sola.

—Sí lo estoy, solo me queda Valrick, ni familia ni amigos cercanos, destruyó todo —nuevamente se ahogó su voz.

—Les queda su mamá —segundos después se dio cuenta de que este comentario había sido por un impulso, no tuvo otra opción más que disculparse—; yo... lo lamento —agachó la cabeza.

—Es muy tarde para contar con mi mamá —sonó fría.

—Lo sé —Elise seguía apenada por el comentario y aunque crecía en ella

una sed de curiosidad la ocultó muy bien. Trató de olvidar el tema, se levantó para calentar agua y beber el té junto con Gretchen.

Mientras Linus transmitía la información a sus contactos los demás tomaron el asunto con tranquilidad: no había nada que se pudiera hacer, únicamente esperar.

Victoria, quien solía ser la más impaciente por no decir desesperada, ahora mostraba una postura bastante madura frente a las circunstancias. Buscaba de alguna manera ayudar con algo, lo que fuera, así que con el móvil entre sus manos buscó palabras clave en Internet: “Valrick Bremer”; “Gretchen Bremer”; se encontró en un laberinto sin salida: los mismos artículos, fotografías que por el momento no aportaban ni siquiera una pista, absolutamente nada.

A estas alturas todos creían que cualquier cosa les podría ayudar a dar con el paradero del rubio, aunque tenían esperanzas en lo que estaba haciendo Linus quisieron apoyar de una u otra forma.

Por otro lado Fabio estaba hablando con el profesor Goldmayer, los temas eran muy variados, nada que ver con lo que estaba sucediendo. Contó algunas cosas de su vida en Holanda, en Italia, lo cual era agradable para el profesor, un trotamundos por excelencia; incluso coincidieron en varios puntos de vista sobre algunas ciudades. Pero era un hecho que, aunque entablaran una conversación interesante, allá afuera estaba alguien que los necesitaba, habían comenzado a hablar de esto para distraer su pensamiento, aunque a ratos guardaban pausados silencios.

—¿Quién lo pensaría?, ayer Elise y Valrick lucían tan llenos de vida, puedo atreverme a decir que “enamorados” —dijo Torrance.

—Supongo que sonará trillado pero así es la vida —replicó Fabio—, a veces es muy injusta.

Victoria escuchaba la conversación semirecostada en el sofá, seguía buscando pistas en el móvil; se incorporó de golpe cuando recordó el nombre de la mamá: Delianne Bremer; tecléo rápido las letras, lo que vieron sus ojos fue mucho más allá de lo que creyó que iba a encontrar.

Policías escoltándola, juicios, la señora Bremer con el uniforme de una cárcel... frunció el ceño, de repente ya no logró conectar: ¿cómo es que de la cárcel pasó al psiquiátrico?, o peor, ¿el psiquiátrico era una extensión de

la cárcel? Todo se estaba complicando; de algo sí estuvo segura, alguien había matado a Idrick y ahora, no conformes, estaban haciendo la vida imposible a los hermanos.

Se quedó pensativa mirando hacia la nada, luego de ver esas fotografías de la señora Bremer las palabras de los periódicos que su amigo le había proveído fluyeron una tras otra, encabezados, nombres, fechas, lugares... fue como una visión. Sabía sin temor a equivocarse que la señora tendría la respuesta para traer a su hijo de vuelta sano y salvo. Pero aunque así lo pensará estaba la parte más difícil, Gretchen se hallaba hermética con el asunto.

Su impotencia fue claramente visible para los presentes, quienes auguraban que la cobriza se estaba desesperando.

—Hey, tu impaciencia nos está incomodando —dijo Fabio—, escucha esto, probablemente tarde todo el día, así que ¿por qué no subes y te recuestas?, o ¿por qué no vas a la piscina?, tal vez te puedas relajar un poco.

—Fabio tiene razón, nada de lo que hagamos cambiará las cosas —complementó el profesor.

—Sí podemos, pero necesito un voluntario —se mostró seria.

—Ja, ja, ja, ¿ahora quieres jugar? —dijo el chaval a manera de burla.

—No —lo miró algo molesta—. Necesito a alguien que pueda hablar con Gretchen sobre su madre.

Los dos se quedaron perplejos, sabían que eso era delicado.

—Miren —les extendió el celular con las imágenes que había encontrado y prácticamente tuvieron la misma reacción que ella, se echaron para adelante tratando de comprender—; ahora, ¿quién es la impaciente? —devolvió el golpe con la mirada a Fabio—. Y bien, ¿quién lo hará?

—Querida, muy fácil, vas a hacerlo tú —dijo el profesor.

—No es tan sencillo, Torrance, la chica descubrió que teníamos el sobre en nuestro poder... —explicó brevemente como había sido—, así que no, ni yo, ni Elise podemos.

—Maldita sea, la imprudencia es algo característico de ustedes, señoritas, además recuerden que nadie les dijo que fueran y le avisaran de todo esto, menos que la trajeran aquí —el profesor sonó como un papá regañón.

—De acuerdo, ¡lo haré yo! —el chaval se levantó y caminó hacia uno de los ventanales que daban al panorama citadino. Les dio la espalda.

—Entonces habrá que planear qué decirle, luego del mal rato que pasó en

el coche será necesario preparar el terreno –Victoria sonó lista para armar el plan.

—No, yo me encargo –la ambigüedad de su rostro era impactante, no había señales de que le incomodara tocar el tema con la pequeña rubia.

—Vamos, por lo menos déjanos ayudarte en algo.

—Está bien, aunque no les prometo que se desahogue conmigo –aseveró–; lo único que necesitamos según veo es su versión –sacó de su cartera un pedazo de papel, se giró y se lo entregó al profesor–, con esto podrían ayudar. Háganme un favor, llamen a este número, digan que es de parte mía. Les van a preguntar la clave: “Ali Nere 4:20”, esperen mi señal.

El profesor tomó el pedazo de papel, lo leyó y supo por la lada que era una llamada internacional.

—De acuerdo –observó a Victoria y luego al chaval depositando en sus ojos azul oscuro la confianza de que se haría tal cual.

—Iré a la cocina, aguarden.

Fabio actuó bastante tranquilo ante la presión de que Gretchen contara la verdad acerca de su madre, quizá eso les ayudara de cierta manera, o quizá solo sería un relato familiar amargo. Por lo que fuera, él se irguió y fue hacia donde estaban las chicas tomando el té. Al entrar las vio sentadas en el desayunador.

—¿Todo bien? Vine por el mío también, siento como si estuviera esperando afuera del dentista –bromeó al verlas de frente, luego se movió con sutileza para preparar la bebida.

—¿Tienes novedades ya? –preguntó la rubia desde el fondo.

—Aún no, estoy en espera de que llame Linus –respondió de espaldas mientras cogía una taza.

—Lo siento, no puedo esperar más, mi hermano está en peligro –se levantó aventando la silla con sus muslos.

—Espera, Gretchen... –le ordenó el chaval con voz autoritaria dirigiéndose al desayunador–. Por favor –señaló para que se volviera a sentar.

—Es que no sé qué vine a hacer aquí, por lo menos ya estuviera levantando el reporte en la policía.

—No lo haremos, Gretchen, es lo que quiere ese tipo, los está probando, créeme, esos malnacidos esperan un paso en falso para... hacer daño a su víctima, no creo que quieras eso para Valrick.

La diminuta rubia agachó la mirada observando la taza, luego dio un

sorbo.

—Lo entiendo, pero ¿no se supone que si tiene tu amigo contactos era para que ya supiéramos algo por mínimo que fuera? —preguntó con angustia.

—Tendrá la información, por favor confía; si te hace sentir mejor, en mi familia pasamos por algo así, hace tiempo —el chico empezó a relatar—; aún vivíamos en Italia, era la víspera de la Navidad, yo tendría, no lo sé, ¿ocho...? Una llamada entró cerca de media hora después de que mamá había salido a comprar las cosas de la cena. Papá contestó. Lo demás fue casi como una historia de terror donde sabes que habrá un final pero nunca termina en sí. *Nona* me subió a mi cuarto, ahí me mantuvieron por lo menos hasta el anochecer. Lo único que puedo recordar son los gritos de mi papá, unas palabras subidas de tono, otras como implorando, rogando tal vez; fue el secuestro más sonado de aquella época en Italia. Esos malditos se llevaron a mi madre —un suspiro pausó el amargo relato—. Nunca la volvimos a ver. Y eso fue porque *Nona*, quien era mi abuela materna, envuelta en un vaivén de desesperación llamó a la policía en secreto. Cuando los atraparon y los llevaron a la cárcel, uno de ellos vio de frente a papá... le dijo casi gritando que nosotros habíamos tenido la culpa, es fea que papá no se lo perdona, jura que el asunto se le salió de las manos y aunque no fue quien llamó quedó en él una especie de amargura... —el pupilo dejó de hablar.

—Y ¿tu mamá?, ¿supieron de ella?

—No, nunca, los tipos aseguraron que se deshicieron del cuerpo en algún lugar cerca de Perugia, jamás lo encontramos —respondió con mirada triste—; Gretchen, esto tuvo que haber pasado por algo, no tienes algún recuerdo, algo que nos puedas compartir, quizá podamos ir armando algunas piezas...

—Pues no, ya les dije lo que sé, las veces que nos abordó fueron básicamente comentarios sin fundamento, bueno al menos eso pensábamos.

—Bien, ¿sabes si tus papas llevaban buena relación con el tipo ese? —preguntó nuevamente Fabio.

—No lo sé, éramos muy niños —dijo secamente.

—Bueno, entonces debes recordar si tus papás se llevaban bien entre sí... A lo que voy es que de alguna manera este tipo está trayendo el pasado al presente y si se llevó a Valrick podría ser en son de venganza...

—Mark decía que “ya estaba harto de pedir las cosas amablemente” —interrumpió la castaña.

—¿Amablemente?, ese cretino no trató a mi hermano amablemente, de

ninguna manera.

—Bueno, Gretchen, creo que es obvio que no llegaremos a ningún lado, tendremos que esperar a que Linus me llame a ver qué avance lleva... Si tú no sabes nada, pues no podremos llegar a alguna hipótesis por lo menos.

El silencio de la rubia iba acompañado de una sensación no muy grata, llevó las manos a su corto cabello, lo peinó hacia atrás dejando por unos segundo los dedos reposando en su nuca, luego dedicó una mirada vacía al chaval.

—Mi madre... si estuviera lúcida. No... no hay manera de saber nada, con ella es difícil contar, es decir, está en un psiquiátrico, todo el tiempo la tienen medicada, dudo que pueda articular alguna palabra, la última vez los médicos dijeron que ya no reconocía a nadie —su tono de voz transmitía algo de rencor o al menos eso percibieron—; y en cualquier caso ¿cómo podría comunicarme con ella?, ¿tendría que llamar o ir al hospital?, no sé cómo funciona eso —bufó.

—¿Me estás diciendo que nunca han visitado a tu madre? —preguntó Elise.

—Para nosotros murió aquel día en que enloqueció, lo único que nos recuerda a ella es la cuota que pagamos cada mes —su manera de pronunciar las palabras era totalmente desconocida para los chicos, hablaba con tanta frialdad, con tanto vacío en su interior.

—Bueno, lo podemos intentar, nunca es tarde —sacó su móvil.

El chaval se sintió más que satisfecho, había hecho su labor, se sintió bien para sus adentros, si algo se le facilitaba era crear vínculos de confianza, lo había hecho con Elise, ahora con Gretchen, bastaba con seguir el juego de palabras que había empezado. Le ofreció el celular a la pequeña rubia, no se sorprendió cuando gesticuló algo incómoda, aún así lo tomó.

—No sé el número —dijo seria.

—¡Gretchen, el sobre! —le recordó Elise.

La rubia se levantó, los dejó sin decir nada, cruzó la puerta y desapareció. Elise sintió júbilo porque se estaba haciendo algo que les permitiría saber más del pasado de los hermanos; también sintió como ese júbilo se desvanecía al acordarse del rubio. Lo extrañaba, realmente así era.

—Fabio, lo hiciste excelente —aceptó Elise.

—Aún no. Escucha, ese lugar está en Boston, te irás con Gretchen hoy mismo.

—¡Boston!

—Es sábado, tendrán que darse prisa, tal vez aún encuentren horario de visita.

—¡Estás loco! Está muy lejos.

—Tranquila, tengo un plan... —la vio con seguridad.

La diminuta rubia entró, esta vez no se sentó con ellos, tomó el sobre en una mano y con la otra digitó los números. Luego llevó el aparato a su oído.

—Hola, qué tal, con el doctor Alan Taylor —esperó a que se lo comunicaran, mientras tanto veía el sobre una y otra vez—; ¿doctor?, eh, soy Gretchen Bremer, llamo para saber cómo está mi madre, Delianne Bremer... Ah, ya veo... Sí, trataremos de ir a verla. Eh... ¿cuáles son sus horarios...? De acuerdo, lo veremos pronto —colgó.

—Hoy hasta las seis y no... mi madre ya no está bien —se tumbó en la silla con cara de pocos amigos.

—Gretchen, ¿qué le diagnosticaron a tu madre? —preguntó Elise.

No hubo respuesta, al menos no en ese momento, la pequeña rubia veía su tasa, se podría pensar que estaba enojada, tal vez, furiosa porque le habían hecho hacer algo que juró nunca más hacer. De cierta forma estaba reaccionando, lento, pero ellos agradecían el esfuerzo.

—Tiempo después de que repatriáramos el cuerpo de mi padre, mi mamá se encerró en su cuarto por muchos días, vivimos en una total pesadilla, cuando esto sucedió. Valrick tenía diez, como les dije éramos niños. Después del funeral ella quiso hacerse la fuerte, lo notábamos... nos sacó de la escuela para que tomáramos clases en casa. Perdimos a papá y a nuestros amigos del colegio. Luego de meses la policía la arrestó por ser sospechosa de la muerte de papá; nunca hubo evidencia contundente, después de los juicios la declararon inocente, fue cuando empezó a presentar ataques de pánico. Eran horribles... hicieron que dejara de conducir, básicamente esos ataques te quitan todo, te convierten en una persona temerosa, la ansiedad, el miedo, los nervios, todo eso aniquilaba poco a poco a lo único que nos quedaba.

»La servidumbre se hizo cargo de nosotros hasta que mamá un día tomó una decisión, se quiso suicidar —Gretchen suspiró—; fue mi hermano quien la encontró en el baño, estaba en la bañera recostada, una mano colgaba hacia el piso, cubierta de sangre. La llevaron al hospital, se recuperó... pero ya no era ella. No dormía, no comía, su cuerpo se empezó a deteriorar. Sabíamos que era algo físico, luego empezaron los delirios, juraba que mi papá la visitaba en aquel cuarto de hospital, incluso cuando la íbamos a ver nos contaba lo

que platicaba con él... ahí nos comenzamos a asustar. Para ese entonces la servidumbre seguía cuidándonos, hasta que tiempo después la movieron al psiquiátrico... lo demás ya lo pueden suponer. Mi abuela se quedó con nuestra custodia, cuando murió nos fuimos a España —finalizó. Después tomamos la decisión residir en América, investigamos y la ingresamos a ese hospital de Boston.

“Fue una triste historia, sin embargo ¿quién no tiene un oscuro pasado?” La castaña se preguntaba eso luego de que Vicky, Fabio y ahora Gretchen se habían abierto de alguna manera sacando eso que los atormentaba.

—Entonces, Gretchen, ¿quieres decir que desde aquel momento hasta ahora no han tenido contacto? —volvió a hacer la misma pregunta el chaval.

—No, pero el doctor dice que deberíamos ir.

—Obvio que iremos —el chico tomó el celular y envió un mensaje al profesor: “Ahora”.

—Sí, claro... —respondió la pequeña, irónica—. Déjame encuentro a Valrick y nos ponemos de acuerdo para ir —sonó drástica.

—Te recuerdo que estamos discutiendo *qué es lo que puede salvar a tu hermano*. Así que no te pongas pesada —respondió Elise sumamente alterada. Cerró sus ojos y pidió disculpas: “Lo lamento, Gretchen, debes cooperar y a duras penas lo estás haciendo”.

—Bueno, entonces que Fabio explique eso de que “iremos”, no tengo humor de buscar un vuelo y hacer maleta —contestó de golpe.

—Así es, son las 3:00 p. m., llegaremos allá en menos de una hora, vengan —se levantó y las guio por el salón.

Allá estaban medio impacientes Vicky y el profesor, quienes los vieron llegar con escepticismo, sin duda el haber dado la señal significaba que la rubia ya había dicho algo.

—¿Listo? —les preguntó con la frente arrugada.

—Ya viene —respondió Torrance.

—Chicas, esto no tardará, así que ¿por qué no van revisando una renta de coches en Boston...? El Jet solo llega al hangar. Tengo que girar un par de instrucciones al representante de aviación y él sacará los permisos necesarios—contó levemente parte del proceso que hacían cada que su padre pedía uno. No cualquiera podía hacerlo, los costes por despegar, por aterrizar, por el personal aeroportuario eran elevados, pero los Castelli eran dueños del mundo, por así decirlo; podían permitírselo.

—¿Un Jet? No, Fabio, para nada, no te incomodaré más. Quiero decir, siento que ya te involucramos demasiado...

—Estoy involucrado hasta las narices, sí, pero recuerda ya pasé por esto —le dedicó una mirada doliente—. Hubiera querido que alguien tomara la iniciativa de hacer algo en aquel momento —sonó determinado.

—¿Estás seguro? —preguntó la castaña, quien desde el comienzo aceptó la ayuda del chaval para poder solucionar la situación de alguna manera, pero ahora se subirían a su jet privado, sin olvidar que ya se habían prácticamente posesionado en su casa. La pena que le causaba eso era evidente, el pupilo lo supo.

—Ven aquí —la abrazó—, hay alguien que necesita de nosotros, no es momento para ser modestos, es decir el tiempo corre, las horas. Entre más pronto salga Valrick de esto mejor, o ¿no es lo que quieres?

—Quiero que termine de una vez por todas, ojalá no sea demasiado tarde —las lágrimas interrumpieron sus palabras—. En este caso, Fabio, te agradezco lo que estás haciendo, no por nosotras, sino por él. Estoy segura de que un día sabrá y te agradecerá igualmente —cerró la oración viendo a Gretchen, dado que su mirada a veces lo decía todo, se las ingenió para convencerla con sus ojos de que debían seguir sin objeción el plan del chaval. Y así fue, de un minuto a otro la pequeña rubia sacó de su bolsa su móvil y comenzó a buscar rentas de autos.

Luego de unos veinte minutos se escuchó un estruendo a través de los ventanales de la sala, era un ruido que los hizo vibrar, el jet había llegado, mas no lo vieron en la parte de enfrente.

—¿Listas? —el chaval les abrió la puerta de un pasillo anexo a la cocina—, abordaremos un coche que nos lleve a los hangares, no queda lejos.

Estas tomaron sus bolsos, Elise se despidió de sus compañeros. Giraron y los tres desaparecieron.

—Deben estar preparadas, este jet es realmente veloz —dijo presuntuoso.

—Escucha, yo no he sido muy gentil, pero espero que me puedas comprender —lo vio de reojo Gretchen—. Y sobra decir que te agradezco.

—No es nada, a esta preciosura ya no se le estaba dando uso desde hace años.

Abrió dos puertas de par en par, siguieron un camino hasta rodear la mansión; cuando arribaron, ahí estaba, realmente era un grandioso jet. Sus imponentes motores trabajaban a la par, luego una escalerilla se abatió, de ella bajó quien creían era una azafata.

—Señor Castelli —la azafata era una belleza andante, el porte muy de acuerdo al de un jet privado. Rubia, alta y con una sonrisa bien marcada.

El chaval asintió.

—¿Quién pilotea?

—Scott Dempsey, señor.

—Vale, el mejor, eh —el pupilo rio ligeramente—. Bien, dile que lo veo aquí en unos minutos; eh, chicas, ¿por qué no se acomodan?, las veo arriba —les dio la orden.

—Seguro —Elise fue la primera en pisar la escalerilla, le siguió la pequeña rubia, se les notaba totalmente impresionadas.

Entrar en aquel avión fue como un sueño hecho realidad, los asientos color arena, de piel, estaban acomodados de una manera muy bien pensada que dejaba libre demasiado espacio. La castaña imaginó reuniones importantes ahí, tenía el buen gusto del Sr. Luciano; al fondo había un amplio bar y más atrás el lugar de la azafata.

—Wow —la diminuta rubia denotó impresión desde atrás—. Nos moveremos en un fiat 500... tengo obsesión por los autos compactos —dijo en sentido culposo

—De acuerdo —Elise le respondió por inercia, se acomodó en el asiento que daba a las escalerillas, observó al chaval hablando con la azafata, luego se les unió el capitán.

—No recuerdo cómo llegar —decía Gretchen.

—¿A dónde? —inquirió la castaña sin quitar la vista de la ventana.

—Al psiquiátrico, desde hace mucho que no... ¿acaso me estás prestando atención?

—Oh, sí... disculpa, ¿por qué no buscamos en el GPS la ruta? —la vio de reojo—, toma, hay una aplicación ahí —le extendió la mano con el aparato, la rubia se encontraba al otro extremo del pasillo.

—Sé cual es, gracias —dijo con su acento alemán muy marcado.

Luego de unos minutos la azafata subió y se presentó, les explicó donde estaba el baño, la sala de estar, el bar. También les recomendó cuando abrocharse y quitarse el cinturón. Lo hacía tan profesional que la castaña olvidó que el chaval no había subido, toda la atención era para la chica rubia y bien parecida.

—Las bebidas se las podré servir una vez que finalice el despegue... —se giró para volver a la puerta de entrada, ahí se quedó esperando que subiesen.

Elise volvió a mirar a través de la ventana, no entendía por qué tardaba tanto Fabio. Se relajó al darse cuenta de que sus extremidades se habían contraído levemente por los nervios, tenía algunos años de no viajar en avión. De niña viajaba todo el tiempo por el trabajo de su padre, de hecho la última vez que lo hizo fue cuando viajó de Boston a Philly. Sacudió sus manos, luego abrió y cerró en repetidas ocasiones.

—¿Miedo a las alturas?, según recuerdo será rápido, no más de una hora.

Gretchen estaba del otro lado tratando de disimular también su inquietud, tal vez temerosa por ver a su madre después de tanto tiempo, eso no era normal, Elise lo repasaba una y otra vez...

—Algo, argh... me pregunto ¿por qué tarda tanto Fabio?

Subió el piloto y se encerró en la cabina, después de esto la chica alzó sus manos para, por medio de una estructura, recoger la escalerilla. Empezó a cerrar las puertas.

—¡Detengase! ¡No! Falta nuestro amigo, ¿qué le pasa? —Elise se levantó eufórica.

—¿Elise, correcto?

—Sí, maldita sea, soy yo, ¡¡¡qué está haciendo!!! —su ira se acrecentó porque la azafata no dejaba de cerrar los compartimentos—. ¿No me escuchó? —al no ver respuesta alguna buscó una ventana para asomarse, vio como el chaval se alejaba nuevamente hacia el coche, detuvo sus pasos para girarse a ver el despegue.

—FABIOOO, ¡¡¡PERO QUÉ DEMONIOS!!! ¡FABIOOOO! —no se cansaba de gritar al mismo tiempo que golpeaba la ventana— FABIO, ¿QUÉ HACES? —volvió a golpear la ventanilla.

—Le tengo que pedir que se siente, iniciaremos el despegue —la azafata se dirigió a ella.

Fabio las había engañado, ¿por qué?, la castaña se sentía traicionada, no podía contenerse, así que hizo caso omiso por unos segundos a la sobrecarga. Vio que el chaval lucía tranquilo, nada en él parecía estar fuera de su lugar, excepto que levantó una mano para decirles adiós, después la llevó a su oído en señal de que lo llamara... Elise se resignó, para agachar luego la mirada, buscó rápido su asiento. Manoteó agresivamente, estaba muy molesta.

—Hey, tranquila —le susurró la pequeña rubia— seguro algo surgió —quiso justificar al pupilo.

—Claro —Elise no creyó en la teoría de Gretchen sin embargo ya no había

nada que se pudiera hacer, el jet comenzó a moverse, dio una semivuelta quedando al descubierto kilómetros y kilómetros por delante. Seguía algo molesta por el abandono, pero la buena noticia era que conocería un pedazo del pasado de Valrick, aunque fuera a través de la locura de su madre.

Delianne

Boston era muy parecido a Philly, desde las alturas ya se veían las angostas calles, las avenidas bien diseñadas; habían llegado en exactamente una hora, justo como el piloto lo dijo por el altavoz antes de despegar, en el trayecto la castaña pidió un vaso de agua, su estómago estaba adormecido por aquella situación.

Gretchen por su lado no habló durante el viaje, Elise suponía que era por el impacto de ver a su madre después de muchos años. Peor, verla totalmente fuera de sí.

—¿Estás bien?

—Sí, Elise, pero ya sabes no es agradable esta visita.

—A veces necesitamos de nuestros padres, ya sea para bien o para mal – recordó los días que había pasado con los suyos, eso fue lo mejor que había hecho en mucho tiempo.

—Ya veremos –Gretchen dio por terminado el tema.

“Iniciamos descenso, favor de abrochar sus cinturones”, la voz del piloto cubrió cada espacio del avión. Las chicas comenzaron a prepararse.

El aterrizaje fue limpio, tan pulcro que casi no sintieron las llantas tocar la pista, tomó varios minutos que el aparato ubicara un lugar para abatir las escalerillas, se movía con lentitud.

Afuera estaba completamente nublado, un clima que ya se esperaban por las fechas, para Elise había algo especial en esa ciudad pues ahí había estudiado la universidad al lado de Ayleen y, de hecho, había sido una de las primeras opciones cuando se fue de casa a buscar su futuro. Por fin se escuchó la escalerilla abrirse, la azafata se les acercó para ayudarlas a descender. El servicio había sido de primera. Cuando bajaron notaron que los hangares contiguos estaban solos, no había nada a su alrededor.

—Un momento, ¿dónde están los módulos para rentar autos y todo eso? – preguntó la pequeña rubia mirando alrededor, se asustó al pensar que estaban en medio de la nada.

—No, aquí no hay nada de eso, es un hangar privado —susurró la azafata—. ¡Oh! Esperen un momento por favor —la chica subió las escaleras en modo acelerado, al bajar apuntó con la mano a una de las puertas metálicas de una bodega que estaba cerca del “Hangar número 1”, tenía en su mano algo como un control remoto; esta se abrió hacia arriba.

—El señor Castelli me dejó estas llaves para dárselas cuando llegáramos, disculpen mi distracción —extendió el brazo para entregarlas a Elise.

Las llaves pertenecían a un coche; era un objeto de poco tamaño, negro, con un botón plateado que, si se apretaba, se extendía la llave con los bordes. La castaña no daba crédito, Fabio estaba siendo tan generoso.

El portón se abrió lentamente, cuando topó en la parte de arriba dejó ver lo que había dentro: varios autos de lujo, un yate, camionetas de diversos estilos. Todos perfectamente acomodados. La bodega estaba algo grande, sin duda aquello era de película. Se acercaron incrédulas ante tal imagen, incluso con cierto miedo, no querían tocar ninguno siquiera.

—Bueno, creo que ya no necesitaremos el FIAT —bromeó Gretchen—. Y bien ¿a cuál auto corresponderá esta llave?

La castaña presionó el botón de desbloqueó y ahí estaban esas luces parpadeantes acompañadas del sonido que hacen los seguros laterales. Aquel Mercedes Benz blanco en su totalidad tenía la pinta de ser un carro lujoso, deportivo, la parrilla frontal era imponente. Sin duda era un Clase S convertible.

—¡Por Dios! —la castaña estaba paralizada.

—Elise, ya casi son las seis! —dijo la pequeña despertándola de un sueño viviente.

—Vamos, ¿tienes la ruta ya? —se dispusieron a subir con especial cuidado.

Al encenderlo sintió un ligero golpeteo en su pecho, este hizo presente aquel motor cuya fuerza se acrecentaba más y más. Los interiores también eran blancos, el tablero combinaba a la perfección con tonos rojizos a juego con los asientos de piel. Elise no se la creía, pisó despacio el acelerador, desconocía como respondía aquel auto, avanzó despacio hacia la azafata, frenó al tenerla a un costado.

—Gracias, pero, ¿cómo vamos a regresarlo?, ¿ustedes ya se van?

—Tenemos la orden de quedarnos hasta que vuelvan... vayan, el tráfico de Boston a veces apesta.

Aceleró de golpe y aquello fue como un ave cuando toma su vuelo, podían

sentir cada ejecución del motor hasta transmitirlo en potencia pura. Había una autopista contigua, llevaba directo a la ciudad donde se encontraba el psiquiátrico, tenían media hora para alcanzar el horario de visitas. El navegador del celular ya no les fue de ayuda, de alguna manera Gretchen programó el GPS en la pantalla del Mercedes, este las guiaría a partir de ahora.

—Siento mucho esto, lamento que te golpearan, lamento que hayamos incomodado a tu amigo.

—No, Gretchen, no lo sientas. Valrick tiene que regresar a casa, tiene que estar bien, regresará, ya verás —la castaña quiso mostrar fortaleza pues vio a la rubia algo sensible. Tenía que transmitirle tranquilidad.

—Pobre de mi madre, lo que tuvo que vivir y ahora, justo ahora que hay este problema, no creo que sea capaz de recordar algo.

—Tal vez al verte.

—No lo sé, no sé qué tan avanzado esté su estado... ¿y si recuerda a ese patán y luego empeora? No me lo perdonaría...

—Ustedes son sus hijos, creo que el lazo es tan fuerte que lo puede todo, ten fe.

—He tratado de llamarlo, pero la llamada se va al buzón —confesó Gretchen.

—Yo también lo hice... unas horas después de lo que pasó.

—No quiero ni imaginarme lo que tal vez le hayan hecho o le estén haciendo en este momento... mi hermano, por Dios, él que es todo para mí... lo único que me queda —las lágrimas volvieron a inundar sus delicados ojos celestes.

—Tranquila, tu mamá no puede verte así.

—Mi mamá no está lúcida, ni siquiera sabrá qué día es, no sabrá nada, no me importa cómo me vea.

—Gretchen, ¿puedo preguntar por qué tanto rencor?, digo, hace un rato que nos contaste como tu mamá llegó hasta este punto, te voy a ser sincera, te escuchabas con tanta indiferencia, tanto odio.

—¡Nos abandonó!

—No fue así, ella enfermó —quiso corregirla.

—Es lo mismo, acabas de decir que entre madre e hijos hay un fuerte lazo, pues déjame decirte que eso no impidió que enloqueciera.

—Creo que no fue algo que pudiera controlar, sabes, hay cosas que a veces nos sobrepasan —Elise recordó su necesidad de beber y como se sintió superada

por esa adicción.

—Si hubiera tenido fuerza de voluntad —su acento alemán volvió.

—Vamos, no seas tan dura con ella.

—Tú no viviste el infierno que nosotros, Elise, no estuviste ahí para ver como mi hermano tuvo que madurar con tanta rapidez; no estuviste ahí para ver cómo nos culpaba nuestra abuela... éramos tan solo...

—Unos niños, sí, pero ahora son adultos, piensan con más claridad; por favor, deberías quitar esa mala energía antes de llegar con ella.

La pequeña rubia sopesó las palabras de Elise, no estaba segura si podría, al menos lo intentaría, lo haría por Valrick.

—Está bien —se secó las lágrimas con las mangas de su suéter —ehm... ahí está.

Habían llegado, el edificio se podía ver a un kilómetro de distancia, estaba justo al finalizar la avenida por donde venían, al irse acercando surgió algo que la castaña no pasó desapercibido. Por el retrovisor vio una camioneta negra atrás del Mercedes, ella frenó levemente, pero el vehículo le sacó la vuelta, luego les pasó por un costado rechinando las llantas. La castaña ojeó para ver si notaba la cara del conductor, no la alcanzó a distinguir nada. Al acercarse al edificio encontraron una caseta, el vigilante a cargo les pidió alguna identificación, les preguntó si iban de visita... faltaban 10 minutos para que cerraran, las chicas habían corrido con suerte.

Aparcaron el coche debajo de unos toldos muy sobrios, al hacerlo se prepararon para descender. A pocos metros estaba la puerta grande, se abrió en automático, vieron como salía un grupo de doctores.

—Bien... ya está —Gretchen abrió la puerta, observó que Elise no lo hizo— Ah... ¡¡no!! Ni se te ocurra, irás conmigo —le ordenó.

—Es obvio que no me dejarán entrar, supongo que solo familiares. Aquí te espero, anda.

—¿Por lo menos me acompañarías hasta la sala de espera?

—Claro —la castaña se bajó, observó como la manada de doctores estaba con la boca abierta viendo el coche, no podía culparlos, realmente era hermoso.

Estando adentro apretaron el paso para alcanzar a registrarse, tomaron un elevador al ver el piso que correspondía a los cuidados bajo los que estaba su madre.

Las puertas se abrieron y justo enfrente hallaron la recepción, en ella una

chica con rasgos orientales veía fijamente a la computadora, probablemente contando los minutos para irse.

—Buenas tardes, yo... vengo a visitar a mi madre —se acercó sigilosamente la pequeña rubia al mostrador.

—Buenas tardes, ¿nombre de la paciente?

—Delianne Bremer —respondió rápidamente, parecía que le costaba trabajo estar ahí, la recepcionista alzó la vista sorprendida.

—Muy bien, señorita Bremer, llamaré al doctor Taylor para que autorice el acceso.

—Les dio la instrucción de que esperasen en los sillones, mientras lo hicieron la castaña vio a su alrededor, la decoración interior era de lo más sofisticada y elegante. Estaba segura de que ese lugar no sería nada barato. Era algo que no discutiría con su acompañante, sin embargo llegó a la conclusión de que internar a alguien ahí debía costar una fortuna.

Repasó lo que había ocurrido desde la mañana, preguntándose ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Cómo se involucró a tal grado con el rubio? Tantas preguntas se hacía, no descifraba el porqué, supuso que el destino había sido el encargado. Después vinieron imágenes de sus amigos, de Fabio que hasta ese momento había sido un parteaguas en su viacrucis...

“¡Fabio!”, susurro para sus adentros, buscó en su bolso y prendió el celular, no estaba segura de aquella seña así que le envió un mensaje:

Hemos llegado, estamos en el hospital pronto se dará el reencuentro; P.D. Gracias por el coche.

No pasó mucho tiempo para que el chaval contestara de vuelta: *Tenemos la información.* Esto dio un vuelco en el estómago de la castaña. No quiso adelantarse, dejaría que Gretchen viera a su madre primero.

—¿Gretchen? —de pronto apareció el doctor Taylor, bastante joven, para sorpresa de las chicas.

—Sí —la pequeña rubia se puso de pie.

—Me alegra tanto que estés aquí —el doctor lucía igual de sorprendido que la recepcionista.

—Escuche, yo...

—Ven conmigo.

—Me gustaría saber si ella también puede pasar —volteó a ver a Elise—. Por

favor.

El doctor no titubeó ni un segundo, apoyó la petición; la castaña no se opuso y los siguió por el pasillo. Mientras más se adentraban más se iba poniendo nerviosa, nunca había estado en un lugar así, debió imaginarse cómo se sentía la rubia.

—Debo ser sincero, hemos mantenido a tu mamá a flote por mucho tiempo, los medicamentos han ayudado, pero su cuerpo ya está muy contaminado, es decir, son muchos años lo que ha durado el tratamiento. Cuando salgas te daré más detalles. Bien, te preguntarán ¿qué debes decir y qué no?, realmente nada está prohibido, solo un favor, no la toques. Ha desarrollado una paranoia extrema al contacto físico.

—Así lo haré ¿Entrará también usted?

—No, solo ustedes, yo estaré aquí afuera si me necesitan —el doctor avanzó unos pasos, sacó unas llaves, giró la perilla de la puerta para finalmente hacerse a un lado—. Adelante.

—Gracias —dijo Elise mirándolo al entrar.

Gretchen abrió la puerta con cierto temor, no imaginaba lo que habría del otro lado, para ella los sucesos transcurrían en cámara lenta. Lo primero que vio fue una ventana bastante grande, no tenía cortinas, ni persianas que la revistieran. Del lado izquierdo, al fondo, un sillón de una sola plaza. A su derecha vio una silueta sentada de espaldas, sobre la cama, frente a la ventana. La luz del exterior provocaba ciertos claroscuros dentro de la habitación haciendo la atmósfera sombría.

Elise logró ponerse a un costado de la puerta, dejó todo el espacio posible a la pequeña rubia, observó cómo sus ojos celestes se quedaron fijos en la espalda expuesta de su mamá. Esto le transmitió un sinfín de sensaciones. Malo o bueno, ahí estaban.

—¿Mamá? —dijo unos cuantos pasos hacia la cama, no había respuesta de la señora Bremer—. Bonnie ha venido —continuó caminando sigilosamente—; madre, soy Bonnie —se paró enfrente de ella—. No hubo efecto alguno.

Estando cerca la castaña podía observar lo largo de su cabello canoso, se veía como la mancha blanquecina que se extendía de medias a puntas cubría aquel tono rubio claro.

—Madre, lo lamento, lamento no haber venido antes, es solo que, tú sabes... —su cara se puso roja como un tomate y su cuerpo inerte al ver a su madre en esas condiciones. No dio un paso más, permaneció ahí de pie— Me

duele tanto verte así. Todos estos años sin ti han sido lo peor, lo siento. ¿Cómo estás?

La señora Bremer no se movía, estaba rígida como una tabla, Elise se empezó a sentir en exceso incómoda; era un hecho que no participaría, quiso hacerse pequeña o mejor aun salir de ahí.

—...sé que los medicamentos están en tu sangre, pero algo me dice que por lo menos me escuchas, si lo haces por favor, hazme una seña, lo que sea — suplicó la rubia todavía con la cara colorada.

Volvieron los minutos silenciosos, aquellos que dolían como dagas en el pecho. Ni una sola palabra se dijo en esa habitación, mientras Gretchen esperaba que su mamá pusiera su mirada vacía en ella; la castaña la miraba con angustia, no le agradaba la escena en lo absoluto. Muy en el fondo quería ayudarle pero ni sus pies ni su boca se movieron.

Un sonido nasal perturbó la paz en la habitación, después de esto el cuerpo de la señora Delianne se levantó despacio, se encaminó hacia la ventana, ahí se quedó quieta otra vez mirando hacia afuera.

—¡Gretchen! ¡Ve! —la castaña susurró, ahí estaba su señal.

Muy por el contrario de lo que Elise quería que hiciera la rubia, esta agachó la cabeza sin mostrar ningún signo de sorpresa; a su parecer, las palabras se le habían ido, sea cual fuere el problema estaban perdiendo tiempo valioso, más cuando Fabio ya había avisado que tenían información.

Elise trató de armar una frase para decirla a la rubia, para que esta a su vez se la dijera a su mamá, pero no sabía por dónde empezar. Después aprovechó que Gretchen caminó hacia ella.

—Oye, tranquila, lo estás haciendo bien —decía en voz baja.

—No... por favor sácame de aquí —le ordenó.

—¿No deseas salvar a tu hermano?, vamos tienes que hacerlo.

—No quiero, solo mírala, ¡por Dios!

—Gretchen, es tu madre, esa era tu señal, quizá no pueda articular palabra por el medicamento, pero estoy segura que te entendió, te dio una señal —le dijo tomándola de los hombros. Pronto se dio cuenta de que esto llevaría algún rato, decidió actuar—; bien, espera aquí —la castaña se encaminó hacia la ventana, dio varias zancadas y quedó prácticamente en la misma posición que la rubia, a un costado de la señora Bremer.

Esta se limpió la garganta, tenía pánico de decir algo inapropiado, pero se valió de su formación para decir las palabras una tras otra mostrando

coherencia. Pudiera ser que funcionara... le empezó a contar una historia.

—...cuando vi aquellas fotos pude entender la magia de ser una madre, una esposa, una amiga... posaba con sus hijos pequeños. Debo decir que el mayor era un rubio tan hermoso, de piel lechosa y cabello como los reflejos del Sol. Se veía tan tierno con su ropa de adulto, chaquetas de cuero, botas, vaqueros ajustados. Juraría que ese niño nació para ser un aventurero, un ser libre, sin ataduras, alguien que incluso podría dar una enseñanza de vida. La niña... tres años menor, se le veía de carácter noble, mucho más calmada y serena pero tan similar físicamente a su hermano. Esas fotos me transmitían tantos sentimientos. Supe de repente que en esta historia nada podía salir mal, pero me equivoqué... El chico creció y se hizo cargo de su hermana en ausencia de sus padres, nada para ellos fue fácil, las carencias, la falta de una familia. Todo se conjugó y después de grandes esfuerzos surgió en ellos una manera de canalizar esto: El arte.

»Pintaron tantos cuadros fuesen necesarios para sanar cada una de las heridas, sin saber que habían llamado la atención de alguien. Esa persona los siguió por mucho tiempo, los amenazó disimuladamente, pero no vio respuesta. Volvió más fuerte que nunca... se ha llevado a Valrick... —cortó la historia abruptamente al ver una lágrima rodar por aquella cara desgastada.

—Mm-mmi... miii... Val... Valrick —llevó las manos a la ventana—, mm-mmi... miii... Val...Valrick, no... nnno... no —luego su frente topó contra la superficie del vidrio también, Elise tuvo miedo de que se hiciera daño.

—Él y sus hombres se lo llevaron hace unas horas.

—Nooo... Nooo Mm-mmi... miii... Val...Valrick, Nooo —la voz se apagó con un aullido de dolor.

—Mamá, por favor, tranquila —la rubia se le abalanzó por la espalda, quería abrazarla, decirle que todo estaría bien; Elise la interceptó, no podían tocarla...

—¡Gretchen, no! —se interpuso entre las dos; esta se detuvo en seco.

La rubia se echó de reversa unos cuantos pasos. Le causaba inmenso dolor ver a su mamá así, no se lo perdonaba, tan solo pensar que su ausencia había hecho que empeorara, que ahora estuviera perdida en alguna dimensión desconocida, era algo horrible.

La señora Bremer repetía las mismas palabras, lo hacía de frente a la ventana sin voltear a verlas, era como si no estuvieran ahí, algo que a la

castaña le pareció confuso: la había escuchado, había entendido que su hijo estaba en manos de Mark Fallender. Necesitaba más información o por lo menos saber la razón del secuestro.

—Señora Delianne, hemos venido hasta aquí para darle esta terrible noticia, sé que nos puede escuchar, dentro de su mente reconoce la situación, es su hijo quien necesita de usted, no de nosotros. Si tan solo nos pudiera contar algo acerca de este tipo, algo que nos guíe hasta donde está Valrick... por favor —Elise cerró la frase con mucha educación, creyó que las palabras que proyectaran respeto, distancia... le ayudarían.

—Mamá, tú sabes lo que Valrick significa para mí, él es mi todo, él cuidó de mí. No hay duda de que te quiero mucho, pero tu ausencia me arrastró a profundidades muy oscuras donde solo conocía el odio... dínos algo, míranos... mamá... —Gretchen se sumó a la estrategia de la castaña.

Ninguna respuesta, ninguna palabra salió de aquella mujer de facciones tan finas que parecía haber sido esculpida, piel de cerámica que dejaba relucir la blancura de nieve en su tez. La castaña únicamente alcanzaba a verla de perfil, la veía en extremo delgada, frágil. Las piernas que se asomaban por debajo de la bata blanca eran unos palillos: carne pegada a sus huesos. Una palidez se extendía por su piel; su cuerpo, marcado por una severa desnutrición, asustaba tanto que por minutos Elise apartaba la mirada hacia otro lado sintiendo que la tensión del ambiente la disminuía por momentos.

Los murmullos inconsolables sobre Valrick desaparecieron abruptamente, después unos susurros débiles salieron de su boca. Mas nunca apartó su frente del vidrio.

Era difícil entender qué quería decir, hasta que por fin la castaña logró descifrar que estaba hablando en alemán. Frunció el ceño ante aquel idioma desconocido para ella, luego sus mismos ojos se posaron en los de Gretchen. Pedía a gritos saber de qué estaba hablando.

Se notaba su desesperación cuantas más palabras decía, solo que, al parecer, no podía contar con la pequeña rubia, esta había cambiado de semblante: estaba tensa.

Observó como las quijadas se le endurecieron, también sus ojos celestes se le agrandaron igual que un par de limones. La respiración se le aceleró. Podía ver como su pecho se contraía en cada exhalación. Las fosas nasales se le dilataron y sus puños se cerraron con fuerza.

Sin duda eso que murmuraba la señora cada vez ponía peor a su hija. Elise

se quedó paralizada.

La rubia no se percató de que Elise la observaba con aquella extrañeza, para ella al parecer lo único que la dejaba sin aire eran las palabras que había dicho su mamá... si es que aún la podía llamar así.

Tragó saliva, por más que quiso no contuvo sus ya constantes lágrimas. Aunque esta vez era diferente. Estalló, no en llanto sino con un grito tan desgarrador que hizo temblar a Elise, esta se echó para atrás, lo que estaba a punto de presenciar no lo imaginó ni en mil vidas.

La diminuta figura de Gretchen pareció reaccionar ante una catástrofe, se le fue encima a Delianne, llevó sus brazos directo a su espalda, tomó su bata con las manos y la sacudió ferozmente hacia ella. Luego replegó su cuerpo contra el de su progenitora y, como si el tiempo redujera su marcha, fue dando manoteos acompañados de un sentimiento de odio, al parecer con el propósito de lastimarla. No lo logró. Elise intervino tumbándola en la cama, ella le cayó encima. Aplacó su furia por unos instantes. Fue difícil controlarla, era pequeña, sí, pero en esos momentos le pareció que estaba tratando con la fuerza de cien hombres. Los gritos en alemán le retumbaban en los tímpanos mientras la sometía, intentó callarle la boca con una mano. El doctor no podía entrar y echarlas, no cuando estaban a tan poco de saber algo para ayudar a Valrick.

Los forcejeos cesaron cuando la mamá se acercó a ellas, lo hizo sigilosamente, sin decir nada, fuese lo que fuese algo había ido mal en esos murmullos. Gretchen empujó hacia un lado a Elise, se levantó para encarar a su madre que estaba inerte frente a la cama.

La castaña pudo ver su rostro por completo, era como un sueño o estaba alucinando, Gretchen era una copia de ella, la misma cara, pero joven... se le revolvió el estómago.

—Tenía que hacerlo —susurró viendo a su hija, quien le devolvía la mirada furiosa—; él no me dejó otra opción... —terminó la frase.

—¡CÓMO PUDISTE! ¡TE ODIÓ! ¡TE ODIÓ! —Gretchen cerró nuevamente los puños.

—No busco tu perdón, ni el de Valrick. Querías la verdad, esa es la verdad...

—¡AUNQUE ASÍ FUERA NUNCA, JAMÁS TE LO PERDONARÉ, OJALÁ TE PUDRAS AQUÍ A DENTRO!

Esas palabras eran tan graves que Elise se puso de pie cerca de la puerta.

Ya no quiso ser parte de aquel conflicto. Era algo totalmente incómodo, no veía el caso en quedarse. Ella encontraría a Valrick sin la ayuda de nadie. También enfureció, sentía que esas horas estaban desperdiciándose en ver de viva voz un conflicto meramente familiar... se desesperó una vez más.

—¿A dónde vas tú? —miró a la castaña con los ojos grises totalmente perdidos—. ¿Qué no ves que Bonnie ya se va? —miró a la rubia.

—No quiero que estén aquí, lárguense las dos, y a ti... deseo de todo corazón que encuentres a tu hermano —alzó la mano queriendo tocar su brazo, Gretchen se apartó bruscamente hacia donde estaba Elise. Delianne cerró los párpados con fuerza, suspiró y volvió a la ventana para ver el panorama de afuera.

—Sácame de aquí Elise —le suplicó y su cara se tornó sombría.

—No vuelvas, no los he necesitado en estos últimos quince años. Lo que dije es cierto y estoy cumpliendo mi castigo, ya no hay nada que puedas hacer. Creí por un segundo que me comprenderías, que...

Un ruido sacudió la habitación y de pronto vieron como algo entró por la ventana quebrando el cristal para impactarse en el cuerpo de Delianne, tumbándola hacia atrás con una velocidad aterradora. Cayó en cuestión de segundos al piso.

Las chicas no comprendían; Elise protegió con sus brazos a la pequeña rubia arrastrándola hacia ella. Puso su cabeza contra su pecho sin pensarlo.

—Tranquila... Tran... —la castaña entró en pánico, vio como el cuerpo de la señora Bremer había quedado tendido justo a unos metros de ellas, cubierto en sangre.

—¿Madre...?, ¿madre...? ¡Oh, por Dios! ¡No! —se zafó y se arrastró para estar cerca de ella—. ¡Arghhh, Dios mío!

—NO, GRETCHEEEN, NOOO! VUELVE AQUÍ —sin duda era una emboscada—. TENEMOS QUE IRNOOOOS.

—NOOOOO, NOOOOO, ELISEEEEE, ¡¡¡MI MADRE!!! ¡¡¡SUÉLTAME!!!

De nada sirvieron sus súplicas, Elise la tomó por el brazo y se adentraron en el pasillo, la castaña corrió lo más rápido que pudo pero a Gretchen le costaba trabajo, sus piernas parecían no responderle.

El doctor Taylor estaba afuera, aterrado por el estruendo, las vio correr. Quiso alcanzarlas, había entrado y de reojo vio a la señora Bremer tirada. Creyó sin duda que ellas la habían matado. Corrió.

—MALDITA SEAAAA, ¿DÓNDE ESTÁ EL ELEVADOR? —decía Elise al ver al doctor

unos metros atrás.

Llegaron a la recepción y para su suerte estaba vacío el lugar, de un golpe mandó llamar el elevador, lo mandó llamar tantas veces como fuera necesario. No dejaba de presionar el botón. Volteaba a ver si el médico estaba cerca. Su cara reflejó el pánico y para colmo Gretchen estaba en shock, era cuestión de tiempo para que las encontraran. Tenían que llegar al estacionamiento, tomar el coche, regresar al jet... el plan se armó sin dificultad en la mente de la castaña, que a pesar de estar asustada fue bastante elocuente.

—RÁPIDO, GRETCHEN, SUBE, VAMOS, ¡¡¡REACCIONA!!! —la metió a la fuerza para luego presionar el botón y bajar.

—Elise, han matado a mi madre, ¿por qué?, ¿por qué han destruido a mi familia?

—Escucha, por favor, necesito que me digas qué te confesó tu mamá. Pero primero hay que llegar al coche.

Cuando salieron disparadas al estacionamiento escucharon como detrás de ellas corrían dos guardias del psiquiátrico; no había duda, el médico había alertado, “pero cómo... cómo demostrar”, pensó Elise. Al acercarse a las puertas automáticas los vidrios se desvanecieron impactados por una serie de balas, estaban acorraladas. Para su sorpresa los guardias tenían buen entrenamiento y corrieron para cubrir las.

—Por favor, sáquenlos de aquí —vociferó Gretchen cubriéndose el rostro.

—Nadie sale, ¡todos al piso! —dio la orden el más fortachón de los dos.

Se las llevaron a un rincón cerca de los elevadores y ahí esperaron unos minutos, ya no había más movimiento por lo que no sintieron amenaza.

—Esperen aquí, echaremos un vistazo —se levantaron los dos posando su mano en el porta armas, juntos caminaron hacia el frente, mirada tenaz y semblante alerta.

En ese momento la castaña temía que las retuvieran ahí, además no tardaría en llegar la policía, tenía que encontrar la manera de salir para tomar el coche, se dio cuenta de que al marcharse las considerarían como sospechosas, pero era eso o encontrar al rubio y evitar ser blanco de Mark otra vez.

Sacó el celular, escribió a Fabio lo que había sucedido, fue breve. Respiró hondo apretando la mano de la rubia, le dedicó una mirada para luego con sus iris hacer la señal de huida.

Se levantaron juntas, corrieron hacia otra entrada pequeña que estaba en su lado derecho, la cruzaron sin mirar atrás. Soltó la mano de su compañera para sacar las llaves, no tuvo ni siquiera que quitar el seguro, al parecer lo hacía en automático teniendo cerca el control. Elise abrió su puerta y Gretchen hizo lo mismo, arrancó, el auto respondió de una manera impresionante. Las llantas prácticamente quedaron marcadas en el suelo. El corazón le latía con fuerza, sentía como casi se le salía... sus manos temblaban al grado de sentir las adormecidas por instantes.

La velocidad que llevaban fue clave para que nadie las alcanzara, pasaron algunas calles, no dejaban de espejear, aquello era una maldita cacería. Elise solo quería llegar al jet y largarse de ahí. Su estómago estaba entumecido y sus piernas a punto de colapsar.

—No recuerdo bien el camino, Gretchen, el GPS... lo necesito —dijo con voz entrecortada por la agitación.

—Lo siento ... ya voy —también para la rubia era difícil reaccionar.

No tardaron mucho en tomar el camino que las conducía a los hangares, el Mercedes iba a 200 kilómetros por hora.

Gretchen no dejaba de ver el retrovisor, la castaña observó que venía la misma camioneta que las había interceptado antes de llegar al psiquiátrico. Su corazón volvió a estallar.

—¡Mierda! —dejó caer su pie sobre el acelerador, vio como el tablero revolucionaba hasta sexta. Encontró un discreto botón al lado del panel de control, sin pensarlo lo presionó. El auto rugió para entrar en modo deportivo.

El cuerpo de Gretchen se echó para atrás por la inercia, se sujetó del descansabrazos mirando a Elise.

—Lo siento tanto... —Elise tenía la mirada en el retrovisor, se calmó cuando perdió de vista a la camioneta.

La diminuta aún estaba en shock, su cara roja solo veía hacia el frente, todo daba vueltas dentro de su mente, su mundo se estaba desmoronando. Primero su hermano, ahora se habían encargado de su madre. Quiso morir.

Sin medir cuánto tiempo había pasado llegaron a los hangares, ya estaba oscureciendo, los edificios se iluminaron cuando entró el Mercedes, el jet seguía ahí y la castaña se tranquilizó cuando vio que la azafata bajaba por las escalerillas en su espera.

Metió el coche al hangar con una habilidad absoluta y después de cerrarlo ambas corrieron hacia la azafata contándole que venían siguiéndolas. Fue

tanta la adrenalina que no paraban de voltear a cada segundo.

—Suban rápido, el capitán despegará de inmediato —subió la escalerilla y cerró la estrecha puerta. Aún no estaban fuera de peligro—. Nos ha avisado el señor Castelli lo que pasó, fue cuando tomamos las medidas necesarias para adelantar el despegue; por favor siéntense y abrochen los cinturones.

La castaña y la rubia revisaban las ventanillas, no vieron absolutamente nada, la oscuridad ahora resultaba más abrumadora.

Todo, para variar, había ido en cámara lenta; en sí, las probabilidades de que fueran blanco fácil ya habían pasado, sin embargo la incertidumbre crecía y crecía, nada dejaba de atormentar a Elise, cuyo instinto, sin lugar a dudas, a pesar del trago amargo de ver como mataban a la señora Bremer, le impelía a asegurarse de que el rubio estuviera bien. Tomó el celular y mensajeó al pupilo.

El mensaje esta vez fue largo, tan largo que ni ella misma se lo esperaba, prácticamente se desahogó con él, le hizo saber lo temerosa y vulnerable que se sentía, le dijo que no aguantaba más, que estaba realmente agotada... que ahora todo lo dejaba en sus manos, que confiaría en él para encontrarlo...

—Me parece que les caerá bien un trago —se acercó la azafata y con voz delgada les animó a tomar uno de los vasos de whiskey que había puesto en la charola.

Elise sintió una opresión en la garganta... sí, sí necesitaba de ese líquido para adormecer por un instante sus temores, su desesperación y todo aquello que la aquejaba. Notó que Gretchen ni lo sopesó, sostuvo el vaso y lo ingirió de golpe, luego lo dejó caer con fuerza en la mesita individual y pidió más. Su mirada lucía apagada y esas lágrimas que Elise ya conocía bien esta vez no se desbordaron de sus ojos celestes.

—Dime que lo encontraremos, que no me va a dejar... —imploró despacio, con su vista al frente.

—Gretchen, te juro, te prometo que lo vamos a encontrar —se puso en cuclillas cerca de su asiento y la abrazó fuertemente. La rubia se desplomó en llanto.

—Por favor, iniciará el despegue —las interrumpió nuevamente la azafata.

La castaña no quería soltar a Gretchen, en estos momentos sentía una culpa inmensa, si no hubiera sido por ella, su mamá estaría con vida, sintió como se le revolvía el estómago. La dejó y tomó asiento abrochándose el

cinturón. Después de unos instantes recargó su cabeza en el respaldo. De ahí en adelante todo fue oscuridad y cayó en un profundo sueño.

Valiente

Las luces brillantes sobre la ciudad daban la bienvenida a las chicas, habían vuelto con un trago amargo, escapando prácticamente de ser asesinadas, o eso creían. La castaña se incorporó viendo hacia el exterior, sentía un hueco en el estómago, no había probado bocado desde aquel bagel en la mañana, omitió su necesidad fisiológica al repasar mentalmente suceso tras suceso, no le tomó mucho recordar el cuerpo inerte de la señora Bremer cayendo frente a ella y sus ojos celestes fijos hacia la nada. Llevó sus manos a su rostro y luego las codujo para acomodar su alborotado cabello.

—¿Qué haremos ahora? —la voz delicada de la pequeña la puso en alerta.

—Encontrarlo —respondió seriamente, su vista no se despegaba de la ventanilla—, Gretchen, sé que es muy pronto para pedir explicaciones pero necesito saber qué te dijo tu madre.

—¿Tienes papás? —preguntó con curiosidad—, me refiero a que si los visitas, si los ves seguido. La verdad no sé nada de ti...

—Sí los tengo, viven en Newark, hace poco fui de visita... y por necesidad.

—Mi hermano decía que era mejor estar solos, todo el tiempo me lo repetía, me decía que debíamos ser fuertes. Ahora lo entiendo. Ahora sé que sus palabras tenían un motivo —La castaña no interrumpió, contempló el cuerpo delgado y frágil de Gretchen, era muy triste verla así, pero por alguna razón creyó que de un momento a otro revelaría lo que su mamá le había susurrado—. Ella lo mandó matar —la frase estuvo acompañada de un aullido desgarrador que hizo que la frente de la rubia se arrugara, estallando en una especie de ira reprimida. Su quijada se llevó la peor parte, estaba dura. Se le inflaron las fosas nasales y terminó por apretar los labios entre sí—. ¿La razón...? Se enteró de que amaba a Mark... —su ceño se volvió a fruncir.

Elise sintió como una corriente de agua helada le recorrió el cuerpo. Esas palabras eran tan impactantes que sus ojos se agrandaron tratando de entender, de armar aquel rompecabezas dentro de su cabeza.

—Contrató a un tipo que hizo el trabajo sucio, lo planeó tan bien —maldita sea, cerró la mesita de su asiento—, discúlpame, tengo que ir al baño —dijo entre sollozos.

—Por favor, dígame, dónde aterrizaremos —pidió Elise a la Azafata, quien se había acercado para anunciar el descenso.

—En los hangares cerca de la mansión Castelli por supuesto, ¿pasa algo?

—Por favor, tenemos que llegar ¡ya!

—Tranquílcese, en unos minutos aterrizaremos, iré por su amiga, abróchese el cinturón.

No sabía lo que haría al aterrizar, pero así fuera tomar el coche y vagar por la ciudad buscándolo, lo haría, nada la detendría tenía que estar con él, abrazarlo. La piel se le puso de gallina.

El aterrizaje se hizo realidad, cuando menos lo pensaron ya estaban bajando del jet, Elise abrazó a la pequeña, quien estaba nuevamente perdida en su dolor. La guio por los escalones para descender por completo, levantó su mirada y ahí estaba Fabio. Corrió hacia él.

—Tenemos que hablar, esto se ha salido de control, han matado a su madre... y a nosotras por poco —miró de reojo a la pequeña que de inmediato se apartó para dejarlos y entrar al coche—. Tan solo mírala, lo ha perdido todo... no podemos hacerle más daño, somos los culpables, Fabio —se echó a llorar.

—Lo leí en tu mensaje, pero tenemos que ser objetivos, por favor súbete, te mostraré lo que Linus consiguió.

El chaval se acercó al piloto y a la azafata, les extendió la mano para luego darles un portafolios; claramente, el pago por los servicios prestados, supuso la castaña.

El pupilo lucía muy tranquilo, a ella se la comía viva la angustia, el temor de lo que Mark debería estar tramando luego de que huyeran de Boston sin ningún rasguño. No dejaba de pensar, si Delianne lo mandó a matar, no precisamente tuvo que ser porque tenía un amante, algo más debía haberla orillado a tomar semejante decisión. ¿Cómo lo averiguaría?, ahora la pequeña rubia estaba al borde de la locura, no quiso seguirla hiriendo, pensó en Fabio y los demás, pero no, eso era algo delicado como para ventilarlo, lo guardaría muy en el fondo.

—¿Entramos? —puso la mano en su hombro, luego caminaron despacio.

—De regreso nos siguieron, gracias a tu coche pudimos escapar... toma —sacó las llaves del suéter— has sido muy amable, me siento tan apenada, no quisiera ser más molestia para ti ni tus recursos.

—¿Qué creías?, ¿qué era gratis...? Quiero un aumento, jefa —vaciló—. Todos estamos en esto. Lo encontraremos, ya verás.

Cuando revisó cada recoveco de la sala no vio a Gretchen por ningún lado, se sentó y el chaval le dio una carpeta.

—¿Aquí está todo? —preguntó con desgano.

—Ahí está todo... —asintió.

—Escucha, quisiera ir al baño, no me siento muy bien.

La castaña se retiró por las escaleras, para ese entonces aún no sabía dónde se había metido la rubia. Una corazonada la hizo voltear hacia fuera y, como si hubiera visto un fantasma, se quedó inmóvil. Aquel hombre que habían estado buscando se encontraba junto a la pequeña, se veían de frente sin decir una palabra. El mini Cooper rojo seguía ahí, a unos metros de distancia. La imagen era difícil de describir, no tenía sentido alguno, huían de Mark y ahora estaba ahí en sus narices. Reaccionó tratando de ver a todos lados,

buscando a Valrick, no lo halló. Su respiración se agitó drásticamente cuando aquel sin previo aviso se movió cruzando la puerta de entrada, se le fue encima tomándola de un brazo. Elise no pudo gritar, menos cuando este le apuntó con un arma justo en la cabeza. La adrenalina corrió por sus venas provocando que sudara frío. Su respiración se agitó al grado de sentir ahogo.

—¡Sal! —le ordenó con rudeza.

—¡¡De... déjeme!! —suplicó con voz chillona.

—Maldita sea, ¡qué camines! —ahora el arma apuntaba a su espalda, la arrastró hacia la pequeña rubia, quien también estaba paralizada. Las reunió justo donde empezaban los escalones que conducían a la salida, luego le ordenó a la rubia que abriera el mini, antes de que esta diera un paso una voz joven proveniente del interior hizo que se detuviera.

—¡MAAARRRK!

El chaval estaba en el marco de la puerta, sorprendentemente se le veía con un semblante de guerrero, listo para atacar si era necesario, no se contuvo ni un segundo, avanzó despacio hacia él, pero no sabía que este le mostraría en cuestión de segundos aquella pistola corta. Le apuntó justo en medio de sus ojos azules.

—Ni un paso más, mocoso. Ellas vienen conmigo.

La demanda era clara, se las llevaría en el auto de Gretchen... el corazón de la castaña casi explotaba, el temor que había contenido durante ese día salió a relucir. La hizo sentirse vulnerable e indefensa.

—No es necesario que hagas esto, sabemos que has sufrido pero ellos no tienen la culpa, menos Valrick —el chaval trataba de convencerlo de que estaba actuando como un desquiciado—; sabemos que lo amabas —su voz se ablandó—. No querrás herir a sus hijos —puso sus manos al aire en señal de rendición.

—Por favor regresa a Valrick, yo me iré en su lugar —la rubia se hizo la valiente.

—¡¡Cállense!!, ¡¡cállense TODOS!! —gritó para dar dos pasos atrás, tomó a las chicas sin dejar de apuntar a Fabio, quien seguía con las manos elevadas.

—¡¡¡Fabio!!! —las lágrimas que salieron de los ojos verdes de Elise causaron impotencia en el chico.

—Rápido, al coche... muévanse —les ordenó.

—Desgraciado, no te las lleves —suplicó con coraje.

—No me sigas... o se mueren.

Los ojos verdes de Mark se clavaron como dagas en los del chaval, la amenaza hizo que se le secase la boca. No tuvo más opción que dejarlos ir, retrocedió unos pasos y fue cuando este metió, primero a Gretchen en la parte trasera, luego a la castaña de copiloto. Al parecer él conduciría. Tenía su vida entre sus manos. Hicieron lo que les ordenaba. El auto se puso en marcha dejando una estela de humo y polvo, cuando esa nube se esfumó el chaval pudo ver a Elise en el interior. Su cara de angustia le partió el corazón... el mini desapareció.

La noche fue su compañera, a pesar de ir como rehén hacia rumbo desconocido Elise solo pensaba en una cosa: Valrick.

Mark condujo a toda velocidad y tomó la avenida que recorría el río, la tomó en recta sin dejar de acelerar. Ni una palabra salía de su boca, su aspecto estaba totalmente desaliñado, muy diferente a como Elise lo había visto en las imágenes de Google, incluso apestaba, el hedor era tan fuerte que le provocó náuseas.

—Escucha... abriré la ventana, no me siento bien —lo miró de reojo. Al no ver respuesta levantó su mano buscando el botón en el tablero.

—Ni se te ocurra —tomó su mano y la aventó hacia su regazo, una mirada brutal la amedrentó por completo—. No quiero que hagan estupideces —esa frase sonó con un tono bastante elegante, adornado con el acento británico inconfundible. Le recordó por unos instantes a James y Susanne, tan elegantes en su manera de hablar. Ahora era diferente, no estaba ni en una barbacoa ni con amigos, se dirigían hacia algún lugar donde no tenía ni la más remota idea de lo que les esperaba. Mientras la señora Bremer se mantenía en sus pensamientos, inerte, cubierta en sangre.

Fueron alrededor de 20 minutos lo que Elise contó luego de que salieron de la mansión Castelli, para darse cuenta de que entraban a un área que les era familiar a ambas. Las calles angostas y con poca luz fueron claras para ellas, estaban cerca del edificio del rubio. Un soplo de esperanza las tocó.

El coche fue más lento cada vez, sin embargo Mark no decía una palabra, su mirada estaba fija y unos metros más adelante se paró en seco. Ellas no tenían forma de comunicarse, y aunque así hubiera sido no debían cometer ninguna locura, lo único que les podía consolar era que no les había puesto una mano encima. A Elise eso le recordó el golpe que recibió y lo mucho que le dolía aún.

—Bájense —pidió amablemente el sujeto.

La castaña no lo pensó, jaló la manija y abrió la puerta del mini; enseguida descendió para abatir el asiento y dejar salir a la pequeña. No era sorpresa que continuara en shock, prácticamente funcionaba por inercia, Elise le tendió una mano.

Del otro lado Mark azotó la puerta, levantó el arma por encima del auto haciendo una señal de que caminaran hacia él. Las chicas hicieron caso omiso a sus casi nulos pensamientos de huir cuando detrás del auto se estacionó la misma camioneta de la que se descendieron los sujetos para llevarse a Valrick. El corazón de Elise dio un vuelco inesperado, no porque sintiera temor sino porque hubiera dado lo que fuera por ver bajar al rubio de ahí; no fue así.

No hubo movimiento en el interior, tan solo cruzó mirada con el conductor, quien lucía unas gafas tan grandes que tapaban la mitad de su rostro, reposó sus manos sobre el volante sin hacer nada con el resto de su cuerpo. La visualización fue interrumpida por Mark, se les acercó empuñando nuevamente la pistola, hizo que caminaran deprisa, les indicó el camino.

Subieron unos pequeños escalones, la banqueta estaba ordenada con un sinfín de casas angostas. La castaña no se equivocaba. Su corazón no dejó de bombear aprisa. Más adelante giraron a la izquierda, la calle apenas se iluminaba con las tenues luces de las lámparas.

—Elise, su edificio —exclamó la pequeña rubia.

—Gretchen, toma mi mano.

Si bien estaban a unos metros de adentrarse en lo profundo de esa calle, a Elise no le olía bien que los sujetos estuvieran tan cerca, luego Mark no dejaba de controlar todo a su manera. Elise entró en pánico, no sabía qué hacer, si confrontarlo o salir huyendo de la mano de Gretchen, total, eran dos contra uno.

Su fantasía de huir se diluyó luego de que Mark se adelantara unos pasos para abrir el portón verde, el ruido que hizo este al girar la perilla le recordó la primera vez que Valrick la había invitado y como quedó impactada por todo lo que había en su interior. Suspiró. Gretchen entendió claramente el mensaje, comprendió cuánto le importaba el rubio a Elise y sacó fuerzas de entre sus brazos para aventar con fuerza a Fallender, lo hizo en un abrir y cerrar de ojos. Aquel sujeto empistolado fue a dar al suelo dejando caer el arma.

—¡Rápido, Elise, cierraaa, cierraaa! —le dijo con voz imponente bajo ese acento alemán.

Esta también reaccionó con sorprendente habilidad, no sin antes asomar su cara para ver si alguno de los sujetos los seguía. Cerró con rudeza.

—¡QUIETO!, no te vas a salir con la tuya, desgraciado, ¿dónde está mi hermano? ¿Por qué mataste a mi madre?

Elise cayó en la cuenta de que ahora era Gretchen quien le apuntaba a Mark, este continuaba en el suelo, se quedó helado.

—ESA MALDITA MUJER DEBIÓ HABER MUERTO HACE MUCHO; yo no soy el enemigo, nunca lo he sido... —contestó mirándola desde abajo.

—¿DE QUÉ COÑOS HABLAS?, ¿qué no ves que solo entraste a nuestras vidas para destrozarlas?, ahora dime la verdad, ¿por qué te llevaste a mi hermano, dónde está, qué le hiciste? —Gretchen ahora sujetaba el arma con las dos manos; a juicio de Elise lo hacía como una profesional.

Un sublime silencio imperó al pie de las escaleras que conducían a la alcoba de Valrick, Elise se echó a correr.

—Gretchen, no dejes de apuntarle —la voz hizo eco desde la parte alta.

La castaña empujó la puerta, segundos después escuchó una respiración muy débil delante de ella, con sus manos trató de ubicar el interruptor de luz pero fue inútil, no desperdició tiempo, siguió un paso a la vez hasta llegar al sillón que quedaba enfrente de la cocina

—¿Valrick? —preguntaba con voz bajita—, Valrick... por favor, no puedo verte, dime algo, dame una señal, ¿eres tú? —siguió a tientas por la habitación.

Unos quejidos se escucharon a su derecha, se dejó guiar para topar sus pies con el sillón; con sus manos fue tocando cada espacio hasta llegar al rubio, a quien percibió tumbado con sus piernas colgando hacia el suelo, tan mal herido estaba que ni siquiera era capaz de articular alguna palabra, se quejaba con largos lamentos. Aquello fue una escena horrible.

—Escucha, amor, ya estoy aquí... nada malo te va a pasar, por favor aguanta ¿sí? Aquí esta Gretchen también —susurraba al oído sin poderle ver la cara, tocó sus mejillas, se horrorizó cuando sintió un líquido pegajoso sobre ellas—; ¿qué te han hecho?, maldita sea... ya estoy aquí, bebé, por favor dime dónde está la luz —los susurros fueron contundentes.

Valrick después de algunos segundos reaccionó tratando de abrir sus ojos azules, no vio nada más que la silueta de la castaña. Seguía oscuro, él también quería verla, abrazarla y que se largaran juntos de una vez por todas

de ahí. Se enderezó lo más que pudo.

—Elise... ¿estás bien?, no puedo pararme, me han roto la pierna... arghh —se quejó una vez más al querer incorporarse—. La luz... allá —apuntó hacia la pequeña cocina.

La castaña retiró sus manos del maltratado cuerpo y se abalanzó, topó con aquella barra donde él le había preparado aquel memorable desayuno. No tuvo dificultad para encontrar el interruptor. Al hacerlo sus ojos verdes quisieron escapar en busca del rubio, finalmente lo veía con claridad: estaba semirecargado en el sillón, una de sus manos tocando su abdomen, con la otra tapaba el resplandor que le causaba ceguera temporal.

—¡¡Nooo!! —la castaña nuevamente se le acercó, dejando caer su delgado cuerpo sobre sus rodillas—. Bebé, agrghhh —chilló de la impotencia.

El rubio estaba vivo de milagro, puesto que toda su ropa se hallaba húmeda por la sangre que había derramado, aún tenía puesta la camisa que había usado en el evento, desabotonada hasta la mitad de su torso, había más sangre bajo la tela. Su piel era un río rojo carmesí.

Sus pantalones estaban medio rasgados. Se veía como si un torbellino hubiera pasado por encima de él. La castaña se resistía a ver su cara, aquella cara que la había enamorado, tan perfecta, con su mandíbula de ensueño. Estaba marcado por la sangre coagulada que salía de sus fosas nasales, de su boca... bastante golpeado. No soportó más, lo volvió a tratar de recostar, fue como cuidar de un niño indefenso.

Trató desesperadamente de encontrar un teléfono, recorrió parte del cuarto sin éxito, fue al área de la alcoba, tampoco le fue de gran ayuda. Luego pensó en abrir aquella ventana que daba a la calle, gritar con todas sus fuerzas y que alguien la auxiliara... no podía. Los sujetos debían estar cerca. Removió unos papeles de la mesita de noche, por fin aquel aparato negro brilló, lo tomó con sus manos nerviosas y antes de siquiera digitar un número la puerta de la entrada azotó ferozmente. Volteó por completo asustada.

Gretchen cayó de un golpe hacia el suelo; ahora Mark nuevamente sostenía el arma, su respiración estaba fuera de control.

“Otra vez no”, pensó.

—Si llamas te dejaré peor que a tu noviecito —la amenazó mientras corría hacia ella.

Le quitó el auricular y lo colgó nuevamente. Estaba bastante enfurecido, la luz hacia que se formaran sombras en su cara, se le veía una vena de la

frente saltada, a punto de explotar, y nuevamente ese hedor que revolvía el estómago de la castaña. Mark la tomó con fuerza de un brazo para reunirla con los hermanos. La botó también en el suelo.

—¡¡Ustedes quieren que los mate!!, lo haré —los apuntó a los tres con su brazo totalmente erguido. Aquellos no se lo esperaban—. No... aún no —recogió su brazo.

La impresión de la pequeña rubia por ver a su hermano así fue de mucha angustia y tristeza. Verlo tan golpeado le removió las imágenes en su mente sobre la muerte de su madre unas horas antes... Sería difícil decirle. Se recargó en una de sus piernas con movimientos ágiles para luego tomar la mano de Elise y arrastrarla hacia ellos. En estos momentos debían estar más juntos que nunca. Debían terminar con esa situación de una vez por todas. Gretchen ya estaba planeando qué hacer cuando un chillido agudo le incomodó los tímpanos. Mark se llevó las manos a su cabeza y gritó como si estuviera poseído, con la quijada endurecida, al borde de la locura pronunció unas palabras en un tono bajo...

—Y bien... ¿qué haré con ustedes? —dejó que pasarán unos instantes para responderse—. Los mataré... como mandé matar a su madre hace unas horas, empacaré sus cuerpos en la camioneta y luego los arrojaré al río...

La cara de los chicos parecía descompuesta, el tipo hablaba como un verdadero loco, dejaba ir respiraciones, jadeos maléficos, entre una y otra palabra. Valrick se comenzó a alterar, quiso incorporarse y encarar a Mark... no pudo.

—Ah, ja, ja, ja, ja, ja, ja... Mis chicos son buenos en su trabajo... ya veo —se dirigió al rubio al ver cómo le era imposible siquiera moverse—. Así es, Valrick, me encargué de tu madre, tienes que agradecer a este par por guiarme directo a ella... —les echó una mirada atormentadora para girarse y arrastrar uno de los banquitos de la barra. Lo puso enfrente de ellos y se trepó como si montara un caballo.

El ojo sano vio con incredulidad el perfil de la castaña, quien permanecía en el suelo agazapada por el temor; ella sintió su mirada, compartía su culpa con Gretchen, a quien también se le veía un semblante de pena.

—Lo sientooo —su voz se ahogó en un llanto perturbador—; no quería que esto pasara, por favor perdóname... —a sus súplicas se sumaron unos murmullos de Gretchen.

—Nada de esto es tu culpa —clavó sus ojos celestes en Mark—; déjate de

rodeos, ¡dinos qué quieres!

—...cuando trabajaba con tu padre teníamos los mejores proyectos con los que cualquier arquitecto soñaría. Pero hubo un tiempo, al final, en el que tu padre ya no era el mismo, quería todo para él, eso no fue justo. Se lo dije tantas veces... que podíamos construir un imperio juntos, los dos, más de lo que ya habíamos logrado y el muy idiota rechazó mi propuesta... El último proyecto iba a ser el más grande, el que nos consagraría finalmente y, así de simple, tu padre dejó un día la sociedad. Eso rompió mi corazón, mandó al carajo nuestros años de trabajo. Habíamos conquistado el escenario del arte, conquistado instituciones, gobiernos, particulares... todo mundo quería un pedazo de nuestro trabajo... todos. Pero tu padre pensaba y anteponía como siempre a su familia, ustedes le llevaban a otro nivel —bufó.

—Espera, espera un momento... ¡tú eras el amante de mi padre! ¿De qué diablos estás hablando?

La pequeña rubia fue incisiva con su recriminación.

—¿El amante de tu padre...? Oh, queridísima Gretchen... ¿no ves, no escuchaste lo que acabo de decir? —respondió con tono altanero—. Tu padre quería todo para él, pero no a mí... Estuve perdidamente enamorado de él, y tuvo el descaro de romperme el corazón con sus desplantes, con su orgullo de querer ser él siempre, de anteponerlos a ustedes, a Delianne. Escapó de nuestra sociedad, de nuestro mundo, de mí, de nuestra amistad —su tono era cada vez más melancólico, a la vez denotaba rabia—, eso me enloqueció, saben a qué me refiero, JA, JA, JA...

»Heme aquí delante de ustedes con un arma, amenazándolos, seguro entenderán; retomando la pregunta, Gretchen, nunca lo fui, pero me hubiera encantado. Ese hombre era todo para mí, así que si no se quedaba a mi lado no dejaría que fuera feliz, ahí fue cuando tu madre se unió a mis planes sin siquiera saberlo... pobre. La muy tonta cayó en mi juego más fácil de lo que creí, todo me salió a pedir de boca. Las llamadas, las fotos falsas que le envié dieron resultado. Pensó que sí éramos amantes, le hice creer que se escaparía conmigo y peor aún que les quitaría a sus hijos para unirse a mí en busca de la verdadera felicidad, ja, ja, ja, ja —su risa afectó a Gretchen.

—¡Te voy a matar, hijo de perra! —Valrick enfurecido se incorporó de golpe.

Nuevamente el dolor recorrió como púas su cuerpo entero... se echó para atrás. Quería hacerlo sufrir, tomarlo por el cuello, quitarle la respiración.

Quería descargar todo ese odio por haber acabado con lo que más quería en el mundo: su familia. Después de eso, de tan solo escuchar cómo se expresaba de sus padres, la furia contenida se desbordó, más que reprimirle quería acabar con el malnacido de Mark a como diera lugar.

—Yo no estaría tan seguro, Valrick, de todo esto, he salido victorioso, ustedes han presenciado lo que puedo lograr. Necesito una cosa más para salir de escena... Necesito unos documentos que tenía tu padre y los quiero ahora.

—¿Documentos? ¿Todavía tienes la osadía de pedirnos algo? ¡Púdrete! —a Valrick cada vez se le iba complicando articular palabras, su cara estaba totalmente inflamada.

—Estoy pidiendo lo que me corresponde por derecho propio, ni más ni menos.

—Y para eso tenías que matar, secuestrar, intimidar... te has quedado corto con tu cordialidad —esta vez era Elise la que hablaba.

—Tú no te metas, pequeña puta, esto es entre los Bremer y yo, tú solo has estorbado, junto con tu amiguito Fabio, ya me encargaré de ustedes —ahora sus palabras se elevaban a un nivel de soberbia incalculable. Algo sí fue evidente, sus palabras ahora sonaban pasivas.

—De qué papeles hablas, ¡maldito traidor! ¡Mi padre confiaba en ti! —Gretchen reclamó.

—¡Y yo confiaba en él hasta que se largó! ¡Ahora, díganme, dónde están esos documentos, los quiero de inmediato! Escuchen, ya pasé por esto con su madre, jamás supo de lo que hablaba. Tal vez por eso enloqueció... qué patética —puso los ojos en blanco.

—¡Desgraciado, deja de meter a mis padres, no te atrevas siquiera a mermar su honor con tus palabras lascivas, maldito loco de mierda! —Gretchen estaba dispuesta a todo. Ya no le tenía miedo.

—Oye, oye... cálmate, Gretchen —Mark estaba más relajado, después de haber confesado sus crímenes era impactante la ligereza con la que se tomó los reclamos de los hermanos. Había llegado muy lejos, los había hecho sangrar hasta la inconsciencia, les había arrebatado todo por su deseo de quedarse con aquello que alguna vez él e Idrick habían construido. Era obvio que no quitaría el dedo del renglón—; lo voy a repetir una vez más, ¿dónde ocultó tu padre los papeles? —la miró fijamente, al no ver respuesta se lanzó por la castaña, esta vez la tomó de los cabellos, la sujetó contra su

cuerpo poniéndole un brazo en el pecho para que no escapara, con el otro apuntó sobre su sien.

Elise quedó en shock, sintió como sus piernas colapsaban, dejó salir un murmullo entre sollozos.

—¡NO MÁS! ¡POR FAVOR! ¡POR PIEDAD! —ahora sí que estaba perdida, este tío era capaz de todo por esos dichosos papeles. Pero, en sí, no sabía qué tanta importancia tenían, es decir, ni siquiera los hermanos que estaban más al tanto de los negocios de su padre lo sabían—. ¡¡MARK!! Mírales la cara, no saben de lo que hablas... si pudieras por lo menos decirles qué contienen, no lo sé.

—¡CÁLLATE! —la apretó contra su oloroso cuerpo—. No, esperen, la editora en jefe tiene razón, perdonen mi desfachatez... —cada vez la apretaba más; la castaña ahora sentía mucho dolor en sus costillas.

—AAAARRRGHHH.

Fue el grito de dolor más intenso que Valrick había escuchado. Y fue cuando sin más ya se encontraba sentado viendo como amagaba a su amada. No podía seguir permitiendo esto.

—¡BASTA! NO LA LASTIMES, MALNACIDO —Valrick se tocaba constantemente el abdomen en señal de dolor.

—Quiero los papeles... ¡yaaaa! —apretó por segunda vez a la mujer.

—Valrick, dale lo que pide por favooooor, arghhh —Elise le imploró al rubio.

—Maldita sea, Mark... ¿qué contienen?, ¿por qué estás haciendo esto? —ahora fue Gretchen la que trataba de hacer hablar al sujeto.

—¿SON IDIOTAS? ES LA APROBACIÓN DEL ÚLTIMO PROYECTO... DÉNMELA, ¡¡DÓNDE ESTÁ!!!

—¿Qué? —preguntó sorprendida la pequeña rubia.

—Era el último proyecto que haríamos juntos, necesito los planos, la certificación, todo, su padre los resguardó, ¿dónde están?

—¡Todo esto por unos estúpidos papeles! ¡Hijo de puta!

—Cállate y entrégalos o mato a tu novia, ¡bastardooo!

—Pero no tenemos nada, papá no dejó nada de eso en la herencia —Gretchen sonaba muy alterada—. ¿Valrick? ¿Recuerdas algo?

En ese momento fue como si hubiera viajado en el tiempo, sus pupilas se dilataron y se hundió en un abrumador silencio. Varias imágenes se le vinieron a la mente algunas sin valor, otras destacaron. Era su cumpleaños, el

último que pasaría con su padre vivo, vio entre flashbacks el soplido a las velas, los gorritos del festejo, la canción en alemán entonada por su madre... y después apareció su padre tapándole los ojos para finalmente entregarle aquel instrumento gigantesco, aquel que lo había acompañado desde su muerte. Un ardor corrió de su garganta a su estómago. Recordó el cello y lo demás con lujo de detalle.

—NO PUEDE SER... GRETCHEN... ¡EL CELLO! —murmuró atónito.

—¿El cello?, sí puede ser... ¿dónde lo tienes?

Valrick no creía tanta coincidencia, hizo inútiles esfuerzos por tratar de recordar algo extra; si estaba en lo correcto y los papeles se encontraban dentro podían darse por salvados él y las chicas.

—EL CELLO, EL CELLO... LO TENGO ABAJO, ¡MARK, SUÉLTALA! ¡ESTÁ ABAJO! ¡VAMOS, HAZLO, DESGRACIADO! —Valrick se comenzó a desesperar, los aullidos de dolor de Elise no paraban de resonar en sus oídos.

—Espero que no estés jugando conmigo, idiota —Mark soltó en un acto a la castaña, esta se fue directo a los brazos de Valrick.

—Elise... Elise, aguanta, pronto terminará.

—¡¡Dámelos!! ¡¡Yaaa!!

—Están abajo.

—Te sigo.

Para el rubio fue complicado ponerse en pie, luego de unos minutos lo logró gracias a la ayuda de las chicas, le ayudaron a bajar las escaleras y después a llegar al taller. Mark los seguía como un lobo cazando a su presa.

El taller lucía igual que como Elise lo había conocido, el bastidor con el óleo a medio terminar, los botes de pintura, el escritorio... todo era igual. Recordó sin reparos el sueño que tuvo en casa del pupilo. Vio como Valrick tocaba el cello con angustia. Parpadeó despertando de ese trago amargo.

—ELISE, PODRÍAS...

Valrick se quedó en el marco de la puerta mientras su hermana lo sostenía.

Lo encontró en la esquina, tapado con la manta de siempre, limpió el polvo con sus manos temblorosas, ni siquiera pudo terminar de hacerlo cuando llegó Mark y la quitó de un empujón.

Este tomó el instrumento y lo azotó fuertemente contra el suelo varias veces, mientras lo hacía los chicos contemplaron como caía el sudor de su

frente. Se sintieron asqueados.

—¡¡MALDITA SEA, NO SE ROMPE!! —comenzó a patearlo de inmediato y el instrumento se comenzó a astillar, puso el arma a un costado y lo pateó todavía con mayor ímpetu. Pasaron varios minutos antes de quebrarlo por completo. Hasta ese momento todos estaban viviendo la desesperación de saber si estaban ahí los documentos.

Un sobre enrollado color rojo salió del instrumento roto. Oxidado por el tiempo. Mark no perdió tiempo y se abalanzó sobre este, lo abrió con una ansiedad que asustaba a los presentes.

Lo mucho que deseaba tener esos papeles en sus manos se notaba, el sentimiento de por fin poseerlos era indescriptible, los revisó de una hojeada. Era lo que había estado buscando por tanto tiempo. Los apretó contra su pecho, mientras dejó que un par de lágrimas recorrieran sus mejillas sin pudor de quienes lo veían. Sentía como por fin la vida se le arreglaba.

—Por fin, Idrick... el mundo conocerá nuestro legado, por fin —los sollozos acompañados de suspiros pronto se vieron apagados cuando el sonido del gatillo se activó.

Lo siguiente que el británico sintió fue como una de las balas rasguñaba su debilucho brazo. Lo arrojó contra la pared por el impacto. Las salpicaduras de sangre cubrieron el suelo. Mark quedó recargado, totalmente desconcertado; la carpeta, cerca de su verdugo. Elise lo tomó para leerlo sin comprender nada.

—YA TIENES LO QUE QUERÍAS, PERO TE FALTARÁ UNA VIDA PARA DISFRUTARLO.

No dejó de apuntarle, así que jaló el seguro nuevamente; el tiempo pareció hacerse lento, los gritos de Valrick diciendo que no lo hiciera, la cara de terror de Mark, el flashback: Delianne abatida.

Una patada en la puerta principal acompañada de una voz gruesa hizo que apartara su brazo amenazador. Mark no se asustó y de un pestañeo se lanzó contra la castaña, le quitó con facilidad el arma apuntándole ahora a la frente.

—¡POLICÍA, SUELTE EL ARMA Y PONGA SUS MANOS ARRIBA! —la orden que emitía aquella voz gruesa tensó por completo el cuerpo de Mark. Quedó inmóvil. No siguió la orden.

—¡REPITO, SUELTE EL ARMA Y PONGA SUS MANOS ARRIBA! —la voz retumbaba con fuerza en el taller.

Los ojos claros del británico retaron con desdén al policía, la seriedad que cubrió su rostro ahora reflejaba un sentimiento de tristeza que lo hizo levantar

su brazo apuntándose directamente en la sien. El tiro cruzó el interior de su cabeza expulsando esa pequeña pieza de cobre por el otro lado. Elise, quien estaba más cerca, pudo ver como se apagó la vida de Mark Fallender en un segundo colapsando inmediatamente hasta quedar tumbado. Su cara quedó salpicada con la sangre de aquel sujeto.

—¡NADIE SE MUEVA! —repitió el policía acercándose a revisar el cuerpo.

A la castaña se le fue el aliento, olvidó siquiera volver a jalar aire hacia sus pulmones, después de unos instantes la respiración volvió por necesidad natural que terminó haciéndola gritar:

—¡OH, DIOS MÍO! —llevó sus manos a su cabello.

—Tranquila, vamos, acompáñeme, ¿se encuentra bien? —el policía le tendió una mano con lo cual pudo dar pequeños pasos para alejarla de aquella escena. Su mirada buscaba con desesperación al rubio. En su interior sabía que todo había acabado, solo faltaba él a su lado.

Los hermanos se abrazaban fervientemente, Valrick posaba su cabeza en la de Gretchen, que lloraba pegada a su pecho, pronto se percataron que estaba ahí la castaña, la rubia la incluyó con su brazo en aquel lecho de hermandad. Los tres estaban juntos, alejados por fin de aquella pesadilla.

—Chicos, ¿se encuentran bien? —la voz del chaval se escuchó tan cerca que la castaña se desprendió para también abrazarlo con mucha fuerza.

—¡¡FABIO, TODO SE HA ACABADO...!! AHÍ ESTÁ —le dijo al pupilo apuntando el cuerpo sin vida de Mark.

—Es lo menos que pudo haber hecho... después de hacer tanto daño.

Observó como un grupo de personas ahora rodeaba la escena poniendo una cinta para restringir el acceso. Fue triste ver que acabara así, a la vez recordó lo vivido con su madre, aquel crimen que quedara impune se compensaba con este que había ayudado a resolver. Sus ojos azules no tuvieron expresión, volvieron a la castaña para una vez más mostrar su apoyo moral.

Los paramédicos se encargaron de cubrirlos con unas mantas para trasladarlos a una ambulancia que ya los esperaba.

Valrick fue el que presentaba mayores lesiones, Elise no lo había notado, cuando lo tomaron para recostarlo en la camilla la parte posterior de su cabeza sangraba demasiado, tal parecía ser una fuerte contusión. Los paramédicos atendían de prisa, no podían creer cómo aún podía andar, siquiera estar vivo. Pero seguro habían visto otras personas en peores

situaciones. La chica agradecía para sus adentros que ya estuviera en manos de ellos. La mascarilla de oxígeno, unos cables para monitorear su frecuencia cardíaca, todos esos aparatos que lo rodeaban hacían que ella por fin respirase con mayor tranquilidad.

La sirena de la ambulancia ocupó todos y cada uno de los espacios en aquella calle, arrancó para luego tomar las vías más rápidas y llegar al hospital.

—Hey, hola —le dirigió esas palabras en un tono bajo, luego trató de extender el brazo hacia ella—, Elise...

—Shhh... tranquilo, casi llegamos —le dirigió una mirada de consuelo.

Gretchen por su lado tenía una postura de haber librado la peor de las batallas, estaba tumbada en el asiento. Aunque sus ojos seguían en un punto fijo.

La castaña no se explicaba cómo es que había siquiera girado el gatillo para herir a Mark, pero comprendió que era un riesgo que debió tomar; por un lado se sintió mal por eso, por el otro pensó en Mark como una persona trastornada por un pasado que no podía superar, la avaricia y el ego lo habían llevado sin piedad hasta ese punto. “Pobre de él”, pensaba. Lo hecho hecho estaba y si había decidido partir de esa manera habría que respetarlo aunque les hubiera causado un gran trauma; ya nada podían hacer.

Un ruido inundó el interior de la ambulancia, el aparato señalaba insuficiencia cardíaca, para luego detonar un ruido fluido. Los paramédicos acercaron el desfibrilador. Valrick se les estaba yendo.

Hicieron varios intentos para estabilizarlo, luego se calmaron cuando un leve pulso marcó la pantalla del aparato.

—Tendrá que ingresar al quirófano ya que el golpe dañó su cráneo, los doctores ya están listos para recibirlo —a la castaña se le revivió el temor de perderlo.

—Valrick, saldrás de esta, pintaremos juntos tantas obras, ya verás — Gretchen se arrastró cuando lo bajaban de la ambulancia, ahora estaba inconsciente. Solo pudo rozar su brazo de tan rápido que había ingresado a urgencias. Su ropa había quedado manchada con la sangre de su hermano, los paramédicos restantes les pidieron que los acompañaran, las tenían que revisar, también les dijeron que habría que llenar papeles por los hechos ocurridos, esa parte la haría la policía que en ese momento se estacionaba detrás de la ambulancia.

—No —se les soltó de un brazo—. Ya sufrimos suficiente para saber que estaría bien, ahora si me lo permite queremos estar en la sala de espera, no queremos separarnos... por favor, hemos pasado por un verdadero calvario, después cooperaremos en todo lo necesario... déjenos quedarnos por lo menos hasta conocer el diagnóstico...

El muchacho las guio hasta la sala de espera y ahí se quedó con ellas un rato.

—¡Elise!

—¡Victoria! —la castaña la abrazó como si la vida se le fuera.

—Vine en cuanto pude, estábamos con Linus en la estación de policía, Torrance está estacionando el coche.

—Entró en shock hace un momento —se refirió al rubio.

—Oh, Dios, ese maldito... Tranquila va a recuperarse.

Gretchen se levantó para abrazar a la cobriza, esta no esperaba ese gesto, no después de haber hablado y pensado mal de ella tantas veces, subió sus brazos rodeando su estrecha espalda.

—No sé qué hubiera pasado sin su ayuda —miró a las dos chicas.

—Es difícil, Gretchen, y lamentamos que tuvieran que pasar por esto, los ayudaremos cuantas veces sea necesario —Victoria dio por hecho que entre ellas se había forjado un lazo.

Elise extendió la mano hacia la pequeña rubia, la posó en su hombro.

—¿Elise Wright, Gretchen Bremer? —una voz varonil las interrumpió.

—¿Sí?

—Quedan arrestadas por el asesinato de Delianne Bremer.

—¡Qué! —Victoria no sabía de aquello, su cara cambió por completo.

Aquel policía, en compañía de otro, esposó a las chicas; la mirada inaudita de Victoria no pudo detenerlos. Elise y Gretchen no opusieron resistencia, se dejaron apresar viéndose una a la otra. En el fondo sabían que era mero protocolo.

—Victoria, quédate al pendiente de él —los ojos verdes de la castaña estaban a medio cerrar, totalmente cansados.

—Ve.

Cuando salieron hacia la patrulla, el profesor se les atravesó.

—Ellas no hicieron nada, suéltelas ahora mismo.

De nada sirvieron las súplicas, los agentes las custodiaron y las metieron al auto.

Danke

Las semanas siguientes serían las más difíciles, Elise y los hermanos no dejaban de visitar el Ministerio Público, aunado a eso la prensa los asediaba. Se enteraron de que Mark tenía familiares, quienes de inmediato repatriaron el cuerpo a Inglaterra, al hacerlo fue como si descansaran por fin de sufrir por algo de lo que ni siquiera estaban enterados.

Un juez las absolvió de toda culpa y, entre tanto, las cosas en la oficina volvieron a la normalidad, ahora se sentía más fuerte que nunca, luego de haber pasado por semejante situación.

—¿Para ti, un latte?

—Sí.

El rubio se levantó de la mesa, la dejó sola por unos minutos para entrar al lugar y pedir la bebida, desde adentro podía ver a aquella mujer que había marcado su vida. Sin ella y sus compañeros, él y su hermana no se encontrarían dónde estaban ahora.

Observó con ternura como sus cabellos castaños eran golpeados suavemente por el viento que ya venía acompañado de un clima más frío.

—Gracias.

—Elise... —aquellos ojos claros como el cielo le invitaron a verle.

—Haremos una gira con las obras.

Ella se le quedó viendo.

—Comprendo.

—Escucha, luego del artículo y de todo esto, nos han hecho muchas ofertas —Valrick contenía la respiración.

—Desde luego, para eso es que existen los medios. Ellos se encargan de darte a conocer, de que tu vida cambie... A mí me la cambió. Te conocí —le

tomó su mano desprevenida.

—La gira empieza en Alaska.

—Alaska... —la chica recordó la pintura.

—Era el lugar favorito de ella. Lo hemos pensado mucho, pero tomaremos la oferta.

Los brazos de la castaña se erizaron.

—Quieres decir que... ¿te vas por un buen tiempo? —su garganta se secó.

—Sí, con Gretchen, claro.

—Ya veo, eh... bien. Pues ya está.

—Saldremos la próxima semana.

Los ojos de ella se posaron sobre el latte, si bien había creído en el fondo que él permanecería a su lado y más porque habían atravesado juntos aquella encrucijada. Tan solo quedó una pregunta por hacer.

—¿Regresarás?

—No lo sé, escucha, Elise, te amo, pero quiero que comprendas que esta es una oportunidad única, tú mejor que nadie sabe lo que es esto de las oportunidades... y de cómo hay que aprovecharlas —él tomó un sorbo de su espresso doble, para clavarle la mirada luego.

Sin lugar a dudas esto era algo que la castaña no esperaba, pero Valrick tenía razón, no podían dejar escapar esa oportunidad. Suspiró.

—Te amo —le tomó las dos manos, luego él las quitó y las posó arriba de las suyas.

—También te amo. Te dije que no sabía cuándo regresábamos porque no quiero que esperes por mí, quiero que rehagas tu vida.

—¿Mi vida?

—Sí, créeme que esto no es fácil para nosotros.

Elise se cruzó de brazos, por dentro se empezaba a culpar por haberse encaprichado tanto con él, por haberse aventurado a iniciar algo que claramente ahora ya no tenía futuro. Contuvo sus deseos de llorar, era cuando esa fortaleza tantas veces evocada tenía que salir a flote, no quería darle entrada a aquello que se había convertido en su enemigo meses atrás.

—Bien, Valrick, yo... no te detendré.

—Elise, bésame.

—¿Será un beso de despedida?

—Puede que te pida más, pero sí.

La castaña se humedeció los labios.

—Tengo que decir que me encanta tu sentido del humor, pero lo que más voy a extrañar es esto.

Se recargó sobre la mesita y se impulsó hacia su boca. Cuando sus labios se toparon las imágenes de las semanas anteriores asaltaron el subconsciente de Elise, fue un verdadero recuento, algo que no quería detener, esto era el fin de una historia. La humedad de aquel beso se sintió hasta los talones, después él tomó sus quijadas con sus prominentes manos, la separó despacio. Esta se hacía la dura.

—Elise, dime que jamás me vas a olvidar, promételo.

—Lo prometo... —dijo emotiva.

—Yo no lo haré —seguía teniendo entre sus manos los nudillos de la castaña, los besó suavemente.

—Pero tú no volverás.

—No lo sé.

—Y si vuelves, ¿cómo sabremos si volverá a funcionar?

—Yo no quiero hacerte falsas esperanzas.

El corazón de Elise se rompió en mil pedazos, esto estaba siendo más desgarrador que su rompimiento con Rob, aunque no debía comparar, su interior ya se iba preparando con algo que le ayudase a mitigar el dolor que estaba por venir.

—Bien... sabes, me gustaría despedirme de Gretchen.

—En este momento se encuentra en la terapia.

La pequeña rubia no podía salir de ese torbellino traumático por sus propios medios, los doctores que la habían atendido pidieron que tomara sesiones con un especialista en psicoterapia breve, la encaminaron con uno de los mejores de Philly.

—...le diré que pase a buscarte a la editorial —concluyó aquel rubio alemán de ojos celestes.

—Vale.

—Linda, he pensado en escribirte, en llamarte de vez en cuando, pero siento que eso sería muy egoísta de mi parte, el no dejar que puedas encontrar a alguien más, por... esperarme. Es por eso que no lo mencioné.

La castaña quería que hiciera todo lo contrario, que la buscara, que la llamara, lo que fuese por seguir teniendo comunicación con él... sus adentros estaban desmoronándose.

—Debo aceptarlo, si no quieres tener comunicación conmigo por ese

motivo, yo, lo entiendo. Para nada creí que esto podría concluir así. Eras esa respuesta a mi nula vida, fuiste alguien que trastocó el fondo de mi corazón, contigo conocí esa parte de mí que jamás soltaré. La valentía a la que me aferré para encontrarte después de que Mark te secuestró es la misma que hará que esto sea lo menos doloroso posible –inevitablemente las lágrimas rodaron por su delgada cara.

Tomó un trago del latte y luego le sonrió visiblemente afectada.

—Elise, no hagas esto más difícil.

—Es simplemente que no puedo evitarlo.

—Está bien... escucha quiero que tengas esto –sacó de entre su chaqueta de cuero un pedazo de tela doblada, lo arrastró sobre la mesa hacia la castaña.

—Tus pinceles.

—Sí.

Los tomó y agradeció el detalle. No quiso abrirlos, no por el momento. Los guardó en su bolso.

—Siempre que los veas imagina un lienzo sin pintar, una página nueva donde puedas escribir una nueva historia, úsalos en tus clases de pintura si es que algún día estas interesada en aprender algo de este arte...

—Por favor, no sigas –lo detuvo.

—Bien, me voy... te llevo de regreso a la editorial.

—Gracias, pero prefiero caminar, no lo tomes a mal. Quiero estar sola.

El rubio hizo una pausa, se cerró la chaqueta y se acomodó la bufanda gris, no dejaba de ver a la mujer frente a él, su cara enrojeció rápidamente.

—Entonces, supongo que esta es la despedida –le dijo al momento de pararse.

Este asintió. Luego la mano del rubio se acercó para ayudarlo a levantarse, la castaña la sujetó al tiempo que tomaba su bolso. Lo miró ahora estando más cerca.

—Perdóname, Elise.

—No tengo que perdonarte nada, deseo que les vaya muy bien, en verdad, además tengo que darte las gracias, esto que pasó fue algo que me hizo reaccionar, valorar cada día de mi vida, retomar la emoción de mi asenso, en verdad, gracias...

Aquel abrazo fue premeditado y con la misma pasión que la primera vez. El mundo exterior dejó de existir para darle protagonismo a aquella escena. Los cinco sentidos de Elise se inmovilizaron quedándose quieta sobre el pecho de

este. Elevó la mirada y ahí estaba su boca, aguardando por ella.

Aquel beso selló de alguna manera su historia, Elise no moriría de amor, tan solo era una jugada más de su destino, el proceso de asimilación estaba por empezar cuando separó sus delgados labios de los suyos.

—Adiós, Elise.

—Adiós, Valrick.

Este se giró hacia la banqueta donde estaba su moto negra, se puso el casco, elevó la vista y se la dedicó a la castaña. La moto rugió llamando la atención de los presentes, ella se negaba a ver esa escena, pero no podía hacerlo.

“Adiós, Val”, susurró para sus adentros, luego, al verle desaparecer puso un pie tras otro de regreso a la editorial. Sus lágrimas comenzaron a salir de manera incontrolada, iba hecha pedazos pues ya no era suya, era del Destino.

—...ya lo sé, debo terminar unas cosas y te llamo —vociferó Vicky desde su oficina, al pasar la castaña sospechó que era un pretendiente más... no la quiso interrumpir.

—¿Qué tal el almuerzo? —la voz del profesor la interceptó.

—Todo bien —su tristeza hizo que sus ojos evitaran los de Torrance.

—Oh, linda... —se quedó pasmado por su seriedad, ella no tuvo necesidad de explicarle lo que pasaba. Él le indicó que la buscaría después.

Al entrar en su oficina notó que las cosas de Fabio ya no estaban en su lugar, no daba crédito. “Pero si en la mañana estuvo aquí”.

—Por favor no me odies, estaba a punto de avisarte —la voz juvenil de Erick removió una parte del corazón ahora roto de la castaña.

—¡Parker!

—Cuando me llamaron me emocioné tanto... no lo dudé un segundo.

—Bienvenido.

Caminó hacia él y le dedicó un fuerte abrazo.

Minutos después entró una llamada a su línea, el número provenía de la oficina de Daniel.

—Hola, Daniel —sonó con voz de pocos amigos.

—Creo que será mejor que te muevas otra vez para tu oficina —esta vez no era la típica voz mandona de su jefe, sino la del pupilo.

—Espera un minuto... —quiso formular la pregunta, pero la respuesta ya

estaba en su interior.

—Sí, haremos el nombramiento más tarde.

Un suspiro fue todo lo que el chaval necesitó para comprender que Elise sintió un verdadero alivio.

Por fin su “encargo” había concluido, ya podía ser libre de nuevo.

—Felicidades.

—¿Los veré en el nombramiento?

—Desde luego... JEFE.

El chaval se sorprendió, pero no tardó en agradecerle el cumplido. Por otro lado Elise recordó por un instante en la oportunidad de mudarse a Italia y de cómo creía que las cosas se estaban acomodando. El hecho era, que algo de entro de ella la detenía, la voz de aquel rubio la mantenía aturdida aun.

Algunas semanas después la actividad fluía de maravilla en la revista, las ventas, el buen ambiente; los viernes de tragos con los compañeros hacían la diferencia. Incluso, luego de haberse despedido de Gretchen esta le pasaría el contacto del terapeuta, solo por si alguna vez lo requería.

Y así fue, no lo dudó un segundo, tomaría la mejor decisión de su vida, era algo que cualquier persona podría hacer sin necesidad de estar loco...

Dentro de ese periodo se acercaba la presentación de Ayleen, Elise le ayudó en algunas cosas acerca del vestuario y lo mejor de todo fue que sus papás vinieran a verla, aceptando así el don de su hija por hacer aquello que en verdad le gustaba.

Fueron juntas al aeropuerto, había sido un largo viaje para ellos.

—Ahhhh... mi protagonista estrella –su padre, un señor cincuentón de cabellera rojiza, se acercó para elevar con mucha facilidad a la frágil Ayleen.

—Señora Hall... –la mamá lucía muy agradecida con Elise por haber intercedido en su afán por reconciliarlas y, finalmente, convencerles de que vinieran a la presentación. Le dedicó un fuerte abrazo. Esa noche todo se centró en Ayleen, mientras cenaban con sus papás, la castaña hizo memoria de cuánto tiempo había transcurrido desde que el rubio se marchara.

—Elise, estas igual que en la facultad, no has cambiado.

—Mamá, Elise es ahora editora en jefe en *ROAD*.

—Vale, me has hecho la más feliz, sabes que te queremos como a una hija más –su papá también se unió a la dedicatoria de la señora Hall.

Aquella velada fue muy larga, las chicas disfrutaron cada minuto, no importaba nada, solo el presente.

La castaña se percató de que tanto sus papás como los de la petite querían un futuro diferente para sus hijas, sin embargo, debieron aceptar que elegirían un destino propio, el resultado era palpable, lo habían hecho bien, ahora cada una tenía un camino que recorrer y nuevos retos por cumplir.

Al pasar de los días Elise evitó a toda costa deprimirse, si bien ya había superado una depresión que casi la mata, ahora muy por el contrario y mucho más madura que nunca probó distintas cosas para que su mente no la traicionara, para no recordar lo vivido, para que aquella partida de Valrick no doliera tanto.

Su vida social con Vicky iba en aumento, ella solo buscaba escapar, conocer nuevos lugares, nueva gente, algo que por mínimo que fuera le proporcionara un halo de paz, algo de tranquilidad.

Las luces estaban en un modo tenue, luego de la tercera llamada se apagaron por completo, el telón del escenario se abrió y aparecieron tres bailarinas totalmente erguidas. Movieron sus cuerpos al compás de la música de fondo dejando ver una estela clara con sus tules blancos al ir y venir de un lado a otro. Una cabellera rojiza salía de entre ellas, era la protagonista.

Ayleen giraba sin parar en su eje estirando sus piernas, lo cual la hacía ver todavía más alta, la acompañaron después los chicos, quienes las tomaban de la cintura para elevarlas cuales plumas por el aire. La música creaba el ambiente perfecto. Y todo en sí le favorecía al elenco, la escenografía, los atuendos... los papás de Ayleen estaban perplejos, ahora lo sabían, era tan buena en aquello, se miraron con ternura entre ellos y después a su primogénita totalmente orgullosos.

En un abrir y cerrar de ojos la obra había finalizado, todos se levantaron aplaudiendo con fervor.

Elise estaba en primera fila, Ayleen le dedicó una mirada de agradecimiento a su roommie para luego doblarse en señal de agradecimiento al público. Hizo lo mismo hacia sus padres.

Al salir del teatro la castaña se encontró con Ayleen y sus papás. La pelirroja tenía ramos de rosas en sus brazos, todos se querían tomar una foto con ella.

Elise buscó un lugar para ir a fumar, dio la media vuelta al teatro para toparse con una moto idéntica a la de Valrick. Tembló.

Luego regresó a la realidad para prender su cigarrillo, el clima era frío, por lo que se cubrió bien con la chaqueta de cuero que ahora llevaba. Miró a su alrededor, veía como las parejas le pasaban cerca. Se sentía triste, no dejaba de pensar en el rubio, era alguien al que jamás olvidaría.

—Elise...

Sus pies levitaron cuando sus ojos apreciaron la cara perfecta de Valrick. Este venía desde atrás.

—Valrick —dijo desconcertada—, ¿qué haces aquí?

—La gira... no podía estar sin ti —le dedicó una mirada tierna.

Cientos de cosquilleos le recorrieron el cuerpo, iban desde la nuca hasta la planta de sus pies. Aquello tan anhelado había vuelto, estaba frente a ella, simplemente no lo podía creer. Por momentos se repetía a sí misma que eso no era más que un bello sueño, ¿debería despertar? ¿O debería correr a sus brazos? Olvidó por minutos que estaba viviendo una realidad, la realidad que había deseado por tanto tiempo ahora la invitaba de manera decorosa a sumergirse por completo. Esto último la trajo de regreso, se percató de cómo aquel rostro perfecto de cabello rubio la observaba, en espera de una respuesta.

Este la tomó entre sus brazos bien marcados, la cargó por segundos para besarla, hacerla sentir suya otra vez.

—Jamás te dejaré— la miró tiernamente

El rubio quería llevársela de ahí, así que observó de reojo la moto y después a ella invitándola a subir. Elise no dudó. Le ofreció el mini casco, la castaña se montó sin tapujos y rodeó su abdomen, aquel motor rugió incrementando la velocidad; ella se sujetó con fuerza.

La ciudad de Philly ofrecía un tráfico despejado y ante aquel medio atardecer circulaba una motocicleta, dos personas y una historia que apenas comenzaba.



Frase de Bob Marley.

